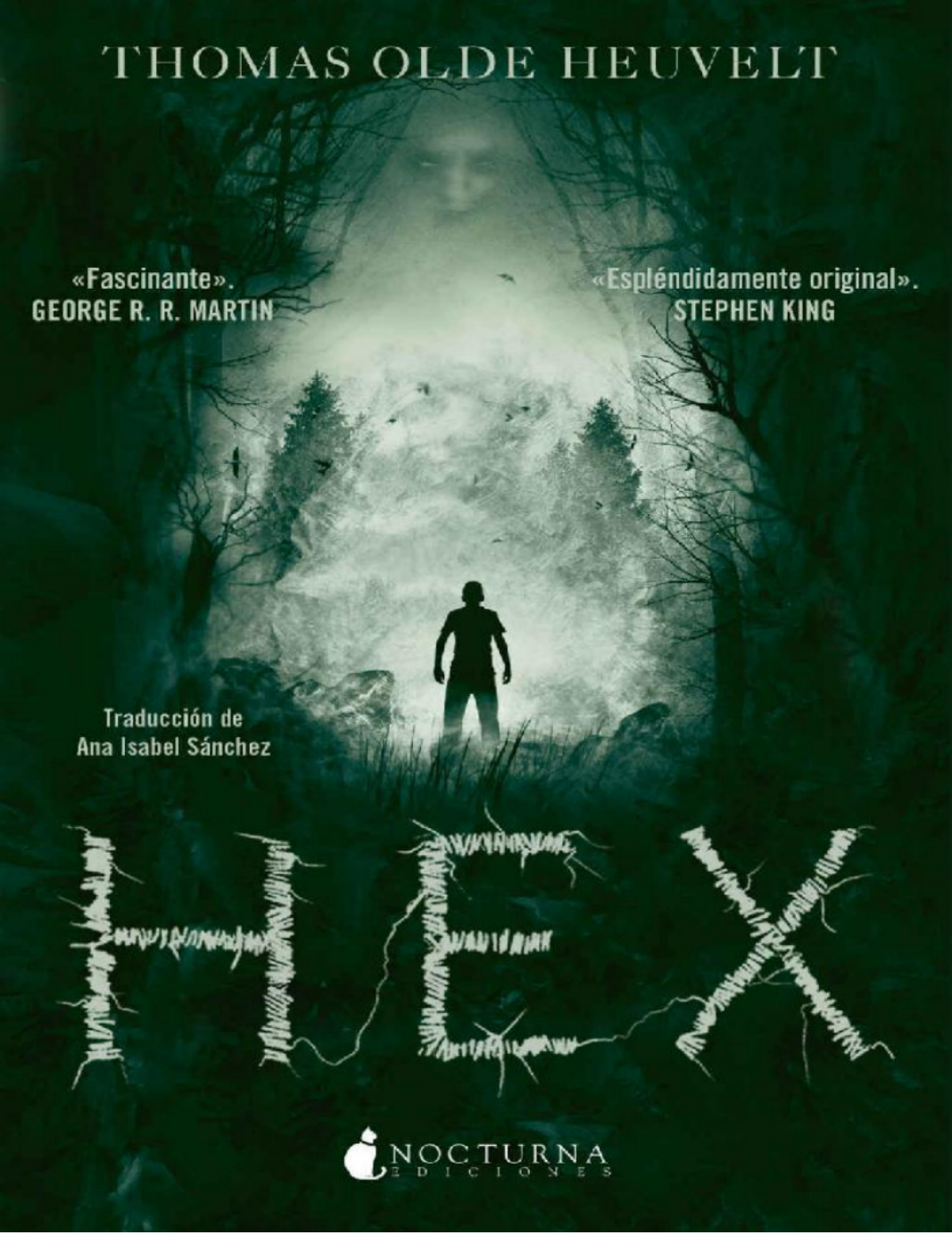
THOMAS OLDE HEUVELT

«Fascinante».
GEORGE R. R. MARTIN

«Espléndidamente original».
STEPHEN KING



Traducción de
Ana Isabel Sánchez

HEX

NOCTURNA EDICIONES

THOMAS OLDE HEUVELT

HEX

Traducción del inglés
Ana Isabel Sánchez

NOCTURNA EDICIONES

Título original: *HEX*
A novel by Thomas Olde Heuvelt
Translated into Spanish by Ana Isabel Sánchez Díez from
the English translation by Nancy Forest-Flier
Copyright © 2016 Thomas Olde Heuvelt, by arrangement with
The Cooke Agency International, International Editors' Co and
Uitgeverij Luitingh-Sijthoff Amsterdam, The Netherlands.
Originally published in Dutch by Uitgeverij Luitingh-Sijthoff
Amsterdam, The Netherlands, and translated into English
by Nancy Forest-Flier.
© de la traducción: Ana Isabel Sánchez Díez, 2020
© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.
c/ Corazón de María, 39, 8.o C, esc. dcha. 28002 Madrid
info@nocturnaediciones.com
www.nocturnaediciones.com
La editorial agradece el apoyo de la Dutch Foundation for Literature

Nederlands letterenfonds
dutch foundation for literature

Primera edición en Nocturna: febrero de 2020
Edición Digital: Elena Sanz Matilla
ISBN: 978-84-17834-70-8

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

A Jacques Post,
mi chamán literario

PRIMERA PARTE

HOY? #lapidación

UNO

Steve Grant dobló la esquina del aparcamiento situado detrás del Market & Deli de Black Spring justo a tiempo de ver que un antiguo organillo holandés arrollaba a Katherine van Wyler. Durante un instante pensó que se trataba de una ilusión óptica, ya que en lugar de salir despedida contra la calzada, la mujer se desvaneció entre la madera ornamentada, las alas plumosas de ángel y los tubos de color cromo del órgano. Era Marty Keller quien tiraba del organillo por el gancho del remolque y quien, siguiendo las instrucciones de Lucy Everett, lo detuvo. Pese a que cuando Katherine recibió el impacto no se oyó ningún golpe ni se vio ningún reguero de sangre, la gente empezó a acercarse desde todas partes con la urgencia que los vecinos del pueblo demuestran siempre que se produce un accidente. Aun así, nadie soltó sus bolsas de la compra para ayudarla… porque, si había algo que los habitantes de Black Spring valoraban más que la urgencia, era un cauteloso empeño en no inmiscuirse nunca demasiado en los asuntos de Katherine.

—¡No te acerques tanto! —gritó Marty, y tendió una mano hacia una niñita que había ido aproximándose con pasos titubeantes, atraída no por el extraño accidente, sino por la magnificencia de aquella máquina colosal.

Steve se dio cuenta enseguida de que aquello no había sido un accidente ni por asomo. En la sombra que se proyectaba bajo el organillo atisbó dos pies mugrientos y el dobladillo manchado de barro del vestido de Katherine. Sonrió con indulgencia: o sea que sí

había sido una ilusión. Dos segundos más tarde, los compases de la *Marcha Radetzky* comenzaron a retumbar a lo largo y ancho del aparcamiento.

Redujo la velocidad, cansado pero bastante satisfecho consigo mismo ahora que ya casi había alcanzado el final de su gran circuito: veinticinco kilómetros en torno al perímetro del Parque Estatal de Bear Mountain hasta Fort Montgomery y después a lo largo del Hudson hasta la Academia Militar de West Point —a la que la gente de la zona se refería como The Point—, desde donde viraba hacia casa. De regreso al bosque, a las montañas. Correr le hacía sentirse bien, y no sólo porque fuera la forma ideal de liberar de su cuerpo la tensión que había acumulado tras una larga jornada impartiendo clases en la Facultad de Medicina de Nueva York, en Valhalla. Lo que lo ponía de tan excelente humor era sobre todo la deliciosa brisa otoñal que soplaba fuera de Black Spring, que revoloteaba en sus pulmones y arrastraba el olor de su sudor hacia regiones más occidentales. Era todo psicológico, desde luego. El aire de Black Spring no tenía nada de malo…, al menos nada que pudiera verificarse con un análisis.

La música había tentado al cocinero de Ruby's Ribs para que saliera de detrás de su parrilla. Tras sumarse al resto de los espectadores, observó el organillo con suspicacia. Steve los rodeó caminando mientras se enjugaba la frente con un brazo. Cuando vio que el precioso lateral lacado del organillo era en realidad una puerta batiente, que además estaba entreabierta, ya no pudo contener una sonrisa. El organillo estaba totalmente hueco por dentro, hasta el eje. Katherine permaneció inmóvil, de pie en la oscuridad, cuando Lucy cerró la puerta y la ocultó a la vista de todos los presentes. Ahora el organillo volvía a ser un organillo. Y caray, con qué ganas sonaba.

—¿Qué? —preguntó todavía jadeante y con las manos apoyadas en las caderas—. ¿Mulder y Scully han vuelto a rellenar las arcas?

Marty se acercó a él y esbozó una gran sonrisa.

—¡Y que lo digas! ¿Sabes cuánto cuesta una gilipollez de estas? Y créeme, están de lo más rácano. —Hizo un gesto con la cabeza en dirección al organillo—. Es falso. Una réplica del órgano del Museo de Antigüedades Holandesas de Peekskill. Está bien hecha, ¿no? Debajo

no hay más que un remolque normal y corriente.

Steve se quedó impresionado. Ahora que ya la tenía más cerca, se fijó en que, en efecto, la fachada no era más que un revoltijo de figuras de porcelana insulsas y de fruslerías pegadas con descuido…, aparte de mal pintadas. Los tubos del órgano ni siquiera eran de cromo de verdad, sino de PVC lacado en oro. Hasta la *Marcha Radetzky* resultaba monótona: un espejismo sin el encantador suspiro de las válvulas ni el golpeteo de los discos de cartón perforado que se esperaría de un instrumento de antaño.

Marty le leyó la mente y le dijo:

—Un iPod con un altavoz enorme. Si te equivocas de lista de reproducción, suena heavy metal.

—Yo diría que ha sido idea de Grim —comentó Steve entre risas.

—Ajá.

—Pero ¿el asunto no iba de desviar la atención de ella?

Marty se encogió de hombros.

—Ya conoces el estilo del jefe.

—Es para los acontecimientos públicos —intervino Lucy—. Para la feria o durante el festival, por si hay muchos forasteros.

—Pues buena suerte. —Steve sonrió y se preparó para seguir su camino—. A lo mejor hasta recaudáis algo de pasta, ya que os ponéis.

Se tomó el último kilómetro y medio con calma, ya en dirección a su casa de Deep Hollow Road. En cuanto la escena quedó fuera del alcance de su oído, dejó de pensar en la mujer sumida en la oscuridad, en la mujer de las entrañas del organillo, aunque la *Marcha Radetzky* continuó sonando en su cabeza al compás de sus pisadas.

Tras darse una ducha, Steve bajó las escaleras y se encontró a Jocelyn sentada a la mesa del comedor. Ella cerró el portátil. Con los labios curvados en la sutil sonrisa de la que él se había enamorado hacía veintitrés años, y que seguramente Jocelyn conservaría hasta el día de su muerte a pesar de las arrugas y las bolsas que iba acumulando bajo los ojos (ojeras de cuarentona, las llamaba ella), le dijo:

—Bueno, ya no hay más tiempo para los novios. Ahora le toca a

mi marido.

Steve sonrió.

—¿Cómo decías que se llamaba? ¿Rafael?

—Sí. Y Roger. He dejado a Novak. —Se levantó y le rodeó la cintura con los brazos—. ¿Cómo te ha ido el día?

—Estoy agotado. Cinco horas de clase seguidas con un único descanso de veinte minutos. Voy a pedirle a Ulmann que me cambie el horario, o que instale una batería detrás del atril.

—Eres patético —dijo ella, y a continuación lo besó en la boca—. Debo avisarte de que tenemos una mirona, señor Currante.

Steve se apartó y enarcó las cejas.

—La abuelita —añadió Jocelyn.

—¿La abuelita?

Jocelyn lo atrajo hacia sí, se dio la vuelta y señaló hacia atrás con la cabeza. Steve siguió la dirección de su gesto a través de las puertas francesas abiertas de par en par que daban a la sala de estar. En efecto, de pie en el extraño rincón que quedaba entre el sofá y la chimenea, justo al lado del equipo de música —Jocelyn siempre llamaba a ese hueco su Limbo, porque no tenía ni idea de qué hacer con él—, había una mujer diminuta, encogida, flaca como un alfiler e inmóvil por completo. Su apariencia era la de algo que no casaba con la luz clara y dorada del atardecer: oscura, sucia, nocturna. Jocelyn le había puesto un paño de cocina viejo en la cabeza para que no se le viera la cara.

—La abuelita —repitió Steve en tono meditabundo.

Y a continuación rompió a reír. No pudo evitarlo: con aquel trapo encima ofrecía un espectáculo chocante, ridículo.

Jocelyn se sonrojó.

—Ya sabes que me pone los pelos de punta cuando nos mira así. Sé que es ciega, pero a veces me da la sensación de que eso da igual.

—¿Cuánto rato lleva ahí? Porque acabo de verla en el pueblo.

—Menos de veinte minutos. Apareció justo antes de que llegaras a casa.

—Qué raro. Estaba en el aparcamiento del Market & Deli. Le habían echado encima uno de sus nuevos juguetes, ¡un puñetero

organillo! Supongo que la música no le ha gustado mucho.

Jocelyn sonrió y frunció los labios.

—Bueno, pues espero que le guste Johnny Cash, porque era el CD que había puesto en el reproductor y con pasar una vez por delante de ella para darle al botón ya he tenido suficiente, gracias.

—Sí, señora, bien jugado.

Steve enterró los dedos en el pelo de Jocelyn, a la altura de la nuca, y volvió a besarla.

La puerta mosquitera se abrió de golpe y Tyler entró cargado con una gran bolsa de plástico que olía a comida china para llevar.

—¡Eh! Nada de ñaca-ñaca, ¿vale? —dijo—. Soy menor de edad hasta el 15 de marzo, así que hasta ese momento mi delicado espíritu no soportaría ser corrompido. Y menos aún por mi propio acervo génico.

Steve le guiñó un ojo a Jocelyn y dijo:

—¿Eso también va por Laurie y por ti?

—A mí me toca experimentar —contestó Tyler mientras dejaba la bolsa en la mesa y se retorcía para quitarse la chaqueta—. Es lo que me corresponde por edad. Lo dice la Wikipedia.

—¿Y qué dice la Wikipedia que deberíamos hacer nosotros a nuestra edad?

—Trabajar…, cocinar…, subir pagas.

Jocelyn abrió los ojos como platos y se echó a reír. *Fletcher* se había colado por la puerta mosquitera detrás de Tyler y correteaba alrededor de la mesa del comedor con las orejas tiesas.

—Por Dios, Tyler, agárralo… —dijo Steve en cuanto oyó gruñir al border collie, pero ya era demasiado tarde: *Fletcher* había descubierto a la mujer del Limbo de Jocelyn.

El perro estalló en ladridos ensordecedores que se transformaron en un llanto tan estridente y agudo que los tres dieron un respingo. El animal cruzó el comedor como una exhalación, pero resbaló sobre las baldosas oscuras. Tyler consiguió agarrarlo a duras penas por el collar. Ladrando como un loco y arañando el aire con las patas delanteras, *Fletcher* se detuvo a la altura de las puertas francesas.

—¡*Fletcher*, abajo! —gritó Tyler, que le dio un tirón brusco a la

correa.

El perro dejó de ladrar, pero, meneando la cola con nerviosismo, comenzó a emitir un gruñido profundo y muy gutural en dirección a la mujer del Limbo de Jocelyn…, que no había movido ni un solo músculo.

—Madre mía, chicos, ¿no podríais haberme dicho que estaba aquí?

—Lo siento —se disculpó Steve antes de quitarle la correa de entre las manos a Tyler—. No hemos visto entrar a *Fletcher*.

Una expresión burlona invadió el rostro de su hijo.

—Le sienta bien ese trapo.

El muchacho tiró su chaqueta sobre una silla y, sin decir una sola palabra más, fue corriendo al piso de arriba. No iba a hacer los deberes, dio por sentado Steve, porque en lo tocante a los deberes Tyler nunca tenía prisa. Las únicas cosas que le hacían apresurarse eran la chica con la que estaba saliendo (una monada de Newburgh que, por desgracia, no podía visitarlo muy a menudo debido al Decreto de Emergencia) o el videoblog de su canal de YouTube, en el que seguro que estaba trabajando cuando su madre lo había mandado a por comida al Emperor's Choice. El miércoles era el día libre de Jocelyn, así que prefería no complicarse la vida a pesar de que todos los platos para llevar del restaurante chino sabían prácticamente igual.

Steve se llevó al jardín de atrás a un *Fletcher* que no dejaba de gruñir y lo encerró en su corral, donde el perro se puso a saltar contra la tela metálica y a caminar de un lado a otro con impaciencia.

—Para ya —le espetó Steve, tal vez con mayor dureza de la que requería la situación.

Pero es que *Fletcher* lo estaba sacando de sus casillas, y sabía que el animal tardaría al menos media hora más en calmarse. Hacía bastante que la abuelita no se pasaba a visitarlos, pero daba igual la frecuencia con la que se presentara: *Fletcher* no se acostumbraba a ella jamás.

Volvió dentro y pusieron la mesa. Steve estaba abriendo recipientes de cartón que contenían *chow mein* de pollo y tofu general Tso cuando la puerta de la cocina volvió a abrirse de golpe. Lo

primero en entrar fueron las botas de montar de Matt, rodando por el suelo, mientras el perro seguía ladrando sin cesar.

—¡Ostras, *Fletcher*! —oyó vociferar a su hijo pequeño—. ¿Qué narices te pasa?

Matt irrumpió en el comedor con el casco ladeado y los pantalones de montar hechos un rebujo en los brazos.

—Uy, ñam. Comida china. —Abrazó a sus padres al pasar y dijo —: ¡Bajo enseguida!

E, igual que Tyler, subió corriendo las escaleras.

Steve consideraba que, en torno a aquella hora, el comedor era el epicentro de los Grant, el lugar donde la apasionante vida de cada uno de los miembros individuales de la familia se solapaba con la de los demás —como si de una placa tectónica se tratase— y por fin se detenía. No era sólo que cumplieran con la tradición de cenar juntos siempre que podían, también tenía algo que ver con la habitación en sí: un lugar de confianza en la casa, enmarcado con traviesas y con una vista millonaria del establo y del recinto de los caballos, situados al fondo del jardín, con la vegetación abruptamente espesa de Philosopher's Deep justo detrás.

Estaba sirviendo los fideos con sésamo cuando Tyler entró en el comedor sujetando en las manos la cámara deportiva GoPro que le habían regalado por su decimoséptimo cumpleaños. Tenía la luz de *rec* encendida.

—Apaga esa cosa —ordenó Steve con firmeza—. Ya sabes cuáles son las normas cuando la abuelita está en casa.

—No voy a grabarla a ella —dijo Tyler, que acercó una silla al otro extremo de la mesa—. Mira, desde aquí ni siquiera puedo incluirla en el plano. Y ya sabes que casi nunca camina cuando está bajo techo. —Le dedicó una sonrisa inocente a su padre y adoptó su típica voz de YouTube (musicalidad 1.2, *flair* 2.0)—: Y ahora ha llegado el momento de hacerte una pregunta para mi *très important* trabajo de estadística, oh, Noble Progenitor.

—¡Tyler! —gritó Jocelyn.

—Lo siento, oh Honorable Dos Veces Dadora de Vida.

Jocelyn lo miró con determinación afable.

—Eso vas a cortarlo —dijo—. Y quítame esa cámara de la cara, estoy horrible.

—Libertad de prensa —le espetó Tyler sonriendo.

—Derecho a la intimidad —replicó Jocelyn.

—Cese de tareas domésticas.

—Recorte de pagas.

Tyler volvió la GoPro hacia su propia cara y adoptó una expresión atormentada.

—Uf, no paran de darme el coñazo. Lo he dicho en otras ocasiones y volveré a repetirlo, amigos míos: vivo en una dictadura. La libertad de expresión corre serio peligro en manos de la generación precedente.

—Así habló el Mesías —dijo Steve mientras servía el general Tso, pues sabía que de todas formas Tyler terminaría editándolo casi todo.

Su hijo mayor publicaba ingeniosos cortes con sus opiniones, absurdidades y grabaciones callejeras, acompañados de canciones pop pegadizas y vertiginosos efectos de vídeo. Se le daba bien. Y obtenía resultados impresionantes: la última vez que Steve echó un vistazo al canal de YouTube del muchacho, TylerFlow95, tenía trescientos cuarenta suscritos y más de doscientas setenta mil visitas. Incluso ganaba algún dinerillo (tan poco que era ridículo, reconocía) con los ingresos de publicidad.

—¿Qué querías preguntarme? —dijo Steve, y la cámara se volvió hacia él de inmediato.

—Si tuvieras que dejar morir a alguien, ¿a quién elegirías, a tu hijo o a toda una aldea de Sudán?

—Qué pregunta tan irrelevante.

—A mi hijo —respondió Jocelyn.

—¡Oh! —gritó Tyler con gran sentido dramático, y fuera, en su caseta, *Fletcher* alzó las orejas y comenzó a ladrar de nuevo con inquietud—. ¿Habéis oído eso? Mi propia madre me sacrificaría sin piedad por el bien de no sé qué pueblo africano inexistente. ¿Se trata de un indicio de su compasión hacia el tercer mundo o es un síntoma de disfunción en el seno de nuestra familia?

—Ambas cosas, cariño —dijo Jocelyn, y después gritó escaleras

arriba—: ¡Matt! ¡A cenar!

—Pero, en serio, papá: imagínate que tuvieras dos botones delante, y si pulsas uno, muere tu hijo (es decir, *moi*), y si pulsas el otro, muere toda una aldea de Sudán; y si no te decides antes de que cuenten hasta diez, los dos se pulsan de forma automática. ¿A quién salvarías?

—Es una situación absurda —contestó Steve—. ¿Quién iba a obligarme a tomar una decisión así?

—Dame ese gusto.

—Aun así, ninguna de las dos respuestas es correcta. Si te salvo a ti, me acusarás de haber dejado morir a todo un pueblo.

—Pero es que, si no, morimos todos —insistió Tyler.

—Pues claro que dejaría morir a la aldea y no a ti. ¿Cómo iba a sacrificar a mi propio hijo?

—¿En serio? —Tyler soltó un silbido de admiración—. ¿Aunque sea una aldea llena de niños soldado, con malnutrición severa, la tripita hinchada y moscas zumbándoles alrededor de los ojos, y de pobres madres sidosas y maltratadas?

—Aun así. Esas madres harían lo mismo por sus hijos. ¿Dónde está Matt? Tengo hambre.

—¿Y si tuvieras que elegir entre dejar que muera yo o que muera todo Sudán?

—Tyler, no deberías hacer ese tipo de preguntas —dijo Jocelyn, aunque sin mucha convicción, porque sabía muy bien que una vez que su marido y su hijo mayor entraban en bucle, la intervención tenía tan pocas posibilidades de éxito como…, bueno, como cualquier intervención en el panorama político general.

—¿Y bien, papá?

—Sudán —contestó Steve—. Pero ¿de qué va el trabajo? ¿De nuestra implicación en África?

—De la honestidad —respondió Tyler—. Cualquiera que diga que salvaría a Sudán está mintiendo. Y todo el que se niegue a contestar se limita a ser políticamente correcto. Se lo hemos preguntado a todos los profesores y la única honesta ha sido la señorita Redfearn, la de filosofía. Y tú. —Oyó a su hermano pequeño bajar en tropel por la

escalera y vociferó—: Si tuvieras que dejar morir a alguien, Matt, ¿a quién elegirías, a todo Sudán o a nuestros padres?

—A Sudán —fue la respuesta inmediata.

Fuera de plano, Tyler señaló hacia la sala de estar con la cabeza y se pasó dos dedos por los labios para imitar el gesto de cerrar una cremallera. Steve le lanzó una mirada reticente a su esposa, pero, al ver la forma en que Jocelyn se mordía el labio, dedujo que su mujer estaba dispuesta a seguirle el juego a Tyler. Un segundo después, la puerta se abrió y Matt entró vestido con sólo una toalla alrededor de la cintura, al parecer recién salido del baño.

—Genial, acabas de conseguirme mil visitas extra —dijo Tyler.

Matt hizo una mueca tonta ante la GoPro y después empezó a menear las caderas hacia delante y hacia atrás.

—¡Tyler, que tiene trece años! —exclamó Jocelyn.

—Va en serio. Aquel vídeo en el que Lawrence, Burak y yo hicimos *playback* con una canción de las Pussycat Dolls sin llevar camiseta tuvo más de treinta y cinco mil visitas.

—Eso fue casi porno —sentenció Matt, que colocó una silla junto a la de su hermano y se sentó de espaldas al salón… y a la mujer del Limbo de Jocelyn.

Steve y Tyler intercambiaron una mirada divertida.

—¿No puedes ponerte algo de ropa para sentarte a la mesa? —suspiró Jocelyn.

—¡Querías que bajara a cenar! Mi ropa huele a caballo, y ni siquiera me ha dado tiempo a ducharme. A todo esto, le he dado me gusta a tu álbum, mamá.

—¿Qué?

—Al de Facebook. —Con la boca llena de fideos, Matt apoyó las manos en el borde de la mesa y se echó hacia atrás en equilibrio sobre las patas traseras de su silla—. Eres muy guay, mamá.

—Ya lo he visto, cariño. Las cuatro patas en el suelo, ¿vale? O volverás a caerte.

Sin hacerle caso, Matt concentró su atención en el objetivo de Tyler.

—Apuesto a que no quieres saber mi opinión.

—Pues no, no quiero, hermano que huele a caballo. Preferiría que te ducharas.

—Huelo a sudor, no a caballo —replicó Matt imperturbable—. Opino que tu pregunta es demasiado fácil. Me parece mucho más interesante preguntar: si tuvieras que dejar morir a alguien, ¿a quién sería, a tu hijo o a todo Black Spring?

Fletcher emitió un gruñido grave. Steve se asomó al jardín trasero y vio al perro con la cabeza pegada al suelo tras la tela metálica, enseñando los dientes como un animal salvaje.

—Por Dios, ¿qué le pasa a ese perro? —preguntó Matt—. Aparte de estar como una cabra, claro.

—No estará la abuelita por aquí, ¿verdad? —preguntó Steve en tono inocente.

Jocelyn hizo un gesto de indiferencia y echó un vistazo en torno a la habitación.

—Hoy no la he visto por ningún lado.

Fingiendo inquietud, desvió la mirada desde el jardín trasero hacia el roble rojo y hendido que se alzaba en el extremo de la propiedad, donde el camino comenzaba a remontar la montaña: hacia el roble rojo que tenía tres cámaras de seguridad instaladas en el tronco, cada una enfocada hacia un rincón distinto de Philosopher's Deep.

—«No estará la abuelita por aquí, ¿verdad?». —Matt sonrió con la boca llena—. ¿Qué va a parecerles esa pregunta a los seguidores de Tyler?

La madre de Jocelyn, enferma de Alzheimer desde hacía mucho tiempo, había fallecido a causa de una infección pulmonar un año y medio antes; la de Steve llevaba muerta ocho años. No es que YouTube lo supiera, pero Matt se estaba divirtiendo.

Steve se volvió hacia su hijo mayor y, con una severidad que no era en absoluto propia de él, le dijo:

—Tyler, esto tendrás que cortarlo, ¿entendido?

—Claro, papá. —Cambió a la voz de TylerFlow95—: Hagamos esta pregunta más personal. Si tuvieras que dejar morir a alguien, oh, *mio padre*, ¿a quién sería, a tu hijo o al resto de nuestro pueblo?

—¿Eso incluiría a mi esposa y a mi otro hijo? —preguntó Steve.

—Sí, papá —intervino Matt con una carcajada condescendiente —. ¿A quién salvarías, a Tyler o a mí?

—¡Matthew! —gritó Jocelyn—. Basta ya.

—Os salvaría a los dos —contestó Steve en tono solemne.

Tyler sonrió con picardía.

—Eso es políticamente correcto, papá.

En ese preciso instante, Matt se empinó demasiado sobre las patas traseras de su asiento. Sacudió los brazos con desesperación en un intento por recuperar el equilibrio, pero, a pesar de que hasta la salsa agridulce de su cuchara salió volando, la silla cayó hacia atrás con estrépito y Matt echó a rodar por el suelo. Jocelyn se puso en pie de un salto, gesto que sobresaltó a Tyler y provocó que la GoPro se le resbalara de las manos y cayera en su plato de *chow mein* de pollo. Steve vio que Matt, que aún conservaba la flexibilidad de un niño, había frenado la caída extendiendo un codo y estaba tumbado de espaldas, riéndose como un histérico e intentando sujetarse la toalla alrededor de la cintura con una mano.

—¡Hermanito al agua! —chilló Tyler.

Dirigió la GoPro hacia abajo para obtener un buen ángulo y limpió el *chow mein* de la lente.

Como si acabara de recibir una descarga eléctrica, Matt empezó a temblar: la expresión de su cara se transformó en una mueca de horror, se golpeó la espinilla contra la pata de la mesa y emitió un alarido estruendoso.

En primer lugar: nadie verá jamás las imágenes que la GoPro de Tyler está grabando en ese momento. Es una pena, porque si alguien las analizara sería testigo de algo muy extraño, quizá incluso perturbador, por decirlo con suavidad. Las imágenes son clarísimas, y las imágenes no mienten. Aunque se trata de una cámara pequeña, la GoPro captura la realidad a una asombrosa velocidad de sesenta fotogramas por segundo, de manera que genera secuencias espectaculares de los descensos de Tyler en bicicleta de montaña por Mount Misery y de

cuando va al lago Popolopen a hacer *snorkel* con sus amigos, incluso cuando el agua está turbia.

Las imágenes muestran a Jocelyn y Steve mirando con perplejidad hacia la sala de estar, situada a espaldas de su hijo menor, aún tirado en el suelo. En el centro de la imagen hay un grumo de fideos y yema de huevo. La cámara se desvía hacia otro lado y Matt ya no está tumbado en el suelo: se levanta con un movimiento espástico del cuerpo y retrocede asustado hasta chocar contra la mesa. No se sabe muy bien cómo, ha conseguido que no se le caiga la toalla que lleva alrededor de la cintura. Durante un instante da la sensación de que estamos sobre la cubierta ondulante de un barco, porque todo lo que vemos está inclinado, como si el comedor entero hiciera agua. Entonces la imagen se endereza y, aunque la mancha de fideos nos oculta gran parte del panorama, vemos a una mujer demacrada cruzando el salón hacia las puertas francesas que dan a la cocina. Hasta entonces, ha permanecido inmóvil en el Limbo de Jocelyn, pero de repente está justo ahí, como si se hubiera compadecido de Matt por su caída. El trapo se le ha resbalado de la cara y en una fracción de segundo —puede que en sólo un par de fotogramas— vemos que tiene los ojos cosidos, al igual que la boca. Todo sucede tan rápido que termina antes de que nos demos cuenta, pero es el tipo de imagen que se te graba a fuego en el cerebro, y no sólo durante el tiempo suficiente para sacarte de tu zona de confort, sino para trastocarla para siempre.

Entonces Steve se precipita hacia las puertas francesas y las cierra. Al otro lado de las vidrieras de colores semitransparentes, vemos que la mujer cadavérica se detiene. Incluso oímos la ligera vibración del cristal cuando choca contra él.

El buen humor de Steve ha desaparecido.

—¡Apaga esa cosa! —exclama—. Ya.

Lo dice muy serio, y aunque su cara queda oculta a la vista (lo único que vemos son su camiseta y sus vaqueros, y un dedo de la mano que tiene libre señalando hacia la lente con furia), no nos cuesta imaginar qué aspecto debe de tener. Entonces todo se sume en la oscuridad.

—¡Venía a por mí! —gritó Matt—. ¡Nunca había hecho algo así!

Todavía estaba de pie junto a la silla caída, sujetándose la toalla alrededor de la cintura para impedir que se le cayera.

Tyler rompió a reír…, más que nada de alivio, pensó Steve.

—A lo mejor es que la pones cachonda.

—Uf, qué asco, ¿estás de coña? ¡Es una antigualla!

Jocelyn también se echó a reír. Se llenó la boca de fideos, pero sin darse cuenta de la cantidad de salsa picante que había puesto en la cuchara. Se le saltaron las lágrimas.

—Lo siento, cariño. Sólo queríamos darte un susto, pero creo que has sido tú el que la ha asustado a ella. La verdad es que es raro que haya querido acercarse a ti. Nunca hace esas cosas.

—¿Cuánto tiempo llevaba ahí? —preguntó Matt indignado.

—Desde el principio.

Tyler esbozó una gran sonrisa.

Matt se quedó boquiabierto.

—¡Ahora me ha visto desnudo!

Tyler lo miró con una mezcla de asombro absoluto y de esa especie de repugnancia rayana en el amor compasivo que sólo pueden utilizar los hermanos mayores para con sus hermanos más pequeños y cortos de luces.

—Pero si no ve, pedazo de idiota —dijo.

Limpió la lente de su GoPro y miró a la mujer ciega de detrás de las vidrieras de colores.

—Siéntate, Matt —ordenó Steve con expresión grave—. Se está enfriando la cena. —Matt obedeció, enfurruñado—. Y quiero que borres esas imágenes ahora mismo, Tyler.

—¡Venga ya! Puedo cortarla y…

—He dicho que ahora mismo, y quiero verte hacerlo. Ya conoces las reglas.

—¿Qué es esto, Pionyang?

—No me hagas repetírtelo.

—Pero si tenía un material que era la caña —murmuró Tyler sin mucha esperanza.

Sabía cuándo su padre hablaba en serio. Y, en efecto, conocía las

reglas. A regañadientes, levantó la pantalla en ángulo hacia Steve, seleccionó el archivo del vídeo e hizo clic en «borrar» y luego en «aceptar».

—Buen chico.

—Tyler, da parte en la aplicación, por favor —pidió Jocelyn—. Quise hacerlo antes, pero ya sabes que se me dan fatal estas cosas.

Con cautela, Steve se dirigió hacia la sala de estar dando la vuelta por el vestíbulo. La mujer no se había movido. Allí seguía, justo delante de las puertas francesas y con la cara pegada al cristal, como si alguien la hubiera dejado allí instalada para gastar una broma macabra, como sustituta de una lámpara de pie o de una planta de interior. El pelo lacio le asomaba quieto y sucio por debajo del pañuelo de la cabeza. Si sabía que había alguien más en la habitación, no lo dejaba entrever. Steve se acercó, pero evitó expresamente mirarla e intuyó su silueta por el rabillo del ojo. Era mejor no verla tan de cerca. Sin embargo, ya la olía: el hedor de otra época, del barro y el ganado en las calles, de las enfermedades. La mujer se balanceó con suavidad y la cadena de hierro forjado que le amarraba los brazos al cuerpo enjuto chocó contra la jamba barnizada de la puerta con un ruido sordo.

—Se la avistó por última vez a las cinco y veinticuatro de la tarde a través de las cámaras de detrás del Market & Deli —oyó que decía la voz apagada de Tyler desde la otra habitación. Steve también oía susurrar a la mujer. Sabía que no escuchar sus susurros era una cuestión de vida o muerte, así que se concentró en la voz de su hijo y en Johnny Cash—. Hay avisos de cuatro personas, pero después ya no hay nada más. No sé qué de un organillo. Papá…, ¿estás bien?

Con el corazón desbocado, Steve se arrodilló junto a la mujer de los ojos cosidos y recogió el paño de cocina. A continuación se enderezó. Cuando rozó la cadena con un codo, la mujer volvió la cara mutilada hacia él. Steve le puso el trapo sobre la cabeza, se alejó de ella a toda prisa y volvió al comedor con la frente empapada en sudor. Los ladridos feroces y alarmados de *Fletcher* le llegaban desde el jardín trasero.

—El trapo —le dijo a Jocelyn—. Buena idea.

La familia siguió comiendo y la mujer de los ojos cosidos permaneció inerte detrás de las vidrieras de colores durante toda la cena.

Sólo se movió una vez: cuando la risa aguda de Matt resonó en el comedor, ella ladeó la cabeza.

Como si prestara atención.

Después de cenar, Tyler cargó el lavavajillas y Steve recogió la mesa.

—Enséñame lo que les has enviado.

Tyler levantó su iPhone con el registro de la HEXApp a la vista. La última entrada decía lo siguiente:

> Mi. 19-09-12, 19.03, hace 16 min
> Tyler Grant @gps 41.22890 N, 73.61831 O
> #K @ sala de estar, Deep Hollow Road, 188
> OMG, creo que le pone mi hermano pequeño.

Más tarde, Steve y Jocelyn estaban tumbados en la sala de estar —no en el sofá, como era habitual, sino en el diván del otro lado de la habitación— viendo «The Late Show» en la CBS. Matt estaba en la cama; Tyler estaba arriba trabajando en su portátil. La luz pálida de la televisión titilaba sobre las cadenas de metal que rodeaban el cuerpo de la mujer ciega, o por lo menos sobre los eslabones que no estaban oxidados. Bajo el trapo de cocina, la carne muerta de la comisura despegada se estremecía con un temblor apenas visible. Tiraba de los puntos negros e irregulares que le cosían la boca con fuerza, a excepción del único que tenía suelto en el borde y que sobresalía como un trozo de alambre retorcido. Jocelyn bostezó y se estiró con el cuerpo pegado al de Steve. Su marido supuso que no tardaría mucho en quedarse dormida.

Cuando subieron a la habitación, media hora más tarde, la mujer ciega seguía allí, una criatura de la noche que la noche ya había recuperado.

DOS

Robert Grim contemplaba la pantalla con inquietud mientras los de la mudanza sacaban del camión muebles envueltos en lona y plástico y, siguiendo las instrucciones de aquella dichosa pija cabeza de chorlito, los cargaban hasta la residencia de Upper Reservoir Road. Era la cámara D19-063, la de la propiedad de la difunta señora Barphwell, pero él no necesitaba conocer el número de la cámara para identificarla. La imagen ocupaba no sólo la mayor parte de la pared occidental del centro de control del HEX, sino también la mayor parte de los atormentados sueños que el hombre había tenido aquella noche. Cerró los ojos y, haciendo uso de toda su fuerza de voluntad, evocó una imagen nueva, una imagen sublime: Robert Grim vio alambre de púas.

«El apartheid es un sistema infravalorado», pensó. No era partidario de la segregación racial en Sudáfrica, ni del purdah estricto que separaba a los hombres de las mujeres en Arabia Saudí, pero una parte revolucionaria y alarmantemente altruista suya veía el mundo dividido entre la gente de Black Spring y la gente de fuera de Black Spring. A poder ser con gran cantidad de alambre de púas oxidado en medio. Con poco menos de diez mil voltios, si era posible. Colton Mathers, presidente del Consejo Municipal, censuraba esa actitud y, de acuerdo con las exigencias de The Point, reclamaba un proyecto de integración controlada, ya que, sin crecimiento, Black Spring moriría o se convertiría en una comuna endogámica que haría que Amishville, Pensilvania, pareciera una meca hippie. Pero el expansionismo de

Colton Mathers no le llegaba a la suela del zapato a casi trescientos cincuenta puñeteros años de política de encubrimiento, lo cual suponía un alivio para todos. Robert Grim se imaginaba el ego del concejal como algo particularmente inmenso. Lo odiaba.

Grim suspiró y se desplazó con la silla a lo largo del borde del escritorio para echarles un vistazo a las estadísticas, tablas y medidas del monitor de Warren Castillo, que estaba tomando café y leyendo el *Wall Street Journal* con los pies encima de la mesa.

—Neurótico —dijo Warren sin levantar la mirada.

Grim cerró las manos en un puño, crispado. Volvió a mirar el camión de mudanzas.

Hacía un mes todo parecía ir viento en popa. El agente inmobiliario había llevado a la pareja de ejecutivos a visitar la casa y Grim había preparado hasta el último detalle una operación denominada «Operación Barphwell» en honor a la anciana exocupante de la propiedad. La operación Barphwell consistió en colocar una valla provisional justo detrás de la casa, junto con un camión lleno de arena, unas cuantas losas de hormigón, un enorme cartel de una constructora en el que se leía «BAZAR Y CLUB NOCTURNO POPOLOPEN, INAUGURACIÓN A MEDIADOS DE 2015» y unos altavoces de subgraves dignos de un concierto que, desde su escondite, reproducían el traqueteo de un martillo hidráulico (encontrado en la sección NEW AGE & MINDFULNESS de iTunes). Y, como no podía ser de otra manera, en cuanto las cámaras de seguridad mostraron que el coche del agente inmobiliario se acercaba a la ciudad por la Ruta 293 y Grim dio la señal de que comenzara la banda sonora, el estruendo resultó difícil de ignorar. Junto con el martillo perforador de Butch Heller, que el propio alicatador se puso a clavar al azar en las losas de hormigón, la escena sugería la construcción de un castillo en el aire.

Delarosa era su apellido, y Nueva York los había unido. Según la información que Grim había recibido desde The Point, el marido había obtenido un escaño en el Ayuntamiento de Newburgh y la esposa era asesora de comunicaciones y heredera de una fortuna forjada a base de vender ropa de hombre. Les hablarían con entusiasmo a sus amigos del Upper East Side sobre el redescubrimiento de la vida en el campo,

excretarían dos coma seis bebés rechonchos y decidirían regresar a la ciudad al cabo de unos seis años.

Pero ahí era donde se complicaban las cosas. Una vez que se hubieran instalado en Black Spring, no habría vuelta atrás.

Era fundamental impedir que se mudaran al pueblo.

La efectividad de la falsa zona de obras ya debería haber sido indiscutible, pero, sólo para asegurarse, Grim había enviado a tres chavales del pueblo a Upper Reservoir Road. En Black Spring siempre había algún adolescente dispuesto a aceptar esas tareas a cambio de unos cigarrillos o una caja de cervezas Bud. En esa ocasión fueron Justin Walker, Burak Şayer y Jaydon Holst, el hijo del carnicero. El agente inmobiliario vio que su comisión se esfumaba en el aire cuando los tres chavales acusaron a Bammy Delarosa de trabajar en una esquina en cuanto se bajó del coche, además de invitarla a una masturbación colectiva al ritmo del golpeteo del martillo hidráulico.

Eso debería haberle puesto punto final al asunto. Cuando Grim se acostó aquella noche en su cama, satisfecho, se felicitó por su ingenio y se quedó dormido enseguida. Soñó con Bammy Delarosa, que en su sueño era jorobada. La joroba tenía una boca que intentaba abrirse y gritar, pero no podía porque estaba cosida con alambre de púas.

—Prepárate —le dijo Claire Hammer a la mañana siguiente cuando Grim entró en el centro de control. La mujer levantó un pedazo de papel—. No te lo vas a creer.

Grim no se preparó. Leyó el correo. Colton Mathers estaba furioso. Acusaba al HEX de cometer un tremendo error de juicio. El agente inmobiliario había empezado a hacer preguntas sobre el cartel de «BAZAR Y CLUB NOCTURNO POPOLOPEN, INAUGURACIÓN A MEDIADOS DE 2015». Grim maldijo la muerte de la señora Barphwell, pero sus parientes más cercanos habían llamado a un agente inmobiliario de Newburgh en lugar de a Donna Ross, dueña de Hometown Realty en Black Spring, a quien Grim pagaba para que siguiera la política de desalentar a la gente en lugar de atraerla. «De una u otra forma, en este caso estás tratando con forasteros —escribía Mathers—. Y una vez más, estás siendo demasiado creativo al llevar a cabo tus deberes. ¿Cómo diablos se supone que voy a librarme de este lío?».

Esa era la preocupación del concejal. La preocupación de Grim era que los Delarosa se habían enamorado de la propiedad y habían presentado una oferta. Él hizo una contraoferta de inmediato, recurriendo a una identidad falsa. Delarosa pujó de nuevo. También Grim. Perder el tiempo hasta que los compradores perdieran el interés era crucial en aquellos casos… A Black Spring le iba bastante bien en la burbuja inmobiliaria.

Una semana más tarde, Warren Castillo lo llamó desde el centro de control a la hora de comer, justo cuando estaba a punto de empezar a comerse un sándwich de cordero en Griselda's Butchery & Delicacies. Habían reconocido el Mercedes de los Delarosa en el pueblo. Claire ya estaba en camino. El riesgo de un Código Rojo —un avistamiento por parte de forasteros— era casi nulo y Warren ya había alertado a dos personas. Lo más deprisa que pudo, y echando chispas por no haber podido terminarse el sándwich de cordero, Grim subió la montaña a toda velocidad. Cuando se topó con Claire cerca de la pasarela conmemorativa de Upper Reservoir Road, estaba sin aliento.

—¿Que quiere qué? —preguntó el neoyorquino con recelo cuando lo abordaron ante el chalé de la señora Barphwell, donde se encontraba junto con su esposa artificialmente bronceada.

Los Delarosa habían ido sin su agente inmobiliario, seguro que para convencerse una vez más del extraordinario carácter de la casa y sus alrededores.

—Quiero que cancelen la compra de esta casa —repitió Grim—. No van a hacer más ofertas, ni por esta ni por ninguna otra propiedad de Black Spring. El pueblo está dispuesto a compensarles por las molestias pagándoles cinco mil dólares a cuenta de la compra de cualquier otro terreno, en cualquier otra ubicación, siempre y cuando no sea en Black Spring.

Los Delarosa miraron a los dos funcionarios del HEX con franca incredulidad. Era un día caluroso, e incluso allí, al abrigo del bosque de Black Rock, Grim sintió que una gota de sudor le resbalaba por la sien cada vez más despejada. En cierto sentido, su calvicie lo hacía destacar, pensaba él. Las cabezas calvas inspiraban a los ejecutivos y a las mujeres. Robert Grim, a pesar de superar con creces la

cincuentena, constituía una presencia intimidante debido a su altura, a sus gafas con montura de carey y a su corbata elegante, y Claire Hammer, por su parte, era una mujer que poseía una belleza intimidante, salvo por la exagerada altura de su frente, que no debería acentuar tanto.

De camino a la propiedad habían debatido sobre cómo hacer frente a la situación. Claire prefería un enfoque emocional y alguna historia melodramática sobre lazos familiares y recuerdos de la infancia. Grim estaba convencido de que, cuando te enfrentabas a ese tipo de obsesos del trabajo, lo mejor era ser rápido y directo, así que no hizo caso a Claire. Era por su frente. Le distraía. Había algo prescindible en las mujeres con la frente demasiado alta…, sobre todo si la enfatizaban así.

—Pero… ¿por qué? —preguntó el señor Delarosa cuando por fin recuperó el habla.

—Tenemos nuestras razones —contestó Grim en tono impasible —. Marcharse ahora mismo y olvidarse de todo esto redundará en su propio beneficio. Podemos exponer los detalles del acuerdo en un contrato…

—Pero, a ver, ¿a qué autoridad representa usted?

—Eso es irrelevante. Quiero que cancelen la compra, y a cambio se les entregarán cinco mil dólares. Hay cosas que el dinero no puede comprar. Para todo lo demás, aquí nos tienen.

La expresión de Delarosa era la misma que si Grim acabara de comentarle que iba a ejecutar públicamente a su esposa en el cadalso del pueblo.

—¿Cree que estoy loco? —dijo con furia—. ¿Con quién se cree que está hablando?

Grim cerró los ojos y no dio el brazo a torcer.

—Piensen en el dinero. —Él estaba pensando más bien en cianuro—. Y considérenlo una propuesta de negocios.

—¡No voy a dejar que me soborne el primer perro guardián del barrio que se me cruce en el camino! A mi esposa y a mí nos encanta esta casa y vamos a firmar la compra mañana mismo. Debería alegrarse de que no presente cargos contra usted.

—Escuchen, la señora Barphwell tenía goteras en el tejado todos los otoños. El año pasado el agua causó daños considerables en los suelos. Esta —dijo Grim al mismo tiempo que gesticulaba con ambas manos— es una casa de mierda. Hay propiedades preciosas en Highland Falls, igual de rústicas, pero justo al lado del Hudson, y los precios de los terrenos son más bajos.

—Se equivoca si cree que puede engatusarme con cinco mil dólares —replicó Delarosa. Entonces se le pasó algo por la cabeza—: ¿Son ustedes los bromistas del Bazar Nocturno? ¿Por qué diablos hacen estas cosas?

Grim abrió la boca, pero Claire se le adelantó:

—No nos caen bien —les espetó, tan rápida como siempre a pesar de detestar aquel papel—. No nos gustan los urbanitas pijos como ustedes. Contaminan el aire.

—Un poquito de humor endogámico —agregó Grim en tono confidencial.

Supo que acababan de perder su caso.

Bammy Delarosa lo miró como una idiota, se volvió hacia su marido y le preguntó:

—¿Qué nos están diciendo exactamente, cariño?

Robert Grim se imaginó que su cerebro era algo que se había chamuscado bajo una máquina de rayos uva y que ahora lo tenía incrustado en la pared interna del cráneo.

—Calla, cielo—dijo Delarosa, y la atrajo hacia sí—. ¡Fuera de aquí, antes de que llame a la policía!

—Van a arrepentirse de esto —soltó Claire, pero Grim se la llevó.

—Déjalo, Claire. No sirve de nada.

Esa noche llamó al móvil de Delarosa y le rogó que renunciara a la compra. Cuando el hombre le preguntó por qué se estaba tomando tantas molestias, Grim le contestó que Black Spring sufría una maldición desde hacía trescientos años, y que a ellos también los corrompería si decidían instalarse en el pueblo, que estarían condenados hasta la muerte, y que en Black Spring vivía una bruja malvada. Delarosa colgó.

—¡Me cago en vosotros! —gritó Grim mientras miraba a los de la

mudanza. Lanzó su bolígrafo contra la pantalla grande y los veinte monitores que la rodeaban cambiaron a un nuevo ángulo de cámara para pasar a ofrecer imágenes de la gente que vagabundeaba por el pueblo—. ¡Os estaba haciendo un puto favor!

—Relájate —dijo Warren. Dobló su periódico y lo dejó sobre la mesa—. Hemos hecho todo lo que hemos podido. Puede que ese tío sea un capullo intelectual y chupapollas, pero al menos es nuestro capullo intelectual y chupapollas. Y ella está de toma pan y moja.

—Cerdo —lo insultó Claire.

Grim clavó un dedo en la pantalla.

—En el Consejo se están frotando las manos. Pero cuando esta gente monte un escándalo, ¿a quién le va tocar limpiar el desorden?

—A nosotros —respondió Warren—, y se nos da muy bien. Tío, tranquilízate un poco. Alégrate de que tengamos algo nuevo por lo que apostar. Cincuenta dólares a una aparición en casa.

—¿Cincuenta dólares? —Claire no daba crédito—. Estás loco. Desde el punto de vista estadístico, las apariciones en casa nunca son lo primero.

—Lo noto en los dedos, nena —dijo Warren, y los hizo tamborilear sobre el escritorio—. Si yo fuera ella, iría a echarle un vistazo a la carne fresca, ya me entendéis. —Enarcó las cejas—. ¿Quién se apunta?

—Cincuenta dólares…, de acuerdo —dijo Claire—. Yo digo que la ven en la calle.

—Las cámaras de seguridad —intervino Marty Keller, el analista de datos en línea, desde el otro extremo del centro de control—. Y subo la apuesta a setenta y cinco.

Los demás lo miraron como si hubiera perdido la cabeza.

—Nadie las ve jamás si no sabe que están ahí —dijo Warren.

—Él sí. —Marty señaló el monitor con un gesto de la cabeza—. Es el típico que se fija en todo. Ven las cámaras de seguridad y empiezan a hacer preguntas. Setenta y cinco.

—Cuenta conmigo —dijo Claire de inmediato.

—Y conmigo —se sumó Warren—, y la primera copa corre de mi cuenta.

Marty le dio unos toquecitos a Lucy Everett, que estaba en la silla contigua a la suya escuchando las llamadas telefónicas. La mujer se quitó los auriculares.

—¿Qué decís?

—¿Quieres participar en la apuesta? Setenta y cinco dólares.

—Claro. Aparición en casa.

—¡Vete a tomar por culo, esa es mi apuesta! —gritó Warren.

—Entonces tienes que compartir las ganancias con él —dijo Marty.

Lucy se dio la vuelta y le lanzó un beso a Warren. Él se lo limpió y se dejó caer sobre su silla.

—¿Y tú, Robert? ¿Te apuntas? —preguntó Claire.

Grim suspiró.

—Dais más asco del que pensaba. Vale, se enterarán en el pueblo. Siempre hay alguien que es incapaz de mantener el pico cerrado.

Marty lo anotó en la pizarra con un rotulador no permanente.

—Sólo quedan Liz y Eric. Les enviaré un correo electrónico. Si se unen, tendremos un bote de… quinientos veinticinco dólares. Siguen siendo doscientos setenta y cinco para ti, Warren.

—Doscientos sesenta y dos con cincuenta, cariño —dijo Claire.

—Calla, mujer dragón —dijo Warren enfurruñado.

Robert Grim se puso el abrigo para irse al pueblo a por un trozo de pastel de nueces pacanas. Se le había agriado el humor para el resto del día, pero al menos podría disfrutar de un pedazo de pastel de pacanas sufragado por el estado. A pesar de que no tenía ninguna autoridad oficial sin el mandato del Consejo, y a pesar de que tenía que informar de todo trimestralmente a su contacto de The Point, Grim ostentaba el poder ejecutivo en Black Spring, y uno de sus talentos era conseguir subsidios de lo que él llamaba el Pozo Sin Fondo. Los salarios anuales de los siete empleados del HEX salían de ese pozo, al igual que las cuatrocientas y pico cámaras de vigilancia y su sistema operativo, el servidor con filtro y acceso a internet para todo el pueblo, un par de fiestas de gran éxito (con un vino excelente) tras las reuniones del Consejo y los iPhones gratuitos para todos los que, de acuerdo con la normativa que obligaba a informar de los

avistamientos, prefirieran utilizar la HEXApp en lugar del número gratuito. Esto último había convertido a Robert Grim en el hombre más popular entre la población joven de Black Spring, y a menudo te lo podías encontrar soñando despierto con una joven morena cualquiera (por lo general con las piernas largas) que se desplazaba desde el pueblo hasta el centro de control para explorar las legendarias proporciones de su estatus de culto entre el montón de objetos de atrezo que todavía apestaban a putrefacción del siglo XVII.

Robert Grim no se había casado nunca.

—A todo esto, hemos recibido un correo electrónico de John Blanchard —dijo Marty mientras Grim se preparaba para salir—. Ya sabes, ese que cría ovejas en el bosque, el de Ackerman's Corner.

—Uf, otra vez él —dijo Warren, que levantó la mirada hacia el cielo.

—Dice que su oveja Jackie ha dado a luz a un cordero de dos cabezas. Nació muerto.

—¿Dos cabezas? —preguntó Grim con incredulidad—. ¡Eso es horrible! No ha ocurrido nada así desde lo del bebé de Henrietta Russo en el 91.

—Su correo electrónico me puso un poco los pelos de punta. No paraba de hablar de profecías y presagios, y de no sé qué de un noveno círculo o algo así.

—Pasa de él —dijo Warren—. En la última reunión del Consejo dijo que había visto luces extrañas en el cielo. Dijo que «los ignorantes y los sodomitas serán castigados por su orgullo y codicia». Ese tío está loco. Ve presagios hasta en una erección matutina.

Marty se volvió hacia Grim.

—El caso es: ¿deberíamos guardarlo? Esta es la foto que adjuntó.

Hizo clic en su panel táctil y en la pantalla grande apareció la foto de una cosa fea, carnosa y muerta tirada en la tierra… y, en efecto, se distinguían claramente dos cabezas de cordero deformadas. Jackie ni siquiera había querido lamer la membrana. Medio cortada de la foto y algo desenfocada, se la veía comiendo heno y negándose a darle siquiera la hora a aquel monstruo fetal.

—Puaj, menudo monstruo —dijo Grim, y se dio la vuelta—. Sí,

que el doctor Stanton le eche un vistazo y lo meta en formaldehído como a los otros especímenes del archivo. ¿A alguien le apetece un trozo de pastel de pacanas?

Todos los miembros de la plantilla soltaron un «qué guarrada» unánime, y por eso al principio Grim no se enteró de que Claire era la única que no había dicho «qué guarrada», sino «qué putada». Ya había agarrado el pomo de la puerta cuando ella lo repitió:

—No, en serio, Robert. Qué putada. Marty, pon la propiedad Barphwell a pantalla completa.

Marty apartó la foto del cordero muerto y los de la mudanza volvieron a aparecer en escena.

—No, la cámara de dentro del terreno, la D19… 064.

Grim palideció de forma visible.

La cámara de seguridad estaba ubicada en el poste de la luz que había delante del chalé Delarosa y ofrecía una panorámica del descenso de Upper Reservoir Road junto a los límites del bosque de Black Rock. El camión de mudanzas estaba aparcado a la derecha y se veía a los trabajadores cogiendo cajas y desapareciendo por la parte inferior de la imagen. El resto de la calle estaba vacía, menos alrededor de unos veinte metros más arriba, a la izquierda. En el césped de una casa baja del otro lado de la calle había una mujer. No estaba mirando a los de la mudanza, sino colina abajo, inmóvil. Pero Robert Grim no necesitaba verla de cerca para saber que en realidad no estaba mirando nada en absoluto. Le invadió el pánico.

—¡Me cago en la leche! —gritó. Se llevó la mano derecha a la boca y se la tapó—. Joder, ¿cómo coño es posible…?

Volvió corriendo a la mesa y recorrió la pantalla a toda velocidad con la mirada.

El enorme camión impedía que la pareja de ejecutivos y los de la mudanza la vieran, pero bastaría con que uno de aquellos imbéciles rodeara la rampa de carga para que la divisaran. Un puto Código Rojo cuadruplicado. Llamarían a emergencias: una mujer con mutilaciones graves, desnutrida… «Sí, parece desaliñada; envíen una ambulancia y a la policía». O peor aún: intentarían ayudarla ellos mismos. Entonces las consecuencias serían inmensas.

—¿Qué está haciendo ahí, por el amor de Dios? ¿No se suponía que estaba con la familia Grant?

—Sí, hasta… —Claire miró su registro—. Por lo menos hasta las ocho y treinta y siete de esta mañana, cuando el hijo informó en la aplicación de que tenía que irse a clase. A partir de ese momento, la casa ha estado vacía.

—¿Cómo se entera de las cosas ese vejestorio?

—Relájate —le dijo Warren—. Deberías alegrarte de que al menos no la tengan en el salón. Está en un jardín, así que le pondremos delante la típica pantalla del tendedero con sábanas. Marty y tú podéis plantaros ahí en cinco minutos. Llamaré a los dueños de esa propiedad o a uno de sus vecinos y les pediré que la tapen con una manta hasta que lleguemos.

Grim echó a correr hacia la salida y empujó a Marty en dirección al pasillo.

—Qué marronazo.

—Si la ven, diremos que forma parte del festival —dijo Warren. Le dedicó a Grim una sonrisa que era más apropiada para tomarse un mojito en una fiesta mientras bailaba salsa que para una situación en la que podía morir gente, y fracasó de manera abismal en su objetivo de calmar a su jefe—. Una broma de la gente del pueblo para darles la bienvenida a los recién llegados. ¡Bu, bu, bu!, lo que puede lograr un poquito de sugestión. No es más que una bruja.

Robert Grim se dio la vuelta desde la puerta.

—¡Esto no es el puto cuento de Hansel y Gretel!

TRES

El último día caluroso del año llegó y se fue. Habían transcurrido varias semanas desde el inicio del semestre y Steve Grant había empezado a adaptarse al ritmo de alternar las clases en la Facultad de Medicina de Nueva York con su trabajo como director de proyecto en el centro de investigación científica. Jocelyn trabajaba tres días y medio a la semana en el Museo de la Naturaleza de las Hudson Highlands en Cornwall, y los niños habían comenzado a acostumbrarse al nuevo curso escolar en el Instituto de Educación Secundaria O'Neill de Highland Falls, aunque con la habitual renuencia. Tyler había aprobado por los pelos el penúltimo curso de la secundaria, y ahora estaba recibiendo clases extra de matemáticas para no quedarse rezagado de cara a los exámenes finales. Eso lo ponía de mal humor. Tyler era un hombre de palabras, no de números, y si aprobaba aquel curso —un «si» muy condicional, si le preguntabas a Steve— quería trabajar con las palabras. Periodismo, a poder ser en la Universidad de Nueva York, aunque eso significaría tener que ir y volver todos los días. Buscarse una habitación en una residencia del campus, a tal distancia de Black Spring, sería demasiado peligroso. Lo invadiría despacio, de manera casi imperceptible…, pero al final lo poseería, y seguro que de una forma demasiado inesperada para que se lo viera venir.

Matt había superado su primer año de instituto con facilidad, y comenzado el segundo aquejado de los hiperactivos cambios de humor de la pubertad. Siempre se rodeaba de las chicas de su clase, y parecía

compartir con ellas tanto sus interminables ataques de risa como sus rabietas de síndrome premenstrual, además de ser capaz de hundirse en la depresión en menos que canta un gallo. Jocelyn había expresado su preocupación de que Matt pudiera salir del armario aquel año o el siguiente, y aunque Steve había enarcado las cejas ante la idea, sospechaba que Jocelyn tenía razón. La situación le alarmaba, no porque ninguno de los dos tuviera opiniones conservadoras, sino porque continuaba viendo a Matt como lo que siempre había sido: un niño dulce y vulnerable.

«Se están haciendo mayores de verdad —pensó, no sin un dejo de nostalgia—. Y nosotros nos estamos haciendo viejos. En esto no se hacen excepciones: todos envejecemos… y en nuestro caso será en Black Spring».

Sumido en un estado de ánimo sombrío por culpa de ese pensamiento, recorrió el camino que pasaba junto al recinto de los caballos hasta llegar al final del jardín. Aunque eran casi las once, todavía hacía bastante calor. Era una típica noche de finales de verano, aún sin el menor indicio de otoño en el ambiente, a pesar de que en la radio habían pronosticado lluvia para el día siguiente. El bosque se alzaba ante él, silencioso y negro como la pez. Steve silbó para llamar *Fletcher*, que estaba escondido en algún lugar de ahí fuera.

Al otro lado de la valla, el cigarrillo de Pete VanderMeer brillaba en la oscuridad. Steve levantó la mano y Pete le devolvió el saludo llevándose dos dedos a la sien. Pete, sociólogo de profesión, a menudo se sentaba a fumar en su jardín trasero hasta altas horas de la madrugada. Se había acogido a la jubilación anticipada hacía un par de años a causa de la artritis reumatoide. Desde entonces, su esposa, Mary, era la que ganaba el pan de cada día. Pete era quince años mayor que Steve, pero su hijo, Lawrence, tenía la misma edad que Tyler, y las familias se habían hecho amigas con los años.

—Hola, Steve. ¿Intentando apurar los últimos resquicios del verano?

Su vecino sonrió.

—Todo lo que pueda.

—Disfrútalo mientras dure. Se acerca una tormenta.

Steve arqueó las cejas.

—¿No te has enterado? —Pete exhaló una nube de humo—. Tenemos carne fresca.

—Vaya, qué mierda —dijo Steve—. ¿Cómo son?

—Una pareja de la ciudad, todavía bastante joven. A él le han ofrecido un puesto en Newburgh. Me han recordado a vosotros. —Uno de los caballos relinchó con suavidad en el establo—. ¿No es una putada? Es más fácil si has nacido aquí, como yo. Lo superarán, si su matrimonio es lo bastante fuerte. La mayoría lo logra, pero a ti no hace falta que te lo recuerde.

Steve sonrió con resignación. Jocelyn y él tampoco eran originarios de por allí. Se habían mudado a su renovado refugio colonial hacía dieciocho años, cuando Jocelyn estaba embarazada de Tyler y Steve había aceptado un puesto en el grupo de medicina general de la Facultad de Medicina de Nueva York. Ya habían tenido problemas con la venta antes de dejar Atlanta —una agente inmobiliaria arisca, dificultades inesperadas para que les concedieran la hipoteca—, pero aquel era un lugar ideal para criar a sus hijos, rodeado por todas partes de los bosques del Valle del Hudson y a una distancia asequible del campus.

—Espero, por su bien, que la esposa también haya tenido voz y voto en esto —dijo Steve—. Yo todavía les doy las gracias todos los días a las piedras desde lo más profundo de mi corazón.

Pete echó la cabeza hacia atrás y rompió a reír. En aquella época, Jocelyn estaba sacándose el doctorado en geología y se había enamorado de las rocas que habían dejado los glaciares a lo largo de todo Deep Hollow Road, desde su propiedad hasta el centro del pueblo. Steve nunca se había atrevido a decírselo en voz alta, pero sospechaba que las rocas habían salvado su matrimonio. Si el traslado a Black Spring hubiera sido sólo cosa suya, no tenía claro si Jocelyn habría sido capaz de llegar a perdonarlo. Tal vez lo hubiera deseado, pero el rencor que le habría guardado habría sido demasiado fuerte.

—Bueno, al final se les pasará —dijo Pete—. Este lugar nunca les pertenecerá del todo…, pero lo que está claro es que ellos sí que pertenecerán a Black Spring. —Le dedicó a Steve un guiño rápido,

como si fueran dos niños compartiendo un secreto—. Bien, debería irme a la cama. Cualquier día de estos nos tocará salir a trabajar.

Se dieron las buenas noches y Steve continuó hacia la parte trasera de la propiedad en busca de *Fletcher*. Desde el establo le llegó el resuello de uno de los caballos —bien de *Paladín*, bien de *Nuala*—, un sonido inquieto, pero íntimo al mismo tiempo. Lo raro era que a Steve le encantaba la vida en Black Spring, a pesar de sus restricciones. Allí, en la oscuridad, experimentaba un fuerte sentido de pertenencia, algo que, como tantos aspectos de la psique humana, no podía explicarse de forma lógica, pero que, no obstante, existía. Steve tenía una mente demasiado científica para creer en algo espiritual como el poder de un lugar, pero aun así, una parte más primitiva e intuitiva de su personalidad sabía que su vecino tenía razón. Pertenecían a aquel lugar. E incluso en aquel momento, al abrigo de la noche de finales de verano, sentías que el lugar, a su vez, pertenecía a algo más antiguo. Su casa estaba situada al límite de la reserva natural del bosque de Black Rock, al pie del Mount Misery. La cadena montañosa, presionada por los glaciares en anteriores edades del hielo y recortada por el agua del deshielo, ejercía desde tiempos remotos una especie de atracción sobre toda la gente que se asentaba en ella. Cualquiera que se pusiera a cavar en la zona encontraría restos de asentamientos y cementerios de las tribus munsee y mohicana. Más tarde, cuando llegaron los colonos holandeses e ingleses y expulsaron a los indios del Hudson de aquella zona, el paisaje cultivado mantuvo su carácter y los cultos bárbaros y paganos se sirvieron de las montañas para sus rituales. Steve conocía la historia…, pero la conexión que los historiadores no lograban establecer era la de influencia del propio lugar. Esa conexión era irracional y sólo existía si vivías allí… y se apoderaba de ti.

Había que reconocer que aquellos primeros años no habían sido fáciles.

Primero llegaba la negación; después, la ira. La negación terminó de manera abrupta cuando, tras siete semanas de incredulidad y desconcierto, reservaron unas vacaciones de un mes en un espléndido bungaló de bambú en una playa tailandesa. A Steve se le había

ocurrido que a lo mejor era buena idea que Jocelyn se alejara un tiempo de todo aquel alboroto durante su embarazo. Cuando llevaban media semana en Asia, ambos se deprimieron; era como si una tristeza intensa e invisible llegada por el Golfo de Tailandia los hubiera anegado y los estuviera devorando desde dentro hacia fuera. No tenía origen ni dirección, pero estaba ahí y se propagaba como una mancha de tinta. Steve se negó en rotundo a reconocer que a lo mejor aquello tenía algo que ver con la advertencia que les había hecho el Consejo respecto a la absurda —e incluso amenazante— duración de sus vacaciones, hasta que, tras menos de una semana y media fuera de casa, empezó a jugar con la idea de colgarse del techo de bambú usando las sábanas del bungaló.

«Por Dios, ¿cuánto tiempo llevo aquí plantado?», se había preguntado al emerger de una ensoñación con un respingo. Pese al calor tropical, Steve tenía la piel de gallina en los brazos y la espalda. Estaba de pie, con las sábanas en las manos. No tenía ni la más mínima idea de qué podría haberlo poseído, pero la imagen que tenía detrás de los ojos protuberantes cuando la sábana le cortó el suministro de oxígeno a su cerebro y le aumentó la presión hidrostática del líquido cefalorraquídeo se le había grabado en la mente, vívida y horriblemente tentadora. En la visión, aún estaba vivo. Al mirar hacia abajo, Steve había visto sus propios pies colgando, y más arriba, el mar, y detrás de eso… la muerte. «¿Qué coño ha sido eso? —pensó mientras se refrescaba la cara con agua—. Quería hacerlo. Quería hacerlo de verdad».

Jocelyn también había tenido una visión. No de suicidarse. Se había apareado con un burro y luego se había clavado un cuchillo en el vientre para arrancarse el bebé.

Aquella misma noche hicieron las maletas, cambiaron la reserva de su vuelo y volvieron a casa a toda prisa. En cuanto regresaron a Black Spring, la profunda tristeza se apartó de ellos como un velo de lágrimas, y el mundo les pareció soportable de nuevo.

Nunca había vuelto a ser tan horrible como entonces. Habían mantenido intensas conversaciones con Robert Grim y un pequeño grupo de voluntarios del pueblo, entre ellos Pete VanderMeer, que

había sido designado por el Consejo.

—Os acostumbraréis —les había dicho Pete—. Yo antes pensaba que Black Spring era como el corredor de la muerte, pero ahora lo veo más como un establo pequeño con una puerta de barrotes. Se te permite sacar el dedo de la jaula de vez en cuando, pero sólo para demostrar que estás engordando bien.

Cuando Steve y Jocelyn se dieron cuenta de que no tenía sentido negar la verdad, la sensación de impotencia se había ido transformando poco a poco en depresión y en un abrasador sentimiento de culpa, lo cual exacerbó la tensión de su matrimonio. Pero la llegada del bebé los había sanado. Cuando Tyler tenía seis meses, Steve abandonó su deseo no sólo de entender la situación, sino también de cambiarla, y decidió que su traslado a Black Spring había sido un gesto de amor. Encontró la forma de pasar página, pero llevaba las cicatrices en su corazón: Tyler nunca llegaría a ser corresponsal de guerra, de la misma manera que Jocelyn había tenido que suspender su investigación de campo sobre los casquetes polares de Groenlandia. Ellos amaban lo inhóspito y lo remoto, no el sedimento del Valle del Hudson. Todo aquello les había roto el corazón, tal como hace con el corazón humano cualquier sueño insatisfecho, pero la vida era así. Jocelyn y Matt habían aprendido a amar los caballos —Matt era el que más disfrutaba montando, y ya era el quinto año que competía— y Tyler tenía su GoPro y su canal de YouTube. Te adaptabas y hacías sacrificios. Lo hacías por tus hijos o por amor. Lo hacías a causa de una enfermedad o de un accidente. Lo hacías porque tenías sueños nuevos… y a veces lo hacías por Black Spring.

«A veces lo hacías por Black Spring».

Un cárabo común chilló en el bosque, se asustó y guardó silencio. Steve volvió a silbar para llamar al perro. Comenzó a sentirse inquieto. Era una superstición, por supuesto, algo incluso ridículo, pero en una noche como aquella, en la que notaba el poder de aquel lugar envuelto en tinieblas, la tenía de todas formas. No recordaba aquellos primeros años muy a menudo. Todo estaba como emborronado en su memoria; tenía esa estructura de la nieve

derretida que se disuelve en cuanto la aprietas. Recordaba que se habían preguntado si era ético traer un hijo al mundo en un lugar como aquel. Jocelyn le había espetado, con un dejo mordaz, que en tiempos de guerra y hambruna los niños nacían en circunstancias mucho más difíciles.

Después de aquello, habían vivido más o menos felices durante la mayor parte del tiempo…, pero la culpa nunca había desaparecido por completo.

—¡*Fletcher*, ven aquí! —siseó.

El perro por fin salió correteando de la oscuridad y se acercó a Steve, no en línea recta, sino trazando un arco, para demostrar que en realidad no había hecho nada malo. Steve cerró el establo con llave y siguió al perro por el camino de enlosado irregular hasta la puerta trasera.

El silencio reinaba en la casa, callada entre los ruidos del sueño. La única luz provenía de la puerta abierta de la habitación de Tyler, en el piso de arriba. El chico acababa de salir del baño cuando Steve alcanzó el último escalón. El padre se encogió como un boxeador y el hijo bloqueó el ataque con habilidad, el típico saludo de Steve y Tyler.

—¿Estás listo para mañana?

—¿Lo estaremos alguna vez?

Steve sonrió.

—Todo un filósofo. No te acuestes muy tarde, ¿vale?

—No, ya estoy a punto de irme a dormir. Buenas noches, papá.

Pero cuando Steve fue al baño media hora más tarde, todavía se veía luz a través del montante de la puerta de Tyler. Se planteó decirle algo, pero lo pensó mejor y decidió respetar la privacidad del muchacho.

Justo antes de irse a dormir, se levantó de su lado de la cama y fue a mirar por la ventana. Jocelyn no se movió. Su habitación se encontraba en la parte de atrás de la casa, y fuera estaba demasiado oscuro para distinguir forma alguna, pero en algún punto de la noche a Steve le pareció ver el punto rojo de la luz de la cámara de vigilancia que había en el roble del fondo de su propiedad. Luego desapareció. Quizá una rama se hubiera interpuesto delante. Le

recordó a la punta encendida del cigarrillo de Pete VanderMeer. El chillido del cárabo común. El resoplar inquieto de los caballos. Incluso la luz que salía de la habitación de Tyler. «Están de guardia —pensó —. Todos están de guardia. ¿Por qué?».

«Para proteger lo que es suyo». Era un pensamiento incoherente, pero lo siguió otro mucho más lúcido, una idea que se coló en su mente cansada y fue filtrándose en ella con una fluidez gélida: «A veces lo hacías por Black Spring».

La apartó de sí y se quedó dormido.

CUATRO

La entrada publicada a la mañana siguiente en la web *Abre los ojos: prédicas desde el nido de la bruja* decía lo siguiente:

> vamos a hacerlo esta noche!! #flipante
> #mainstream #omfg #pruebadelafarola
> Publicado a las 10:23 h. por: Tyler Grant

Por supuesto, ningún habitante de Black Spring leyó la entrada ese día. Las cinco personas que conocían la existencia de la web y que sabían la contraseña tenían entre dieciséis y diecinueve años, y no se les pasaría por la cabeza ni en broma entrar en la web de *ALO* a través de los proveedores de la ciudad.

La ventana emergente que daba la bienvenida a la web decía lo siguiente:

> Muy bien, aquí va una advertencia que estás muy convencido de que no vas a leer, como esas mierdas de «soy mayor de edad» que cierras enseguida cuando vas a hacerte una paja. Pero esta es distinta: se trata de un *disclaimer* que tienes que memorizar palabra por palabra, mejor que el himno de los Raiders del O'Neill (si hay héroes entre nosotros) o que el discurso de Gettysburg (para los neonihilistas). Esta advertencia es **TOTALMENTE CONFIDENCIAL y NUNCA INICIÉIS SESIÓN EN BLACK SPRING NI DE PUTA COÑA**, ni siquiera en vuestro iPhone o tableta. De todas formas, os saldrá un pedazo de mensaje 404 si lo intentáis, pero aun así pueden rastrear la

URL con su *keylogger* . Comentad el contenido sólo en persona, jamás por Skype, ni aunque haya una vaca encima del cable a medio camino entre vosotros y el HEX. Para que quede claro: aquí, en BS, hay un Decreto de Emergencia según el cual 1) poseer o distribuir imágenes ilegales de la abuelita K. resultará en un billete de ida a Doodletown y 2) las filtraciones se consideran «una seria amenaza para el orden público municipal» y, desde más o menos la Edad Media, se han resuelto con castigos corporales («no hemos empleado tal castigo desde 1932», CSMIUM*). A ver si captáis la indirecta: LO QUE ESTAMOS HACIENDO ES PELIGROSO . Lo único bueno de un pueblo al que se la pone dura adoctrinar a los jóvenes es que todos sabéis guardar un secreto. Confío en vosotros, chicos. No quiero ponerme gilipollas, pero reviso el tráfico de la web cada dos días para ver quién entra y desde dónde exactamente. Todo el que infrinja las normas se ganará la expulsión de *ALO* de por vida y sin previo aviso. Y eso antes de que Colton & Co. monten su circo. ATENEOS A LAS NORMAS . ¡Ese es nuestro vete a tomar por culo definitivo al sistema!

* como si me importara una mierda.

Se atenían a las normas, desde luego. Seguro que *ALO* era el único movimiento de guerrilla en la red que operaba sólo a plena luz del día: todos sus usuarios vivían en Black Spring y dormían en su propia cama por la noche.

Pero no aquella noche. Aquella noche escaparon a hurtadillas de sus respectivas habitaciones bajando por los desagües y los canalones como guerreros en territorio ocupado, y se alejaron cargados con palas, cuerdas, una tela negra y un par de tenazas. No eran lo que podía llamarse amigos íntimos, al menos no todos. De los cinco que salieron aquella noche, Tyler sólo consideraba verdaderos amigos a Lawrence VanderMeer, su vecino de al lado, y Burak Şayer. No eran sólo los típicos colegas con los que hacías maratones de mensajes de texto hasta las mil de la madrugada, sino que también eran de esos a los que les contabas cosas, cosas íntimas. Pero esa no era toda la historia, no si no tenías a nadie más en quien confiar. Si habíais nacido en Black Spring, os conocíais desde pequeños y temíais a los adultos, no a vuestros aliados.

Fue la primera noche de lluvia de aquel otoño. No fue un chubasco de verano, sino una verdadera lluvia otoñal, de esas que parecen perezosas e interminables. Para cuando terminaron su misión,

cuarenta minutos más tarde, estaban empapados hasta los huesos. Se agarraron de las manos y Tyler dijo con solemnidad:

—Por la ciencia, chicos.

—Por la ciencia —repitió Lawrence.

—Por la ciencia —dijeron Justin Walker y Burak al unísono.

Jaydon Holst les lanzó una mirada bañada en ácido líquido y soltó:

—Que os den por culo, maricones.

A la mañana siguiente, con unas ojeras que les llegaban hasta los pies, se reunieron en el patio del restaurante Sue's Highland Diner en la plaza del pueblo, aunque cualquiera pensaría que llamarla «plaza» era decir demasiado. Se trataba más bien de un conjunto de tiendas y restaurantes en Lower Reservoir y Deep Hollow Road, en torno a la Pequeña Iglesia Metodista —a la que todos se referían como la iglesia de la Meta de Cristal por la forma de sus ventanas— y la cuesta del antiguo cementerio Temple Hill. Incluso había quienes consideraban que «conjunto» era una palabra demasiado fuerte para la porquería de fondas y establecimientos de venta al por menor que había en aquel cruce. Entre los escépticos se contaban los cinco muchachos que ocupaban el patio de Sue y sorbían aletargados sus capuchinos y cafés con leche, demasiado cansados para entusiasmarse en exceso por lo que se avecinaba.

—¿No tendrías que estar en clase, chicos? —les preguntó Sue cuando les sirvió.

Había dejado de llover, pero hacía frío, y Sue había tenido que limpiar los charcos de agua de las mesas y las sillas de plástico.

—No, han cancelado las dos primeras, así que nos han dejado salir —contestó Burak.

Los demás asintieron para darle la razón o cerraron los ojos con fuerza para protegerse de la pálida luz del sol. Burak trabajaba de lavaplatos en Sue's, y eso les valió una primera ronda gratis. Después, por lo general se trasladaban al otro lado de la plaza, a Griselda's Butchery & Delicacies (Griselda era la madre de Jaydon), lo que implicaba otra primera ronda gratis.

Burak no había mentido, no del todo. Era verdad que habían

suspendido las dos primeras clases, pero nadie les había dado permiso para salir.

—Hemos recibido una alerta, chicos —informó Sue.

—Lo sé, señora —dijo Jaydon con amabilidad, un claro indicio para que todos los que conocían a Jaydon Holst empezaran a ver la palabra «CUIDADO» en enormes letras destellantes de neón. De hecho, como Tyler le había comentado una vez a Lawrence, Jaydon era la razón de que existiera la palabra «cuidado», así como las expresiones «ingreso involuntario» y «desastre inminente». Pero todos conocían sus antecedentes, así que intentaban ser comprensivos—. Por eso hemos pensado en sentarnos aquí, para poder ayudar si ocurre algo.

—Eres un ángel, Jaydon. Se lo diré a tu madre esta tarde cuando vaya a por el beicon. —Burak hizo cuanto pudo por no reírse mientras Sue le ponía un cenicero delante—. ¿Os traigo algo más?

—No, gracias, señora —dijo Jaydon con una sonrisa que se alzó como una nube de monóxido de carbono.

La mujer estaba a punto de apartar la carta abierta de la mesa cuando Tyler le plantó una mano encima a toda prisa, con más contundencia de la que pretendía.

—¿Puedo quedármela? A lo mejor me pido algo más dentro de un rato.

—Claro, Tyler —respondió Sue—. Me das una voz, ¿vale? Y os avisaré si recibo algún mensaje. Aunque creo que no será necesario, porque tienen el coro preparado y a la espera.

Volvió con la bandeja al interior del local.

Durante un instante, todo se sumió en el silencio, un silencio en el que la violencia de la situación pareció espesar el aire. Entonces, con una sonrisa tenue, Jaydon soltó:

—Me cago en la puta.

—Tío, en serio…, ¿es que quieres que te manden a Doodletown o algo así?

A pesar del alivio, a Tyler le martilleaba el corazón en la garganta. Si Sue hubiera descubierto la GoPro bajo la carta, la mierda les habría llegado a las orejas. La luz de *rec* estaba encendida y la cámara deportiva estaba orientada hacia Deep Hollow Road, hacia el

sur, donde en ese mismo momento dos hombres estaban colocando una barrera roja y blanca en medio de la carretera, cerca de la iglesia de Santa María. Hacia el norte estaba sucediendo lo mismo, más allá del punto donde Old Miners Road, que venía desde The Point, desembocaba en la vía principal. La GoPro no alcanzaba a verlo, pero Tyler, Justin y Lawrence sí. Y había algo más: de la Residencia de Ancianos Roseburgh, al lado del restaurante de Sue, salieron ocho o nueve mujeres mayores muy bien abrigadas que se pusieron a escudriñar la carretera con vehemencia. Comentaron algo entre ellas y luego, con los brazos entrelazados, cruzaron el patio con tranquilidad y se encaminaron hacia el cruce.

—Empieza el espectáculo —anunció Justin—. La multitud se está volviendo loca.

—¿Qué hora es? —preguntó Tyler.

Lawrence le echó un vistazo a su iPhone.

—Las nueve y trece. Falta un minuto. Gira la cámara, tío.

Con mucho cuidado, Tyler deslizó la GoPro, cubierta por la carta, hacia el otro lado de la mesita y dirigió la lente hacia Old Miners Road, que subía la colina formando una profunda curva en forma de S ante el Centro de Visitantes de Popolopen, que estaba cerrado. Dos de las ancianas se sentaron en un banco cercano a la fuente y a la lavandera de bronce. Otras merodeaban por el cementerio… para ir echándole el ojo a las instalaciones, supuso Tyler.

—Ay, madre —dijo Justin en voz baja, y señaló con la cabeza—. Ahí está.

—¡Justo a tiempo! —exclamó Tyler, demasiado emocionado para mantenerse frío, calmado y tranquilo. Se humedeció los labios y metió el iPhone de Lawrence bajo la carta para colocarlo frente a la cámara —. Miércoles por la mañana, 9:14 horas. Como siempre, en el lugar exacto.

Por detrás de Old Miners Road, una mujer salió caminando del bosque.

Se me escapa por qué sigue **EXACTAMENTE** el mismo recorrido por la plaza y hasta el cementerio **TODOS** los miércoles por la mañana,

pero la Bruja de Black Rock es como la señora Autismo, titular indiscutible durante trescientos cincuenta años consecutivos. Y como que eso no tiene nada que ver con el motivo por el que las brujas son famosas. Hace que te preguntes si no se deshidratará alguna vez. Bueno, no. Es como un sistema operativo de Microsoft: diseñado para sembrar la muerte y la destrucción, y sin parar de mostrar el mismo mensaje de error.

Así que este patrón de comportamiento es me gainteresante, claro, porque: ¿qué va a hacer allí? ¿Y por qué vuelve todas las semanas? He aquí mis dos teorías:

La primera es que está atrapada en una especie de bucle temporal y sigue repitiendo su pasado hasta el punto del trastorno obsesivo compulsivo (también conocida como la teoría del Windows XP). Grim dice que, hace mucho tiempo, había un mercado al aire libre en la plaza, delante de la iglesia (le pregunté si era justo delante del cementerio y me contestó que ni siquiera tenían claro que en aquella época existiera un cementerio), y que a lo mejor la bruja iba allí a comprar pan y pescado (cosa que, la verdad, no tiene ningún sentido, porque si el pueblo la había echado, no les habría hecho mucha ilusión que fuera a comprar allí. Conclusión: Grim es buen tío, pero sólo hace suposiciones). En cualquier caso, tampoco puede decirse que fuera a la iglesia ni nada así, porque los herejes no van a la iglesia (salvo a esas en las que bailan desnudos alrededor de la cruz, se embadurnan con la sangre de Cristo y cantan salmos y cosas de ese estilo); de lo contrario, no tendríamos que aguantarla ahora, ¿verdad?

Y luego está esto: si estás muerto (o deberías estarlo), ¿qué sentido tiene recorrer el mismo circuito semana tras semana? ¿Es que no les enseñaban algo rollo diversidad en la escuela de brujas? Tiene tan poco sentido como ese anticuado cliché poltergeist de las luces que se encienden y se apagan (a ver, si quieres decir algo, pues habla, y que no sea en puto latín).

La segunda teoría, y la más probable, es que **SE PUSO ASÍ PORQUE TIENE LOS OJOS COSIDOS.** ¿Y si en Black Spring tenemos una bruja que se **QUEDÓ COMPLETAMENTE COLGADA** (también conocida como la teoría del Windows Vista)?

(Fuente: página web Abre los ojos*, septiembre de 2012)*

Se quedaron mirando a la mujer de los ojos cosidos mientras cruzaba Old Miners Road, pasaba por detrás de la parada del autobús y se iba acercando cada vez más. Sus pies descalzos formaban círculos en los charcos de la cuneta. Quizá fuera el instinto lo que la impulsaba, o tal vez algo más antiguo y primitivo que el instinto, pero, en cualquier caso, Tyler sabía que era intencionado, algo que no

necesitaba de sus ojos ciegos. Oyó el ruido metálico de las cadenas que le ligaban los brazos y el vestido al cuerpo. Le conferían el aspecto de una de esas enchiladas de supermercado, enrolladas en celofán, que preferirías no tener que comerte, envuelta e indefensa. A Tyler siempre le parecía menos espeluznante cuando caminaba, porque entonces no tenías que preguntarte qué estaría tramando tras aquellos párpados cosidos. Era igual que un insecto raro, de esos que podías estudiar, pero que no picaban.

Sin embargo, cuando se quedaba parada… se volvía un poco rara.

—¿Sabéis lo que más gracia me hace de ella? —reflexionó Justin —. Que, para ser un personaje de cuento de hadas, es fea con ganas.

—No es un puñetero personaje de cuento de hadas —dijo Burak —. Es un fenómeno sobrenatural.

—Y una mierda que no. Las brujas sólo aparecen en los cuentos de hadas, así que es un personaje de cuento de hadas.

—Pero ¿qué cojones dices? ¿Bajo qué piedra dejaron preñada a tu madre? Eso sigue sin convertirla en un personaje de cuento de hadas. Y, además, no existen.

—¿Y si Caperucita Roja apareciera delante de tus narices? —dijo Justin con una seriedad que no podía negarse, y mucho menos ridiculizarse—. ¿Se convertiría de repente en un fenómeno sobrenatural? ¿O en un personaje de cuento de hadas?

—No, sólo en una chica con un fetiche enfermizo por la menstruación —dijo Jaydon.

A Burak se le escapó el capuchino por la nariz y se manchó toda la camisa, y Lawrence estuvo a punto de quedarse en coma de la risa. «Un pelín exagerado», pensó Tyler.

—¡Uf, joder! —Burak se limpió la mancha con un montón de servilletas—. Tío, estás enfermo.

—A todo esto —dijo Lawrence cuando fue capaz de recuperar el control—, la bruja de Blair tampoco era un personaje de cuento de hadas.

Justin no pudo refutar ese argumento, y eso puso más o menos fin a la discusión.

Un coche se acercó a la iglesia de Santa María. Las ancianas voluntarias sentadas junto a la fuente estiraron el cuello y lo escudriñaron, pero el coche se detuvo ante la valla que cerraba el paso en la carretera y giró a la izquierda. Las señoras se relajaron. Seguro que era alguien del pueblo. Si hubieran identificado a algún forastero, las ancianas ya se habrían reunido alrededor de la abuelita para caminar a su lado charlando animadamente entre ellas. Y si la abuelita se detenía, Tyler sabía (y esto, más que ninguna otra cosa, era lo que de verdad le daba vergüenza de ser oriundo de Black Spring) que se apelotonarían a su alrededor y empezarían a ensayar himnos religiosos como si se tratara de una especie de *Glee* para los moribundos. Él no era consciente del significado más profundo de todo aquello, pero constituía un maravilloso ejemplo de psicología inversa: nadie se fijaría en la mujer demacrada de las cadenas que se alzaba en medio del grupo si no sabía de antemano que estaba allí. Y nadie era capaz de soportar un coro de ancianas durante el tiempo suficiente para descubrirla.

La mujer de los ojos cosidos cruzó el patio justo por delante de ellos y avanzó hasta la plaza, vigilada de cerca por las señoras de la fuente. Tyler giró la GoPro. Era fundamental para el éxito de su experimento que no hubiera ningún forastero cerca. Justo cuando estaba a punto de comenzar a regodearse en su buena suerte, Sue salió y se quedó plantada en el umbral, como si de repente la hubiera poseído un sentido de la responsabilidad cívico y hasta ahora nunca visto hacia sus clientes menores de edad.

—¿Tiene algún pesticida? —preguntó Jaydon.

Sue se echó a reír y, sin darse cuenta de que era para ella y no para la otra bruja para quien lo necesitaban, respondió:

—Si eso funcionara, lo habríamos intentado hace mucho, Jaydon.

Pero Burak sí pilló la indirecta, así que se levantó y se acercó a ella con una excusa poco convincente acerca de planear sus horarios de trabajo, y ambos entraron en el restaurante.

Justin sonrió.

—Esa mujer dejaría que te la follaras hasta de lado, Jaydon.

—Vete a la mierda.

—Chicos, callaos —dijo Tyler—. Va a pasar.

Sacó la GoPro de debajo de la carta y la protegió con su cuerpo de la cámara de seguridad instalada en la fachada del hotel The Point to Point Inn, al otro lado del cruce. Para gran diversión de los muchachos, la cámara seguía reclinada en un ángulo bajo y oblicuo, tal como Jaydon la había dejado la noche anterior tras golpearla con un palo largo. Jaydon era como un mapa andante del servicio nacional de cartografía en lo que a la plaza y sus alrededores se refería, ya que su madre y él vivían detrás de la carnicería de enfrente. Les había dicho que había otras dos cámaras desde las que se veía la farola en el lado oriental del cementerio. Una estaba situada entre los arbustos de la esquina más alta de Temple Hill, y la habían neutralizado colgándole una rama de pino delante. La segunda cámara era inaccesible. Estaba escondida en el marco de una ventana de la iglesia de la Meta de Cristal, pero habían decidido que tenía demasiados árboles delante para causarles verdaderos problemas por la noche.

Eran las 2:57 cuando, a modo de cortina, colgaron la larga tela negra de Burak de las ramas del roble que se asomaba sobre el seto del cementerio. Eran las 3:36 cuando recogieron la cortina empapada y la enrollaron. Y a lo largo de todo ese tiempo sólo había bajado un coche por Deep Hollow Road, y había pasado sin reducir la velocidad.

La única prueba visible de su operación era que la farola de detrás de la cortina se había apagado a las 3:17, justo cuando Jaydon cortó el cable exterior que llegaba hasta la caja de conexiones eléctricas subterránea. Por suerte, la farola no era demasiado alta y su poste de aspecto clásico era de aluminio, no de hierro fundido. Chupado. Para cuando terminaron de limpiarlo todo y de brindar por la ciencia, la farola ya no estaba pegada al seto del cementerio, sino que estaba bien plantada en medio de la acera, unos cuarenta y cinco centímetros hacia la izquierda.

La Zona Cero.

Bien. Como veis en los vídeos de más abajo, siempre sale directamente del bosque y se dirige hacia el oeste por Deep Hollow

> Road. Llega a la plaza, continúa caminando junto al arroyo, sube por la acera, hace una especie de pirueta de tres cuartos de giro a la altura del seto del cementerio, como si fuera la princesa del ballet o algo así, y se queda de pie mirando a la calle, como si alguien la hubiera desenchufado. En serio, que estamos hablando de un grave error en el tiempo de ejecución. Que le saliera una voluta de humo del pelo aumentaría el efecto dramático. Justo ocho minutos y treinta y seis segundos después, es como si alguien presionara Ctrl + Alt + Supr, porque echa a andar de nuevo y desaparece detrás de las casas de Hilltop Drive. Y lo hace todas las semanas, siempre de manera idéntica (lo más estúpido es que nadie sabe con exactitud ni por dónde ni cómo desaparece; ¿alguna idea, chicos?)

Todo sucedió en un instante.

Cuando la mujer con los ojos cosidos subió por el arroyo y dejó atrás la señal de PELIGRO, NIÑOS, los chicos del patio se olvidaron del aburrimiento y se emocionaron tanto que se levantaron de sus asientos y empezaron a balancear el peso de una pierna a otra. No podían evitarlo. Se sentían como si estuvieran presenciando uno de esos escasos momentos significativos de la historia de la humanidad que sobreviviría incluso a la Wikipedia, como la invención de la penicilina o la primera explosión de un implante mamario de silicona. Tyler olvidó su miedo a Doodletown y dejó de molestarse en mantener su GoPro fuera del alcance de la cámara de vigilancia. Esto tenía que grabarlo.

—OMFG —dijo Justin sin respirar.

—Va a verla…, va a verla…, ¡va a verla!

No la vio. Con un golpetazo seco, la Bruja de Black Rock chocó de lleno contra la farola y se cayó hacia atrás de espaldas.

Las señoras de la fuente se levantaron de un salto, todo gritos y manos que tapaban bocas. Tyler y sus amigos se miraron los unos a los otros con un asombro silencioso y mudo, tan boquiabiertos que sus mandíbulas rozaban la acera. Burak había aparecido en la puerta del restaurante. Fue como si el impacto hubiera absorbido todo el oxígeno del aire. Había superado los sueños más locos de los chicos. Acababan de tumbar a un fenómeno sobrenatural de trescientos años de antigüedad, y lo tenían grabado en un puto vídeo.

La abuelita se retorcía en la acera aún húmeda al pie de la farola, tal como te imaginarías a una enchilada retorciéndose en su celofán. Toda la tenebrosidad que su cara mutilada y su reputación le habían conferido habían desaparecido de un solo golpe. Ahora sólo parecía indefensa, como un pajarito caído de su nido. Era imposible que pudiera levantarse por sí misma. Una de las ancianas se le acercó, con una mano en la mejilla, y durante unos segundos Tyler tuvo miedo de que la mujer hubiera tomado la decisión suicida de ayudarla a levantarse, pero entonces sucedió algo del todo grotesco: en un abrir y cerrar de ojos, la bruja ya estaba en pie de nuevo. La anciana retrocedió con un grito. La abuelita estaba tumbada en la acera, indefensa y temblando, y un segundo después, como en un vídeo en *stop motion*, estaba de pie y raspando la farola con las cadenas, como si intentara atravesarla caminando.

—Hostia puta… —fue lo único que consiguió articular Jaydon.

—¿Lo has grabado? —preguntó Lawrence.

Tyler bajó la mirada y descubrió que acababa de cometer el error más funesto de su incipiente carrera como reportero: consternado como estaba, había desviado la cámara sin querer y había captado unas imágenes superinteresantes de la acera, de manera que se le había escapado el truco en *stop motion* de la bruja. Notó que se le encarnaban las mejillas y se insultó, pero los demás estaban demasiado absortos en lo que estaba haciendo ella como para prestarle atención a él.

—¿Qué está pasando? —preguntó Sue mientras se esforzaba por ver algo desde la puerta del restaurante, detrás de Burak.

Nadie se tomó la molestia de informarla.

—Mira eso —musitó Justin—. Está intentando atravesarla.

Era verdad. Durante trescientos años, la bruja había pasado por ese mismo lugar, y aquel día no sería una excepción, con farola o sin farola.

—Es como si estuviera preprogramada —dijo Lawrence.

—Es como si se estuviera follando a la farola —replicó Jaydon.

Tras medio minuto de chirridos de metal contra metal, de repente la bruja pasó por la farola, hizo sus tres cuartos de giro y se

desconectó.

Justin fue el primero en reírse.

Burak fue el segundo.

Después todos estallaron en carcajadas violentas, incontrolables, y se dieron palmadas en los hombros unos a otros, y puñetazos en los brazos. Las arpías sin sentido del humor que continuaban junto a la fuente se dieron la vuelta y clavaron la mirada en el grupo de chicos. Vieron la GoPro y una de ellas gritó:

—Eh, ¿qué tienes ahí? ¿Qué estás haciendo con esa cámara, jovencito?

—¡Pilladas! —rugió Jaydon—. ¿Cuál de ustedes la ha empujado?

Eso causó una sensación de confusión general entre las mujeres, como si se estuvieran planteando en serio la posibilidad de que una de ellas la hubiera empujado (eso, o que las personas mayores de setenta años perdían todo su talento para las réplicas ingeniosas), y eso hizo que los chavales se rieran aún más. No habían dejado de reírse cuando un minuto más tarde rodearon la valla de la carretera y echaron a correr por Deep Hollow Road, y continuaron riendo todavía con más ganas cuando, doscientos metros más allá, no pudieron reprimir su curiosidad durante más tiempo y se detuvieron en el arcén para ver las imágenes en la pantalla LCD de la GoPro.

Las imágenes no deberían contener sorpresas; ya se sabe lo que hay en ellas. Estas son las primeras imágenes de la historia del periodismo en las que aparece un fenómeno sobrenatural cayendo en picado. Son tan únicas que se hacen virales en YouTube en cuestión de minutos, y cientos de blogs las celebran y las desmienten, por no mencionar que en Jimmy Fallon las repiten sin parar. Pero por supuesto que eso no sucede; por supuesto que las imágenes se mantienen en secreto. Aun así, esa misma noche alcanzan un cierto estatus de culto.

Los chicos no nacieron ayer y saben que se la han ganado. Deducen que sólo hay una forma de escapar de Doodletown: dar un paso al frente por sí mismos, confesar y después hacerse los inocentes.

—Sólo estábamos haciendo un poco el tonto —dice Tyler cuando

le muestran a Robert Grim un montaje editado del vídeo.

En esta versión, sólo se ve a la bruja caminar junto al arroyo, chocar contra la farola y caerse. Grim reproduce las imágenes directamente desde la tarjeta de memoria. Es la única grabación de esa mañana que aún permanece en la cámara; así lo ha dispuesto Tyler. El resto está bien guardado en su MacBook, protegido con contraseña. Tyler intenta aportarle un tono contrito a su voz imaginándose que tiene un halo alrededor de la cabeza, pero en momento dado no puede contener la risa.

Robert Grim también se está riendo. De hecho, las lágrimas le resbalan por las mejillas cuando ve la broma que han montado los chavales. Se ríe por la misma razón por la que se ríen los chicos, y por la misma razón por la que se ríen los clientes habituales de The Quiet Man Tavern cuando se arremolinan alrededor del portátil de Grim aquella noche. Ninguno de ellos se percata de que se trata de algo más que un poco de diversión a cuenta de la culada de vodevil de la bruja: es un triunfo, por pequeño e intrascendente que parezca, sobre aquello que lleva proyectando una sombra sobre su vida desde que tienen memoria. Dentro de la risa reside un alivio colectivo tan arraigado que se vuelve un poco siniestro. Y más tarde, cuando Tyler se da cuenta de por qué, la idea le aterroriza.

—No puedo aprobar algo así de manera oficial, es obvio —dice Robert Grim tras recuperar la compostura y secarse las lágrimas de los ojos.

Pero a continuación empieza a carcajearse de nuevo. Los chicos aceptan su propuesta sin rechistar: para escabullirse del Consejo, deben volver a dejarlo todo como estaba, pagar el cable cortado de su propio bolsillo y pasar el resto de la semana recogiendo basura en el Ladycliff Park.

Esa noche, cuando ya está en la cama, Tyler recibe un MP de Jaydon:

QT Man. La caída #ct hace que todo dios se descojone.
LA HOSTIA!

A esas alturas, Tyler sigue aturdido por el éxito de la prueba de la farola (aunque se lleva un chasco bastante grande mientras escribe su informe para *ALO* y Lawrence le pregunta: «Vale, pero ¿qué demuestra todo esto?»), así que todavía no entiende qué quiere decir Jaydon.

Pero al día siguiente, mientras desempeña las tareas de limpieza en el parque y ve la cara de la gente bajo la lluvia, comienza a caer en la cuenta. Le da la sensación de que todo el mundo sabe lo que ha hecho, y de un día para otro se ha convertido en un héroe de culto. Nadie dice nada, pero todos le sonríen y le expresan su apoyo en silencio. Son esas caras sonrientes las que le afectan. Deberían resultarle agradables, pero no es así. Son perversas, como siempre lo han sido. Porque cuando esos rostros sonríen, ya no los reconoce. Son caras que han olvidado cómo se sonríe. Son caras con demasiada piel, con demasiadas arrugas para sus años. Son rostros que tienen vida propia, y cada día se hunden un poco más. Son caras aplastadas, caras sombrías, caras sometidas a un estrés insuperable. Son las caras de Black Spring. Y cuando intentan sonreír, parece que están gritando.

Esa noche Tyler yace en la cama con un terrible presentimiento de oscuridad y horror, y hay dos imágenes que lo mantienen despierto hasta el amanecer: caras que gritan bajo la lluvia y la caída de la bruja. Luego se desvanecen en un fundido a negro.

CINCO

El antiguo Centro de Visitantes de Popolopen, situado al final de Old Miners Road, era propiedad de la Academia Militar de Estados Unidos en West Point desde 1802. En el friso de la pared exterior todavía se veía el mosaico con el lema de la academia en letras grandes y anticuadas: SERVICIO HONOR PATRIA . Ahora el puesto avanzado estaba abandonado y los oficiales de The Point se esforzaban mucho por evitarlo, pero la bandera con el emblema del águila seguía colgada en el humilde museo del centro de visitantes, donde pod ían encontrarse nostálgicas imágenes en sepia de oficiales del ejército vestidos de frac y mujeres con cuellos de piel. Ahora el centro de visitantes también estaba cerrado. Pero si echabas un vistazo al interior, puede que alcanzaras a distinguir una mugrienta fotografía en blanco y negro colgada discretamente en una esquina, una imagen de la plaza de la iglesia de Santa María. En ella, tres mujeres vestidas con harapos y con los ojos cerrados con pintura se inclinaban hacia delante y sacudían los puños ante un grupito de niños con pantalones cortos y abrigos pesados. En las manos en forma de garras sosten ían palos de escoba, de las típicas que utilizaban los deshollinadores a principios del siglo pasado. El pie de la foto dice: CELEBRACIÓN DE LA VÍSPERA DE TODOS LOS SANTOS, 1932.

Pero ni siquiera que a las brujas de la foto las hubieran captado metiéndoles el palo de la escoba por el culo a los niños y dándoles vueltas hasta que estallaran en llamas habría conseguido estropear ni un ápice el excelente estado de ánimo de Robert Grim. Justo despu és

de las doce de la noche del incidente de la farola, salió de The Quiet Man y echó a caminar montaña abajo, con una amplia sonrisa en la cara y el portátil bajo el brazo.

Era raro que Grim estuviera de tan buen humor, y dado que Colton Mathers lo había amonestado de manera oficial ese mismo día, resultaba aún más sorprendente. El pobre ego conservador del concejal se había sentido excluido del asunto de la farola. Considerar progresista a Robert Grim era como considerar que Auschwitz hab ía sido un campamento de Boy Scouts, pero el conservadurismo de Colton Mathers había descendido a unos niveles a todas luces distintos, a la altura de los anfibios, como si la mismísima evolución los hubiera despreciado cuando salieron arrastrándose del caldo primigenio y, por pura pena, se hubieran dado la vuelta para sumergirse de nuevo en él. La excusa de Mathers era Dios; pero, bueno, también las Cruzadas fueron obra de Dios, discurrió Grim.

Así como las leyes azules.

Y la yihad.

Se dirigió hacia Old Miners Road. Al d ía siguiente llovería, una lluvia monótona y persistente que se prolongaría durante toda la primera semana de octubre, pero en aquel momento el ambiente estaba seco y las nubes vagaban en el aire formando jirones oscuros. Grim se sacó del bolsillo las llaves del antiguo centro de visitantes y entró. No le tocaba el turno de noche, pero se sentía demasiado eufórico para irse a dormir. Cerró la puerta a su espalda, rodeó el mostrador envuelto en una oscuridad polvorienta y baj ó los tres tramos de escaleras situados al final del pasillo que conducían al secreto hundido en la ladera de la montaña.

No era casualidad que el antiguo puesto militar avanzado se hubiera construido pegado a la cima escarpada de la montaña, ya que, desde luego, su principal propósito no era albergar el Centro de Visitantes de Popolopen. Los ingresos obtenidos de alquilarles el edificio a los propietarios privados de la Reserva del Bosque de Black Rock hasta que se trasladaron al norte de Cornwall en 1989 habían cubierto la mayor parte de los gastos en que The Point incurrió para llevar a cabo su propia operación encubierta: la supervisión de los

residentes de Black Spring. Para Robert Grim, el objetivo era sutilmente distinto: salvarles el maldito pellejo.

El interior del centro de control HEX parecía un cruce entre el control de misi ón de la NASA en Houston y la destartalada sede de un club de barrio. Junto a la sala de coordinación, con su enorme pantalla y su escritorio en forma de herradura, había archivos de vídeo y microfilmes en buen estado; la sala de los proveedores de red de la ciudad; una pequeña biblioteca de lo oculto; un almacén para pantallas de humo, que se asemejaban más que nada a la utilería de un teatro (los artefactos grandes, como la caseta de construcción para cuando aparecía en espacios p úblicos, se guardaban en un cobertizo de Deep Hollow Road); una zona de descanso con sofás viejos y manchados; y una cocina diminuta sin lavavajillas. El centro de control se había visto sometido a muchas renovaciones a lo largo de los años, y se había modernizado con la mirada puesta en el progreso técnico y en el provincianismo tacaño del norte del estado. Como jefe de seguridad de HEX, Robert Grim siempre había tenido la sensación de que estaba desempeñando un papel en una pel ícula de James Bond dirigida por personas con carencias mentales. El ejemplo más doloroso de ello era la caja de cartón llena de fideos instantáneos y de té Lipton de catorce sabores diferentes que Colton Mathers donaba todas las semanas.

El hervidor de agua eléctrico llevaba meses fuera de servicio.

Pero aquella noche, ni siquiera pensar en el rostro mezquino de Mathers logró disminuir el buen humor de Grim. Entró en la sala de coordinación y le deseó al turno de noche, Warren Castillo y Claire Hammer, unas buenas noches casi musicales.

—¿Has echado un polvo o algo as í? —preguntó Warren.

—Mejor —dijo Grim—. He tenido un estreno de gala.

Con una gran sonrisa, dejó el portátil sobre el escritorio.

—¡No!

—Sí.

—¡Héroe!

Warren rompió a reír, pero Claire saltó como un resorte:

—Robert, ¿qu é coño tienes en la cabeza? —preguntó—. Hoy ya

le has tocado las narices a Colton una vez, no te conviene volver a hacerlo.

—¿Qué va a hacer, echarme otra bronca?

—Según el protocolo…

—A la mierda el protocolo. Cuento con el respaldo de todo el pueblo. Les ha encantado. Por supuesto que les ha encantado. Lo necesitan, Claire. Deja que se desahoguen un poco de vez en cuando. Ya aguantamos bastante mierda por aquí. Y hasta el triste de Colton agradece una broma de vez en cuando.

Warren enarcó las cejas.

—Que Colton Mathers agradezca una broma es tan poco probable como que Disney haga una película en la que al final todo el mundo muera de una hemorragia interna.

—Yo sólo te digo que tengas cuidado, Robert —dijo Claire—. Esto terminará volvi éndose contra ti, y te llevarás un buen golpe.

—El karma es una putada. Bueno, cambiemos de tema. ¿Dónde está nuestra encantadora dama esta noche?

Warren arrastró el mapa digital hasta la pantalla principal, que marcaba con lucecitas las apariciones más recientes de la bruja. Una de ellas, en algún punto de la zona baja de Black Spring, cerca de la Ruta 293, destellaba en rojo.

—Lleva en Weyant Road, en el sótano de la señora Clemens, desde las cinco y media. Nos han dicho que est á lleno de muebles. La señora Clemens no la vio hasta que bajó a buscar una lata de maíz. Está atascada entre una silla de masajes y una tabla de planchar.

—No se necesita mucho para hacerla feliz —dijo Grim.

—La señora Clemens se ha llevado un buen susto. A su edad, ya no le apasionan las visitas inesperadas, según nos ha dicho. —Warren resopló—. Ha llamado, ¿te lo puedes creer? No le he dicho nada, pero el año pasado solicit ó un iPhone para usar la condenada aplicación. Creo que sólo lo usa para hablar por Skype con esa hija que tiene en Australia.

—Mientras no se ponga a llamar por Skype desde el sillón de masajes esta noche… —Grim miró a la pantalla—. ¿Y Katherine? ¿Está inquieta por lo que ha pasado esta mañana?

—No que hayamos notado —respondió Claire—. No parece haber tenido ning ún efecto sobre ella. A lo mejor le ha salido un chichón en la frente, pero ya sabes que los cambios desaparecen cuando se mueve de un lugar a otro. Aunque tengo curiosidad por ver si la semana que viene se produce algún cambio en su patrón.

—Las viejas costumbres nunca mueren —dijo Warren. Bostezó y se volvió hacia Grim—. Oye, ¿por qué no lo dejas por hoy, obseso del curro? Ya nos encargamos nosotros solitos de esto.

Grim dijo que seguiría el consejo de Warren en cuanto le echara un vistazo al correo electrónico. Claire volvi ó a concentrarse en el tráfico de internet y Warren retomó su solitario. No tenía nada en el correo ni en Yahoo Noticias, y diez minutos después Grim se dio cuenta de que él también estaba bostezando. Ya estaba preparándose para marcharse a casa cuando Warren se levantó de un brinco de su silla y con un grito triunfante dijo:

—¡Aparición en casa! ¡Lo sabía!

Grim y Claire se volvieron y levantaron la vista. Claire abrió la boca sorprendida.

—Venga ya. ¿Los Delarosa?

Warren se había puesto a bailotear de un lado a otro del escritorio encontrando cierto equilibrio entre el *moonwalk* y el «Gangnam Style». A Grim no le quedó muy claro si bailaba muy bien o era idiota perdido.

Claire no daba cr édito.

—¡Pero si sólo llevan una semana en esa casa! ¿Cómo es posible?

En la pantalla grande, en el tono verdoso de la visión nocturna, se veían las imágenes en directo de la cámara D19-063, que abarcaba la antigua finca Barphwell, ahora propiedad de los Delarosa. Bammy Delarosa estaba en medio de la calle con una sábana blanca envuelta alrededor del torso, como una griega antigua. Aunque las cámaras de vigilancia de Black Spring no ten ían micrófonos, resultaba obvio que estaba gritando. Su esposo —Burt, se llamaba; Burt Delarosa— estaba en calzoncillos y daba una especie de saltos aterrorizados e indefensos alrededor de Bammy. Para Robert Grim, tenían el aspecto de un sátiro y una ménade preparándose para hacerle una ofrenda a Dioniso.

La experiencia de Grim en el análisis de aquellas situaciones le proporcionó una tranquilidad inmediata. Los Delarosa habían salido corriendo lo más r ápido que les permitían sus piernas y, con las prisas, se habían olvidado los móviles. Eso les daba a Grim y a su equipo algo de tiempo antes de que a los Delarosa se les ocurriera llamar a la policía. En cualquier caso, los Delarosa no tenían pinta de haber vivido el tipo de experiencia que justificaba llamar a las fuerzas del orden. Tal vez a un exorcista, si es que tal cosa entraba dentro de su sistema de referencia.

En el lado derecho de la pantalla apareció un cuadrado de luz que rompió la oscuridad de la casa colindante, y la señora Soderson no tardó en salir de ella. Desde el otro lado de la calle llegaron m ás vecinos preocupados que trataron de calmar a los recién llegados.

—Sí, una aparición en casa —confirmó Grim—. Felicidades, Warren. Podéis dividiros el bote.

—Ahora sonará el teléfono —dijo Claire.

En efecto, un segundo después, sonó. Claire contest ó y comenzó a hablar con uno de los vecinos de los Delarosa.

Warren se acercó a Grim sin dejar de mirar la pantalla con aire pensativo.

—Ahora es cuando descubren que están aquí atrapados con nosotros para el resto de su vida.

—Qué tragedia. No podría haberle sucedido a mejores personas.

—¿Quién va a ocuparse?

—Yo —respondió Grim sin pensárselo dos veces.

Aunque sab ía que eso anulaba la posibilidad de que durmiera algo aquella noche, lo aceptó sin quejarse. Tener que informar a los recién llegados no era tarea fácil, y no podía decirse que la compasión fuera su fuerte, pero Grim compadecía a los Delarosa. Tendrían que reconsiderar su percepción de lo espiritual y de lo sobrenatural de manera sutil, pero no por ello menos drástica. Grim, nacido y criado en Black Spring, nunca hab ía pasado por esa experiencia, pero la había presenciado con la suficiente frecuencia desde el banquillo para conocer sus efectos traumáticos. Él era metodista no practicante, y si no fuera por su trabajo, no tendría nada en absoluto que ver con lo

paranormal. Sin embargo, en algún recodo de sus indeterminadas ideas acerca de todo ese asunto del *spiritus mundi* , aceptaba sin más el hecho de que sucedían cosas inexplicables, cosas desconcertantes, incluso en un mundo que se tenía por totalmente ilustrado. Aun as í, eso no era lo más doloroso: para muchos recién llegados a Black Spring, la irreversibilidad de su destino, su carácter definitivo, constituía la primera y espeluznante confrontación con su propia mortalidad. La gente se resistía con desesperación a la idea de la muerte mirando hacia otro lado durante el mayor tiempo posible y evitando el tema. Pero en Black Spring, convivían con la muerte. La metían en su casa y la escond ían del mundo exterior… y a veces le interponían una farola en el camino.

Los Delarosa, en cambio… La irreversibilidad y la muerte no encajaban en su estilo de vida cosmopolita de moderna sofisticación y cambios profesionales posmenopáusicos. Black Spring era la píldora de arsénico que habían descubierto por casualidad bajo su lengua y que habían mordido antes de poder darse cuenta. Si Robert Grim no acabara de perder su apuesta, hasta podría haber sentido lástima por ellos.

Continuaron mirando la pantalla grande mientras los vecinos de los Delarosa se los llevaban a casa de la se ñora Soderson. Claire colgó y dijo:

—Están en buenas manos. Les he prometido que tendríamos un equipo listo en diez minutos. ¿Quién va?

—Yo —dijo Grim—. ¿Son religiosos?

—No. Si mal no recuerdo, él era metodista de niño, pero ya no practica.

—Entonces dejaremos la iglesia al margen.

—«Tu vara y tu cayado los consuelan» —recit ó Warren en tono solemne.

—¿De verdad crees que deberías ir tú, Robert? Después de nuestro último encuentro con ellos, yo diría que eres el menos apto para tranquilizarlos.

«No vamos a tranquilizarlos —pensó Grim—. Vamos a alterar todavía más su mundo ».

—Están demasiado conmocionados para percatarse de eso. Me llevaré a Pete VanderMeer y a Steve Grant. Este mes les toca guardia. Un sociólogo y un médico, y lo bastante serenos para saber cómo capear este temporal. Ah, y a una de sus esposas, por Bammy. Con eso debería bastar. —Se puso el abrigo y añadió—: Los sacarás de la cama cuando los llames, cielo.

Dej ó a Warren y a Claire en el centro de control y se preparó para afrontar una larga noche.

SEIS

—Se llama Katherine van Wyler, pero la mayoría la llamamos la Bruja de Black Rock —dijo Pete VanderMeer.

Le dio una larga calada a su cigarrillo y se sumió en un silencio meditabundo.

Estaban en la cafetería de The Point to Point Inn, sentados en unos sillones de cuero antiguos que olían a viejo. La mesita de café que había en el centro estaba llena de vasos, botellas y termos medio vací os. La dueña se había retirado a descansar, después de prepararles una habitación a los Delarosa, para que sus huéspedes pudieran charla a solas en aquel bar bañado por una luz tenue. Pete VanderMeer y Grim estaban tomándose una cerveza; Steve había pedido café. Jo celyn le daba sorbos a una humeante taza de infusió n de manzanilla, al igual que Bammy Delarosa…, aunque sólo después de que Grim la alen tara a tomarse un chupito de vodka. Su marido no necesitaba tales ánimos: ya llevaba tres chupitos. Todavía no estaba borracho del todo, pero iba por buen camino. «Seguramente le vaya bien», pensó Steve.

Burt y Bammy Delarosa distaban mucho de ser los pijos arrogantes que Grim había descrito. Steve se dio cuenta de que le caí an bastante bien, si es que aquel podía considerarse un buen momento para juzgarlo. Ahora que ya se les había pasado la conmoción inicial, empezaban a tomarse la situación un poquito más a la ligera. Aunque eso no quería decir que la hubieran aceptado. Estaban aturdidos, sufrían la misma consternación que con tanta habilidad explotan los

de las pompas fúnebres cuando deben discutir asuntos prá cticos con los familiares del difunto. Al día siguiente, o como mucho a lo largo del fin de semana, todo el peso de la realidad les caería sobre los hombros, y cuando eso sucediera, lo llevarían mejor si sabían a qué se estaban enfrentando. Fuera como fuese, en aquel momento tenían la oportunidad de descubrirlo dentro del refugio seguro del hotel. Nada en el mundo habría podido convencer a los Delarosa de que volvieran a su casa oscura y abandonada…, donde estaba ella.

Grim había ido a recoger a Pete, Jocelyn y Steve en su Dodge Ram, y los nuevos residentes los habí an saludado con educación, aunque con las manos temblorosas, en el vestíbulo del hotel. Steve estaba adormilado y atolondrado; Jocelyn y él llevaban casi dos horas dormidos cuando había sonado el teléfono. Pero ahora que el café se le había asentado en el estómago, por fin comenzaban a aclarársele las ideas.

—Katherine van Wyler —repitió Burt Delarosa con voz vacilante.

—Sí —dijo Pete—. Vivía en Philosopher's Deep, en el bosque que hay justo detrás de donde ahora vivimos Steve, Jocelyn, mi esposa y yo. Fue en Black Spring donde la condenaron a muerte por brujería en 1664 (aunque por aquel entonces no se llamaba Black Spring, sino que era una colonia de tramperos holandeses conocida como New Beeck), y es aquí, en Black Spring, donde ha permanecido desde entonces.

Detrás de ellos, un tronco de madera crepitó en la chimenea, y Bammy se levantó de golpe, como si fuera el payaso de una caja sorpresa. La pobre mujer estaba tan asustada como un cervatillo, pensó Steve, y tenía profundas arrugas de tensión alrededor de la boca.

—Tanto en Highland Falls como en Fort Montgomery y, por supuesto, en The Point, todo el mundo sabe que las montañas y los bosques de los alrededores están encantados. Ni siquiera les hace falta conocer los detalles: lo sienten porque flota en el aire, como el olor del ozono después de una tormenta eléctrica. Pero la bruja es problema de Black Spring y, por desgracia, no podemos hacer más que intentar que las cosas sigan siendo así.

Bebió un trago de cerveza. Los Delarosa miraron sus respectivas

bebidas con aire desolado y ni siquiera fueron capaces de animarse a cogerlas.

—Sabemos poco o nada de su vida, lo cual no hace sino aumentar el misterio. Debió de llegar hasta aquí en uno de los barcos de la Compañía Neerlandesa de las Indias Occidentales en torno a 1647. Nueva Ámsterdam era una ciudad portuaria muy ajetreada en aquella época. Los puestos avanzados situados a lo largo del Hudson, donde comerciaban con los indios, eran muy primitivos, y las historias tan sólo circulaban de boca en boca. Muchas de ellas se perdieron con el tiempo. Es posible que Katherine fuera pastora, o tal vez partera. El papel de las mujeres en el Nuevo Mundo era reforzar la comunidad.

—Teniendo hijos —explicó Jocelyn.

—Exacto. Porque ya sabéis, estaban sembrando las semillas de una nueva civilización. Los holandeses fundaron la mayor parte de sus asentamientos a lo largo de las orillas de los rí os, que eran seguras. Pero los bosques que se extendían hacia el oeste estaban atestados de presas de caza, y los munsee colocaban sus trampas en lo que ahora se conoce como el bosque de Black Rock, así que ahí fue don de los holandeses establecieron New Beeck. Se llevaban bien con los indios, practicaban el trueque con ellos. Eran los ingleses los que les ponían nerviosos. Nueva Inglaterra les pisaba los talones y estaba ansiosa por anexionar Nueva Holanda a su territorio. Y, bueno, eso fue justo lo que ocurrió al año siguiente: los ingleses se anexionaron los asentamientos holandeses sin derramar una sola gota de sangre. Fueron ellos los que terminaron por expulsar a los munsee; sin embargo, mucha gente defiende que los munsee abandonaron la zona por voluntad propia y se fueron al norte. Porque, para entonces, Black Spring ya estaba maldito.

—Perdona, pero ¿qué quiere decir eso con exactitud? —preguntó Burt Delarosa.

—Embrujado —contestó Robert Grim con su habitual falta de sutileza—. Podrido. Condenado.

—O al menos eso es lo que creyeron entonces —supuso Bammy.

—Sí, es una forma de decirlo —replicó Grim con desdén, pero se dejó caer contra el respaldo de su asiento cuando Pete VanderMeer le

lanzó una mirada asesina.

Los Delarosa se volvieron el uno hacia el otro y fruncieron el ceño. En otras circunstancias, ver la perfecta sincronización con la que actuaban podría haber resultado casi gracioso.

—Bueno, tenéis que entender que la superstició n estaba muy arraigada en la psique humana —continuó Pete—. Estamos hablando de personas que tuvieron que apañárselas en un mundo totalmente extraño en un momento en el que no había la más mínima seguridad. En Europa ya habían sufrido una buena cantidad de epidemias de peste, cosechas fallidas, hambrunas y forajidos, y el Nuevo Mundo estaba repleto de bestias feroces desconocidas, de bárbaros y demonios. Nadie sabía qué tipo de fuerzas sobrenaturales acechaban en los territorios salvajes del oeste de los asentamientos. Una situación bastante desagradable. Sin ciencia, la gente tenía que confiar en los cuentos y los presagios de las viejas. Temían a Dios Todopoderoso y el Diablo los mataba de miedo. Eso dejó una marca indeleble en los bosques circundantes, basta con pensar en el nombre de la montaña que hay detrás de nuestra casa.

—¿Mount Misery? —preguntó Burt—. Hemos hecho una excursión por allí esta misma semana. Un lugar precioso. Vimos el Hudson desde la cima.

—Es un paseo agradable, hoy en dí a inofensivo por completo, siempre y cuando no te salgas del camino. Pero aquellos presagios… hay que entenderlos como una forma primitiva de meteorología, aunque no es el clima lo que predicen, sino un desastre inminente. Ya conocéis, por descontado, los juicios de las brujas de Salem, que se celebraron veinte o treinta años más tarde en la Colonia de la Bahía de Massachusetts. Llegaron precedidos de una mala cosecha, una epidemia de viruela y la amenaza constante de ataques a manos de las tribus nativas. El vínculo no se estableció hasta más adelante, pero eso da igual. A partir de entonces, el miedo desempeñó un papel importantí simo en la avalancha de rumores que precedían a las tragedias. La gente veía señales por todas partes. Los fetos nacidos muertos, los fenómenos naturales extraños, la putrefacción rápida de la carne, las aves de gran tamaño… —Pete sonrió—. Los holandeses

eran algo má s sensatos que los puritanos, pero en 1653 hubo un pájaro grande que se pasó tres semanas posándose en la cruz del campanario de la iglesia del puerto de Nueva Ámsterdam todos los días al atardecer, y aquello causó un alboroto tremendo. Decían que era más grande que un ganso y de color gris, y que se alimentaba de cadáveres. Hoy, sin duda, cualquiera deducirí a que era un buitre; aparecían de vez en cuando por la zona si se desviaban de su ruta. Pero ¿cómo iban a saberlo los colonos? Así que, al cabo de poco tiempo, se reúne una turba que hace todo tipo de predicciones basadas en el aspecto del ave. El gobierno de la ciudad hace que le peguen un tiro al pobre bicho, pero ya era demasiado tarde: al año siguiente, la viruela causó estragos entre la población. Y le echaron la culpa al pájaro.

Jocelyn se acordó de algo.

—Steve, cuéntales la historia del médico y los niños. No sé si a Pete le suena.

—Pues no, la verdad.

—Me la contó una vez un compañero mío de la Facultad de Medicina de Nueva York —empezó Steve—. Antes de esa misma epidemia de 1654, un médico de Nueva Á msterdam llamado Frederick Verhulst estudió el comportamiento de los niños que jugaban a los «funerales». Los niños cavaban hoyos en el exterior de los muros del asentamiento y, caminando en procesión, cargaban hasta allí con cajas de frutas para meterlas en sus tumbas. Los padres pensaban que estaban poseídos, y se consideraba que el juego era un mal presagio.

—Menos mal que ahora tenemos la Wii —dijo Pete.

Todos rompieron a reír, salvo Bammy Delarosa, que tan só lo logró esbozar una leve sonrisa.

—Hay muchas historias de este tipo —prosiguió Steve—. Algunas bastante horripilantes. Se han encontrado cuerpos de esa época con ladrillos encajados entre las mandíbulas. Durante la epidemia de la fiebre amarilla que Boston sufrió en 1693, era habitual que las fosas comunes volvieran a abrirse para enterrar a los que acababan de morir, y a veces los sepultureros se topaban con cadáveres hinchados

a los que les salía sangre por la boca y que tenían el sudario carcomi do alrededor de la cara. Era como si el muerto se hubiera liberado del s udario a mordiscos y regresado a la vida para beber sangre. Hoy sabemos que los cadáveres en proceso de descomposición se hinchan debido a los gases. Al pudrirse, los ó rganos obligan a que los fluidos salgan por la boca, y los sudarios los devoran las bacterias que ellos mismos contienen. Pero en aquel momento se presentó como la de mostración científica de que los «comedores de sudario» eran los muertos vivientes que se alimentaban de los vivos y, junto con la fiebre, transmitían maldiciones para que más muertos volvieran a la vida. Los pastores de la iglesia les metían ladrillos en la boca para que se murieran de hambre.

Se hizo un profundo silencio, sólo interrumpido por el crepitar del fuego. Entonces Burt dijo:

—¿Sabé is? En algunos pueblos te venden muy bien la zona. Les cuentan a los nuevos residentes lo bonitos que son los alrededores, que hay restaurantes donde se come de maravilla, esas cosas…

A Grim le entró la risa y se atragantó con la cerveza. Esta vez todos se rieron, incluso Bammy. Jocelyn le dio palmaditas a Grim en la espalda hasta que el hombre se recuperó. Steve pensó que era buena señal que Burt fuera capaz de bromear, pues quería decir que no estaba tan alterado como para que todo lo que escuchara aquella noche le entrara por un oído y le saliera por el otro…, siempre y cuando no se trincara toda la botella de Stoli.

—Eso está muy bien —dijo Pete cuando acabó de reí rse—. Los agoreros contribuyeron a la inseguridad y el miedo que invaden a la gente cuando ocurre una desgracia extraña. Niños que nacían ciegos, huellas extrañas de animales en el barro, luces en el cielo nocturno… Cuando la gente empieza a creer en los presagios, se produce un colapso general en su forma de pensar y de vivir. ¿Qué espanto nos espera ahora? Ese es el caldo de cultivo en el que prendió el miedo a Katherine van Wyler.

—Así que pensaron que era una bruja —dijo Burt.

—Así es. —El cigarrillo de Pete se habí a consumido en el cenicero, de modo que empezó a liarse otro—. Fue la típica historia de

caza de brujas, aunque se diferenció en un par de aspectos. No en lo que respecta a la causa: era una mujer soltera que vivía sola en el bosque, por lo que todo el mundo la miraba con desprecio. En 1664 debía de tener algo más de treinta años, porque era madre de dos crí os pequeños, un niño y una niña. No sabemos quién era el padre ni por qué no estaba con ella. Se decía que se había apareado con los indios. Si a eso le sumas el hecho de que había abandonado la iglesia, no pasó mucho tiempo antes de que empezaran a señ alarla con el dedo. Decían que participaba en prácticas paganas. Averiguar en qué consistían esas prácticas con exactitud se convirtió en la leña para una gran hoguera de rumores.

—¿Adoración al diablo? —preguntó Burt.

—Sodomí a. Zoofilia. Canibalismo. Y, sí, todo ello obra del diablo.

—Jesús.

—Eso es lo que viene ahora. Estamos en octubre de 1664 cuando el hijo de Katherine muere de viruela a los nueve años de edad. Varios testigos aseguran que la han visto, vestida de luto, enterrando el cuerpo en el bosque. Pero unos cuantos días más tarde, la gente del pueblo ve al niño paseando por las calles de New Beeck como si Katherine lo hubiera resucitado de entre los muertos, tal como Jesús hizo con Lázaro. Se cagaron de miedo, así como te lo digo. Si resucitar a los muertos no es la prueba definitiva de que te está s metiendo en cosas en las que no deberías meterte, ya me dirás, así que Katherine van Wyler fue sentenciada a muerte por brujería. Después de que la torturaran, confesó, pero todas lo hacían. Joder, después de la rueda y de la silla de inmersión, vaya si confesabas que habí as ido volando de tejado en tejado montada en una escoba. Le hicieron cosas horribles. En fin, la obligaron a matar a aquel ser impío en que se había convertido su hijo resucitado, y a hacerlo con sus propias manos. Si no obedecía, los jueces no matarían sólo al niño, sino también a su hermana.

—¡Eso es terrible! —gritó Bammy—. O sea, que ¿tuvo que elegir entre sus dos hijos?

Pete se encogió de hombros.

—En aquel entonces no eran precisamente unos sentimentales. Era una lacra arrastrada desde el Viejo Mundo. Las acusaciones y condenas por brujería estaban a la orden del día. Katherine no tuvo elección, así que mató a su hijo para salvar a su hija, tras lo cual fue sentenciada a la horca como acto de clemencia. Pero no la colgaron ellos mismos: la forzaron a saltar por voluntad propia, para simbolizar la expiación y el autocastigo. Cuando murió, arrojaron su cuerpo a una de las charcas de la bruja, en el bosque, para que lo devoraran los animales salvajes. Así solían hacerlo. O eso, o las quemaban en la hoguera. Inocentes, por supuesto.

—Qué horrible —murmuró Bammy.

—Aunque, en este caso, no era tan inocente —dijo Grim.

Los Delarosa lo miraron.

—Bueno, a ver, no lo sabemos a ciencia cierta —lo interrumpió Pete de inmediato—. No sabemos si era culpable de los crímenes por los que la condenaron. Hacer esas suposiciones es un poco exagerado incluso en Black Spring. Pero esto sí lo tenemos claro: los colonos creían que ella había resucitado a su hijo de entre los muertos, y con eso les bastaba. Echando la vista atrás, es posible, incluso probable, que Katherine poseyera ciertos poderes a lo largo de su vida, pero no hay indicios de que realizara milagros ni de que utilizara su don para dañar a nadie. Lo más seguro es que su muerte violenta, precedida de horribles torturas y del hecho de que la obligaran a matar a su propio hijo, la convirtiera en lo que es ahora. Pero todo esto son conjeturas. No puede decirse que exista mucho material de referencia en el mundo de lo oculto.

—Bien —dijo Burt Delarosa, que apuró su Stoli—, o sea que tenéis vuestra propia fantasma de pueblo. —Emitió una risa aguda, como si le sorprendiera oírse pronunciar esas palabras, y levantó su vaso vacío hacia Grim—. Es fantástico. Así que cuando me llamaste me estabas diciendo la verdad, pedazo de cabrón. Pensé que me estabas tomando el pelo. A ver…, claro que pensé que me estabas tomando el pelo.

—¿De qué estás hablando? —le preguntó Bammy con expresión desconcertada.

—El día en que aquella mujer y este de aquí trataron de sobornarnos. Aquella noche Grim me llamó al móvil y lo intentó de nuevo con no sé qué patraña sobre la Malvada Bruja del Oeste. No te lo dije porque me sorprendió lo lejos que estaban dispuestos a llegar con su acoso, y no quise disgustarte. Y…, bueno, ya sabes lo que opinábamos de ellos, cariño.

—Lo siento —admitió Grim sin que se percibiera ninguna ironía en su voz.

—Te has referido a ella como «vuestra propia fantasma de pueblo» —dijo Pete—, y eso no es del todo correcto, aunque se acerca. No parece que os esté costando mucho aceptar la realidad de que hay algo muy peculiar merodeando por vuestro dormitorio. ¿Por qué no llamasteis a la policía en cuanto la visteis? Es lo primero que hace la mayoría de la gente cuando se topa con un intruso. O tal vez a una ambulancia, teniendo en cuenta el estado en que se encuentra Katherine.

Los Delarosa intercambiaron una mirada incómoda y no supieron qué decir. Una repentina sensación de *déjà vu* se apoderó de Steve, tal como solía pasarle cuando les soltaban la noticia a los nuevos. Sólo ocurría un par de veces al año, si tenían suerte, y por lo general a una hora más civilizada. Pero la hora no tenía nada que ver con lo que él estaba recordando. Habí a ocurrido hacía dieciocho años, en presencia del mismo Pete VanderMeer, aunque entonces su vecino era bastante más joven y todavía trabajaba en el Departamento de Sociología de la Universidad de Nueva York; puede que entonces su forma de narrar la historia fuera menos hábil, pero su voz encerraba la misma serenidad reflexiva. Lo que más recordaba Steve eran su miedo y su incertidumbre, los de Jocelyn. «Estábamos escuchando un cuento sobre presagios y brujas, pero en ningú n momento nos planteamos no creerlo. No… después de lo que habíamos visto».

Al final, fue Bammy la que habló:

—Es sólo que transmitía la sensación de que… Bueno, de que no era una intrusa. Me bastó con mirarla una sola vez para que me resultara innegable. La sentí como algo… malo. —Se volvió hacia su marido—. ¿Les cuento cómo sucedió?

Burt hizo ademán de decir algo, pero se limitó a hacer un gesto con la mano.

—Qué más da.

—Aún no nos habíamos dormido. Estábamos… entregá ndonos el uno al otro. —Un rubor elegante le sonrojó las mejillas, y tanto Steve como Grim tuvieron que morderse la lengua. Steve pensó que, en todos los años que llevaba ejerciendo la medicina, nunca había oído una descripción del acto más mojigata, ni más adecuada para la persona que la había formulado—. Me tumbé de espaldas y de repente estaba allí, al pie de la cama. La vi detrás de Burt. Y eso fue lo que me resultó más espeluznante. Al principio ni siquiera estaba, y entonces apareció, y me estaba mirando. Pero no tenía ojos, sólo unos hilos negros y raídos, y me miraba con ellos. Ojalá no me hubiera mirado.

—Mi mujer gritó — dijo Burt con la voz apagada y monótona— y salió de debajo de mí retorciéndose como si se hubiera electrocutado. Entonces yo también la vi. Y yo también grité. Creo que no gritaba así desde que tuve que saltar a un pozo de hielo durante la época de las novatadas de la fraternidad, en Jamaica Bay, pero hoy lo he hecho. Es lo que dice Bammy: en cuanto la vi, no me quedó ni la menor duda de que se trataba de una especie de aparición o de una pesadilla…, aunque esta pesadilla era real, y ambos la estábamos compartiendo. Bammy se envolvió en la sábana y salió corriendo de la habitación. La seguí, pero cuando llegué a la puerta me di la vuelta porque quería ver si desaparecí a cuando parpadeabas, como los sueños. Pero continuaba allí. Y… volví hasta ella.

—¿Por qué? —preguntó Bammy conmocionada.

Se encogió de hombros.

—Bueno, había una mujer mutilada en nuestro dormitorio. Encadenada de arriba abajo. Quería ver si podía ayudarla de algú n modo, supongo.

—¿Pasó algo? —quiso saber Grim.

Al principio Burt no dijo nada, y Steve vio que la mano de Bammy se tensaba alrededor de la de su marido.

—No —contestó al final—. Siguió allí plantada. Tenía miedo, así que salí detrás de mi esposa.

Grim y Steve intercambiaron una mirada. Pete también habí a detectado la mentira, pero decidió que no era relevante, al menos de momento.

—Bien. De manera que ambos tuvisteis la sensación de que no es humana.

—¿Cómo es posible que esto no lo sepa más gente? —preguntó Burt—. Es decir, si de verdad hay un fantasma que ronda por vuestro pueblo, y que conste que eso no es algo que esté dispuesto a aceptar hasta que lo haya estudiado con detenimiento… Pero, digamos que es cierto, revolucionaría la ciencia por completo. ¿La habé is grabado en vídeo alguna vez?

—Tenemos más de cuarenta mil horas de imágenes en nuestro archivo digital —contestó Grim—. Tenemos cámaras instaladas por todo el pueblo. ¿No os habéis dado cuenta? Guardamos el material durante diez años, pero después nos deshacemos de é l. Con el tiempo se vuelve bastante aburrido.

Los Delarosa volvieron a mirarlo de hito en hito.

—Creo que no te estoy entendiendo —dijo Burt despacio.

—Lo que está tratando de deciros —intervino Pete— es que hacemos todo cuanto está en nuestra mano para asegurarnos de que no lo sepa más gente. De hecho, nuestra vida depende de ello. —Los miró a los ojos por turnos, primero a Burt, luego a Bammy. El hecho de que no evitara el contacto visual mientras pronunciaba aquellas palabras despertó un profundo respeto hacia él en Steve—. Veréis, la historia de Katherine no termina con su muerte. Una mañana del invierno de 1665, cuatro meses después de su ahorcamiento, un grupo encabezado por el mismí simo exdirector general Peter Stuyvesant se adentró en las montañas para ver qué andaban haciendo los tramperos y descubrieron que New Beeck estaba totalmente desierto. De los tejados colgaban témpanos y todo estaba cubierto de una gruesa capa de nieve. Lo raro, en cualquier caso, era que la nieve no era reciente. Deberían haber encontrado huellas por todas partes, pero no las había. Era como si la gente del pueblo se hubiera esfumado en el transcurso de una noche fatídica. No se les volvió a ver nunca más. Los holandeses sospecharon que se trataba de una maldició n y empezaron

a evitar el pueblo fantasma y las montañas que lo rodeaban, donde sentían que el «mal de ojo» los acechaba. En junio de ese año, Stuyvesant regresó a los Países Bajos. La mayoría de los colonos originales se marcharon y los acontecimientos cayeron en el olvido. La única documentació n histórica oficial sobre la desaparición no se localizó hasta más de cuarenta años después, en 1708, en los anales de la República Holandesa, que incluyen un breve relato de la leyen da. Tenemos ese documento en nuestro archivo. Atribuye el éxodo de New Beeck a las dificultades económicas causadas por la Segunda Guerra Anglo-Neerlandesa y la anexió n de Nueva York, y da por hecho que a los colonos los habían asesinado en una batalla entre tribus indias.

—Así que era cosa del folclore local —murmuró Burt.

—Si no fuera —dijo Jocelyn— porque hay quienes dicen que los indios ya habían abandonado la zona el otoño anterior, justo en medio de la temporada de caza. La leyenda cuenta que tenían miedo, que decían que los bosques que antes habían reclamado habían sido « contaminados». Fuera como fuese, ¿por qué iban los indios a abandonar sin más el lucrativo comercio con los colonos? ¿Y por qué sucedió justo después de que los tramperos hubieran dejado el cadáver de Katherine en el bosque?

—Eso es —dijo Pete—. Y hay má s. Porque lo que sucedió en 1713 sí está documentado. En abril de ese año, los colonos ingleses se instalaron en el pueblo y lo rebautizaron con el nombre de Black Spring. Al cabo de una semana se suicidaron tres personas. Bethia Kelly, la partera, mató a ocho niños antes de que la encerraran.

—Te lo estás inventando.

—Ojalá fuese así. Cuando fueron a arrestarla, declaró que una mujer que había salido del bosque le había susurrado que tenía que elegir entre los niños. Dijo que no fue capaz de elegir, así que los había matado a todos. En el archivo se hace una breve mención al folclore local vinculado con el mal de ojo y los fenómenos extraños que tuvieron lugar en Mount Misery, supuestamente con relació n a una bruja. Un mes después, un grupo de ancianos de la iglesia entró en el bosque. Cuando volvieron, afirmaron haber expulsado los

demonios de una mujer poseída cosiéndole los ojos y la boca para cerrárselos y atándole el cuerpo con cadenas. Ese mismo año murieron todos, aunque se desconoce en qué circunstancias. Pero al menos tuvieron éxito en parte: al cosé rselos, acabaron con el mal de ojo.

—Pero ella no se fue —dijo Bammy con una expresión de horror profundo en el rostro.

—No, y ese es el problema —convino Pete—. Ella no se fue. Hasta hoy, Katherine van Wyler sigue recorriendo las calles de Black Spring noche y día… y se aparece en las casas.

Todo el mundo se quedó callado, así que Grim asumió la tarea.

—No hablamos del típico fantasma pasado de moda que sólo ve un niño desquiciante, autista y abandonado al que nadie cree, pero que al final siempre tiene razón. La Bruja de Black Rock siempre está aquí. Y no es un espectro benigno ni un eco del pasado como en esas películas de terror pornográfico para adolescentes. Nos desafía con su presencia como un pitbull encerrado. Con bozal, sin moverse ni un centímetro. Pero si metes el dedo entre los barrotes, no se limita a palparlo para ver si ha engordado lo suficiente. Te lo arranca.

Burt se puso de pie. Estuvo a punto de coger la botella de Stoli, pero cambió de idea. De repente parecía sobrio por completo, a pesar de la considerable cantidad de alcohol que le corría por las venas.

—Asumiendo que todo esto sea verdad…, ¿qué es lo que quiere? ¿ Qué quiere esa maldita bruja de vosotros, por el amor de Dios?

—Suponemos que quiere venganza —respondió Pete en tono sombrío—. Con independencia de lo que la impulse, su muerte liberó un poder que busca vengarse de las personas que la obligaron a cometer aquellos actos terribles. Y aunque hayan pasado trescientos cincuenta años, esas personas somos nosotros, los habitantes de Black Spring.

—Pero, a ver, ¿cómo lo sabéis? ¿Alguien ha intentado alguna vez comunicarse con ella? O, no sé , ¿exorcizarla?

—Sí —dijo Bammy para apoyarlo—. A lo mejor sólo quiere que la escuchen…

—Ya lo hemos pensado, y ya lo hemos intentado —dijo Grim—. Las güijas están descartadas por completo, es mejor no enredar con

esas hijas de puta, porque te matan. Las mierdas paganas y rocambolescas no funcionan con ella, así de sencillo. Ya lo hemos probado todo. Hemos traído a exorcistas del Vaticano que llegaron a la conclusión de que, como era impía, no podí an ayudarnos. Desde luego, lo cierto es que esos pusilánimes se cagaron de miedo con lo que se encontraron aquí. Sacerdotes, chamanes, brujas blancas, comandos, el ejército…, todo desemboca en situaciones muy desagradables. Hace tiempo, intentaron decapitarla y prenderle fuego, pero, por decirlo de alguna forma, se desvanece en cuanto el humo le sale por debajo de la falda. Ahora tenemos instaurado un Decreto de Emergencia que prohíbe de forma estricta ese tipo de artimañas, porque siempre terminan en muerte. En el momento en que alguien intenta lastimarla, hay personas inocentes de Black Spring que la palman de repente. Coserla la ha vuelto casi inofensiva… Sólo Dios sabe cómo conseguirían hacerlo. Pero si lo que está sucediendo aquí se filtra hacia el exterior, será inevitable que la gente quiera abrirle los ojos y la boca. La humanidad ha demostrado una y otra vez su tendencia a cruzar límites que no debería cruzar. Y tenemos muchísimas razones para creer que, si abre los ojos y empieza a pronunciar sus hechizos, moriremos todos. Por eso la mantenemos oculta. No conviene que la entendamos…, no debemos entenderla. Katherine es una bomba de relojería paranormal.

—Lo siento, pero no me lo creo —dijo Burt.

Pete bebió un trago de cerveza y dejó su vaso sobre la mesa.

—Señor Delarosa… Cuando tu esposa salió corriendo y tú volviste a entrar en la habitación, ¿la oíste susurrar?

Titubeó.

—Pues… escuché algo, supongo. Se le movía la comisura de la boca. Apenas se notaba. Quise saber si estaba diciendo algo.

—¿Y qué oíste?

—Un susurro.

—Y, por favor, te pido disculpas por adelantado, pero ¿hubo algú n momento en el que te plantearas suicidarte?

Bammy soltó un alarido, un grito sofocado, y volcó la taza vacía que descansaba sobre el brazo de su sillón de cuero. El recipiente cayó

al suelo y se rompió en tres pedazos. Jocelyn se apresuró a recogerlos. Bammy intentó abrir la boca para decir algo, pero entonces vio la expresión de su marido y empezó a temblarle el labio inferior.

—Lo pensaste, ¿verdad? —dijo Pete—. La oíste susurrar y te planteaste la idea de hacerte daño. Así es como llega a la gente. Hace que se suiciden, tal como la obligaron a hacer a ella.

—¿Burt? —preguntó Bammy con voz temblorosa—. ¿A qué se refieren, Burt?

Delarosa intentó hablar, pero no pudo, así que se aclaró la garganta. Había palidecido por completo.

—Me quedé a solas con ella sólo unos segundos. No dije nada. Me daba miedo que levantara la vista si oía algún ruido. No quería que me mirara, no sé si me explico… Aunque sea ciega, no quería que me viera. Y la oí susurrar. Luego salí al pasillo y quise machacarme la cabeza contra el poste de la puerta. —Bammy dio un respingo, como si alguien la hubiera golpeado, y se llevó las manos a la boca—. Lo juro por Dios, en mi mente estaba agarrado al poste de la puerta y me estampaba la frente tres veces contra él hasta reventármela. Y entonces…, entonces gritaste, cariño. Eso me despertó y salí corriendo detrás de ti. No llegué a hacerlo sólo porque tú gritaste.

—¡Basta! —gimió Bammy al mismo tiempo que se agarraba a su marido—. No es cierto, ¿verdad? No quiero seguir escuchándolo, Burt. Por favor.

—Tranquila —dijo Jocelyn—. Estáis a salvo. No duró el tiempo suficiente para que tenga algún tipo de efecto duradero.

Burt le pasó un brazo por los hombros a su sollozante esposa y se volvió hacia Pete. Steve se dio cuenta por primera vez de lo enfermo y alterado que parecía… y de que sí se creía lo que le estaban contando.

—¿Quién lo sabe? —preguntó a duras penas.

—La gente de The Point, que está un poco más allá, siguiendo la carretera —respondió Grim—. Pero sólo una pequeña divisió n, muy confidencial, en lo más alto de la cadena de mando. Es tan pequeña que no la supervisa ninguna comisión, para evitar el riesgo de filtraciones.

—Venga ya.

—Sospecho que ni siquiera el presidente lo sabe. Antes sí lo sabían, claro. Todos, desde George Washington hasta Abraham Lincoln, debían de saber lo que estaba sucediendo aquí, porque gracias al archivo sabemos que visitaron Black Spring. En 1802, la Academia Militar de Estados Unidos se estableció en West Point para ayudarnos a encubrirlo. No pondría la mano en el fuego, pero yo diría que debió de ser hacia el final de la Guerra Civil cuando consideraron que The Point era lo bastante de fiar como para que se le concediera autoridad exclusiva sobre Black Spring. Lo más seguro es que por orden del mismísimo Abe. El asunto es demasiado delicado. Más adelante, cuando la región se desarrolló y el riesgo de filtraciones aumentó, nos organizamos. Nos hicimos profesionales. Y así nació el HEX.

—¿Qué es el HEX?

—Nosotros. Los cazafantasmas. Escondemos a la bruja a plena vista.

Burt miró a Grim con evidente dificultad.

—¿Qué significa el nombre?

—Bueno, por lo que se ve no es más que un viejo acrónimo que gustó. Nadie lo sabe a ciencia cierta. Lo que importa es lo que hacemos. En The Point nos dejan ocuparnos del asunto a nuestro aire, pero redactamos informes para tenerlos contentos, para poder recurrir a ellos en caso de que haya que cerrar las carreteras o si necesitamos que nos hagan algún favor en la reserva estatal. ¿Cómo crees que habríamos podido mantener el secreto si no? Pueden instalarse todas las cortinas de humo que quieras, pero eso requiere dinero… y confidencialidad absoluta. The Point está para preservar el *statu quo* , porque, por lo demás, no tienen ni idea de qué hacer con este desastre, aparte de escondérselo al público en general y a los servicios de inteligencia extranjeros. No hay ningún tipo de control…, eso es una mentira descarada. De hecho, están cagados. Si pudieran, nos rodearían con una valla enorme y convertirían la zona en una reserva deshabitada, pero entonces se mancharí an las manos con la sangre de tres mil personas, tantas como las que murieron el 11 de septiembre. Así que han optado por una política de contención. Hasta que se

encuentre una solución, signifique lo que signifique eso, la vida aquí sigue como de costumbre y, a través de una provisión del Departamento del Tesoro casi imposible de rastrear, nos conceden subsidios para que mantengamos la boca cerrada.

—Es una cuestión de imagen —añadió Pete—. Si tienes una verruga en el cuello, te pones cuello alto.

—Joder —murmuró Burt Delarosa—. ¿Alguien ha intentado alguna vez abrirle los ojos?

—Una vez —contestó Pete tras un largo silencio—. Pero nunca llegaron tan lejos. Sucedió en 1967, por iniciativa de la Unidad de Inteligencia Militar de The Point. Llevaba tanto tiempo sin pasar nada que la gente empezó a dudar de que en realidad Katherine supusiera un peligro tan grande. Incluso en el pueblo se comentaba que la gente quería entenderla y, bueno, darle algo. Justo lo mismo que ha dicho Bammy: a lo mejor sólo quería que la escucharan. El experimento se grabó en ví deo. Robert, ¿y si se lo enseñas?

Grim sacó su MacBook del maletín y lo abrió.

—Utilizamos este fragmento para que la gente nueva se haga una idea de lo grave que es la situación. Percepción, formación de imágenes, todo eso. Pero os lo advierto: fue una cagada enorme por parte de todo el mundo. Las imá genes son bastante brutales, el tipo de brutalidad que censurarían en las noticias de la noche, para que me entendáis.

—No sé si quiero verlas —dijo Bammy mientras se secaba las lágrimas.

—No pasa nada, cielo —dijo Burt—. No tienes por qué verlas si no quieres.

Se revolvió con nerviosismo y miró a Pete en busca de confirmación. Pete asintió. Grim se puso el MacBook en el regazo y clicó el botón de *play* .

Las imágenes son impactantes, de eso no cabe duda. Es una auténtica grabación en Super 8 realizada en los años sesenta y después digitalizada y, a diferencia de la GoPro de Tyler, evoca ese sentimiento de película nostálgica al que incluso las fotos de Instagram só lo pueden aspirar. Steve se sorprende al notar que siente

una preferencia instintiva por ese estilo, a pesar de que los colores están desvaídos y que su hijo mayor lo habría tildado de carcamal. No es que Steve esté mirando las imágenes en este momento; está sentado al otro lado del bar envolviendo a Jocelyn en sus brazos, observando el rostro de Burt y Bammy Delarosa. Pero ya sabe lo que muestran las imágenes. Todos los habitantes de Black Spring lo saben. A todos los han adoctrinado con ellas, a la mayoría desde la primera infancia. Steve está totalmente en contra de que se les muestre el fragmento a los niñ os de quinto en el Colegio de Primaria Black Rock, así que cuando le tocó a Tyler, y después a Matt, intentó fingir que estaban enfermos. Pero las multas eran demasiado altas. En Black Spring, hay que acatar el Decreto de Emergencia.

Todavía recuerda los pases como si hubieran sido ayer: todos los padres estaban presentes, y era horrible. Para muchos niños, ver las imágenes marca el momento en que se convierten en adultos, y eso sucede demasiado pronto.

El marco es la consulta cuadrada de un médico de familia, y Katherine van Wyler está en una silla en el centro. Han conseguido obligarla a sentarse sirvié ndose de un lazo de captura terminado en un cable de acero, un instrumento que de forma habitual se usa para sujetar a los perros rabiosos. Un oficial de The Point con una chaqueta de *tweed* está de pie a cierta distancia, aún sujetando el lazo alrededor del cuello de la mujer. Detrás de ella hay otros dos, con las porras listas.

Pero no parece que ella tenga intención de marcharse a ningún lado.

La Bruja de Black Rock no se mueve.

Hay otros tres hombres en la sala: dos médicos de Black Spring y el operador de cámara, que actúa como comentarista haciendo gala de una voz profunda a lo Walter Cronkite. Los médicos no dicen nada. No es necesario fijarse mucho para ver que tienen la frente sudada. Está n muy nerviosos. Acuclillados ante la bruja, cambian el peso del cuerpo de un pie al otro en busca de una postura cómoda, intentando no tocarla. Uno de ellos tiene unas pinzas y una cuchilla para cortar suturas.

—Ahora el doctor McGee va a quitarle el primer hilo de la boca —dice la voz de telediario, y se captan su miedo e incertidumbre.

Grim, Burt y Bammy —que no quiere mirar, pero aun así mira— ven que el doctor McGee aparta con recelo la carne reseca y temblorosa de la comisura izquierda de la boca de la bruja con las pinzas y tensa el punto más extremo. Pasa la hoja de la navaja por encima de la puntada y el hilo salta como una goma elástica. El médico retrocede y cambia de postura. Se enjuga el sudor de la frente. Katherine no se ha movido. La sutura negra y curvada le sobresale de la comisura de la boca, justo igual que ahora. Vemos que esa parte de los labios le tiembla de manera inequívoca. El doctor McGee se inclina de nuevo hacia ella y una expresión de sorpresa le invade el rostro. El otro médico también se acerca. Los oficiales de The Point no la oyen susurrar; no se dan cuenta de que a partir de ese momento está n en los dominios de Katherine.

—Ese ha sido el primer punto —dice la voz que no es la de Walter Cronkite, y McGee parpadea. Se seca la frente de nuevo y levanta las pinzas, pero la mano se le cae cuando está a medio camino. Vuelve a echarse hacia delante—. ¿Va todo bien…, doctor McGee? —pregunta la voz de telediario, y el doctor McGee responde levantando de repente la cuchilla de cortar suturas y, a la velocidad de la aguja de una máquina de coser Singer, clavándosela en la cara una y otra vez.

A lo largo de los segundos siguientes, todo sucede a la vez. El caos es total. Se oye un aullido que te hiela por dentro. Tiran la cámara y el trípode choca contra la pared, así que de pronto vemos la sala desde una perspectiva nauseabunda. La bruja ya no está en su silla, sino de pie en un rincón de la consulta, y só lo vemos la parte de debajo de su cuerpo; el resto queda fuera del ángulo de la cámara. El lazo de captura ha caído al suelo. El doctor McGee yace despatarrado sobre un gran charco de sangre, sufriendo convulsiones. También vemos las piernas del segundo doctor extendidas cerca; o al menos pensamos que son las piernas del segundo doctor. Los oficiales gritan e intentan escapar de la escena. Bammy Delarosa tiene pinta de querer hacer lo mismo: tiene las manos delante de la cara y está

hiperventilando. Su marido parece estar demasiado conmocionado para darse cuenta de que lo que está viendo son hechos reales.

—Esa —dice Robert Grim— fue la última vez que los servicios de inteligencia se pillaron los dedos con la bruja.

Presiona COMMAND-Q y la pantalla se vuelve negra.

—Murieron cinco personas —continuó Pete—. Los dos médicos se suicidaron en ese mismo instante, pero tres ancianos murieron en la calle en otros lugares de Black Spring, todos a la vez. Sus respectivas autopsias revelaron que habí an sufrido una hemorragia cerebral aguda. Se cree que la hora de la muerte coincidió exactamente con el momento en que le cortaron el primer punto.

El bar del hotel se sumió en el silencio. Steve echó un vistazo a su teléfono y vio que ya eran las tres y cuarto. Bammy estaba entre los brazos de Burt, temblando y llorando, y los demás se miraban los pies con nerviosismo.

—¡No quiero volver a esa casa, Burt! —gritó Bammy—. No quiero volver jamás.

—Ya está, tranquila —dijo Burt con voz ronca—. No tendrás que hacerlo. —Se volvió hacia Grim—. Una cosa, ambos estamos bastante alterados. Os agradezco mucho que nos hayá is reservado habitación en el hotel, pero no creo que mi esposa y yo queramos seguir en Black Spring ni un minuto más. Tenemos muchas preguntas, pero pueden esperar. Si Bammy está en condiciones de conducir, nos iremos a Manhattan a dormir a casa de unos amigos. Si no, cogeremos un taxi y nos quedaremos en algún motel de Newburgh.

—No creo… —Pete intentó interrumpir, pero Burt no le dejó meter baza.

—Mañana llamaré a un agente inmobiliario. Siento… que tengáis que vivir con esto, pero… no es para nosotros. Nos mudamos.

—Me temo que eso no va a ser posible —dijo Pete en voz baja.

Ahora, se dio cuenta Steve, ni siquiera Pete tení a agallas para mirarlos a los ojos.

Por fin, Burt preguntó:

—¿Qué quieres decir?

—Antes la llamaste «vuestra propia fantasma de pueblo» y «vuestra» bruja. Siento tener que decíroslo, pero me temo que a partir de esta noche también es asunto vuestro. No va a permitir que os vayá is. Ahora vivís en Black Spring. Eso significa que la maldición también ha caído sobre vosotros.

Sólo Robert Grim pudo romper el silencio que se hizo a continuación:

—Bienvenidos a casa. —Su cara se contrajo en una sonrisa macabra—. Tenemos un montón de ferias estupendas.

SIETE

La tarde siguiente, Tyler volvió a casa empapado por la lluvia tras los servicios comunitarios, con la cara tensa. Steve estaba sentado a la mesa del comedor leyendo un art ículo en *The New Yorker* , pero tuvo que empezar de nuevo dos veces porque no paraba de distraerse. Jocelyn y él habían llegado a casa a las seis menos cuarto, sintiéndose desanimados y exhaustos. En la cocina, delante de una taza de té, habían dado unas cuantas cabezadas y se habían despertado sobresaltados varias veces, hasta que, con gran frustración por su parte, Steve empezó a distinguir los contornos del bosque que hab ía detrás de la casa cuando los primeros indicios del amanecer acariciaron el cielo del este. Había decidido no irse a la cama con Jocelyn y pasarse al café: tenía que levantarse a las siete para ir a trabajar.

Esa tarde, después de las clases, se retiró a su despacho del centro de investigación para echar un vistazo a un montón de resultados de exámenes de doctorado, pero se sorprendi ó contemplando los regueros de lluvia que caían por la ventana. La cabeza se le iba a la conversación con los Delarosa.

—No sé qué te preocupa —le dijo su becaria, Laura Frazier, cuando se pasó por su despacho para archivar un montón de formularios—, pero hazme caso: vete a casa y duerme un poco. Tienes pinta de necesitarlo.

Steve le dedicó una sonrisa aturdida.

—He dormido poco. Mi esposa está enferma.

Le sorprendió la naturalidad con la que la mentira brotaba de sus labios. Dios, despu és de dieciocho años se había convertido en un mentiroso muy prolífico. «Parte de la identidad de Black Spring», habría dicho Pete VanderMeer.

—Tú también te pondrás enfermo si no tienes cuidado. No lo digo en broma.

—Estoy hecho una mierda, ¿no? —dijo, y de repente el grito de desesperación de Burt Delarosa le atravesó la cabeza: «¿Por qué no os esforzasteis más en mantenernos alejados de aquí, pedazo de hijos de puta?».

Ahora Jocelyn estaba acostada en el piso de arriba y Matt haciendo los deberes. Tyler le masculló un «hola » frío a su padre y subió a tender la ropa mojada. Steve se dio cuenta de que había algo que le preocupaba. Sabía que tendría que hablar con él, pero no era tan sencillo. A Tyler no se le preguntaban las cosas de inmediato; había que esperar a que él se acercara. Esa vulnerabilidad infantil era uno de los rasgos que Steve admiraba en él.

«Y, como no podía ser de otra manera, aquí está», se dijo cuando Tyler bajó quince minutos más tarde. Pero Steve no levantó la vista del artículo; no quería darle al joven la impresión de que ya se esperaba ese momento.

—Mam á me ha dicho que se os hizo muy tarde con los nuevos —dijo Tyler con una alegría forzada, y se sentó a la mesa del comedor.

—Ni me hables —dijo Steve—. Al final he ido a trabajar de empalmada.

—¿Cómo fue?

—Fatal, como de costumbre. Pero al final lo superarán. ¿Cómo te va en los servicios comunitarios?

Tyler se puso rojo y sonrió con aire culpable.

—Así que ya lo sabes.

—Todo el pueblo lo sabe —dijo, pero le guiñó un ojo y le dio un pu ñetazo cómplice en el costado. El alivio de Tyler fue evidente—. Menuda panda estáis hechos. Robert Grim me enseñó las imágenes anoche. Es tu reportaje más espectacular hasta el momento, debo decir.

—Y que lo digas. Nos quedamos de piedra. Y, la verdad, me dio un poco de vergüenza haberle hecho algo así. A ver, algo nos esperábamos, pero no que…, no que se metiera una culada así…

Steve sonri ó, pero continuó en tono más serio.

—Espero que sepáis que habéis tenido una suerte increíble. Un solo error y ahora mismo no estaríais recogiendo papeles en el parque, estaríais tirados en esa isla.

—Bueno, Robert está de nuestro lado.

—Robert puede ser, pero el Consejo no. Tú mismo has dicho que no sab íais qué esperar. Podría haber rodeado la farola, pero chocó contra ella y se cayó. A saber qué más podría haber pasado. Si dependiera del Consejo, ahora mismo estaríais todos en Doodletown.

Tyler se encogió de hombros, un gesto que dej ó a Steve un poco perplejo.

—¿Tienes alguna idea de con qué estáis jugando? —dijo—. Vuestras buenas intenciones no os hacen invulnerables. Y ni siquiera me refiero a ella. El Consejo no tiene muy buena opinión de personajes como Jaydon Holst. ¿Fue idea suya?

—No, fuimos todos —contestó Tyler sin el menor atisbo de duda en la mirada.

Esa era otra cosa que Steve admiraba de él: Tyler nunca dejaba que los demás pagaran el pato por su comportamiento.

El problema no era tanto que hubieran gastado una broma y la hubiesen grabado en vídeo: eso eran travesuras de cr íos. En lo que a educar a los niños se refería, Steve y Jocelyn siempre habían tenido ideas progresistas, a pesar de las restricciones del Decreto de Emergencia. Lo único que hacía que la situación en Black Spring resultara soportable —«sobrevivible», como decían algunos— era que Black Spring era una comuna adoctrinada. La gente del pueblo vivía conforme a reglas estrictas porque cre ían en ellas y las aceptaban sin cuestionarlas. Los niños digerían los mandamientos del Decreto de Emergencia al mismo tiempo que la leche materna: no te asociarás con la bruja; no dirás ni una palabra sobre ella a la gente de fuera; cumplirás con el reglamento de visitas; y el pecado mortal: nunca, bajo ninguna circunstancia, abrirás los ojos de la bruja. Eran reglas

motivadas por el miedo, y Steve sabía que el miedo conducía indefectiblemente a la violencia. A lo largo de los años, había visto muchas caritas inexpresivas y pálidas con magulladuras negras azuladas y labios hinchados en el patio del Colegio de Primaria Black Rock, caras de niños que les habían descubierto el pastel a amigos o primos de fuera de la ciudad y a los que habían atizado hasta reprogramarlos por completo de acuerdo con el ejemplo de sus padres.

Steve y Jocelyn no aprobaban esos métodos. Habían decidido criar a sus hijos en una armonía y una simbiosis bien fundamentadas, con mucho espacio para el pensamiento crítico, pero sin perder de vista la realidad de su suerte. Como resultado, ambos se habían convertido en ni ños sensatos y de buen corazón, niños que inspiraban confianza en que nunca se meterían en líos extraños.

«Pero esa confianza es una ilusión —pensó Steve—. Te pasas años pensando que lo tienes todo bajo control, y luego alguien pronuncia la palabra "Doodletown" y ves que Tyler se encoge de hombros tan tranquilo ».

—¿Cuándo fuiste de visita al búnker por última vez? —preguntó Steve.

—En sexto, creo. Nos llevó la señora Richardson.

—Pues puede que ya nos toque echarle otro vistazo, entonces. ¿Te acuerdas de cómo es por dentro?

A Tyler se le hundieron los hombros. El Centro de Internamiento de Doodletown era un búnker privado ubicado en la l úgubre isla de Iona, en el Hudson, a poco más de ocho kilómetros de la ciudad y a la sombra del puente Bear Mountain. Como parte del plan de estudios especialmente adaptado del Colegio de Primaria Black Rock, a todos los alumnos los llevaban allí de excursión con el objetivo de concienciarlos.

—Las paredes y los suelos están acolchados —respondió Tyler.

—Exacto, y por una buena razón. Tres semanas de aislamiento en una de las celdas y acabas perdiendo la cabeza. Te sentirías tan desgraciado que les suplicarías de rodillas que te dejaran volver a Black Spring. Y a esas alturas todav ía te preguntas para qué son las paredes acolchadas. Hasta la mitad de la tercera semana, cuando

empiezas a volverte loco y te entran ganas de suicidarte. Te tienen bajo supervisión para evitar que lo hagas, pero tienes que experimentarlo. ¿Entiendes lo que te estoy diciendo?

—Papá, ya sé lo que se siente —suspiró Tyler.

—No, no lo sabes —aseguró Steve, y una mano gélida se le cerró sobre las entra ñas cuando apareció ante él aquel recuerdo de hacía tanto tiempo, en Tailandia, cuando se descubrió con la sábana en las manos, con la mirada clavada en los pies que le colgaban… ¿Cuánto se había acercado la intención a la realidad?—. Así de sencillo: no tienes ni idea, y ese es justo el problema.

Doodletown se basaba en la idea de que si el condenado experimentaba en persona la influencia de la bruja, ser ía consciente del peligro que representaba para él y para sus conciudadanos. Y aunque en principio Steve se oponía con rotundidad a esa forma de sanción, había demostrado ser eficaz en extremo: la tasa de reincidencia era casi nula.

—¿Sabes cuántos derechos humanos básicos violan con Doodletown? —comentó Tyler.

—Puede que sea así, pero es que aquí no nos enfrentamos a un dictador. Katherine es un ente maligno sobrenatural, y eso invalida todas las normas y convierte la seguridad en nuestra primera, segunda y tercera preocupaci ón.

—Hablas como si estuvieras de acuerdo con Doodletown.

—Por supuesto que no. Pero ¿te has fijado alguna vez en el puñado de cabrones puritanos que son casi todos los habitantes de Black Spring? Da igual que yo esté de acuerdo o no, porque ellos lo están. Y me gustaría verte intentar rebatir sus argumentos. ¿Qué otra cosa podemos hacer?

—Salir del armario —dijo Tyler muy serio.

Steve arqueó las cejas.

—¿Y cómo lo har ías? ¿Montarías un desfile del orgullo por Deep Hollow Road?

—Ja, ja. Fuera de bromas, en *True Blood* los vampiros salieron del armario. Si lo haces público y tienes pruebas científicas, entonces nadie puede soslayarlo, con bruja o sin ella. Es lo único que no se ha

intentado.

—Tyler… ¡*True Blood* es una serie de televisión!

—¿Y qué? Los medios de comunicaci ón motivan la realidad. Fíjate en la Primavera Árabe. Todo comenzó cuando una persona tuvo un sueño y lo puso en Facebook. Dos meses más tarde, toda la plaza Tahrir estaba abarrotada. Fueron las redes sociales las que hicieron que toda esa gente moviera el culo. Aunque vivas en Irán, la libertad está a sólo un par de clics del ratón. ¿Por qué en Black Spring no?

—Tyler… —tartamudeó Steve, pero el chico había cogido carrerilla y no había quien lo parara.

—No soy el único que está así, todos los jóvenes pensamos lo mismo. Lo que pasa es que soy el único lo bastante valiente para abrir la boca. Estamos hartos de vivir en la Edad Media. Queremos libertad en internet, y tener privacidad. El HEX censura todos nuestros mensajes de Facebook y WhatsApp, como si esto fuera el puto Mosc ú, y a veces ni siquiera llegan a enviarse. En este pueblo ni siquiera puedes acceder a Twitter. ¿Tienes idea de lo increíblemente atrasados que estamos? Puede que tu generación esté adoctrinada, pero nosotros queremos un cambio.

Steve miró a su hijo con impotencia y admiración.

—A la mayoría de la gente del pueblo le importa una mierda tu internet. Lo ven como una filtración de narices en su laberinto. Que nadie se entere de esta idea tuya u os lo caparán a ún más.

—Que lo intenten —replicó Tyler con desdén.

—¿Y cómo tienes pensado hacerlo? ¿Vas a enviarle por correo electrónico a *The New York Times* tu simpática grabaci ón de Katherine estampándose contra la farola?

Tyler dejó escapar un gruñido cargado de un desprecio infinito.

—Haríamos que el National Geographic o el Discovery Channel grabaran un documental, en el más absoluto secreto y bien prepara do. Causaría sensación mediática, sin duda. El pueblo se llenaría de periodistas y cient íficos de todo el mundo. Todo se reduce a que esté bien preparado. Si desde el principio dejamos claro lo serio que es y lo importante que es que nadie le abra ni los ojos ni la boca, nada saldría mal.

—Tyler…, ¡tendría que intervenir el ejército! Estaríamos tan sobrepasados por la prensa y por los fisgones morbosos que tendrían que poner el pueblo en cuarentena. Puede que dijeran que lo hacen por nuestra propia seguridad, pero no, lo harían para evitar una revolución popular. Los actos de un dictador pueden predecirse, pero no los de una bruja. No les dejarías m ás opción que aislarnos del resto del mundo. ¿Y crees que ahora no tienes libertad?

Tyler vaciló sólo un poco.

—Tal vez al principio. Pero piénsalo. ¡Con todas esas cámaras en las fronteras, tendríamos la plataforma perfecta para contar nuestra historia! El apoyo sería abrumador. ¡Y a lo mejor hasta encontrábamos una solución a todo el problema! El mundo podría dar con ella. Porque, a ver, tampoco es que seamos el primer puto pueblo de la historia sobre el que ha caído una maldición.

Steve estaba atónito. Aquello no era una simple idea pasajera. Daba la sensación de que Tyler estaba absolutamente convencido. Pero era imposible. Recordó una de las muchas preguntas que Burt Delarosa había lanzado la noche anterior durante su diatriba emocional: «¿Cómo es posible que algo tan importante se haya mantenido en secreto durante tanto tiempo?». Siempre era eso lo que más desconcertaba a los recién llegados. La respuesta de Steve había sido un resumen perfecto de la imposibilidad de los ideales de Tyler: «Todo se reduce a nuestra voluntad de sobrevivir. Si esto sale a la luz, es casi indudable que desembocará en nuestra muerte. Cada vez que han venido forasteros, ya fueran oficiales del ejército o científicos del ocultismo, su miedo e incredulidad han ido de la mano con su curiosidad por abrirle los ojos. Es como si ese deseo se apoderara de ellos. Si no terminaba en un desastre como el del 67, se requer ían unos sobornos de narices para conseguir que se fueran. Por eso hacemos todo lo que podemos para encubrirla. Construimos paredes alicatadas a su alrededor o le ponemos un biombo delante si aparece en los restaurantes o en el supermercado. Justo el año pasado, más o menos en Semana Santa, apareció en uno de los pasillos del Market & Deli y decidió quedarse allí tres días. Tuvimos que hacer un conejo de Pascua hueco, del tamaño de un hombre, y ponérselo encima como si

fuera una funda para tetera. En aquella ocasión, The Point le cant ó las cuarenta a Grim, pero ellos no entienden lo pragmático que hay que ser. Bloqueamos las calles por las que pasa, plantamos arbustos a su alrededor si se coloca cerca de alguno de los senderos del bosque…, cualquier cosa que funcione. Y he aquí el mayor truco: presumimos de ella. Igual que hacen en Roswell con sus OVNI. ¿No habéis visto delante del Sue's Highland Diner la figura de colores chillones de una bruja vieja y encorvada que sujeta un palo de escoba? Se parece más a la Bruja Malvada del Oeste de *El mago de Oz* que a Katherine, pero bueno. A su lado hay un cartel de bienvenida de madera que dice: BLACK SPRING, HOGAR DE LA BRUJA BLACK ROCK . Sue's Highland Diner organiza un tour especial sobre las brujas por el bosque. De vez en cuando se inscribe algún grupo, sobre todo jubilados o chavales que están de excursi ón con el colegio, y pueden hacerse una foto con la bruja: una actriz del pueblo. Lo sé, suena un poco trillado y provinciano. Pero es la tapadera perfecta. Porque no podemos garantizar que no se la vea nunca. Esta es una zona muy turística, mucha gente viene a hacer senderismo y disfrutar del paisaje. Cada vez que alguien de fuera la ve —lo cual sucede poco, gracias al buen hacer de Robert Grim— improvisamos uno de los tours que salen desde Sue's en el que tanto los participantes como la bruja son actores de Black Spring, para explicar lo que creían haber visto. Caso cerrado».

La idea de salir del armario de Tyler era antitética al alma puritana de la ciudad. Era una idea idealista y rebelde, y en una comunidad como la de Black Spring, gobernada por el miedo, la rebelión era algo peligroso. Se sacrificaría hasta el último ápice de idealismo en aras de la seguridad. Y Steve har ía cualquier cosa para evitar que Tyler acabara en ese altar.

—Mira —dijo—, estoy muy orgulloso de ti, porque estás defendiendo tus ideales. Pero nueve de cada diez personas de Black Spring quieren que las cosas sigan tal como están, porque les dan miedo las consecuencias. Una propuesta de ese tipo no tendría ningún futuro en el Consejo. ¿Por qué ibas a querer librar una batalla perdida?

Tyler se revolvió, incómodo.

—No lo sé. Por principios. Porque quiero vivir. No quiero pasarme la vida aqu í metido, en el culo del mundo. ¿Tú sí? —Dio la sensación de que estaba haciendo acopio de valor, y luego añadió de un tirón—: Y quiero ser sincero con Laurie.

«Ajá, o sea que ah í está el problema», pensó Steve. Todo aquello era por amor. Sintió una punzada de remordimiento: era cierto que Tyler se merecía algo mejor que Black Spring. De repente cayó en la cuenta de que, cuando su hijo adoptaba expresión de preocupación, el parecido con su madre resultaba asombroso.

—Papá, si decido cont árselo a Laurie, ¿me apoyarás?

—Sabes que eso es imposible.

—Lo sé, pero estoy harto de mentirle. ¿Crees que no me pregunta por qué casi nunca la dejáis quedarse a dormir? Cree que sois de esos evangelistas de la tele.

Steve contuvo las ganas de reír: aquel asunto era demasiado serio para eso. Laurie era la pareja perfecta para Tyler, una chica inteligente y sin pelos en la lengua, de esas que apenas llevan maquillaje, pero son atractivas por naturaleza. Tyler la había llevado a casa por primera vez hacía siete u ocho meses.

—Pero, a ver, ¿vais muy en serio?

—La quiero.

Steve suspiró.

—Te lo advertí cuando empezaste a salir con chicas. Laurie es más que bienvenida en esta casa. Por lo que a mí respecta, puedes gastar todas tus horas de visita con ella. Pero no podemos permitir que sus visitas sobrepasen el toque de queda. Si se enteraran, nos meterían tal multa que tendríamos que vender los caballos. Deberías alegrarte de que Matt te regale sus horas de vez en cuando.

—Ya, pero por eso he pensado que si ella lo supiera…

—Sabes que eso no va a pasar. No es lo mismo que contarle a tu novia que eres vegetariano, bisexual o algo así. Es algo que afecta a todo el pueblo.

—No sería el primero, ya lo sabes —replic ó Tyler enfadado. Se levantó de la mesa de un salto—. Joder, ¿de verdad crees que no hay

nadie que se lo haya contado a su mejor amigo de Villafuera?

—Por supuesto que no. Pero esas personas son las que más pondrían el grito en el cielo si se enteraran de que sus vecinos están haciendo lo mismo. Irían del palo: «Yo sí puedo juzgar si mis amigos son de fiar, pero mis vecinos no».

—¿Sabes lo hip ócrita que es eso?

—Bienvenido al planeta Tierra. Tú…

—¡Bienvenido a Black Spring! —gritó Tyler de repente, y gritó con tantas ganas que Steve dio un paso atrás, alarmado.

Se dio cuenta de lo delicado que debía de ser aquel asunto para su hijo. Tendría que andar con pies de plomo al explicarle a Tyler que la rabia le impedía ver algo tan obvio que era el elefante en la habitación.

—No puedes decírselo a Laurie, Tyler. Y cr éeme: no quieres hacerle algo así. El riesgo es demasiado grande. No sabes cómo reaccionará ni a quién se lo dirá ella a su vez. No puedes echarle esa carga encima.

—Pero entonces me estás diciendo que nunca podré ser sincero con ella. Después de los exámenes finales del a ño que viene quiere irse a Europa seis meses y me ha preguntado si me gustaría ir con ella. ¿Qué se supone que debo decirle? «¿Prefiero quedarme en casa con mi endogámica familia Addams?».

—Tyler, lo siento, pero eso es lo que ocurrirá si sales con chicas de fuera. Laurie quiere ir a la universidad; quiere viajar…, ¿quién se lo reprocha? Sé que es injusto, pero t ú no puedes salir de este lugar. Puedes estudiar en la ciudad si te apetece pasarte cuatro horas cada día en un tren, pero ¿cuánto tiempo crees que serás capaz de seguir ese ritmo? ¿O el de ella?

A Tyler le temblaban los labios de la desesperación.

—Entonces, ¿qué es lo que me quieres decir? ¿Que mejor ser á que rompa con ella?

—Por supuesto que no. Pero eres muy joven, no deberías atarte…

—¡La quiero, y no voy a permitir que este puto pueblo se interponga entre nosotros!

—¿Y qué alternativa tienes? —preguntó Steve. Intentó ponerle

una mano en el brazo a su hijo, pero Tyler lo apartó de inmediato—. Sabes que el único caso en que podrías decírselo sería si se mudara a Black Spring… o, mejor dicho, despu és de que se mudara a Black Spring. Una vez más: ¿quieres hacerle algo así? Serías tú quien estaría decidiendo el resultado del resto de su vida. ¿Llegaría a perdonarte alguna vez?

—¡Vosotros lo decidisteis por Matt y por mí! —sise ó Tyler apretando los ojos con fuerza.

Se arrepintió de sus palabras enseguida, claro, ahora que ya era demasiado tarde. Pero Steve sintió que una sombra le oscurecía el rostro. Fue como echarse sal en la más profunda de sus heridas: el hecho de que, debido a su desafortunada decisión de mudarse a Black Spring, había sentenciado la vida de sus hijos, los había sentenciado desde la cuna. Steve miró a Tyler, se dio la vuelta y se sentó.

—Eso no es justo —dijo en voz baja. El dolor sustituy ó al nerviosismo en su voz—. ¿Qué se supone que debíamos hacer? ¿Abortarte?

—Lo siento —murmuró Tyler agitado.

Pero en su mente Steve escuchó de nuevo el lamento de Burt Delarosa: «¿Por qué no os esforzasteis más en mantenernos alejados de aqu í, pedazo de hijos de puta?». En realidad, lo había dicho llorando, con la cara empapada de lágrimas, y Steve sabía que no serían las últimas que derramaría. Eran las mismas lágrimas que él mismo hab ía vertido hacía dieciocho años. «Lo siento mucho —había dicho—. Lo correcto sería sellar Black Spring herméticamente y dejar que la maldición muriera con el último de nosotros. Desde luego, aquí cierran m ás tiendas que en cualquier otro lugar del Hudson, y hay casas donde las luces se encienden y apagan mediante interruptores programables para que parezca que están habitadas. Robert Grim y la agente inmobiliaria se esfuerzan mucho por mantener a la gente alejada. Pero el Consejo, encabezado por el bueno de Colton Mathers, está empeñado en mantener el pueblo activo y vigoroso frente a las inevitables complicaciones del envejecimiento. Permitir la entrada de personas nuevas es el menor de los dos males, dicen. Es un sacrificio, pero la vida aquí, en el culo del mundo, no está tan mal. Vale, hay

algunos pequeños inconvenientes, como no poder marcharte de vacaciones largas o tener que registrar las horas de visita (para evitar un Código Rojo, ya sabes); y también hay ciertas restricciones respecto a internet; y, bueno, claro, más vale que te pongas c ómodo, porque no vas volver a salir de aquí jamás…, pero la vida no está nada mal si acatas las normas. Y afrontémoslo, no podemos organizar toda nuestra política y nuestros asuntos comunitarios en torno a un fenómeno sobrenatural, ¿verdad? Al final, siempre hay esperanza. Esperanza de que, de alguna manera, de una forma u otra, la situación se… resuelva por sí misma ».

—Mira —dijo Steve, que se sentía exhausto—, anoche tuve que pasarme una hora estrujándome las meninges para intentar explicarles a los nuevos por qué narices no les impedimos comprar esa casa. La política del pueblo me horroriza, y a Robert Grim también. Es una mala política. Si de verdad quieres a Laurie, no le hagas lo mismo a ella. No hay alternativa.

—La hay si salimos del armario.

Tyler esbozó un mohín obstinado.

—El año que viene cumplir ás la mayoría de edad. A partir de entonces, por lo que a mí respecta, puedes hincharte a presentar propuestas al Consejo y reclutar a todo el que encuentres. Si se te ocurre un buen plan, estoy dispuesto a votar a favor. Pero hasta ese momento no harás nada ilegal y, por descontado, no harás ninguna estupidez sin consultar al Consejo. Se acabaron las tonterías con la bruja, los vídeos de YouTube y las ideas locas. ¿Está claro?

Tyler farfulló algo.

—Espero que no tengas nada m ás bajo la manga.

—No —contestó Tyler en tono impasible tras un breve titubeo.

Steve escudriñó a Tyler con una mirada rápida.

—¿Estás seguro del todo?

—Te he dicho que no, ¿no me has oído? —Hizo un aspaviento, irritado; ambos estaban cansados y enfadados—. Por Dios, papá, ¿de qué tienes tanto miedo?

Steve suspir ó.

—La última vez que alguien quiso hacer público este asunto fue

en 1932, durante la Gran Depresión. Algunos trabajadores perdieron el empleo cuando cerró el viejo vivero de árboles. Amenazaron con empezar a sacar la lengua a paseo si no se les volvía a contratar, ya que, por supuesto, no tenían la posibilidad de intentar buscar trabajo en otro sitio. El pueblo votó que debían servir de ejemplo para otros chantajistas: los azotaron p úblicamente y un pelotón de fusilamiento los asesinó en la plaza del pueblo.

—Papá…, estamos en 2012.

—Sí, y ya no harán lo del pelotón de fusilamiento. Pero los castigos corporales siguen apareciendo en el Decreto de Emergencia, y sería una tontería por tu parte subestimar de lo que son capaces si los acorralas.

Tyler guardó silencio durante mucho tiempo. Al final, neg ó despacio con la cabeza.

—No me lo puedo creer. Puede que ya estemos jodidos, pero eso es nada más y nada menos que un nuevo nivel de estar jodido.

—Cita: «Bienvenido a Black Spring» —dijo Steve.

OCHO

Griselda Holst, propietaria de Griselda's Butchery & Delicacies, recorría a gran velocidad las calles lluviosas de Upper Mineral Valley, la zona más exclusiva del pueblo. Iba encorvada y llevaba una bolsita blanca aferrada contra el pecho. Se había puesto un impermeable con capucha de plástico, y de ella se le escapaban mechones chorreantes de pelo prematuramente encanecido. Si la capucha hubiera sido roja, se la podrí a haber confundido con la niña de ese otro cuento de hadas…, el del lobo, no el de la bruja.

Tenía sangre en el labio, pero no se había dado cuenta. Si la gente del pueblo la hubiera visto correr así, a duras penas la habrían reconocido, porque los clientes habituales de Griselda sabían que era una mujer fuerte; algo temperamental, quizá, marcada por la vida, pero muy respetada. Para muchos, Griselda's Butchery & Delicacies era el mejor lugar de reunión de la zona, incluso por encima de The Quiet Man, situado en la otra esquina de la plaza. En The Quiet Man, se emborrachaban y olvidaban. En el local de Griselda, estaban sobrios, con los recuerdos grabados en forma de arrugas por toda la cara. Puede que el hecho de que siempre terminaran buscándola a ella para comentar los ú ltimos chismes del pueblo ante un plato de algo carnoso se debiera a que Griselda tenía la misma cara que ellos. La gente conocía su pasado. Nunca lo mencionaban, como si los golpes y el maquillaje que utilizaba para cubrir los moratones siempre hubieran sido gestos de amor. Nunca mencionaban a su marido, el verdadero carnicero, Jim Holst, que no fue capaz de sobrellevar Black

Spring y que hacía siete años había desaparecido sin dejar rastro…, a excepción, quizá, de un artículo anónimo en un perió dico encontrado en una alcantarilla de Boston: «Hombre desconocido se tira a las vías del tren». Todos lo sabían, pero ninguno rompía su pacto de silencio.

Por su parte, Griselda sabía que, en secreto, la mayoría de sus fieles clientes echaban de menos a Jim a pesar de lo que ella había sufrido, aunque no lo habrían reconocido ni siquiera ante un tribunal de la inquisició n. Jim's Butchery & Delicacies era famoso por su paté de pechuga de ganso, un manjar que el propio Jim confeccionaba fresco a diario. En comparación con ese fiambre refinado, el avi nagrado paté Holst de Griselda se parecía más a una especie de cabeza de jabalí pulverizada. Sin embargo, la gente llevaba más de siete años comprándolo, y Griselda seguí a elaborándolo para ellos. He aquí un típico ritual de simpatía tácita de Black Spring: el apretón de manos, la caricia en la mejilla y, por la noche, el paté Holst de Griselda tirado sin abrir en el cubo de la basura y todos pensaban: «¿Estaría llorando? ¿ O de verdad es tan fuerte como parece?».

Pero mientras Griselda subía la montaña pasando junto a las lujosas casas de campo de Upper Mineral Valley, achaparrada y asustadiza, no parecía una mujer fuerte ni por asomo. Parecía una exiliada. La vejaban y maldecían; la escupían y maltrataban.

«Eh, tú, puta asquerosa. ¿ Y si te abres de piernas otra vez?».

Eso de parte de Arthur Roth, que no sabía ni que se llamaba Griselda —al menos ya no—, cuando la mujer salió de la celda que había debajo de la iglesia Metodista de la Meta de Cristal.

«¡Que te den, zorra enferma!».

Y eso de su propio hijo, Jaydon, hacía media hora.

Y después de cada palabra cruel se decía que ya no le recordaban a las manos callosas de Jim tirá ndole con fuerza de los pezones morados, que sus puños ya no le causaban ningún daño, que ya no olía su aliento, fétido a causa del tufo del vodka y el paté de pechuga de ganso.

«¿No te gusta, Griselda? ¿No es esta la razón por la que te casaste conmigo?» .

Griselda se detuvo junto a un huerto, al borde de la carretera, y

escudriñó la ladera. Allí fuera no había nadie que pudiera verla. Todo el mundo estaba a cubierto viendo las noticias locales o *Ley y orden* , con la calefacción encendida por primera vez aquel otoño. La corpu lenta mujer se aupó a toda prisa por encima de la valla, cruzó el huerto y continuó a lo largo del campo escarpado hasta que llegó al límite del bosque. El suelo estaba empapado; resbaló dos veces y se arañó las manos. Cuando llegó al otro lado, sin aliento, trepó por la morrena cubierta de árboles y por fin se relajó un poco. No había senderos ni cámaras hasta llegar a Ackerman's Corner.

En el bosque, el aire estaba cargado del olor a humedad y a las hojas podridas a causa del agua de lluvia que se filtraba a travé s del follaje espeso. A otra persona podría haberle resultado extraño que allí no se oyeran pájaros ni grillos y que no hubiera insectos, pero a Griselda no, no en Black Spring. Avanzó tambaleándose un poco, jadeante, notando punzadas de dolor que le subían por debajo de las costillas. Al final llegó a un cauce seco, tallado hacía eones en el negro lecho rocoso por el deshielo. Un á rbol caído atravesaba el arroyo seco en un punto en el que el cauce giraba con brusquedad a la izquierda, y allí se detuvo Griselda.

De pie, bajo el tronco del árbol caído, se encontraba Katherine.

Estaba envuelta en sombras, y el vestido amorfo, empapado por la lluvia, se le pegaba al cuerpo demacrado y hacía que pareciera aún más pequeña y frágil de lo que era. Griselda no era una mujer alta, pero aun así le sacaba al menos una cabeza a la bruja, que era extrañamente delicada, casi como una niña. La gente no debía de crecer mucho más en aquel entonces, supuso Griselda. La bruja no se movía. El agua de lluvia que se le filtraba por el pañuelo mojado que llevaba en la cabeza se acumulaba entre las puntadas de sus párpados arrugados y le goteaba por las mejillas desde los pedazos de carne desgarrados. Parecía que estuviera llorando.

—Hola, Katherine —dijo Griselda con timidez. Bajó la mirada hacia el suelo—. Querí a traerte un paraguas, pero la lluvia ya no te molesta, ¿verdad?

La mujer de los ojos cosidos no se movió.

Griselda se dejó caer al suelo a los pies de Katherine y se sentó de

espaldas a ella, gimiendo a causa del dolor que sentía en las articulaciones. No le importaba mojarse ni ensuciarse; sólo necesitaba un minuto para recuperar el aliento. Sabía de sobra que no debía mirar a la bruja cuando le hablaba, igual que nadie miraba a un animal salvaje cuando penetraba en su territorio. Katherine se cernía sobre Griselda como un í dolo. El susurro que le brotaba de la comisura de la boca era poco más que un suspiro. Y aunque Griselda estaba tan cerca de ella que el olor intenso y antiguo la abrumaba, la lluvia y el bosque anegaban su susurro, y por nada en el mundo se habría acercado aún más… ni la habría tocado.

Griselda sacó un envoltorio de papel de su bolsa, y de él un plato de papel con un trozo de paté Holst. Lo depositó en el suelo, a su lado, ante los pies huesudos y mugrientos de Katherine. Las gotas de lluvia caí an desde el dobladillo del vestido hasta el paté, así que Griselda tiró un poco del plato hacia sí. Le siguieron cayendo algunas gotas desde las copas de los árboles, pero al menos no estaban contaminadas por el vestido.

Griselda miró a su alrededor. Estaban solas.

—Te he traído una loncha extragruesa —comenzó—. Porque quiero disculparme por lo que te hizo Jaydon, Katherine. Con esos «amigos» que tiene. Ya sabes a qué me refiero. Te humillaron.

La mujer de los ojos cosidos no se movió.

De repente, Griselda comenzó a desahogarse.

—Lo que te hicieron es terrible. ¡Qué broma más cruel! ¿Te dolió, querida? Le he echado una buena bronca, de eso puedes estar segura. Y no va a irse de rositas. Le haré pagar por sus pecados, ¿ me oyes? ¡Pero es que tengo mucho miedo, un miedo horrible! Llevaba un tiempo como agazapado (mi hijo Jaydon, quiero decir), pero ahora todo ha cambiado. Ya no consigo comunicarme con él. Se niega a contarme nada, ni siquiera me habla de sus bolas rápidas en el béisbol, ni de las chicas con las que sale ni de todas esas cosas que le gustan. ¡Me siento impotente! Puedo lidiar con la rabia, y de hecho lo hago a todas horas. Yo también he sentido mucha rabia, como ya sabes. Pero no con esa indiferencia suya. A veces me pregunto si lo estoy haciendo todo mal, pero no sé si debería ponerme más dura o

darle un poco má s de cancha. Sabes de sobra por lo que hemos pasado. No ha sido fácil para él. Y entonces sucede esto…

Poco a poco, en el plato que descansaba a los pies de la bruja, alrededor del paté, comenzó a formarse un charco de lluvia. Griselda no lo vio. Siguió adelante:

—Ay, querida, no me malinterpretes: te faltaron al respeto. Pero dice que no fue idea suya. Jaydon se deja influir demasiado por sus amigos. Seguro que fue ese chico musulmán con el que anda, ese tal Buran. Apuesto a que fue él…, es justo el tipo de cosa que harían los de su ralea, ¿verdad? ¿ Y Jaydon? Jaydon es un chico difícil, pero no tiene mala intención. Si vieras cómo me ayuda en la tienda… En el fondo no es más que un niño frágil.

Pero entonces oyó la voz de su hijo rugiéndole en la cabeza, tan alta y repentina que la sobresaltó y la hizo mirar a su alrededor: «¡ Que te den, zorra enferma!».

A pesar de que, al parecer, todos los habitantes de Black Spring sabían ya lo que había sucedido, Griselda no se había enterado hasta aquella misma mañana, cuando los primeros clientes con la lengua demasiado larga acudieron a la carnicería. Era como si la mitad del pueblo hubiera salido a echarle un vistazo a la expresión de perplejidad de la esposa del carnicero, y una vez que se corrió la voz de que acababa de descubrirlo, se presentó todaví a más gente para verlo por sí misma. Esa tal Schaeffer, la que se casó con un cirujano rico por ya sabes qué, incluso había entrado dos veces con la excusa de que se había olvidado de comprar un trozo de paté Holst. La señora Schaeffer nunca había comprado paté Holst.

Algunos mostraban signos de indignación, pero a la mayoría todo aquello parecía resultarle bastante divertido. Griselda estaba conmocionada. Acababa de decidir que se pondría en contacto con Colton Mathers, el jefe del Consejo —en el que ella, como ciudada na destacada y honrada, también ocupaba un asiento— cuando el propio Mathers la llamó por teléfono, justo en plena hora punta del mediodía. Griselda se escabulló hacia la parte de atrá s dejando a sus clientes del comedor y del mostrador muertos de curiosidad.

El viejo concejal estaba furioso. Renegaba de Grim por haber

alcanzado un acuerdo con los muchachos y haber mantenido al Consejo al margen. Para evitar una revuelta general, su única opción había sido ponerles a los muchachos una advertencia oficial, aunque el buen hombre enfatizó en términos inequívocos que a Jaydon le iría muy bien que ella adoptara un enfoque más severo en nombre de la autoridad paterna. Griselda se estremeció cuando Colton Mathers dijo:

—Lo creas o no, por lo que se ve el pueblo está a favor de estos sinvergüenzas y de su bromita.

Después de eso, le entró miedo. A lo largo de la tarde el temor fue atenazándole el estómago, como si una enorme e inevitable calamidad se aproximara como un tren expreso. No tenía miedo de lo que le esperaba a Jaydon, y tampoco temía por la imagen pública de la tienda. Como todos los habitantes del pueblo, Griselda vivía sumida en un miedo constante al mal de ojo de Katherine van Wyler y al dí a en que recayera sobre ella. Pero aunque todos sabían que la maldición había resultado fatal para el malhumorado esposo de Griselda, nadie sabía que, desde el día en que se libró de él, en realidad Griselda se sentía agradecida a Katherine, y que su miedo se había transformado en una implacable determinació n de librarse también de la maldad de la bruja. Y así fue como, durante siete largos años, en secreto y so pena de algo mucho peor que Doodletown, Griselda había estado llevándole a Katherine regalos y chucherías y barriendo la acera por donde la bruja caminaría al día siguiente. Le había confiado todos los secretos e historias que habí a oído en el pueblo, los chismes más jugosos que había escuchado por casualidad en la carnicería, y señalaba con el dedo a los culpables con la esperanza de hacerse con el favor de Katherine para que Jaydon y ella se salvaran si sucedía lo peor. Le enderezaba el pañuelo de la cabeza si el viento se lo descolocaba (con un palo largo, por supuesto) y le recolocaba las cadenas si parecía que le causaban molestias. Convirtió a la bruja en una diosa a la que veneraba, y cada vez creí a menos en las antiguas leyendas que la rondaban y cada vez más en la propia bruja. Griselda haría cualquier cosa por ella, cualquier cosa salvo la única que no podía hacer…, cualquier cosa menos abrirle los ojos.

—Pero —le dijo una vez a la bruja en tono confidencial—, sé que

un día vendrá alguien que sí realizará ese servicio, señ ora Van Wyler (ocurrió antes de que empezaran a tutearse) y espero que ese día recuerde que siempre he sido buena usted.

Sólo que ahora era posible que Jaydon hubiera destrozado de un plumazo todo lo que ella había construido con tanto esfuerzo durante siete años.

Por eso tenía que demostrar sin ambages de qué lado estaba. Había esperado a Jaydon en la cocina, y antes incluso de que su hijo hubiera entrado del todo, le había atizado una bofetada en la cara con el dorso de la mano. Jaydon gritó y retrocedió hacia el mostrador. La bofetada resonó como un disparo y llenó la cocina de una tensión explosiva. Hasta entonces, nunca había pegado al fruto de sus entrañas; los puños de Jim ya los habían golpeado lo suficiente a ambos. Pero ahora no tenía má s remedio: no había vuelta atrás.

—¿En qué estabas pensando? —dijo con voz fría y furiosa—. ¿En qué demonios estabas pensando? ¿Qué tienes, una mierda por cerebro?

—¡Qué cojones haces, mamá !

Griselda levantó la mano una vez más y esta vez fue la palma la que golpeó la cara de Jaydon. El muchacho sacudió los brazos e intentó retroceder, pero volvió a chocar contra el mostrador. Griselda sintió que el calor le subía por la cara, el mismo calor que sentía cuando Jim se acercaba a ella con aquella mirada vidriosa en los ojos y los puñ os levantados. Pero en cuanto vio que aquel joven robusto se encogía de miedo, supo que lo tenía justo donde lo quería: en una emboscada.

—¿Cómo has podido hacernos correr un riesgo así? ¿Pensabas que no iba a enterarme? Todo el pueblo lo sabe. ¿Cómo has podido ser tan idiota?

—¿De qué va esto?

—¡Cierra la bocaza, imbé cil!

Jaydon estaba realmente asombrado.

—Joder, relájate, ya está todo arreglado. Grim nos tiene recogiendo basura en el parque, cosa que es una estupidez como una casa, porque luego pagan a los encargados del parque para que lo

repitan. Pero, bueno, allá ellos.

—Me da igual lo que te esté obligando a hacer Grim. Ahora te las estás viendo conmigo.

—Como si tú importaras. —Jaydon había vacilado, pero se estaba recomponiendo, y su rostro adoptó esa expresión desafiante que ella tanto odiaba —. El Consejo ha dicho…

—¡Esto no tiene nada que ver con el Consejo! —escupió—. Esto tiene que ver contigo y conmigo, ¿ no lo entiendes? —Miró a su alrededor con nerviosismo y bajó la voz—. ¿Y si algún día abre los ojos? ¿Te lo has planteado alguna vez? ¿Crees que te perdonará si te burlas de ella? ¿Tienes idea de en qué lío nos estás metiendo?

Para gran consternación de Griselda, Jaydon rompió a reír, no por placer, sino por una especie de compasión condescendiente.

—En serio, mamá. Estás mal de la azotea.

Estaba a punto de irse, pero Griselda lo agarró por el cuello de la camiseta —tuvo que estirarse para hacerlo— y lo empujó otra vez contra el mostrador.

—Tú no te vas a ningún sitio, señorito.

—No me toques —le espetó Jaydon, que se liberó de la presa de su madre levantando los brazos.

—¡Ya sabes lo que le pasó a tu padre! ¿Quieres terminar igual? —Aquello dio en el clavo; Griselda vio que a Jaydon se le congelaba la expresión. A pesar de que aquel hombre había golpeado una y otra vez a su hijo hasta dejarlo lí vido, Jaydon habría sido capaz de pasar la pena negra por él… Que la partiera un rayo si Griselda sabía cómo narices se había ganado Jim ese respeto. Aunque ahora Jaydon tenía diecinueve años y su padre llevaba muerto siete, el sentimiento no había disminuido—. A eso me refiero —dijo—. Estoy esforzándome mucho por los dos. ¿ Crees que me ayudas poniéndola en ridículo?

La mirada de Jaydon transmitía desagrado, desprecio y odio. Su madre trató de no fijarse en el odio, pero estaba allí, como aceite en un charco de agua estancada.

—Si abre los ojos —respondió—, moriremos todos.

Le dio la espalda y Griselda se aferró a él, esta vez suplicante:

—Eso no tiene por qué ocurrir, ¿no lo entiendes? Me aseguraré

de que no muramos; tú y yo no moriremos, Jaydon. Escucha…

El chico se volvió en redondo.

—¡Que te den, zorra enferma!

«¡PLAF!».

Antes de que se diera cuenta, lo había abofeteado de nuevo, esta vez más fuerte que nunca. Un segundo después, un dolor agudo le estalló en la cabeza y la tiraron de espaldas contra el linóleo de la cocina. El labio inferior le palpitaba y sintió el sabor metálico de la sangre. Pasaron unos instantes antes de que se diera cuenta de lo que había sucedido.

Jaydon estaba en el umbral, cerniéndose sobre ella y mirando hacia abajo, con el puño en la mano izquierda y la boca medio abierta.

—Te he dicho que no me toques —dijo en voz baja. Se llevó la palma de una mano a la mandíbula y la presionó—. No eres mejor que él.

Después se fue, y lo que má s daño había causado no eran sus palabras, ni su puño, sino la mirada que le había visto en los ojos. En medio del dolor, vio un columpio en un parque: el columpio en el que en otra vida, en otro lugar, ella podría haberlo empujado. Se habrían reído, los dos.

Aun así, había conseguido recuperarse de alguna manera, tal como habí a hecho durante toda su vida, y ahora estaba aquí, en el bosque. Se sentía mareada, débil. Reflejado en el agua de lluvia que iba acumulándose en el lecho del arroyo, veía un rostro que no reconocía: mejillas flácidas de piel de cera, bolsas bajo los ojos, labios hinchados y cuarteados.

La mujer de los ojos cosidos no se movió.

La ofrenda continuaba a sus pies, intacta.

—Dime qué debo hacer, Katherine. Dí melo, dame una señal para que pueda enmendarlo. Te pido muy poco, y ya sabes que siempre me he portado bien contigo. Así que, cuando llegue tu día, perdónanos, por favor. Deja que conservemos la salud. Que quedemos libres de enfermedades, libres de pecado, libres de tu mal de ojo. No puede ser tan horrible como dicen todos, ¿verdad?

Con ademán distraído, inclinó el plato de papel para que cayera el agua. Luego metió un dedo en el paté , arrancó un buen trozo y se lo llevó a la boca sin pensar.

—¿No me han castigado ya lo suficiente? Mírame a la cara. Parezco diez años mayor de lo que soy. No digo que sea culpa tuya, pero esta situación te afecta. Estoy peor de la artritis, y eso por no hablar de las cicatrices que tengo por todo el cuerpo.

Su diosa continuaba erguida sobre ella, inmóvil. Griselda cogió otro pedazo de paté con el dedo y lo lamió despacio.

—Te llevaste a mi marido, y bien llevado está . Sabes que te agradezco que me lo quitaras de encima, aunque doliera. Lo que es doloroso no es que se haya ido, sino el recuerdo de cuando todavía estaba aquí. Pero la vida continúa, como bien sabes. Vuelves a ponerte en pie. Hay momentos en que es tolerable, pero nunca desaparece por completo. Es una marca que llevo conmigo. La llevo por ti, como el peso con el que te cargan a ti. Sé cómo te sientes, Katherine. Sé lo que se siente. Y por eso te pido una cosa: no te lleves a mi hijo, y no me lleves a mí. Por favor, no me pidas eso.

Y mientras Griselda seguía elevando su súplica, se comió todo el pedazo de paté empapado de lluvia. Lo que le gustaba no era tanto el sabor de la carne como la textura del hígado, que se pegaba a las palabras en el cielo de su boca y las densificaba para que pudieran brotar de sus labios.

Estaba tan absorta en su oración que no se dio cuenta de que la bruja volvía la cabeza hacia ella.

—Tengo que irme ya —dijo Griselda—. Pronto anochecerá. No es que no me apetezca quedarme contigo otro rato, pero la gente se dará cuenta si me ven por la calle de noche. —En realidad, estar a solas con la bruja en la oscuridad era lo último que le apetecía a Griselda, y la noche caía muy deprisa en el bosque—. Arthur Roth, el de la iglesia de la Meta de Cristal, sigue igual. He pasado a verlo justo antes de venir. Colton Mathers quiere que le recorte la ración a la mitad, así que ahora sólo le llevo comida en días alternos. Se le empiezan a ver los huesos. Creo que quieren deshacerse de él, pero me parece muy inhumano hacerlo de esta manera. La gente civilizada no se comporta

así, ¿verdad? Estoy convencida de que aparecerá en el orden del día de la pró xima reunión del Consejo, pero me sorprendería que esta vez tomaran una decisión firme.

Arthur Roth llevaba años siendo un grano en el culo del Consejo de Black Spring: un antiguo ferretero y un alcohólico deprimido que había perdido su casa en septiembre de 2007 y la cabeza dos meses después. Desde entonces, no dejaba de amenazar con reventar la tapadera de la ciudad hablando a las claras acerca de lo que estaba pasando en Black Spring. Las cuatro veces que lo habían sentenciado a Doodletown no habían hecho má s que volver su locura más persistente. Aun así, el Consejo no se había atrevido a internarlo en un manicomio de fuera de Black Spring por temor a las sospechas que pudiera despertar antes de que se suicidara. En cuanto a extirparse el grano ellos mismos…, nadie había llegado a pronunciar esas palabras. A fin de cuentas, aquí, en Black Spring, eran gente civilizada.

Griselda presionó con el dedo índice los últimos trozos de paté y los lamió .

—¿No podrías hacerle una visita alguna vez? —preguntó—. Siento molestarte con estas cosas, y ya sé que no te gusta la iglesia y todo eso, pero a lo mejor podías hacer una excepción… Está abajo, en las celdas. La verdad es que lo simplificaría mucho… —Volvió la cabeza con timidez y le echó una mirada rá pida a la bruja por primera vez aquella tarde—. A lo mejor podías susurrarle algo al oído.

Un instante después, Katherine estaba inclinada sobre ella. El cuerpo de Griselda se estremeció con un escalofrío repentino y la mujer cayó de espaldas con un grito. Aterrizó en el lodo de forma casi idéntica a como había caí do contra el linóleo de la cocina hacía unas horas. El miedo la inundó en oleadas grises y se mezcló con la lluvia cuando se vio forzada a mirar aquella cara mutilada, los puntos de sutura clavados en la piel muerta, como una cremallera negra sobre los ojos ciegos. Se arrastró hacia atrás arañando el lodo con las manos, enfrentada a su propia muerte…

Y se quedó quieta.

La mujer de los ojos cosidos no se había movido en absoluto.

Griselda se incorporó apoyándose en los codos y oyó que el

corazón le palpitaba erráticamente en las sienes. Comenzó a sentirse grogui, como si estuviera flotando. Katherine van Wyler seguía de pie algo más allá, en el lecho del arroyo, un ídolo oscuro y goteante, encadenada a la luz lú gubre del final del día. Durante un instante, Griselda temió estar a punto de desmayarse, pero la idea de despertarse en la oscuridad, en el dominio de su diosa, le confirió la fuerza nece saria para darse la vuelta, levantarse y poner pies en polvorosa sin ni siquiera una palabra de despedida.

La ofrenda, en forma de plato de papel bien rebañado y empapado de lluvia, quedó abandonada en el cauce. Mucho más tarde, aquella misma noche, la Bruja de Black Rock lo pisó por accidente al moverse.

NUEVE

A lo largo de las tres semanas que siguieron a la prueba de la farola, los chicos de *Abre los ojos: prédicas desde el nido de la bruja* hicieron firmes avances en su misión de reunir tal cantidad de pruebas científicas que no sólo lograran que la situación de Black Spring se hiciera pública, sino también que se volviera viral de inmediato. Durante aquellas tres semanas, la fisura entre Tyler Grant y Jaydon Holst también se hizo dolorosamente evidente. Siempre había estado ahí , por supuesto; Jaydon era impredecible desde la niñez, y peligroso, pero todo eso había permanecido latente, como un fósil subterráneo que ahora por fin salía a la luz debido a las inevitables peculiaridades del destino.

Lo que la desencadenó fue el mensaje del 15 de octubre en la web de *ALO*:

Próximo paso: la prueba del susurro #doble-reto
Publicado a las 13:29 h. por Tyler Grant

La prueba del susurro no era el primer experimento que se llevaba a cabo después del enfrentamiento que Tyler había tenido con su padre a causa de Laurie. Había sido la discusión más encarnizada que tenían desde hacía mucho tiempo; de hecho, no creía que hubieran tenido una bronca má s violenta en la vida. Tyler y Steve casi nunca se peleaban, y Matt y Jocelyn tampoco solían hacerlo. La

situación los había alterado a los dos a un nivel tan profundo que también había afectado a los demás miembros de la familia. La tarde siguien te, Tyler había ido al establo a ayudar a Matt y a su padre, y al pasar le a Steve una bala de heno, ambos intercambiaron una mirada que señaló el final de la discordia. Habí an enterrado aquella hacha en concreto, pero la presión que Tyler sentía en el pecho no había desaparecido. No había podido contarle a su padre todos sus planes, claro, pero le dolía que Steve no aprobara las cosas que sí le había contado.

Durante los días posteriores, había evitado bastante a sus padres. Una vez que terminó los servicios comunitarios, empezó a pasar más tiempo fuera de casa después de las clases comiendo en casa de Laurie o con sus amigos en Newburgh. Dedicaba las tardes a vagar sin rumbo por la ciudad, o a conectarse al wifi gratuito del Starbucks para trabajar en *ALO* . Hasta entonces, siempre lo había hecho desde la comodidad de su dormitorio, con el wifi desconectado, mientras sus padres dormían. Al día siguiente, en el instituto, lo subía a la red lejos del ojo vigilante del HEX, pero ahora tenía la sensació n de que debía ser aún más cuidadoso. A lo mejor estaba volviéndose paranoico, pero era algo que escapaba a su control. Laurie le había preguntado qué estaba pasando y Tyler la había rehuido sin darse cuenta, lo cual había creado cierta tensión entre ellos. Ademá s, el chico descubrió que tampoco sentía mucho entusiasmo por montárselo con ella, algo que por lo general hacían mucho y bien. La sensación no era buena; la mentira se elevaba como un muro entre ellos.

Y hacia el final del día, cuando subía a toda velocidad por la carretera que serpenteaba entre las enormes casas de Cornwall montado en su bicicleta Diamondback Joker, Tyler pensaba en lo que le esperaba al final del túnel de árboles. Cada vez era má s consciente de que se pasaría el resto de la vida recorriendo aquel trayecto envuelto en la oscuridad. A lo mejor la gente que había detrás de aquellas ventanas lo observaba pasar y veía a un saludable chico estadounidense de camino a casa después de un largo día. Un chico en un país libre, a punto de terminar el instituto, que desplegaría sus alas y perseguiría sus sueñ os. Y nadie, nadie, nadie sabía lo que estaba

pasando a sólo unos cuantos kilómetros de allí. Nadie sabía que aquel chico permanecería en la oscuridad para siempre.

Aquello demostraba más que nada que algo tenía que cambiar. Tyler no quería ser ese chico.

Los resultados del experimento Ray-Ban plantearon nuevas preguntas, como sucede con todos los problemas cientí ficos. Tyler había subido la grabación íntegra a la web de *ALO* para evitar futuras acusaciones de manipulación, pero, a modo de introducción, también editó un vídeo corto al estilo de TylerFlow95.

Allá vamos:

Vemos a un grupo de chicos alrededor de la Bruja de Black Rock, a una distancia segura, en el callejón de detrás del Market & Deli. Tyler ha puesto «Brooklyn's Finest» de Jay-Z y Notorious B.I.G. como música de fondo del vídeo y les ha añadido a las imágenes un filtro grunge en blanco y negro, así que la grabació n parece más bien un videoclip de hip-hop. Sirviéndose de una de las pinzas recogedo ras que Grim les había dado para los servicios comunitarios, colocan las Ray-Ban de Burak bajo el pañuelo que la bruja lleva en la cabeza. Ya tiene las gafas sobre el puente de la nariz, algo torcidas, pero un empujón más y, por primera vez en trescientos cincuenta años, Katherine van Wyler lleva un accesorio moderno y caro a juego con sus cadenas de hierro.

—¿Y ahora quién es mi zorrita? —rapea Burak, y los chicos hacen movimientos de break y popping mientras Jay-Z y B.I.G. nos aseguran: «Take that witcha, hit ya, back split ya…».

Por supuesto, se hacen muchas de las bromas habituales, pero mejor pasemos a la toma en la que Katherine se desplaza hacia el fondo del callejó n de detrás del supermercado y los chicos corren tras ella. Cuando doblan la esquina, la bruja ha desparecido, pero entonces los chicos encuentran lo que en realidad estaban buscando: las Ray-Ban de Burak. O lo que queda de ellas. Gritos de asombro y emoción mientras la cámara da bandazos, ofrece un primer plano del asfalto y Tyler dice:

—Cuidado, no las toquéis…

Las Ray-Ban parecen haberse derretido, no hay otra forma de describirlo. Uno de los cristales está resquebrajado; el otro se ha ondulado, como si fuera un plástico ablandado por efecto del calor. Ambos se mantienen en su sitio gracias al plástico quemado, con burbujas y derretido; una de las patillas sobresale de los restos como si fuera una antena. Todavía se ve el logo de Ray-Ban. Y hay algo más: una sustancia negra, costrosa y con capas que está claramente adherida a la montura, pero que no forma parte del objeto en sí. Tiene la misma textura que un material aislante que escapa por la grieta de una pared enyesada.

—Joder, ¿qué es eso? —pregunta alguien.

—¡Dios, apesta! —grita otro.

Vemos que Tyler mete la mano en una bolsa para congelar alimentos y recoge las gafas.

—Todavía están calientes… —dice casi sin aliento. Las gafas están pegadas al asfalto y emiten un chasquido cuando se separan. Entonces Tyler acerca la prueba a la cámara y declara—: Este es un momento histórico.

La siguiente toma es un armario en un aula de química: « James I. Instituto de Educación Secundaria O'Neill, Highland Falls», dice el subtítulo. Lawrence VanderMeer y Tyler, el operador de cámara, no pierden ripio de lo que dice el ayudante de laboratorio. Es un tipo pulcro, con el pelo gris y los dedos manchados de tabaco, y está examinando los restos de las Ray-Ban al microscopio.

—¿O sea que de verdad no lo sabe? —repite Tyler. Por un lado está contento, porque eso es justo lo que esperaba, pero también bastante decepcionado, como si en realidad…, bueno, esperara algo.

El ayudante de laboratorio apaga la luz y dice con brusquedad:

—No tengo ni idea de lo que es. Está demasiado quemado para identificarlo. Teniendo en cuenta cómo huele, seguro que lleva algo de azufre, pero la estructura parece más orgá nica. Pero, chicos…, ¿qué narices les habéis hecho a estas gafas? Para que el cristal se derrita se necesita una temperatura de casi ochocientos grados. Pero la patilla de plástico sigue intacta, ¿la veis? Y eso es imposible. Porque si las gafas se hubieran enfriado así de rápido, el segundo cristal también se

habría agrietado.

> ¡OMG, 800 grados! ¿Es posible que la Bruja de Black Rock utilice tanta energía para manifestarse que alcance esas temperaturas? ¿Se trata de un fenómeno sobrenatural desconocido? ¿Y qué hay de ese pringue quemado? Azufre, pero con una estructura orgánica, según el señor Mason del O'Neill High. Por supuesto, no podíamos contarle nuestra teoría, pero —redoble de tambores, por favor— ¿podríamos haber encontrado la primera prueba tangible de la existencia del *ECTOPLASMA*?
>
> Para los incultos que nos lean: «ectoplasma» es un término acuñado por el fisiólogo francés Charles Richet para referirse a una sustancia que un médium o una energía espiritual puede exteriorizar o proyectar (dice Wikipedia). Todos hemos visto fotos de médiums colocados potando una especie de nube de puré de patatas. Por lo general los médiums eran un timo y, en efecto, era puré de patatas, así que esa es precisamente la razón por la que la ciencia no ha reconocido la existencia del ectoplasma. Pero, aun así, el ectoplasma se relaciona con los fantasmas desde más o menos allá por el primer avistamiento de fantasmas. Todavía hoy, cuando esa chica del batido en la garganta aparece en *El grito*, lo hace como una nube esponjosa en la esquina superior de la habitación. Y en *El proyecto de la bruja de Blair*, una especie de «gelatina azul» aparece en la mochila del hippie analfabeto la noche antes de que lo pille la bruja.
>
> A ver, no queremos sacar conclusiones precipitadas, pero ¡esto es la hostia de emocionante! Requiere una investigación científica exhaustiva. Los encargados de *ALO* almacenaremos las pruebas con gran cuidado en nuestros archivos para que las recoja el National Geographic. NG: podéis conseguirlas gratis en casa de Tyler, a cambio de unas gafas de sol nuevas (Ray-Ban, dice Burak, a ser posible del modelo rb8029K Aviator Ultra, la edición limitada).

Contra todo pronóstico, estuvieron a punto de fastidiar la prueba del susurro. Se debió a que la oportunidad se les presentó de forma más o menos accidental, antes de que pudieran sopesar las opciones y debatirlas en profundidad. Pensándolo en retrospectiva, Tyler llegó a la conclusión de que, aun en el caso de que les hubieran dado tiempo suficiente, habrían corrido un gran riesgo de todas formas. Pero a veces la ciencia ten ía lugar en el cráter de un volcán en erupción, y no se podía hacer nada al respecto.

Ese domingo por la tarde, Tyler había decidido salir a dar una

vuelta por el bosque de detrás de su casa con Lawrence y *Fletcher* . Los árboles proyectaban colores centelleantes a lo largo y ancho de los caminos empapados y resplandecían con un brillo extraordinario a la espera del final del mes, cuando palidecerían y dejar ían caer sus hojas. Cuando el sendero giraba con brusquedad a la izquierda y subía la montaña hacia el mirador, los chicos siguieron por instinto el Philosopher's Creek, que quedaba fuera del alcance de las cámaras ocultas que proyectaban todo el sistema de senderos de Mount Misery en los monitores del HEX.

Lawrence y Tyler iban paseando, comentando tranquilamente los detalles prácticos de la prueba del susurro, cuando *Fletcher* de repente empezó a tirar de la correa y a gruñir con las orejas enhiestas.

Tyler le dio dos vueltas a la correa alrededor de su muñeca y se puso alerta.

A lo lejos, oyeron voces excitadas y algo se agitó entre el follaje. De pronto, *Fletcher* arrancó a ladrar como un loco. Tyler y Lawren ce intercambiaron una mirada de sorpresa y echaron a correr detr ás de *Fletcher* hacia el punto en el que se dividía el cauce empapado, allá donde el arroyo se bifurcaba y las laderas circundantes se hacían más estrechas. Burak, Jaydon y Justin estaban en la orilla izquierda con la Bruja de Black Rock en medio, clavándole ramas largas en el cuerpo. Cuando oyeron al perro, Burak y Justin volvieron la cara para mirar y los saludaron con la mano, sonriendo con ganas.

—Joder —murmuró Tyler—. Tranquilo, *Fletcher* . ¡Échate! — Tiró de la correa y se la puso a Lawrence en la mano—. Agárralo y no te acerques m ás, o se asustará.

Lawrence asintió y Tyler corrió hasta donde estaban los demás.

—¿Qué coño estáis haciendo? ¡Basta ya!

—Vaya, pero si es nuestro valiente líder —se rio Justin—. Estamos llevando a cabo una investigaci ón científica: estamos demostrando que está hecha de materia sólida.

—Y así es. Mira —dijo Jaydon, que, con una rudeza innecesaria, pinchó a la bruja en el hombro con la punta de su palo.

Katherine se tambaleó y bajó la cabeza despacio hacia donde la habían golpeado, pero no se movió de donde estaba.

Tyler estaba indignado. Estaban burl ándose de la bruja. Vale, puede que fuera a él a quien se le había ocurrido la idea de la prueba de la farola, pero eso no fue más que una broma que salió mal. Burlarse de la bruja era terreno vedado; no se necesitaba ningún Decreto de Emergencia para darse cuenta de ello. Lo que Jaydon estaba haciendo sobrecogía a Tyler. Jaydon se había lanzado por una pendiente resbaladiza que lo llevaría de manera irrevocable al abismo.

—Basta ya —repitió Tyler, y empuj ó el brazo de Jaydon con fuerza, con más seguridad de la que sentía.

A Jaydon se le heló la expresión, que después se tornó oscura. Bajó el palo y se dio la vuelta; era dos años mayor que Tyler, le sacaba una cabeza y se moría de ganas de iniciar una confrontaci ón. Tyler notó que el corazón le palpitaba en la garganta, pero no se acobardó.

—Tío, estás loco, ¿por qué la atormentas así? No quiero que jodas nuestra investigación, vas a reventarnos la tapadera.

—Ese perro tuyo, ese es el que va a reventarte la tapadera —replic ó Jaydon.

Tyler vio en sus ojos algo que no le gustó nada, algo que le dio miedo, algo que llevaba fraguándose en el interior de Jaydon desde el día en que su padre se había marchado en busca de una muerte funesta. Detrás de ellos, *Fletcher* empezó a ladrar de nuevo y Lawrence se arrodilló para intentar calmarlo.

—Acordamos que los experimentos sólo se harían cuando estuvi éramos juntos, y sólo con el objetivo de contribuir a nuestra investigación. La reunión del Consejo es la semana que viene, y te cargarás nuestras posibilidades de poder navegar libremente por internet y de obtener privacidad si te ven liándola así. —Tyler se humedeció los labios con nerviosismo, y luego decidió ir un paso más all á—. O te controlas o estás fuera de *ALO* .

—¿Y quién te ha nombrado jefe tan de repente? —preguntó Ja ydon mientras se acercaba.

—Pues… ¿nosotros? —intervino Lawrence, y Tyler cerró los ojos a modo de agradecimiento piadoso.

—Es su web —dijo Justin con una sonrisa tonta.

—Sí, y su plan —agregó Burak.

Jaydon lo miró con frialdad y Tyler se sintió catapultado al pasado. Tenían diez y doce a ños, y ambos estaban en el colegio de primaria, Tyler en quinto y Jaydon en sexto porque había repetido curso. Había pasado menos de un año desde que el padre de Jaydon había desapa recido sin dejar rastro, pero en aquel entonces Tyler Grant era dema siado pequeño para establecer esa conexión tan obvia. Lo único que sabía era que, si sabías lo que era bueno para ti, no le dabas la espalda a Ja ydon, porque era un capullo que no escatimaba a la hora de transferir los pu ñetazos que había recibido en casa.

Un día, mientras jugaban al fútbol durante el recreo, Katherine apareció en mitad del campo que había detrás de la escuela. Algunos niños se asustaron, pero la señorita Ashton les dijo que desplazaran el partido un poco hacia la izquierda y siguieran jugando. «Recordad: avisamos a nuestro profesor o a nuestros padres en cuanto la vemos, y luego seguimos con lo que est ábamos haciendo como si no hubiera pasado nada», les dijo. Andy Pynchot, un chavalín arrogante un año mayor que Tyler, propuso que la usaran como poste de portería y, a modo de recompensa, se llevó una buena colleja. Cuando al cabo de un rato la señorita Ashton dio unas palmadas y los niños entraron corriendo, muy aliviados, el balón se escapó rodando del campo hasta ir a parar no muy lejos de la bruja. Tyler y Jaydon eran los que estaban m ás cerca, y Tyler estaba a punto de ir a buscarlo, pero Jaydon lo miró con la misma expresión gélida que ahora, siete años después, así que el pequeño Tyler se asustó… no de la bruja, sino de Jaydon. Más tarde, cuando fue capaz de entender todo el contexto, imagin ó que los animales salvajes debían de sentir el mismo miedo incontrolable cuando inhalaban por primera vez el aire humeante de un incendio forestal. Entonces Jaydon hizo algo espantoso: corrió hacia el balón, se echó hacia atrás para coger impulso y lo chutó contra la bruja. La golpeó con la fuerza de un mazo. Katherine se dobló por la mitad y el cuero explotó con gran estruendo en cuanto la bruja desapareci ó.

Todas esas imágenes pasaron a gran velocidad por la mente de Tyler en los pocos segundos que Jaydon y él se plantaron cara en el bosque. Siete años era mucho tiempo, y desde entonces habían sido

colegas a temporadas. Pero el mal sabor de boca que le había dejado el incidente nunca había desaparecido por completo, y Tyler nunca había olvidado la gélida expresión de los ojos de Jaydon. Si un chaval de doce a ños ha-bía sido capaz de chutar un balón de fútbol contra la bruja con tanta rabia reprimida, ¿de qué sería capaz el mismo chaval a los diecinueve?

Al final, Jaydon relajó los hombros y sonrió.

—No llores, mariquita.

Tyler se calmó un poco, pero permaneci ó en guardia.

—Oye, esto no va de quién es el jefe. Es sólo que no quiero que se nos joda. No correremos ningún riesgo. Puede que pronto seamos libres, así que mantén la calma, ¿vale?

—Claro. Todos superamiguis.

Tyler puso los ojos en blanco.

—¿Saben que ya está aquí?

—No —contestó Justin—. La aplicaci ón dice que está por Lower South, y no ha habido más alertas desde entonces. Acabamos de encontrárnosla aquí.

—Sólo estábamos haciendo un poco el capullo, nada más —dijo Burak.

Tyler regresó hacia donde estaba Lawrence y le lanzó una mirada glacial a Burak al pasar a su lado. Su amigo la vio, no la entendi ó y lo más probable es que se sintiera herido. Pero Tyler no podría haber lo dejado más claro: sí, no le extrañaba que Jaydon y Justin cayeran tan bajo, pero no se esperaba algo así de Burak. Se dio la vuelta y dijo:

—Pues ¿puede alguien enviar un aviso a la aplicación? No estamos tan lejos del sendero, y por aquí siempre hay putos excursionistas.

—Claro —dijo Jaydon, y sacó su iPhone, tal vez para demostrar que de verdad ten ía buenas intenciones.

Tyler ya se había agachado para calmar a *Fletcher* cuando Jaydon soltó un grito de sorpresa. Tyler levantó la cabeza de golpe. La bruja había dado un vigoroso paso adelante y había estado a punto de chocar con Jaydon, que no se había dado cuenta porque estaba enviando el mensaje. Asustado, retrocedió unos cuantos pasos. La

bruja permaneció inmóvil, con las suturas negras que le sellaban los ojos y la boca destacando como ara ñazos apresurados contra el fondo de su rostro pálido.

Jaydon se olvidó del teléfono que sujetaba en la mano y todos se quedaron callados. *Fletcher* dejó de ladrar y empezó a emitir un gru ñido profundo y bestial. Puede que el peligro acechara desde el inte rior de Jaydon, pero Katherine poseía un poder mucho más antiguo y primordial, y con ese paso les había recordado qui én estaba en la cima de la cadena trófica. «Aquí va a pasar algo, tío —pensó Tyler—. Algo bastante espeluznante, diría yo».

—Oye —dijo Jaydon con timidez.

La bruja estaba frente a él, inmóvil.

—¿Perdona? ¿Cómo? ¿Qué has dicho, Katherine?

Ladeó la cabeza, en actitud de escucha.

De pronto el corazón desbocado de Tyler ahogó todos los ruidos que lo rodeaban.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó Jaydon—. ¿En serio, Katherine? ¿Quieres que te toque las tetas?

Justin y Burak se doblaron sobre sí mismos, y empezaron a partirse de risa. Tyler y Lawrence no se rieron, pero sí se miraron, y Tyler pensó: «Por favor, para; te estás pasando muchísimo de la raya. No te burles de la bruja». Manteniendo una distancia segura, Jaydon estiró las manos con cautela y fingió que acariciaba con gusto los pechos de Katherine mientras sacud ía las caderas hacia delante y hacia atrás con gesto obsceno.

—No tienes huevos —dijo Burak para provocarlo.

—¿Ah, no? Me la follaría sin problema —replicó Jaydon. De repente se inclinó hacia la bruja y le gritó en la cara—: ¡Puta asquerosa! Te encantaría, ¿verdad? ¡Zorra viciosa! As í te lo hacías en tus tiempos, ¿eh?

Fletcher empezó a aullar y dio un salto tan repentino hacia delante que Lawrence estuvo a punto de caerse. Tyler agarró al perro por el collar para intentar controlarlo y gritó:

—¡Jaydon, para ya!

Jaydon se volvió hacia los demás con una sonrisa estúpida.

—Veinte dólares —propuso—. Veinte pavos para el que le saque una foto de la teta. Desnuda, quiero decir. Quiero ver c ómo es una teta del siglo XVII .

—Vete a la mierda —espetó Tyler—. Eso es horrible.

—Venga ya —dijo Jaydon entre risas—. Estoy seguro de que no le importaría, ¿verdad, Katherine? ¿A que no te importa? —Se colocó detrás de ella y continuó con una vocecita aguda—: ¡No, Tyler, no me importa en absoluto! De hecho, me estoy mojando un poco sólo con hablar de ello. ¿Quieres venir y comprobarlo tú mismo, Tyler? ¿Quieres sentir lo mojadas que tengo las bragas?

Más risas. Katherine van Wyler soportó la humillación en silencio, aparentemente ajena a ella. Quizá no hubiera ninguna conciencia detrás de aquellos ojos cerrados, pensó Tyler; al menos, no una conciencia humana. Pero no había forma de saberlo con seguridad. Tal vez Katherine estuviera esperando su momento, igual que llevaba siglos esperando en ese estado de latencia. La mera idea hizo que a Tyler se le revolvieran las tripas.

Jaydon hab ía vuelto a entrar en la HEXApp de su iPhone cuando Lawrence exclamó de repente:

—¡Espera! Podemos grabarla.

Se miraron los unos a los otros. Tyler tardó tres segundos en plantearse la posibilidad: el denso silencio del bosque y el hecho de que estuvieran fuera del alcance de las cámaras creaban una oportunidad que no volvería a presentárseles pronto. El entusiasmo prendió en su interior como una llama resplandeciente y al final dijo:

—Joder, ¡a la mierda! Vale, pero que sea rápido.

Usaron la correa de *Fletcher* . Tyler lo dejó suelto y Lawrence se llev ó al perro río abajo, sujetándolo con firmeza por el collar. Jay-don le pasó su iPhone y, sin pararse a pensarlo, Tyler envolvió la correa varias veces alrededor del teléfono y la ató. Luego lo anudaron al final del largo palo que Jaydon había utilizado para clavárselo a la bruja.

A lo lejos, oyeron las carcajadas de unos niños. Los chicos miraron a su alrededor, sobresaltados. El ruido procedía del sur, pero se propagaba de una manera extra ña bajo las copas de los árboles. Seguro que eran excursionistas. Continuaron prestando atención un

rato, pero no oyeron nada más.

—Venga, deprisa —dijo Burak, y le quitó el palo a Tyler—. ¿Estás listo?

Tyler se sacó la GoPro del bolsillo y empezó a grabar.

—Muy bien, domingo, 21 de octubre. Esta es la prueba del susurro. Espera… —Dio varios pasos atrás—. Adelante. Empieza.

Jaydon activ ó la grabadora de voz de su iPhone y susurró:

—Vale, todos callados…

Burak levantó el palo en el aire como si fuera una caña de pescar y el iPhone se balanceó hacia delante en la correa de *Fletcher* . Moviéndolo con cautela, lo sostuvo ante la cara de la Bruja de Black Rock. Tyler vio que a Burak le temblaban las manos y que le estaba costando mucho mantener el teléfono quieto. Entonces desplazó la caña de pescar hacia la izquierda y el teléfono golpe ó la mejilla de Katherine con un golpe seco y carnoso, justo delante de la comisura de la boca con la sutura cortada.

Durante un minuto, nadie hizo ni un ruido. Cuando por fin Burak recogió la caña y Jaydon agarró su iPhone en el aire, todos gritaron y aplaudieron por haber completado con éxito otra etapa en su experimento. Sin embargo, el entusiasmo de Tyler era más tibio; mientras los demás compartían su alegría, él hab ía apagado la GoPro. Se acercó a Jaydon y todos se inclinaron sobre su teléfono con el debido respeto. En la pantalla, la grabadora de voz le preguntaba si quería reproducir el archivo o crear una nueva grabación.

—Este es el susurro de la muerte de Katherine —dijo Jaydon al mismo tiempo que le daba al móvil una sacudida portentosa. Sobrevoló la pantalla táctil con el pulgar, como para demostrar que ten ía valor para reproducir el archivo de audio—. No me extrañaría que esta sea la grabación más peligrosa del mundo. Podríamos matar a alguien con esto.

—Sí, así que ¿quién va a sacrificarse? —pregunt ó Justin.

Los demás se rieron, pero con poco convencimiento. Nadie estaba dispuesto a presentarse voluntario en este caso.

—Todavía no —dijo Tyler—. Primero buscamos a alguien de fuera y después lo escucharemos, en un ambiente seguro. Jaydon, ¿me

lo pasas por Bluetooth? Esa señal no la captan.

—Claro —dijo Jaydon, y envió el archivo de audio.

Tyler lo aceptó en su propio móvil.

—¿Vas a colgarlo en la web? —preguntó Burak.

—Por supuesto que no. Esta mierda es mortal, no se juega con ella. Borra el archivo en cuanto termine de enviarse, ¿vale? No quiero accidentes.

Le lanzó una mirada severa a Jaydon y él le contestó con una sonrisa. Entonces sus respectivos móviles avisaron de que el archivo había sido transferido. Jaydon tocó la pantalla varias veces con el pulgar y dijo:

—Vale, borrado.

A Jaydon se le iluminó la cara y se guardó el teléfono en el bolsillo. Tyler se imagin ó que tendía la mano hacia esa cara y no sentía nada más que oscuridad.

Unos días después, se publica un nuevo vídeo en *ALO* . Vemos que la cámara hace *zoom* sobre el iPhone de Tyler y que se abre paso a través de un ruidoso auditorio escolar hasta detenerse sobre un alegre y corpulento chico de diecisiete a ños que lleva una gorra de béisbol y auriculares.

—Eh, ¿qué pasa, tío? —pregunta, y Tyler le dice:

—Oye, Mike, ¿me harías un favor?

Mike sonríe a la cámara y le dice:

—Claro, haremos como si no me hubieras pedido ya que escuche tu musiquita y como si yo no hubiera accedido ya a decir: «Eh, ¿qué pasa, tío?».

Sus amigos se parten de risa y Tyler dice:

—Genial. Venga, vamos a repetirlo.

—Eh, ¿qué pasa, tío? —dice Mike, y Tyler le dice:

—Oye, Mike, ¿me harías un favor?

Mike sonríe.

—Claro. ¿Te parece espontáneo o qué?

—Sí, la verdad es que sí —dice Tyler. —Eh, Mike, ¿qué pasa, tío?

—Oye, Tyler, ¿puedo hacerte un favor?

Todo el mundo se carcajea de nuevo, pero pasemos a la siguiente toma, en la que Mike se ha quitado los auriculares y los ha cambiado por dos AirPods conectados al iPhone de Tyler.

—Este es Mike, de Highland Falls —señala Tyler—, y ahora va a escuchar el archivo de audio. ¿Estás listo, Mike?

El chico levanta un pulgar en señal de aprobación y Tyler hace clic en reproducir.

Al principio, no pasa nada. Entonces Mike esboza una mueca y se embute aún más los auriculares en los oídos, como si tuviera que esforzarse para escuchar lo que dicen. Tyler no le quita ojo, hipnotizado.

—¿Y esto qué es? —pregunta Mike, pero Tyler le hace un gesto para que se calle y siga escuchando.

—Bueno, ¿qu é has oído? —pregunta cuando el archivo termina de reproducirse y Mike se quita los auriculares.

—Sólo unos susurros —contesta Mike.

Parece un poco alterado.

—Pero ¿qué decían? —insiste Tyler.

—¿Cómo quieres que lo sepa? No eran en nuestro idioma. No hablaban en ningún idioma reconocible, era más bien como si estuvieran chapurreando. ¿Qu é es, uno de esos mensajes que se ponen al revés y cuando se te meten en el subconsciente en realidad dicen: «¡MUERE, CABRONAZO, ADORA AL DIABLO, HIJO DE PUTA!»?.

Estas últimas palabras las dice a gritos, entre las risas descontroladas de sus amigos.

Tyler dice:

—Sí, algo así. Pero… ¿qué has sentido?

Mike adopta una expresión de desprecio, y dice:

—¿Que qué he sentido? T ío, ¿qué te has chutado?

Tyler vuelve la cámara hacia sí y dice:

—Teoría confirmada. Sujeto ileso: misión cumplida.

DIEZ

El otoño había sido templado, pero dos días antes de Halloween la temperatura baj ó de golpe. El anticuado termómetro de mercurio que había en la puerta de The Quiet Man marcaba sólo cuatro grados, un frío otoñal de esos cortantes, que llegan de manera inesperada tras un período de transición mas o menos largo, con un clima suave, y se te meten directamente en los huesos. El 31 de octubre, el cielo de Black Spring era de un gris acerado y estaba preñado de una lluvia que amenazaba en las capas superiores de la atmósfera, pero que nunca lleg ó a caer.

Aquella mañana temprano, en el cruce cortado de Deep Hollow Road con Lower Reservoir Road, a lo largo de la esquina inferior del cementerio de Temple Hill, se instaló a la Mujer de Mimbre: un maniquí gigantesco hecho con juncos que se quemaría aquella noche durante el festival. La gente tenía que trepar por unas escaleras de mano muy altas para adornar el maniquí con unas cadenas de hierro ennegrecidas que todos los años se sacaban con atizadores de entre las cenizas ardientes para volver a utilizarlas al siguiente. El estudio de costura de Liza Belt donaba un pañuelo hecho a medida para ponérselo al mu ñeco alrededor de la cabeza, y se le pegaban haces de paja en los ojos y la boca. El ritual era más antiguo que los propios residentes de Black Spring y, debido a su carácter pagano, Colton Mathers y los consejos parroquiales tanto de la Pequeña Iglesia Metodista como de la iglesia de Santa María se oponían a él año tras año. Y año tras a ño el Comité de Todos los Santos los vencía argu

mentando que no podían romper la tradición, ya que quemar a la Mujer de Mimbre era el punto culminante del Festival Anual de la Bruja, la tapadera con la que Black Spring escondía a plena vista a Katherine de los forasteros que acudían en masa al pueblo desde todos los rincones del condado.

El argumento era falso, por supuesto. La verdad era mucho más primitiva: aquel ritual estaba entreverado en el alma de la comunidad, y nadie quería abolirlo. Ya fueran cristianos, judíos, musulmanes o ateos, todos los habitantes de Black Spring estaban igual de deseosos de eludir de forma legal la prohibici ón de juguetear con Katherine van Wyler al menos una vez al año. Por la mañana, la gente del pueblo le llevaba regalos, cada uno más grande que el anterior, y los metía en silencio por la abertura que quedaba debajo de la gigantesca falda de la Mujer de Mimbre. Muchos tocaban el mu ñeco con inquietud mientras lo hacían, y se arrodillaban un momen to o se persignaban para alejar el mal de ojo. Algunos llevaban comida: los niños colaban caramelos y manzanas entre los juncos tejidos, los padres llevaban bandejas de sus platos favoritos o tartas caseras, y luego estaban los que colgaban ristras de ajos de las cadenas de hierro. Otros llevaban objetos: velas, artículos de mimbre hechos en casa, toallas de invitados, jabón, tenacillas, una vieja m áquina de coser Bernette, todo lo que podía sacrificarse a Katherine para asegurarse otro año de vida. También había ofrendas de calidad más dudosa: John Blanchard, el pastor de ovejas de Ackerman's Corner, apareció con un cordero muerto; una joven madre de la ciudad se empeñó en quemar una bolsa de plástico llena de los pañales usados de su beb é recién nacido; y Griselda Holst donó una cabeza de ternero, un manjar encargado al matadero especialmente para la ocasión. Tales artefactos se ocultaban de manera provisional con regalos de una naturaleza más mundana antes de que llegaran los primeros forasteros.

Steve y Jocelyn Grant eran demasiado pragmáticos para participar de esa idolatría. Cuando Matt y Tyler eran más pequeños, todos los años les dejaban a ñadir a la pira con mucho cuidado un dibujo o una zanahoria, y luego observaban entre la multitud las llamas que iban consumiendo a la Mujer de Mimbre. Ahora los niños

ya eran demasiado mayores para sentir entusiasmo alguno, así que el ritual había quedado archivado junto con muchas otras costumbres de la infancia. A Steve siempre le había inquietado un poco el simbolismo de la bruja quemada. Y aún peor, la ropa te apestaba a humo durante días. Su única razón para asistir a la Quema de la Mujer de Mimbre era la misma por la que siempre le habían fascinado las hogueras en las que, a principios de enero, se quemaban los árboles de Navidad: porque los fuegos grandes hipnotizan a cualquiera, y sentir una columna de calor en la cara era un final agradable para una lúgubre noche de otoño.

Pero esa parte aún estaba por venir. Aquel día a Black Spring le esperaban muchas más cosas que la ofrenda ritual.

La cocina de Griselda's Butchery & Delicacies era un hervidero de actividad aquella mañana. Griselda había contratado a seis personas más para que sus productos tradicionales llegaran a tiempo al puesto de comida de la plaza del pueblo: ensalada de patatas, tapas, carne asada al espetón, el estofado especial de la bruja verde (sopa de guisantes con alb óndigas), que se servía en un caldero de cobre auténtico y, por supuesto, grandes bandejas del avinagrado paté Holst de Griselda. Griselda no tenía ni el más mínimo interés en ganar dinero con el evento, pero cualquier empresario local habría estado loco si no se hubiera beneficiado de los más de dos mil visitantes externos que atra ía el festival.

Al fin y al cabo, se dijo, todo aquello era en honor a Katherine.

Alrededor de las tres de la tarde, cuando de verdad empezaba a haber mucha gente, se cerraron las principales calles de Black Spring y los puestos de dulces y baratijas formaron una herradura alrededor de la iglesia de la Meta de Cristal y el cementerio. De los árboles colgaban cintas anaranjadas y negras, y debajo había calabazas talladas clavadas en estacas. La plaza estaba llena de gente disfrazada de la Bruja de Black Rock: algunos con sombreros puntiagudos y agitando palos de escoba, otros con los más tradicionales ojos cosidos. A los niños les pintaban la cara y se lo pasaban en grande en el castillo hinchable que había delante del Sue's Highland Diner. Chillando de alegría, les pegaban porrazos a las piñatas de papel maché con forma

de bruja que colgaban de los árboles y terminaban enterrados en caramelos, o se pesaban en las balanzas especiales para brujas instaladas en la plaza de la iglesia. Si una criatura no pesaba m ás que dos patos —cosa que sucedía de vez en cuando—, se la declaraba bruja, y entonces un grupo de actores de Black Spring ataviados con harapos del siglo XVII comenzaba a perseguirla.

A Robert Grim aquella diversión popular le resultaba bastante cutre. Hacía unos años, a modo de experimento, había presentado una propuesta para que se reintrodujeran varios juegos medievales de tortura, como la decapitación de gansos y la quema de gatos (porque todo el mundo sabía que las cenizas de gato carbonizado daban suerte), pero se la rechazaron por culpa de la legislación contra el maltrato animal y por falta de moralidad. Al comit é no le hizo gracia.

Para Grim, el 31 de octubre solía ser el día más caótico y exasperante del año. Tratar de supervisar la llegada de tantos forasteros re quería de una buena dosis de empatía y paciencia, cualidades de las que Robert Grim no andaba sobrado. En la humilde opinión de Grim, los habitantes del Valle del Hudson eran unos maltratadores, devoradores de cerveza, maleducados, ruidosos y, lo peor de todo, carentes de sentido común para sacarle el m áximo partido a su ubicación geográfica. Hacia el este tenían el Hudson, en el que podían ahogarse colectivamente, y hacia el sur tenían el Parque Estatal de Bear Mountain, donde podían aparearse con castores y ciervos de cola blanca sin avergonzarse e implementar de manera efectiva su propia extinción. Pero hasta entonces nadie había aprovechado aquellas oportunidades de oro. Por estas y por otras razones, después de llevar a cabo la obligatoria ronda de inspecci ón con los oficiales de The Point, Robert Grim pasó el resto del día en su puesto del centro de control, cosa que no hizo sino convertir aquel día también en un sufrimiento para sus colegas.

Poco después de las once y media, la bruja —la de verdad— había decidido presentarse en la plaza de aparcamiento para discapacitados que había detrás del ayuntamiento, y allí se hab ía quedado. Aquel aparcamiento estaba a menos de trescientos metros en línea recta del centro de todas las actividades, pero era una ubicación

con la que podían trabajar a la perfección. Grim había pedido que vallaran el acceso a Deep Hollow Road. Detrás del ayuntamiento había montado una obra falsa, custodiada por todos lados por una cuadrilla de obreros bien instruidos. Además, Katherine estaba encerrada en un cobertizo de herramientas. En el improbable caso de que se sumara a las celebraciones del día, ten ían seis posibles escenarios a mano. La última vez que ocurrió algo así fue en 2003, antes de que adquirieran el organillo holandés. La moza se había pasado todo el festival majestuosamente plantada en la plaza del pueblo, delante del restaurante de Sue. Después de un acalorado debate, decidieron instalar detrás de ella una valla publicitaria de Black Spring y colgar una pancarta que decía: «¡HAZTE UNA FOTO CON LA AUTÉNTICA BRUJAbruja!». A la propia Katherine le pusieron un pin que rezaba: «BIENVENIDOS A BLACK SPRING» , y ya nadie se creyó que fuera real. Todos los niños quisieron hacerse una foto con la señora rara. Resultó ser un negocio má s o menos seguro y bastante lucrativo: todos los padres pagaron con gusto los cinco dólares que costaba inmortalizar el momento.

Muchos bebés se pusieron a llorar desconsolados, pero para eso están los bebés.

Aquel día, sin embargo, el festival se estaba desarrollando sin contratiempos. Los inspectores de The Point se habían marchado, Grim pensaba en hormigón armado, y la gente festejaba, la gente festejaba.

A las cuatro y cuarto de la tarde, Tyler Grant y sus amigos se sentaron al abrigo del seto que había cerca de la fuente y de la estatua de bronce de la lavandera. Comían algodó n de azúcar y observaban con envidia callada a la marea de forasteros que circulaba ante ellos. Ese día Jaydon estaba trabajando en el puesto de comida de su madre, pero era su rato de descanso y había ido a ver a los demás un minuto.

Lawrence tendió una mano en la que sujetaba cinco cerillas. Cada uno sacó una y todos la mostraron a la vez. A Burak le tocó la que tenía el extremo quemado. Tardó unos segundos en asimilar la verdad: era el elegido para la prueba del susurro. Soltó una palabrota.

—Claro, que sea el turco el que hace el trabajo sucio, ¿no?

Los demás se rieron, pero sin mucho ánimo. A Tyler le pareció

que era una risa nerviosa, afectada, llena de alivio por no haber sido ellos los elegidos para la prueba. Una ráfaga de viento helado arrastró las hojas a sus pies, y el cielo plomizo era como una cúpula que caía sobre Black Spring. Tyler se estremeció y se arrebujó el cuello del abrigo. «Todo esto va a cambiar muy pronto», pensó.

Y así sería, pero no como esperaba Tyler.

Poco antes de las cinco, mientras Katherine van Wyler susurraba sin cesar palabras corruptas en lenguas antiguas dentro del cobertizo de herramientas de detrás del ayuntamiento y, a tres kilómetros de allí, en su caseta, *Fletcher* se agitaba con inquietud en sueños, Grisel da Holst se escabulló a hurtadillas del festival. Cruzó a toda veloci dad el cementerio hacia la parte de atrás de la iglesia de la Meta de Cristal, y nadie se dio cuenta de que abría la pesada puerta de madera que daba al presbiterio con una llave maestra. Entró y cerró a su espalda hasta acallar el ruido de las celebraciones. Con las manos apoyadas en las paredes frías, Griselda bajó la escalera de caracol y fue hundiéndose cada vez más profundamente en el olor fé tido de la piedra vieja, la madera mohosa, el agua rezumada y la enfermedad humana. Un escalofrío desagradable se filtró desde las paredes hasta las articulaciones de la mujer: en las criptas de debajo de la iglesia siempre era invierno, y siempre era de noche.

Arthur Roth estaba desplomado contra los barrotes de su celda, y Griselda supo de inmediato que estaba muerto. Estaba desnudo, y a la luz de las bombillas de la pared, la piel estirada y tensa que le cubría las costillas demacradas había adquirido el tono pálido y amoratado de los peces muertos. Roth yacía entre sus propios excrementos, con una mano inerte esposada a los barrotes y las venas del brazo igual que cables de exterior.

Griselda tenía el corazón acelerado; aun así, experimentó un alivio extraño. Ahora que su calvario por fin había terminado, ya no tendría que volver a bajar por esa escalera horrible para darle de comer, lavarlo a manguerazos o escuchar el eco de sus carcajadas enajenadas rebotando contra el techo abovedado, como si el espacio que había debajo de la iglesia rebosara de almas perdidas. Griselda no sintió vergüenza, sólo la llovizna lenta e interminable que siempre

empapaba su mente. Ella no lo había matado de hambre; sólo habí a seguido las órdenes de Mathers. Había cumplido con su deber de servir a Katherine.

Sacó una escoba del cuarto de servicio y metió el mango entre los barrotes para darle unos golpecitos al cuerpo de Roth. Continuó inerte. Griselda miró a su alrededor, invadida por un pánico repentino. Se le heló la sangre, consciente de que estaba sola, en la oscuridad, debajo de la iglesia, con el cadáver de Arthur Roth…, el presunto cadá ver de Arthur Roth. El sentido común le decía que debía asegurarse, pero la duda le desbocaba los pensamientos, transformaba la razón en estupidez y la lógica, en un sueño. Era la misma duda irracional que sentía hacía años, en las reverberaciones silenciosas que seguí an a las palizas o las violaciones de Jim. Buscó el llavero a tientas, y esa acción sencilla la ayudó a calmarse.

Griselda abrió la celda y, con cautela, se arrodilló junto al cuerpo frío y esquelético tapándose la boca con la bufanda para protegerse del hedor. No fue ansiedad lo que sintió cuando se dio cuenta de que el hombre aú n respiraba, sino una especie de asombro vulnerable. «Sigue vivo», pensó. Y cuando Arthur Roth abrió los ojos y le cerró una mano alrededor de la muñeca con la fuerza de una trampa, ni siquiera tuvo tiempo de gritar.

Claro que hubo gritos: los de los niños perseguidos por brujas y feriantes, los de los adolescentes que caían de bruces de los búfalos corcoveantes de la atracci ón, los de los ancianos que competían en el juego de la herradura, y todos esos gritos estridentes se elevaban por encima de las calles de Black Spring, donde la niebla baja los distorsionaba hasta convertirlos en susurros disonantes.

—Puta asquerosa —susurró Arthur Roth, que estaba hipotérmico y hambriento, pero también lejos de morir—. Voy a follarte —susurró, y se aferró a Griselda rodeándola con las piernas mientras le sobaba un pecho con la mano libre.

En la superficie, la gente bailaba al ritmo de las viejas melodías folk interpretadas por el cuarteto de violinistas; mientras Griselda calculaba sus posibilidades, por remotas que estas fueran, de forma débil y distante, oy ó que los sonidos apagados se abrían paso por la

rejilla de ventilación. La mujer se disoció del tiempo, y la mano ansiosa de Roth, que le tiraba de la blusa, ya no podía hacerle daño; las manos de Jim ya no podían hacerle daño; él estaba muerto, y ella olía a algod ón de azúcar y palomitas de maíz, a pollo de corral asado y salchichas en aceite.

Y a las cinco y diez de la tarde, mientras Steve Grant y su hijo menor, Matt, deambulaban entre la multitud de asistentes a la feria y comían churros recién hechos de sendos cucuruchos de papel manchados de grasa; y mientras Griselda Holst agarraba el palo de escoba haciendo un esfuerzo supremo y lo estampaba una y otra vez contra la cabeza ensangrentada de Arthur Roth en la cripta de la iglesia de la Meta de Cristal al mismo tiempo que gritaba el nombre de su esposo con cada golpe, un búho extrañamente grande se posó sobre la aguja de la iglesia. Era un ave magnífica, y desde aquella gran altura escudriñaba a la muchedumbre con una concentraci ón sobrehumana, como si observara a ratas en una trampa. No mucha gente lo vio, sumidos como estaban en la penumbra del crepúsculo, pero, más tarde, los que sí lo habían atisbado afirmaron haber oído el sonido de unas alas poderosas cuando se alejó volando, y reconocieron el búho posado en la Cruz de Dios como el presagio de un desastre inminente.

ONCE

Matt dejó a Steve de piedra cuando, pese a todo, se acercó a depositar una ofrenda; tras salvar el cruce, se encamin ó hacia la Mujer de Mimbre, se sacó un banderín del abrigo y lo dejó en la pira junto con todos los demás regalos. Aunque no condenaba la acción del chico, Steve se llevó una gran sorpresa. Si su hijo hubiera lanzado un par de churros bajo la falda de la bruja, habría sido una broma im pulsiva de adolescente, pero se había llevado el banderín de casa.

—¿Por qué has hecho eso? —le preguntó a Matt cuando volvió.

—Por nada —contestó él con naturalidad—. Sólo quería darle algo a la abuelita.

—Pero ¿por qué uno de tus banderines? Lo ganaste en una competición, es un recuerdo para cuando seas mayor.

El chico se encogió de hombros.

—Es el de los preliminares, el de cuando acababa de volver de la lesi ón, ¿te acuerdas? *Nuala* todavía no estaba adiestrada y llegué decimocuarto. Luego vinieron las vacaciones de verano, y después pasé al instituto y las cosas mejoraron mucho. —Titubeó, pero al final añadió—: Además, si sacrificas algo que no es importante para ti, ¿qué sentido tiene?

Steve lo miró con asombro. Se preguntó qué habría provocado aquella repentina e ingenua expresión de superstición en Matt. Al parecer, el banderín simbolizaba el bajón que su hijo hab ía experimentado hacía un año y medio; quemándolo, le pondría punto final a esa etapa y se protegería de volver a sufrir una suerte similar

en el futuro. Steve lo entendía, y siendo estrictos, no debería extrañarle que ese tipo de superstición hubiera aflorado en el seno de su familia, teniendo en cuenta d ónde vivían. Era sólo que nunca había reparado en ella hasta entonces.

—Ah, pero ¿tiene sentido? —preguntó al fin, con una ceja arqueada.

Y su hijo le sorprendió de nuevo al contestar:

—¿Acaso importa?

«No —pensó Steve—. No mientras signifique algo para ti. La gente encuentra esperanza, consuelo o seguridad en persignarse o evitar pasar por debajo de una escalera de mano, igual que tú encuentras esperanza y seguridad en ofrecerle un bander ín a la bruja. La magia existe en la mente de quienes creen en ella, no en su influencia real sobre la realidad. Hasta mi hijo de trece años, que tiene que aceptar el hecho de que la realidad de Black Spring funciona de una forma un tanto distinta a la de cualquier otro lugar, parece entenderlo. ¿Quién puede decir que conoce a sus propios hijos?».

La Quema de la Mujer de Mimbre empezaba a las seis. Los puestos circundantes ya se habían vaciado y desmontado por orden de los bomberos, y el The Point to Point Inn había recogido el toldo. La gente se apelotonaba en las calles formando hileras interminables tras las vallas que se habían instalado en torno a la Mujer de Mimbre, a bastante distancia. El público que quería presenciar el espect áculo ocupaba una extensión de por lo menos cincuenta metros alrededor de cualquier punto del perímetro. Steve y Matt habían encontrado un sitio bastante bueno en Deep Hollow Road. Jocelyn les había enviado un mensaje diciendo que estaba más atrás. Había ido al mercado con Mary VanderMeer, pero Steve no fue capaz de encontrarlas entre la muchedumbre. No tenía idea de dónde estaba Tyler.

La muchedumbre observ ó un momento de silencio y oración. Entonces el verdugo dio un paso al frente, con la cabeza oculta bajo una capucha de cuero y sosteniendo una antorcha encendida en lo alto. Emitió un rugido grave —«diez puntos por el desarrollo del personaje», pensó Steve— y prendió fuego al montón de ofrendas empapadas de gasolina que había a los pies de la Mujer de Mimbre.

Las llamas lamieron los juncos durante unos segundos, pero pronto se expendieron hacia arriba y un suspiro de admiración se propagó entre la multitud. Al mismo tiempo, los violinistas atacaron una melod ía animada y, dentro de las vallas, un grupo de bailarines folk se puso a dar vueltas alrededor de la bruja en llamas como si fueran druidas.

Ardió durante ocho minutos y, en su apogeo, las llamas se elevaron por encima de los tejados de las casas circundantes, estiradas como dedos codiciosos. Entonces la Mujer se inclinó hacia atrás —su cara quedó mirando al cielo como si estuviera entonando un último hechizo impío— y se derrumbó. Las chispas se arremolinaron en la fría noche de octubre. Cuando los bomberos por fin ordenaron al público que retrocediera para que la pila de ceniza ennegrecida se consumiera, su ropa ya apestaba a humo.

El sistema de megafon ía se activó y Steve reconoció la voz de Lucy Everett, una de las colaboradoras habituales del HEX y presidenta del Comité de Todos los Santos:

—¡Damas y caballeros, niños y niñas, nuestra maravillosa celebración ha llegado a su fin con este fantástico espectáculo! Para facilitar el proceso de limpieza, los bares y restaurantes de la plaza están a punto de cerrar. Pueden volver al aparcamiento de la Ruta 293 siguiendo las instrucciones del cuerpo de bomberos. Los autobuses los estar án esperando allí. Pasen un Halloween divertidísimo, buen viaje de vuelta ¡y los vemos el año que viene!

Steve disimuló una sonrisa cuando las hordas de forasteros comenzaron a dispersarse poco a poco, rumbo a una noche de truco o trato y fiestas de Halloween en Highland Falls, Highland Mills y Fort Montgomery. Era una distracción ingeniosa, pero él sí había detectado la orden impl ícita entre líneas. El pretexto de que el cuerpo de bomberos cerrara los bares y los restaurantes del pueblo a las seis y media de la tarde del día más lucrativo del año…, bien podrían haber dicho: «Subíos al autobús y largaos a tomar por culo de aquí o soltamos a los perros ». Pero como Lucy se las arreglaba para sonar como una empleada demasiado entusiasta del centro comunitario, nadie dudó de su integridad y las multitudes se pusieron en marcha ordenadamente, como se les había pedido. Steve sabía que la

coordinación de la salida era un proceso organizado con meticulosidad por el HEX. Las cámaras de vigilancia funcionaban horas extra; no podía dejarse nada al azar. El mercado cerraba, el centro se quedaba muerto. Alrededor de las ocho de la tarde, se ahuyentaría a los últimos adolescentes helados hasta los huesos que aún estaban enroll ándose en el bosque, y antes de las nueve Black Spring volvería a estar en manos de Black Spring.

Y allí no había truco o trato.

Durante el camino de vuelta, Steve y Matt se toparon con Jocelyn y Pete y Mary VanderMeer. Al llegar a casa se encontraron a Tyler, Lawrence y Burak, y ahí fue donde Steve oyó por primera vez el rumor de que había sucedido algo grave. Tyler leyó en voz alta a un mensaje privado de Jaydon Holst: «Arthur Roth la ha espichado. OMG, todo lleno de sangre, una puta locura!». El periodista que hab ía en Tyler asimiló la información e hizo sus deducciones:

—Eso significa que lo ha visto, ¿no? No ha vuelto a responder desde entonces, pero a lo mejor el HEX está interceptando sus mensajes…

Steve y Pete intercambiaron una mirada, pero de momento se abstuvieron de teorizar. Se mantuvieron atentos a la HEXApp por si había actualizaciones, y Steve salió a pasear a *Fletcher* .

A las nueve y veinte, el HEX dio luz verde y todos se metieron en dos coches para asistir al tradicional cierre de las festividades de Halloween: la reunión pública del Consejo en el ayuntamiento. El único que se qued ó en casa fue Matt, a pesar de sus acaloradas protestas; la reunión estaba cerrada a todos los menores de dieciséis años.

En la lenta procesión de setecientos u ochocientos residentes que esperaban ante los controles de documentación, los rumores circulaban sin control. Steve saludó a unos cuantos amigos, les estrechó la mano y se encogió de hombros cuando le hicieron preguntas. Se sorprendió al ver a Burt y a Bammy Delarosa, escondidos en unos abrigos largos, de un gris oscuro, el uno envuelto en los brazos del otro.

—¿C ómo vais? —les preguntó.

—Aguantando el tirón —respondió Burt—. Acabamos de volver del festival. Bastante memorable, debo decir. Así que hemos pensado que, ya puestos, podríamos disfrutar de la experiencia Black Spring al completo.

Steve sonrió y se acercó a ellos.

—Estad alerta —les dijo con voz apagada. Era el consejo más sincero que se le ocurría—. Puede que la noche se ponga bastante intensa, pero no os involucr éis demasiado. Saben que sois novatos. Tenéis mucho en vuestra contra desde el principio.

Steve, Jocelyn y Tyler se sentaron en la sexta fila contando desde el escenario, a la izquierda del pasillo central. Pete y Mary se sentaron a su lado; los Delarosa, una fila más atrás y un poco a la izquierda. Steve se fijó en que el cartel que promocionada los negocios locales, que por lo general estaba justo detrás del podio, había sido sustituido por un letrero que decía: «CONFIEMOS EN DIOS Y LOS UNOS EN LOS OTROS ». Invadido por un cinismo desenfrenado, de pronto record ó su pelea con Tyler. «¿Salir del armario? —pensó—. Puede que cuando Semana Santa y Halloween sean el mismo día y a Colton Mathers le dé por arrancarse en un animado corro de la “Noche de Walpurgis”».

Poco antes de las diez, el rumor de las voces se extinguió y el alcalde tomó la palabra. Invitó a los miembros del Consejo a ocupar sus respectivos puestos para la mesa redonda; eran sólo seis, ya que Griselda Holst estaba ausente por enfermedad. Steve trató de llamar la atenci ón de Pete, pero su vecino miraba con aire burlón el escenario, donde el alcalde estaba ayudando a Colton Mathers a llegar hasta su asiento, detrás del podio, y donde Robert Grim ya se había acomodado. Pete le había confiado una vez a Steve, mientras ambos estaban sentados en el porche trasero del sociólogo, que en su humilde opinión la clase administrativa de Black Spring era la mayor pantomima existente desde el tribunal de Poncio Pilato que había condenado a Jesucristo.

—Bien —dijo el alcalde—. Me gustaría cederle la palabra al señor Mathers, que abrir á la reunión con el tradicional pasaje del Salmo 91.

En el auditorio había tanto silencio que se habría oído caer un

alfiler. El viejo concejal, patriarca de la comunidad, comenzó a hablar en un tono solemne y uniforme. El hombre exudaba una extraña especie de magnetismo; incluso Steve era consciente de ello. Era como si absorbiera todo el aire disponible en la sala. Mathers era viejo, pero no de una forma frágil. Era enorme, como una catedral.

—«El que habita al abrigo del Altísimo —entonó—, morar á bajo la sombra del Omnipotente. Y Él te librará del lazo del cazador, y de la peste destruidora. No tendrás temor de espanto nocturno, ni de pestilencia que ande en oscuridad, ni de mortandad que en medio del día destruya. Caerán a tu lado mil, y diez mil a tu diestra; mas a ti no llegará. Ciertamente con tus ojos mirarás, y verás la recompensa de los impíos ». Señoras y señores, es mi deber informarles de que Arthur Roth, detenido bajo la Pequeña Iglesia Metodista por violar en repetidas ocasiones el Decreto de Emergencia de Black Spring, ha fallecido hoy mismo de un paro cardíaco. Que descanse en paz.

Hubo un momento de silencio cargado, y luego surgió una ovación frenética de entre la multitud. La gente empezó a aplaudir. Otros miraban a su alrededor con el rostro contraído y vacilante.

—¡Por fin ha muerto ese cerdo! —grit ó alguien, y la exclamación fue recibida con risas.

Pete se inclinó hacia Steve y le susurró:

—Está mintiendo con descaro.

—Bien —dijo el alcalde—. Que este sea el primer punto del orden del día. Dado que el caso del señor Roth es un asunto municipal y siempre lo hemos tratado como tal, creo que sería buena idea seguir considerándolo una cuestión que afecta a todo el pueblo. Hasta donde sabemos, Arthur Roth no tiene familia ni parientes ni dentro ni fuera de nuestra comunidad. Debido a sus constantes amenazas de pervertir el funcionamiento diario de las cosas aqu í, en Black Spring, nos vimos obligados a aprobar, democráticamente, por supuesto, una resolución para aislarlo de la sociedad. Por desgracia, su presunta fie bre cerebral nunca llegó a curarse. La cuestión ahora es qué hacer con su cuerpo.

—¡Quemad a ese cabronazo! —gritó alguien.

—¡Sí, ofrecédselo a la Mujer de Mimbre!

Estallaron nuevas risas.

—Bueno, no podemos salir y quemar a alguien sin más, ¿verdad? —dijo el alcalde, que enfatizó sus palabras con esa risa pomposa reservada para los funcionarios del gobierno que acaban de hacer una broma de poco éxito y condenada a sufrir una muerte dolorosa.

Pero a la gente del público le dio igual. Bajo el resplandor de las luces que colgaban de las vigas del techo, tenían un aspecto febril y amenazador, como de vecinos obsesos de un tiempo pasado. Steve vio que Robert Grim miraba al público con un asco profundo y de repente se sintió asaltado por un horror similar.

Llevado por un impulso, Steve se puso de pie y dijo:

—¿Lo ha visto un médico?

Los murmullos se acallaron y el alcalde lo miró con cara de perplejidad, sin duda pillado por sorpresa. Steve notó que la mirada de cientos de habitantes del pueblo se centraba en él y se aclaró la garganta.

—A ver, sólo me preguntaba si su muerte se ha registrado de forma oficial en un certificado de defunción.

—Bueno, no cabe duda de que está muerto, se lo garantizo —comentó el alcalde.

«Eso no es lo mismo», pensó Steve.

—Lo entiendo, pero sólo un médico puede determinar la causa de la muerte con certeza. Me he enterado a trav és de una persona di rectamente involucrada de que había bastante sangre en el lugar de la muerte. —Una exhalación de desconcierto surgió de entre el públi co, y eso le dio a Steve la seguridad necesaria para continuar—. Como médico, no me parece que eso sea coherente con un paro cardíaco. La persona directamente involucrada es Jaydon Holst, hijo de Griselda Holst, miembro del Consejo, a quien se le había asignado la tarea de cuidar de Roth. Y que ahora, el día de su muerte, parece estar indispuesta. Dado que se trata de un asunto municipal, estoy seguro de que no le importará contarnos qu é ha pasado con exactitud.

Un murmullo de aprobación. Tyler levantó la cabeza y miró a su padre con algo parecido a la idolatría, cosa que no dejó indiferente a Steve. Mientras tanto, en el escenario, el alcalde se volvió hacia Colton Mathers en busca de ayuda.

Mathers eligió sus palabras con gran cuidado:

—La señora Holst ha sido, en efecto, quien lo ha encontrado muerto en su celda. Está muy alterada, y ese es el motivo por el que no est á con nosotros esta noche; no creo que nadie pueda reprochárselo. El señor Roth se había desnudado y se había infligido heridas graves en varios lugares, pero no voy a entrar en detalles. La señora Holst sufrió un ataque de pánico y nos llamó primero a su hijo y después a m í. Cuando llegué, determiné que la causa de la muerte había sido un paro cardíaco provocado por un exceso de pérdida de sangre en combinación con la hipotermia.

«Un ejemplo de charlatanería obvio de cojones», pens ó Steve. Él también había encajado todas las piezas y había elaborado una escena similar, aunque su relato difería del de Mathers en un punto significativo: si Griselda Holst acababa de encontrar el cadáver de Roth, no tenía sentido que hubiera llamado primero a su hijo. Griselda era una mujer fuerte, endurecida por su triste historia de violencia doméstica, así que a Steve le resultaba dif ícil imaginársela dejándose arrastrar por el pánico. Si en aquellos momentos hubiera podido pensar de forma racional, habría llamado a Mathers y ni se le habría pasado por la cabeza involucrar a su hijo. Pero eso era justo lo que había hecho, de manera que sí se había dejado arrastrar por el p ánico. Ahí abajo debía de haber pasado algo más.

«Y además, si la hipotermia hubiera tenido algo que ver, ¿en qué condiciones lo teníais prisionero bajo la casa de Dios?».

A Steve se le humedecieron las manos y not ó el sabor acre de la duda en la boca. Aún estaba de pie cuando de repente comprendió la verdad. La gran mayoría de los vecinos que lo miraban desde las sillas vivían bajo una presión constante y con un miedo cerval a lo que había en las calles. «¿Hasta dónde llegarían? —pens ó Steve—. ¿De qué serían capaces si la presión aumentara demasiado?». Puede que los rumores fueran ciertos y hubieran matado a Roth de hambre. A lo mejor las cosas se habían puesto feas de alguna otra manera aquel mismo día, incluso antes de que se alcanzara ese punto. ¿Acaso importaba? Segu ía siendo un asunto de Black Spring, y las consecuencias eran las mismas.

«No —insistió una parte testaruda e idealista de su ser—. Todavía tenemos la dignidad humana. Eso se mantiene intacto, aunque todo se desmorone a nuestro alrededor».

—Sigo opinando que se merece una autopsia rigurosa, como todo el mundo. Eso es todo —respondió Steve, y se sentó.

Jocelyn le agarró la mano y se la apretó con suavidad.

—Tomamos buena nota —dijo el alcalde—. El problema es que no podemos certificar legalmente la muerte de Arthur Roth porque él ya no existe legalmente. No conseguiríamos sino suscitar un mont ón de preguntas. El Consejo ha aprobado una resolución (seis sí y un no) para enterrarlo de manera anónima y deshonrosa, sin lápida y fuera de los terrenos del cementerio. —Un arrebato de vítores exultantes—. Sin embargo, tal como corresponde a una comunidad democrática, me gustaría someterlo a votación por medio de…

—¡El doctor Grant tiene razón! —grit ó de repente Pete VanderMeer al mismo tiempo que se levantaba de su asiento. El alcalde frunció el ceño, pero a pesar del poder de su cargo, no fue capaz de hacer gala de la autoridad necesaria para acallar la interrupción—. ¿De verdad nos está pidiendo, en nombre de la democracia, que votemos por hacer desaparecer un cadáver de manera que todos podamos lavarnos las manos en inocencia? Eso no es democracia, es un tribunal popular.

—¿Qué más da? —dijo un hombre de aspecto hosco desde el otro lado del pasillo—. Tenemos que deshacernos de él de una forma u otra. Y no merece nada mejor.

—¡Pero es una farsa! —replic ó Pete—. Venga ya, no somos bárbaros, ¿verdad? Si tomamos ese camino, estaremos a un paso de convertirnos en un pelotón de linchamiento.

—¿Y qué propones hacer con él? —soltó el hombre del otro lado del pasillo con desprecio—. ¿Entregarlo a las autoridades?

—No —contestó Pete—, pero que al menos un médico redacte un certificado de defunci ón oficial. Es un ser humano, por el amor de Dios.

Un fragor estrepitoso retumbó en el ayuntamiento. Todo el mundo se estremeció y volvió la cabeza de golpe hacia delante. Colton

Mathers había golpeado el podio con un antiguo mazo de madera y echaba chispas por los ojos.

—En… esta… casa… nadie tomará el nombre de Dios en vano —dijo Mathers con toda la autoridad que le faltaba al alcalde—. El Decreto de Emergencia dice: lo que viene de Black Spring se queda en Black Spring.

—Eso no es lo que dice el Decreto de Emergencia, es lo que dice Katherine —masculló Pete mientras se sentaba, pero no lo oyó nadie salvo Steve y quizá su esposa, Mary.

—Pero para demostrar que nuestro proceso de toma de decisiones sí es democr ático y que aquí se escucha a todos los presentes someteremos a votación la moción de estos dos caballeros.

Steve lo insultó en silencio. Mathers sabía que la terquedad puritana prevalecería sobre el sentido común, e incluso se las había arreglado para darle un giro de superioridad moral al asunto. Pete también se dio cuenta, as í que guardó silencio. De pronto, en la mente de Steve apareció una imagen grotesca: Colton Mathers y Griselda Holst envolviendo el cadáver de Arthur Roth en una bolsa de basura sellada con cinta adhesiva y arrastrándolo Mount Misery arriba en unas andas hechas de escobas para llevarlo a su anónimo y deshonroso lugar de descanso final.

El anciano concejal no mostró emoción alguna cuando le devolvió la palabra al alcalde:

—Bueno, la pregunta es ¿vamos a reconocer a Arthur Roth de forma oficial haciendo que un m édico redacte un certificado de de función? Los que estén a favor, que levanten la mano derecha.

Cierto es que se alzaron algunas manos, pero a Steve no le hizo falta volverse para ver que la cantidad era escasa, irrisoria incluso. De todos los miembros del Consejo, sólo Grim había levantado la mano con irritación.

—A mí me parece que se trata de un caso obvio, así que la moción queda rechazada. Si nadie tiene ninguna objeción —el alcalde ech ó un rápido vistazo a la sala por puro protocolo—, ahora me gustaría someter a votación la moción del Consejo: el Consejo propone enterrar a Arthur Roth de forma deshonrosa, sin lápida y fuera del

cementerio. Los que estén a favor que levanten la mano derecha.

Con sonoros frufrús de ropa y crujidos de codos, las manos se elevaron en el aire. Unos cuantos cuellos se volvieron con aire triunfal hacia el grupo sentado en la fila seis, que permaneció inmóvil con los brazos cruzados. Steve no les devolvi ó el gesto, pero se dio la vuelta y su mirada se cruzó con las de Burt y Bammy Delarosa, que parecían anonadados por completo.

—La moción ha sido aprobada —dijo Colton Mathers, que dio un fuerte golpe con el mazo.

—Menos mal que nunca has abierto una consulta en el pueblo —observó Jocelyn—, porque habrías perdido a la mitad de tus pacientes esta noche.

Estaban tumbados en la cama, escuchando el viento rápido y feroz. Las temperaturas habían caído por debajo del cero.

—Son una panda de fanáticos religiosos medievales —repuso Steve—. No necesitan un médico de cabecera, necesitan un barbero-cirujano.

—Esos son los fan áticos religiosos con los que tenemos que vivir, Steve.

Se volvió hacia ella, bostezando, y le dijo:

—A la mayoría le sentaría bien una pequeña sangría. Me ofrezco voluntario.

A Jocelyn le entró un ataque de risa incontrolable y lo besó.

—Esta noche has hecho que alguien se sienta orgulloso —dijo tras apartarse. Steve enarcó las cejas y Jocelyn continuó—: Tyler. He visto c ómo te miraba. Le ha causado verdadera admiración ver cómo has defendido tus ideales, doctor. Creo que ambos necesitabais algo así, después de todo el lío de Laurie.

«Eso espero —pensó Steve—. A lo mejor enfría los ánimos durante un tiempo, pero no har á desaparecer sus inquietudes. Acaba de comprender que la situación no va a cambiar jamás. El espectáculo de marionetas que ha presenciado esta noche no ha hecho más que confirmárselo. Y choca de forma frontal contra todo en lo que él cree».

Hicieron el amor y se durmieron abrazados. Steve soñó que Katherine van Wyler aparecía en su dormitorio, un monolito oscuro entre las sombras, salvo porque ten ía los ojos abiertos y le resplandecían con un brillo demoníaco. En cuanto se despertó lo suficiente para cobrar conciencia de lo que había visto, se incorporó de golpe y apartó las sábanas. Jocelyn estaba profundamente dormida en su lado de la cama. Steve sintió que tenía los ojos hinchados y la parte superior del cuerpo empapada en sudor fr ío.

En realidad, Katherine no estaba allí, pero aun así se levantó de la cama y salió al rellano. Katherine había aparecido en su habitación dos veces a lo largo de su matrimonio con Black Spring. La primera, antes de que naciera Matt: una noche se plantó junto al banco de la ventana, como si estuviera mirando hacia fuera. Steve y Jocelyn no se movieron de la cama, se quedaron paralizados, observándola como habrían hecho con un animal mort ífero desde un observatorio de fauna salvaje. La segunda había sido hacía unos años, cuando se pasó tres días y tres noches al lado de su cama. Jocelyn insistió en que durmieran en el sofá.

Steve revisó toda la casa, incluyendo la planta baja y el garaje. Encendió todas las luces, porque sab ía que si se topaba con ella en la oscuridad se pondría a chillar. Comprobó todas las puertas. Era un gesto sin sentido, pero aun así hizo que se sintiera más cómodo. La casa estaba tranquila, desierta. Allí sólo estaba *Fletcher* , mirándolo con curiosidad desde su cesta y gimiendo en voz baja.

«Joder, vu élvete a la cama», se dijo. Estaba temblando de frío, asustado por sus delirios.

Sin embargo, tuvo que ahogar un grito cuando el viento hizo chocar una rama contra la ventana, y sin pensárselo dos veces se metió en la cama. Steve se mordió el labio al pensar en su propia estupidez y no tardó en quedarse dormido.

DOCE

Tyler bajó a la cocina a las ocho y cuarto de la mañana siguiente. Los demás miembros de la familia estaban ya desayunando, Matt con ojeras y un libro de historia abierto al lado, Jocelyn todav ía en bata. El olor a panecillos recién sacados del horno solía hacerle la boca agua, pero aquel día le resultó indiferente. Acercó una silla a la mesa sin decir palabra y comenzó a mordisquear una galleta con apatía.

—Vaya, alguien ha dormido bien esta noche —comentó Matt.

—Cierra el pico, imbécil —replic ó Tyler.

Jocelyn dejó el cuchillo en el plato y dijo:

—Eh, venga, chicos…

—Sólo le he preguntado qué tal ha dormido —protestó Matt— . No seas tan susceptible, tío. Madre mía…

—Una gran familia feliz —dijo Steve—. Daos prisa, chicos, o perderéis el autobús.

—Hoy no hay clase porque todos los profesores tienen que asistir a una formación —contestó Tyler—. Se me hab ía olvidado decíroslo.

—¿En serio? —gritó Matt—. ¿Por qué eres el único que tiene esa suerte?

—Es sólo para los de último curso, no para los pequeños.

Soltó la mentira casi sin darse cuenta. Hasta ese momento no hab ía sido consciente de que pretendía hacer novillos. Le preocupó la facilidad con que había sido capaz de mentir a su padre, sobre todo porque ni siquiera se sentía mínimamente culpable por ello. Estaba claro que no había que dejar que los padres se metieran en todo, pero

algo esencial había cambiado en su relación desde el momento en que había rehusado la única pregunta importante de su padre: «Espero que no tengas nada más bajo la manga». Con ello, había emprendido un camino del que ya no le resultaría fácil apartarse.

—Bien. Entonces puedes sacar al perro —dijo Steve.

Tyler se encogió de hombros y extrajo otra galleta de la caja. Matt se despidió de Jocelyn y de Steve con un abrazo y se march ó a la parada del autobús. Cuando lo oyó cerrar de un portazo, Jocelyn refunfuñó, pero no salió tras él, sino que se sirvió otra taza de café. Todo iba bien: la misma mierda, un día diferente. De repente, a Tyler le entraron ganas de vomitar. Soltó la galleta. Empez ó a sudar a mares y notó un espasmo en el estómago.

«Espero que no tengas nada más bajo la manga».

Nada estaba bien. Los acontecimientos del día anterior le pesaban como una losa en las entrañas. Al principio, cuando empezó la reunión y Jaydon segu ía sin dar señales de vida ni aparecer, Tyler se puso furioso. Lo necesitaban para que presentara su queja sobre las políticas relacionadas con la privacidad e internet, ya que era el único del grupo que había cumplido la mayoría de edad. Tyler entendía que la situación era diferente ahora que había muerto una persona, pero Jaydon por lo menos podría haber contestado a sus tropecientos mensajes para que pensaran en un plan B.

Tyler siempre hab ía tenido la sensación de que todo lo que hacía por *Abre los ojos* se basaba en el sentido común. Pero ¿había algún resquicio de sentido común en el sentimiento de desesperanza y frustración que lo hab ía inundado tras el nefasto inicio de la reunión del Consejo y la votación sobre Arthur Roth? Su moral había tocado fondo de inmediato. ¿De verdad pensaba que las mismas personas que habían gritado: «¡Quemad a ese cabronazo!» y «¡Ofrecédselo a la Mujer de Mimbre! » estarían dispuestas a emitir un juicio positivo acerca de algo tan estúpido como su derecho a tener Twitter y Facebook? Era ridículo. Por primera vez, Tyler se dio cuenta de que allí entraban en juego fuerzas mayores.

«No tendrás temor de espanto nocturno, ni de pestilencia que ande en oscuridad».

Pero él sí ten ía miedo. Y cada vez que se preguntaba si era buena idea intentar cambiar esas fuerzas, pensaba en Jaydon clavándole un palo a la bruja en el bosque y en lo que se le había pasado a él mismo por la cabeza en aquel momento, de repente, sin previo aviso: «Aquí va a pasar algo, tío. Algo bastante espeluznante, diría yo».

«Se acabaron las tonter ías con la bruja, los vídeos de YouTube y las ideas locas».

«Ya no harán lo del pelotón de fusilamiento. Pero los castigos corporales siguen apareciendo en el Decreto de Emergencia».

«Puede que ya estemos jodidos, pero eso es nada más y nada menos que un nuevo nivel de estar jodido».

«Bienvenido a Black Spring».

—¿Estás bien? —le preguntó Steve con el ceño fruncido—. Tienes mala cara, como si tuvieras fiebre.

Tyler parpadeó.

—Estoy bien —contestó, y se forzó a esbozar una sonrisa—. Supongo que todavía no me he despertado del todo.

Se levantó de la mesa, salv ó corriendo los últimos pasos que lo separaban del baño y se inclinó sobre el váter, pero no salió nada. Se echó agua en la cara y se miró al espejo con los ojos inyectados en sangre. «Olvídalo —pens ó—. Que se vayan todos a la mierda. No es asunto tuyo».

Pero sí lo era. Y si él no abría la boca, ¿quién iba a hacerlo?

Ya de vuelta en su habitación, encendió la radio y subió el volumen a tope cuando reconoci ó una canción de Train. La melodía estimulante le levantó un poco el ánimo. Le mandó un mensaje a Lawrence para preguntarle si estaba en el autobús, y este le contestó que su padre había hecho la vista gorda después de la reuni ón de la noche anterior y había llamado para decir que estaba enfermo, así que quedaron a las nueve y media en las rocas que había delante de las dos casas. *Fletcher* se abalanzó sobre Lawrence moviendo la cola y le manchó toda la chaqueta de barro.

—¡Eh, cálmate, chaval! —dijo el chico.

Le dio unas palmaditas en la cabeza al perro y *Fletcher* ladró.

Tyler propuso que fueran a dar un paseo por el bosque, pero Lawrence le contestó:

—¿No te has enterado? La bruja está en casa de Burak.

—¿En casa de Burak?

—Sí, eso decía la HEXApp esta mañana. No he sabido nada de él, pero por lo general sus padres le dejan saltarse las clases después de las reuniones del Consejo.

Decidieron dirigirse hacia allí. La familia Şayer vivía en Lower South, cerca del lago Popolopen, en una casa de la avenida Morris. Los padres de Burak eran turcos y formaban parte del pequeño grupo de musulmanes practicantes de Black Spring. A Tyler siempre le había intrigado cómo influiría eso en la actitud de la familia hacia la bruja, pero Burak se limitaba a encogerse de hombros cuando alguien le interrogaba al respecto. Hasta donde Tyler sabía, Burak no asistía a la mezquita de Newburgh, pero eso no impedía que Jaydon lo humillara de vez en cuando con bromas de una naturaleza muy políticamente incorrecta.

Acababan de llegar a la plaza del pueblo, donde las acciones de limpieza tras el festival estaban en pleno apogeo. Uno de los trabajadores municipales estaba enjuagando con una manguera de alta presión la enorme mancha de ceniza negra del cruce cuando Tyler recibió un mensaje de Burak:

Jaydon está aquí, se le ha ido. Ven ya!

Recorrieron a la carrera los ochocientos metros que les faltaban para llegar a casa de Burak, con *Fletcher* en cabeza. Tyler sintió náuseas de nuevo, estaba a punto de perder el control.

—Cualquier día de estos, ese tío va a ir demasiado lejos —jadeó Lawrence.

«Sí, y tú no te metas. No es a sunto tuyo », volvió a pensar Tyler. Pero no era cierto, y si las cosas se les iban de las manos, él tendría parte de la culpa.

El coche de los Şayer no estaba en la entrada, lo cual quería decir

que los padres de Burak habían salido. Cruzaron el césped delantero y rodearon la casa hasta el jardín de atrás, donde ataron la correa de *Fletcher* a uno de los álamos. Obviamente, el perro todavía no se había dado cuenta de que la bruja andaba cerca, porque empezó a olisquear el seto con ganas. Tyler giró el pomo de la puerta trasera. Estaba abierta.

—¿Hola? —gritó.

Los dos chicos estaban ya cruzando la cocina cuando la cortina de cuentas que daba a la sala de estar se abrió con un tintineo. Era Burak. Su expresión era de desvarío, rayana en el pánico.

—Tyler, tienes que…

Pero entonces Lawrence lo vio, y su voz pareci ó un sollozo.

—Uf, hostia puta…

Era una pesadilla surrealista. A espaldas de Burak, la sala de estar titilaba en la penumbra porque las cortinas estaban echadas y cargadas de un olor especiado, el mismo que imaginarías para la neblina de *Las mil y una noches* . Tyler identificó enseguida de donde provenía: largos palitos de incienso ardían en la mesita de café y en la repisa de la chimenea. Y junto a ellos estaba Katherine. En casa de los Şayer no solía haber símbolos religiosos evidentes, pero en aquel momento innumerables amuletos que parec ían ojos de un azul pavo real colgaban alrededor de la bruja, atados a trozos de cuerda pegados al techo. En una escalofriante repetición del episodio de la semana anterior en el bosque, Jaydon estaba de pie frente a Katherine con un palo en las manos, sólo que esta vez le había sujetado una navaja de precisión en la punta con cinta aislante. La había usado para cortarle los harapos del vestido, que colgaba como un puente levadizo y dejaba al descubierto la teta derecha de Katherine van Wyler, caída, pálida y lívida.

Hubo un destello de luz blanca y brillante cuando Jaydon le sacó una foto con su iPhone. El *flash* lo ilumin ó todo, más de lo que Tyler habría querido ver, y le grabó a fuego en la retina la horripilante imagen del pezón negro de Katherine sobre la bóveda suave y muerta de su pecho. No era sexy, como podrían serlo unos pechos extraños y exóticos. Era repulsivo, obsceno. Y había m ás: Jaydon no había

tenido mucho cuidado al cortar. La carne desnuda de la bruja tenía rasguños. Una gota de sangre oscura brotaba despacio de uno de ellos.

Tyler nunca olvidaría aquella única gota de sangre, aquel pezón negro en el flash de la cámara de Jaydon, aquellos ojos azules que colgaban como lágrimas de las cuerdas.

—Lawrence… Tyler —los saludó Jaydon con las cejas arqueadas —. Espero que no hay áis venido a fastidiarme la fiesta, porque si no ya podéis largaros de aquí cagando leches.

—¿Qué cojones estás haciendo? —tartamudeó Tyler.

Estaba clavado al suelo. Joder, justo ahora, cuando necesitaba mantener la calma, todo se estaba desmoronando. Aquello era demasiado para él. Era irreal.

—¿En qué coño estabas pensando cuando le enseñaste mi MP a tu viejo, que tuvo que compartirlo con todo el puto pueblo?

Jaydon pronunció las últimas palabras casi a gritos, y la saliva le brillaba en los labios. El palo con la navaja de precisión le temblaba en las manos.

—¡Deberías habernos mantenido informados! —gritó Lawren ce —. ¡Nos pasamos toda la noche llamándote y mandándote mensajes! ¿Dónde narices estabas?

—A lo mejor ten ía en la cabeza más mierdas que vuestras putas pruebas. ¡Mathers me ha metido hoy una bronca que te cagas! Y todo porque este maricón no fue capaz de mantener la boca cerrada.

—Tío, yo sólo quiero que te vayas ya de aquí… —dijo Burak, que parecía desesperado—. Si mis padres se enteran de lo que has hecho en nuestra casa, me matan.

—Estás enfermo —masculló Tyler en voz baja y con la mirada aún fija en el horrible pezón negro de la bruja—. Est ás jugando con la vida de todos. Si el Consejo llega a enterarse de esto, te espera algo mucho peor que Doodletown.

Se llevó una mano al bolsillo de la chaqueta y sacó la GoPro, pero, en cuanto Jaydon vio la cámara, se abalanzó hacia Tyler armado con el palo de la navaja. Este dio un grito y retrocedió hasta chocar con Lawrence.

—Oh, no, ni se te ocurra —dijo Jaydon, y su mirada hizo que

Tyler volviera a guardarse la GoPro en el bolsillo. A aquel tío se le había ido la pinza. Del todo—. El único que va a grabar o a sacar fotos hoy soy yo. Las mejores putas fotos de la historia de la humanidad. La teta desnuda de un fantasma. —Estalló en carcajadas—. Se las enviar é a Justin, y también a Burak, porque seguro que esta es la primera teta que nuestro amigo Mohammed ha visto en su vida, y sé que luego querrá volver a su habitación y pelársela mirándola. Pero si alguien se va de la lengua, les contaré todo lo de la web y lo de vuestras pruebas. Si caigo yo, caemos todos.

—¡Quítame esa puta navaja de la cara! —le espetó Tyler.

—Lo que t ú digas, tío —dijo Jaydon, y con un único movimiento fluido, se dio la vuelta y le clavó la navaja a Katherine con saña.

La hoja medía menos de tres centímetros de largo, pero desapareció por completo en el interior de la teta caída. El cuerpo de la bruja reculó con una sacudida y se estremeci ó como si hubiera recibido una descarga eléctrica. Sus manos escuálidas se contrajeron en un espasmo. Cuando Jaydon sacó el cuchillo, liberó un chorro de sangre que salpicó toda la alfombra.

—¡Joder!

—¡Mira lo que has hecho! —gritó Burak señalando la alfombra —. ¡Mi padre me va a matar!

Lawrence se dio la vuelta y retrocedió dando tumbos, con l ágrimas en las mejillas. La bruja estaba echada hacia delante a pesar de las cadenas, lo cual no hacía sino dejarle aún más al descubierto el pecho. La herida le había seccionado el pezón y la sangre comenzaba a formar manchas oscuras en el vestido. «Vamos, desaparece —pensó Tyler—. Piérdete antes de que las cosas se pongan peor…».

Intentó controlar la voz, pero le tembl ó de todas formas:

—Tío, esto es enfermizo…, es maltrato. No puedes hacerle eso.

—¿A quién le importa? ¡Es un puto fantasma! Si dentro de un rato se aparece en otro sitio, estará como nueva.

—Pero no puedes humillarla así, se…

—¡Esta zorra asesinó a mi padre! —rugió Jaydon mientras blandía su lanza con ferocidad. Tyler retrocedió una vez m ás—. ¡Esta zorra violó a mi madre! ¡No me digas qué puedo hacerle, porque se lo

ha buscado!

—Joder —dijo Tyler, que había levantado ambas manos—. Oye, no sé qué pasó ayer, pero es mejor que lo hablemos. Seguro que entre todos lo solucionamos, ¿verdad, chicos?

Se volvi ó hacia Burak y Lawrence en busca de ayuda. Burak entendió lo que intentaba hacer.

—Sí, tiene razón. Cálmate un poco.

—Me cago en la puta, no intentéis tranquilizarme. Ya llevamos mucho tiempo haciéndole la pelota. El plan ha cambiado. Ya no vamos a hacerlo público.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Tyler a pesar de que sab ía muy bien qué quería decir el chico.

Algo había estallado en el interior de Jaydon, algo que había comenzado hacía mucho tiempo y que había llegado a su clímax el día anterior. Y la bruja se situaba en la raíz de todo ello. Jaydon no quer ía seguir poniendo parches, ya no quería fomentar el entendimiento. Si lo daban a conocer y las autoridades intervenían, ya no le sería posible… Madre mía. Vengarse. ¿Qué demonios había pasado debajo de la iglesia? ¿Qué le ha dado a Jaydon? ¿Y por qué seguía allí aquella puñetera bruja?

—Quiero decir que *ALO* ya no existe —contestó Jaydon con los ojos entornados—. A partir de ahora, yo estoy al mando. Vamos a hacer las cosas a mi manera. Y lo que he dicho iba en serio: si alguien abre la boca, les enseñaré todos los vídeos, todos los informes, todos los mensajes. Os vais todos a Doodletown de cabeza. No olvid éis que mi madre está en el comité disciplinario, y creedme, le deben mucho. Se asegurará de que se crean mi versión, no la vuestra.

Cuando lo lanzó contra un rincón, el palo y la navaja de precisión aterrizaron con estrépito. Jaydon se apartó del resto, atraves ó la cocina corriendo y salió de la casa. Dejó a los demás envueltos en las empalagosas nubes de incienso, conmocionados, como si acabara de arrollarlos un huracán. Nadie dijo nada. Al cabo de unos instantes, Tyler se volvió hacia la bruja, temblando.

—¿Cómo está? —preguntó Burak en tono lúgubre.

—No lo sé, tío.

Todavía no se había movido. Seguía allí, inmóvil, tan encorvada como se lo permitían las cadenas, con el pecho ensangrentado goteando sobre la alfombra. Ahora uno de los amuletos azules se balanceaba junto al pañuelo que llevaba en la cabeza. Katherine tenía los dedos crispados de… ¿dolor? ¿Desesperación? Le temblaban, en cualquier caso. ¿Hasta qué punto era consciente de la humillación? Tyler no tenía ni la menor idea. La humanidad de la bruja era un misterio que nadie había logrado desentrañar todavía, al igual que su decisión de aparecer y desaparecer a voluntad. Eso era lo que la volv ía tan monstruosa.

—Katherine —la llamó Lawrence. Se acercó a ella con cautela, con los labios trémulos—. Katherine, lo siento mucho. Esto no debería haber pasado. Ha sido Jaydon, te lo ha hecho él. Nosotros no queríamos…

—Tío…

Tyler le puso una mano en el brazo.

Lawrence se zafó de él y se sec ó las lágrimas.

—No sé qué hacer.

—¿De qué va todo este rollo de los amuletos? —le preguntó Tyler a Burak.

—Son *nazar boncuğu* , protegen del mal de ojo. Cuando mi madre bajó esta mañana y se la encontr ó aquí, colgó todos estos chismes a su alrededor, y ahora han ido a la mezquita a rezar para que se vaya. Mierda, creo que yo también debería ponerme a rezar para que se largue, porque si vuelven a casa y sigue aquí, como la vean así…

—¿Tienes una sábana vieja o algo así? Sólo tienes que decirles a tus padres que no soportabas que te mirara as í y que por eso la has tapado con una sábana.

—Es ciega.

—Ya sabes a qué me refiero. No se asomarán a ver qué hay debajo. Pero tenemos que quitar esa sangre de la alfombra. A lo mejor… ¿Tienes una escoba? A lo mejor podemos enderezarla, con cuidado. Para que deje de gotear.

—No jodas, yo no pienso tocarla.

—¿Y qué hay de la web? —dijo Lawrence—. Jaydon ha perdido

la chaveta por completo. Parecía que lo decía en serio.

—Seguiremos sin él —afirmó Tyler con vehemencia.

—No sé… —titubeó Burak.

—¿Qu é? ¿Vas a dejarte intimidar por sus amenazas?

Burak negó con la cabeza, dubitativo.

—Ayer salí elegido para hacer la prueba del susurro y hoy se presenta de repente en mi casa. Eso tiene que significar algo, ¿no?

—No significa una puta mierda —dijo Tyler, aunque entendía la angustia de Burak—. Mira, no tienes por qué hacer la prueba si no quieres. La haré yo. En un ambiente controlado, con vosotros cerca, así nada saldrá mal. Tampoco es que te suicides de inmediato, tienes que prepararlo como es debido. Hay mucha gente que la ha o ído susurrar y todavía vive para contarlo.

—No sé, Tyler —repitió Burak—. No creo que haya sido una coincidencia. Creo que está intentando decirnos que lo dejemos. Lo de tus experimentos, lo de sacarlo a la luz. No quiere que lo hagamos. Lo siento, tío.

—Pero…

Pero antes de que Tyler diera con algo que decir —estaba totalmente sin palabras—, todo se hundió en el abismo. Jaydon apartó la cortina de cuentas y entró con la correa de *Fletcher* aferrada entre los dedos. Había salido disparado, pero al ver al perro en el jard ín trasero, había cambiado de opinión. Tal vez quisiera devolvérsela a Tyler; tal vez sólo quisiera aprovechar la oportunidad de tener allí a la bruja. Cualesquiera que fueran sus motivos, se le había ocurrido la fatal idea de azuzarle a *Fletcher* . Tyler no sabía si el perro solía detectarla sólo por el olor o por algo m ás primitivo, pero el incienso debía de haberlo despistado. Ahora que la había visto, su gruñido se convirtió en un aullido salvaje que invadió la pequeña sala de estar de los Şayer mientras el animal lanzaba zarpazos el aire como un pitbull.

—¡Jaydon, no! —gritó Tyler.

Intentó interponerse entre *Fletcher* y la bruja, pero Jaydon provoc ó al border collie tirando del collar y el perro dejó de oír a su amo. Tenía los labios retraídos y enseñaba los dientes. Ladraba con ferocidad, loco de rabia, y entonces Jaydon lo soltó.

Fletcher resbaló sobre el suelo. Durante un instante, Tyler pensó que lo tenía, le hab ía rozado el pelaje con los dedos. Pero entonces el perro llegó a la alfombra y sus patas ganaron tracción. Con un terrible aullido gutural —más fuerte que un ladrido, más salvaje que un gruñido— se lanzó contra Katherine. Cerró las poderosas mandíbulas sobre el brazo derecho de la bruja. El cuerpo de la mujer, encorvado hacia delante y ladeado hacia la izquierda, se sacudi ó ahora hacia la derecha, y por un momento *Fletcher* quedó colgado del brazo encadenado, agitando la cabeza con furia, rasgando piel y tendones. Un segundo después, con un aullido agudo, el perro salió volando por la habitación y se estrelló contra la pared.

En ese momento de absoluta conmoción y desconcierto, Tyler sintió una sacudida hipersensible en los nervios, una carga eléctrica que parecía provenir del exterior de su cuerpo. Se le puso todo el vello de punta. La adrenalina le inund ó las venas. En realidad, aquel terror le agudizó la conciencia en extremo, e incluso antes de darse la vuelta supo que la bruja se había esfumado… y que él se había acercado tanto que debía de ser a ella, en el momento de su desaparición, a la que había sentido.

Ahora los amuletos azules se mecían como péndulos locos.

Sollozando, Tyler se dej ó caer junto a *Fletcher* . El perro estaba tumbado de costado, lloriqueando y respirando demasiado rápido, grogui, rascándose el hocico con la pata delantera como si lo hubiera metido en un nido de avispas por accidente. Con cuidado, Tyler le abrazó la cabeza y se la acarició. *Fletcher* le lamió las manos, y Tyler, que por lo general se lo habría impedido, lo dejó.

Jaydon titubeaba en la entrada.

—¿Está…?

—¡Que te jodan! —rugió Tyler, que arremeti ó contra él.

Jaydon dio un salto y apretó la boca hasta que de sus labios no quedó nada salvo piel blanca y arrugas. Permaneció unos segundos donde estaba, indeciso, y luego huyó.

Lawrence se quedó con Burak para ayudarlo a limpiar. Cuando Tyler

salió de la casa, el frío de principios de noviembre le pareció m ás intenso que antes. Se le hundió en los huesos y se mezcló con la gelidez interior que no lo abandonaba desde que había presenciado la crueldad de Jaydon. Dejó que *Fletcher* se acercara al arroyo que pasaba junto a la plaza del pueblo. El perro bebió con lengüetazos ávidos, hundiendo el hocico en el agua y dando tragos sedientos. Para entonces, Tyler ya estaba loco de preocupación. No había heridas visibles, ni marcas de quemaduras o cortes en la lengua o el paladar de *Fletcher* , pero el animal estaba a todas luces alterado. Caminaba con nerviosismo detr ás de Tyler, con la cabeza gacha y el rabo entre las piernas. Todos y cada uno de los pájaros que emprendían el vuelo lo hacían mirar a su alrededor con los ojos muy abiertos, vigilantes, y cuando un coche doblaba una esquina, saltaba para esconderse en un seto, lloriqueando. Que Tyler intentara hacerlo callar no parecía ayudar.

Ya en casa, se llevó a *Fletcher* al piso de arriba y lo metió en la bañera, donde lo enjabonó durante un buen rato con champú para perros y lo enjuag ó con agua tibia. *Fletcher* , que odiaba el agua con todas sus fuerzas y por lo general contraatacaba empapando tanto al amo como el baño, se sometió al tratamiento en silencio. Para Tyler fue un alivio que Steve y Jocelyn se hubieran ido a trabajar, porque eso le ahorraba tener que dar explicaciones. No tenía ni idea de lo que les habría dicho.

«Ha sido un contacto muy breve —se dijo—. Está molesto, claro, pero a lo mejor no es tan malo. No hay por qué esperar lo peor».

Pero cuando *Fletcher* se metió en su cesta y Tyler le ofreci ó su galleta favorita de la lata del armario de la cocina, el perro sólo la olisqueó y miró a Tyler con unos ojos grandes y tristes.

Tyler pasó las siguientes horas muy agitado, como si estuviera constantemente al borde de un ataque de migraña que nunca llegó. Comprobaba la HEXApp de forma casi compulsiva. A las dos de la tarde, informaron de que Katherine estaba en el escaparate de Clough's Used Books, pero no había más detalles. Al parecer, todo rastro del incidente había quedado eliminado…, al menos en ella. Porque a eso de las cuatro, justo antes de que sus padres llegaran a

casa y m ás o menos en el momento en que la clase de español de Tyler acababa de terminar en el Instituto O'Neill, *Fletcher* empezó a temblar de pies a cabeza.

—¿Qué pasa, muchacho? —susurró Tyler con la nariz enterrada en el pelaje del perro, absorbiendo el olor que tan familiar se había vuelto para él con el paso de los años—. Ya ha pasado. Tranquilízate.

Pero *Fletcher* gimió con suavidad y Tyler sinti ó que el nudo de su estómago se hinchaba como si se acercara una tormenta, una tormenta que no podía evitarse.

Aquella noche, *Fletcher* no comió, sino que se quedó tumbado en silencio en el Limbo de Jocelyn. Jocelyn y Matt estaban viendo *American Idol*, Steve estaba absorto en una revista y Tyler navegaba sin rumbo en su portátil. *Fletcher* no dormía. Olfateaba el aire de vez en cuando y miraba a lo lejos con aire desolado. Cuando la televisión emit ía un ruido fuerte, comenzaba a gruñir en voz baja.

—¿Qué le pasa a ese perro? —preguntó Jocelyn—. No para de saltar como un resorte. Me está poniendo los nervios de punta.

—Ostras, no me digas que la abuelita ha vuelto —bromeó Matt.

A Tyler le dio miedo levantar la vista del portátil.

Aquella noche le costó conciliar el sueño, se quedó tumbado en la cama mirando al techo. No pod ía quitarse de la cabeza las imágenes de la mirada asesina de Jaydon; del pezón desgarrado y expuesto; de *Fletcher* catapultado por la habitación. Era la primera vez que veía a la bruja plantar cara y no limitarse a ocupar de forma pasiva un hueco en un rincón. ¿Hasta qué punto había empeorado la situación ahora? ¿Cuál sería la consecuencia de los acontecimientos de los que él era en parte responsable?

«Aquí actúan fuerzas que escapan a tu control».

«Eso es nada más y nada menos que un nuevo nivel de estar jodido ».

Tardó mucho tiempo en dormirse, totalmente exhausto. Y cuando por fin lo hizo, soñó con búhos, búhos enormes con las alas sedosas y los ojos dorados que cazaban de noche.

A la mañana siguiente, el viernes, *Fletcher* entró en la cocina lloriqueando y moviendo la cola. Tyler lo miró boquiabierto, como si no pudiera creerse lo que estaba viendo. Jocelyn tenía el día libre, as í que el chico había pensado que a lo mejor su madre podía estar pendiente del perro. Pero cuando *Fletcher* le dio unos cuantos bocados a su comida, Tyler se permitió sentir un destello de esperanza…, la esperanza de que quizá las cosas no salieran tan mal a pesar de todo.

A las dos de la tarde, Jocelyn salió a comprar comida. Había estado a punto de encerrar al perro en su caseta, según relató más tarde — cuando todos, sumidos en un estado de creciente desesperaci ón, intentaban reconstruir los acontecimientos del día, aunque Tyler mantenía la boca cerrada, aturdido—. Pero *Fletcher* hizo algo que nunca había hecho: gruñó a Jocelyn. Así que la mujer lo regañó, y al final el perro se dejó conducir a su caseta, con la cabeza gacha entre las patas delanteras como si se sintiera culpable. Luego Jocelyn se marchó al pueblo y no pensó m ás en el animal, al menos hasta que Tyler llegó a casa a las cuatro y media, tras salir del instituto, y se dio cuenta de que la puerta del corral de *Fletcher* estaba entreabierta y la caseta, vacía.

Pese a que ya estaba anocheciendo, Steve y Tyler salieron al bosque de detrás de su casa armados con linternas, y Matt recorrió en bicicleta el vecindario y Deep Hollow Road, silbando y llamando al perro.

—Puede que *Fletcher* vaya por libre, pero nunca se aleja mucho y conoce el bosque como si fuera su jardín trasero —dijo Steve con confianza—. Si está aquí, lo encontraremos.

—¿Y si no lo encontramos? —preguntó Tyler.

La oscuridad creciente ocultó el miedo que transmit ían su cara pálida y sus labios temblorosos, y el sentimiento de culpa nuevo y sobrecogedor que le atenazaba el corazón. Steve no respondió, por la simple razón de que no le parecía una opción realista. Por supuesto que encontrarían a *Fletcher* . Pero no fue así, y entonces también Steve empez ó a preocuparse. Esa misma noche, más tarde, volvieron a salir a buscarlo con la ayuda de Pete VanderMeer, pero las sombras lo convirtieron en un esfuerzo inútil.

A las nueve y media, mientras Jocelyn gimoteaba una vez más que juraría que había echado el cerrojo y se planteaba la terrible posibilidad de que *Fletcher* hubiera acabado debajo de un coche, y cuando el estado de Tyler había escalado hasta lo que podría describirse como principio de histeria, el HEX emitió una alerta de texto para que la gente estuviera atenta a la aparición de un border collie blanco y negro, propiedad de la familia Grant, del 188 de Deep Hollow Road. Se declar ó a *Fletcher* oficialmente desaparecido.

TRECE

Aquella noche *Fletcher* no volvió a casa a pesar de que dejaron la puerta trasera entreabierta y permanecieron despiertos hasta las cuatro de la madrugada. Al amanecer, Pete y Mary VanderMeer entraron por la puerta trasera. Mary había hecho magdalenas, todo un detalle, aunque los niños seguían dormidos y el único que tenía hambre era Steve. Jocelyn, todavía en bata, les ofreció un café, pero fue incapaz de servirlo sin derramarlo. En cuanto se despert ó por completo, empezó a llorar en silencio y no pudo parar.

—No te preocupes, Jocelyn —le dijo Mary, que se levantó para coger una servilleta de papel de la cocina—. Lo encontraremos. Estoy segura de que entrará por la puerta meneando la cola como si no hubiera pasado nada. Ya sabes cómo son los perros: siempre encuentran el camino a casa.

—¡Pero *Fletcher* nunca se escapa! —sollozó Jocelyn.

«Con una vez basta —pensó Steve, pero no dijo nada. Había aceptado la realidad de que era más probable que *Fletcher* estuviera muerto que perdido—. Son los gatos los que siempre vuelven a casa. Los gatos son vagabundos, pandilleros. Si un perro se escapa de casa, se convierte en uno de esos episodios dram áticos que casi nunca tienen un final feliz. El fiel chucho viejo que no mataría ni una mosca, pero se mete en el bosque persiguiendo a un conejo y termina cayendo en una trampa y muerto. El querido sabueso que nunca huye, pero un día sale de su cesta y lo atropellan en una carretera muy transitada. Es horrible la forma en que los perros encuentran la muerte. Es casi como

si estuvieran predestinados».

A las ocho y diez, Robert Grim llamó a la puerta. Parecía estar bastante alerta para ser una hora tan temprana.

—Hemos revisado las imágenes de la cámara de Deep Hollow Road desde el momento en que Jocelyn salió a la compra hasta que vuestro hijo llegó a casa del instituto. Estamos seguros de que vuestro perro no escapó por el lado de la calle, porque lo habríamos visto. Las cámaras de detrás de vuestra propiedad tampoco han captado nada, pero están enfocadas hacia el sendero, no hacia vuestro jardín trasero.

—Pero eso significa que casi seguro que está en el bosque, ¿no? —preguntó Jocelyn esperanzada.

—Esa sería mi hipótesis —respondió Grim—. Y otra cosa tranquilizadora: he recorrido la Ruta 293 con el coche dos veces, desde el campo de golf hasta la parte sur del lago Popolopen, y no hay nada en el arcén. La aplicación está llena de buenos deseos de mucha gente que está atenta por si lo ve, y si está en el pueblo, lo avistaremos con las cámaras. Seguro que ese perro vuelve pronto.

«En realidad no piensas eso», se dijo Steve.

Salió con Pete y Grim al jardín trasero.

—A ver, echadle un vistazo a esto. —Abrió el pestillo de la caseta de *Fletcher* y metió los dedos por la malla de alambre—. Jocelyn dice que está segura de que echó el cerrojo. Yo la creo. Uno no mete a su perro en la caseta sin cerrarla, no tendría ningún sentido. Y fijaos en esto. —Tiró de la puerta hacia la cerradura y la soltó. La puerta rebotó y se quedó entreabierta. Volvió a hacerlo, y la puerta se abrió de nuevo—. Hay que echar el cerrojo; de lo contrario, no se cierra.

Pete lo miró y asintió.

—Así que crees que alguien abrió la caseta desde fuera.

—Sin duda.

—Pero ¿quién?

Grim se ñaló hacia atrás levantando un pulgar por encima del hombro.

—No hiciste muchos amigos en el pueblo durante la reunión del Consejo del miércoles por la noche. No me malinterpretes: tu idealismo resultó conmovedor; tu actuación…, un poco imprudente.

—No creerás que… —comenzó Steve, pero se interrumpió a media frase.

Una r áfaga de viento sopló ante los aleros y él se estremeció sin razón alguna.

—No lo sé —dijo Grim—. Digamos que alguien quería vengarse y trazó un plan para envenenar a tu perro. Debió de llegar y salir por el bosque en lugar de por los senderos, porque si no las cámaras de seguridad lo habr ían grabado.

—Parece poco probable —intervino Pete.

—Sí, pero no imposible —murmuró Steve—. ¿De verdad crees que lo harían?

—¿Diseñar un plan así? Desde luego —dijo Grim sin atisbo de duda—. Pero la estrategia es demasiado compleja. Si quieres matar un perro, te cuelas en el jardín y le das de comer un cuenco de Purina envenenada. Llevarse un perro vivo llamaría demasiado la atención. Sobre todo aqu í.

«¿Por qué no dices qué es lo que te da miedo? —pensó Steve—. Lo que nos da miedo a todos, pero nadie se atreve a decir en voz alta: que da igual que parezca una locura, pero Katherine tiene algo que ver con esto. No encaja en el patrón, pero aun así lo piensas, porque si no, no estarías aquí. Es un perro, por el amor de Dios».

Steve se dio cuenta de que Grim deb ía de haberle leído el pensamiento, porque el jefe de seguridad hundió la cabeza en la capucha con remate de piel de su abrigo. Guardó silencio durante unos instantes, y después tomó una decisión.

—Creo que deberíamos ir a dar un paseo por el bosque. Aún es temprano y todavía no habr á excursionistas. Si se ha caído en alguna fosa mineral o se ha quedado atascado en el alambre de púas, es posible que siga vivo.

—Bien —dijo Pete como si hubiera estado esperando una orden así—. Iré a ponerme las botas. Seguro que los senderos están empapados.

Subieron a buen ritmo por el Philosopher’s Creek, que se apartaba de

la reserva natural desde el lateral de la propiedad antes de sumergirse bajo Deep Hollow Road, donde desembocaba en el alcantarillado. Cuando el lecho del arroyo comenzó a estrecharse, tomaron el sendero que se desviaba hacia la izquierda, montaña arriba. Decidieron comenzar en la cima y desde allí peinar el terreno hacia el sur y el oeste: la parte de Mount Misery que pertenecía a Black Spring. Sin tener que decirlo en voz alta, todos sab ían, con una certeza que era a la vez instintiva e inconsciente, que *Fletcher* tenía que seguir en Black Spring.

En efecto, el sendero estaba empapado, y Steve, que ya lamentaba haber salido en zapatillas de deporte, no tardó en notar que se le mojaban los calcetines. Cuando entró a ponérselas, los niños ya se habían levantado. Tyler estaba pálido, encerrado en sí mismo y no dijo nada. Jocelyn y Matt tenían los preliminares aquella tarde, pero Jocelyn dijo que no participar ía si aún no tenían noticias. Quería estar en casa por si *Fletcher* regresaba.

Llegaron a los dos afloramientos rocosos planos que formaban la cima de la montaña. Tras dejar el más alto a la izquierda, subieron por el camino pedregoso hacia el mirador meridional. Cuando llegaron, Pete echó la cabeza hacia atrás y estiró la espalda.

—¿Estás bien? —le pregunt ó Steve.

—Sí, sólo tengo que recuperar el aliento.

Se sentó en una roca y encendió un cigarrillo.

La cima de aquella montaña tenía historia. Para los munsee, que habían construido sus asentamientos en las zonas más bajas de la falda, era un lugar sagrado donde enterraban a sus muertos. En el siglo XVII , los tramperos holandeses hab ían construido un puesto de vigilancia en la cima principal, pero ya no quedaba ni rastro de él. Desde allí, el terreno descendía de forma abrupta hacia el valle, hasta donde había llegado la lengua del glaciar continental durante la Edad de Hielo, y donde el Hudson había labrado su curso en una época posterior. Steve contempló las tierras cultivadas, el río, los campos y los edificios de Fort Montgomery y Highland Falls, el puente Bear Mountain y, a lo lejos, Peekskill. La inmensidad gris y silenciosa tenía algo de medieval, algo maligno. Emit ía una incon fun dible carga que

parecía provenir de todos lados, pero que se concen traba tras la cumbre, hacia el sur, donde estaba Black Spring. Apestaba a un pasado de crueldad y enfermedad humana, un pasado dominado por el miedo. Allí los colonos aterrorizados habían cometido atrocidades abyectas; allí habían colgado a brujas. Después de haber huido al Nuevo Mundo, pero con las cicatrices del Viejo aún graba das en la piel, habían quemado barriles de brea y hierbas en las calles para ahuyentar el aire pestilente y contaminado mientras llevaban a sus muertos a ser incinerados en piras, formando siniestras procesiones, todo ello mientras propagaban la enfermedad al extirparles las bubas infectadas. Y allí, una ma ñana de invierno, sus descendientes fueron guiados uno por uno hacia el Hudson y no se les volvió a ver.

En ese contexto, y con esa carga en el aire, todo era posible. Alguien podría haberse llevado a *Fletcher* y haberle envenenado o reventado la cabeza con una piedra. «¿Supone alguna diferencia —pensó Steve— que hayan pasado trescientos cincuenta años y que ahora tengamos lo que nos gusta llamar civilización?».

—Vamos, amigo —le dijo Grim cuando le puso una mano compasiva en el hombro—. Así no encontraremos a tu perro.

Steve asintió y se dio la vuelta. Not ó que las lágrimas le escocían en los ojos y, por primera vez, advirtió lo mucho que le estaba afectando la desaparición de *Fletcher* . Todavía cabía la posibilidad de que lo encontraran sano y salvo, aunque Steve tenía poca confianza en ello. Pero, joder, cómo quería a ese perro.

Descendieron hasta el abrigo del bosque. Un poco más abajo, donde el terreno se allanaba, Pete se detuvo. En el sendero, delante de él, había un círculo de setas de un color marfil verdoso, tan perfectamente redondo que resultaba antinatural.

—Un anillo de hadas —comentó Pete—. Mi madre solía decir que si contabas más de trece setas en un anillo, significaba que las brujas habían bailado en él y que tenías que pasarlo con los ojos cerrados para protegerte de la muerte. Luego dejé de creer en las brujas, así que lo hac ía como ejercicio para mejorar el equilibrio.

Guiñó un ojo, pero de manera casi imperceptible. Steve se agachó y tendió una mano, pero Pete lo detuvo.

—Cuidado, son venenosas. Son hongos de la muerte.

Steve apartó la mano y murmuró:

—Parece tan… intencionado.

—Sí, así es, por eso los llaman anillos de hadas. Los hongos crecen como las malas hierbas, y este tipo de anillos pueden aparecer de la noche a la mañana. Antes la gente se cagaba de miedo al verlos, pero en realidad es un proceso natural m ás. El hongo crece bajo tierra en todas las direcciones, y cuando los nutrientes se agotan, los frutos salen hacia arriba. La naturaleza es un misterio, pero como en el caso de tantos otros misterios, casi siempre hay una explicación lógica.

A Steve le hizo cierta gracia darse cuenta de que los tres se mostraban reacios a ser el primero en pasar junto al anillo. Al final, Robert Grim tomó la iniciativa, seguido de Pete. Ninguno de los dos cerró los ojos. Steve se preguntó si lo habrían hecho de haber estado a solas.

Dejándose llevar por un impulso, y avergonzado por el estúpido ataque de superstición que había socavado su determinación durante un instante, Steve le dio una patada a uno de los hongos de la muerte y rompió el anillo. Los otros no lo vieron hacerlo, y se apresuró a alcanzarlos.

No permanecieron en el sendero, sino que rastrearon toda la zona de afloramientos de roca arbolados y arroyos anónimos. Las laderas estaban cubiertas de helechos apelotonados y de cascabillos de bellota vacíos, desechados por algún animal. De vez en cuando silbaban o llamaban al perro, pero al cabo de un rato dejaron de hacerlo. Si *Fletcher* estaba cerca, era imposible que no oyera su ruidoso hurgar entre la maleza.

Fue Steve quien sacó el tema de repente:

—¿Cuándo fue la última vez que caus ó problemas por su cuenta? —inquirió, intentando que su voz pareciera neutral—. Aparte de en 1967, quiero decir.

—¿Que estemos seguros? —preguntó Pete—. Uf, pues hace mucho mucho tiempo. Dios Santo, dudo que alguien que estuviera allí para verlo siga vivo. En el 32, cuando ocurrió aquel repugnante asunto de los trabajadores del viejo vivero de árboles a los que

ejecutaron, todavía no habíamos nacido ninguno. Pero Katherine no tuvo nada que ver con eso. La gente siempre provoca líos, y eso es algo que nunca cambiará…, va por rachas. Por supuesto, est á la historia de los seis oficiales de The Point que regresaron de Berlín en el 45 y de los que se dice que aparecieron colgados de un árbol cerca de la charca de la bruja, aquí mismo, en este bosque, pero eso es un cuento chino. El viejo William Rothfuss, que está senil y esperando la muerte en Roseburgh, solía decir que el relato oficial (que murieron en el frente) era una tapadera, y que él fue uno de los hombres que los bajaron del árbol. Pero sólo lo contaba despu és de unos cuantos chu pitos de bourbon en The Quiet Man, y la historia de que la charca de la bruja sigue ahí es un embuste. Puedo enseñaros dónde estaba, dónde arrojaron su cuerpo, pero se reforestó toda la zona cuando la industria maderera llegó al bosque de Black Rock en el siglo XIX . La charca desapareció hace tiempo.

—Nunca creas a un alcohólico —dijo Grim—, excepto si paga él.

—Cierto, el número de suicidios es excepcionalmente alto en esta área. Siempre lo ha sido. Se debe sobre todo al aislamiento social, la depresión y la presión continua. Ya sabéis, como en Japón, donde la gente trabaja tanto que al final algo estalla en su interior. Esto es lo mismo. Creo que el hecho de que Katherine siga el mismo patrón todos los días es la única razón por la que la situación de Black Spring es soportable. Ha pasado mucho tiempo desde que las cosas se salieron de madre por última vez. En el 67, yo acababa de cumplir veinte años, y tú, Robert…, ¿de cuándo eres?

—Del 17 de agosto de 1955, la noche en que el huracán Diana azotó el Valle del Hudson y lo inundó —respondió Grim—. Dicen que el río me vomitó.

—No me sorprender ía, viejo náufrago. Pero el caso es que hasta tú eras un crío. Katherine está muy controlada, Steve…, esa ha sido nuestra salvación. Los que le cosieron los ojos, sólo Dios sabe cómo, nos hicieron un gran favor.

Pete se detuvo un momento, con las manos apoyadas en la cadera, y miró a su alrededor. La vegetación se hab ía vuelto más espesa; los árboles impedían que se filtrase la luz del día y abrirse

paso entre los tocones y los troncos enmohecidos era agotador.

Grim tomó el relevo y dijo:

—La última vez que de verdad se apartó de su patrón, o eso sospechamos, fue en 1887, cuando Eliza Hoffman desapareció en el bosque. Nadie supo qué la había llevado a hacerlo, pero la subsiguiente indignación pública hizo que The Point decidiera establecer el HEX.

—¿Qué pasó? —preguntó Steve, a quien sólo le sonaba lo esencial de la historia.

—Eliza Hoffman era hija de una prominente familia neoyorquina que hacía poco que se hab ía mudado a Black Spring —contestó Pete —. Esta historia me la contó mi abuelo, a quien a su vez se la había contado su padre. Mi bisabuelo era el propietario de una de las antiguas fábricas de blanqueo textil que prosperaron en Black Spring en los siglos XVIII y XIX gracias al agua mineral limpia que bajaba de las montañas. Pero en 1887, el blanqueo se había convertido en un oficio en vías de extinci ón: se aprobaron leyes medioambientales estrictas y en las ciudades comenzaron a aparecer tintorerías y lavanderías, y eso prácticamente acabó con las fábricas de blanqueo de la región. A lo que me refiero es a que el negocio del viejo VanderMeer no estaba lo que podría decirse en auge. El caso es que un día los Hoffman perdieron de vista a su pequeña mientras estaban en el bosque. No volvieron a encontrarla. La pobre cr ía no tenía ni ocho años. Recurrieron a buscadores con perros rastreadores y dragaron el lago Popolopen, pero no hubo suerte.

—Así que lo consideraron un secuestro —dedujo Steve.

—Así es. Pero la gente de Black Spring tenía más datos. Durante tres días, el agua del Philosopher's Creek se tornó de un oscuro color rojo sangre, y un sinn úmero de armiños muertos aparecieron flotando en la superficie tras ahogarse en masa sin razón evidente. El agua no pudo beberse durante días. Mi bisabuelo tuvo que cerrar la fábrica de blanqueo toda una semana, cosa que no le hizo ningún bien al negocio. Pero lo raro era que la sangre no provenía de los armiños, porque todos se habían ahogado. Mi bisabuelo decía que era como si la propia tierra sangrara.

Steve no estaba seguro de si se lo cre ía. No por primera vez en su vida, se dio cuenta de que, aunque aceptar una realidad sobrenatural resultaba más o menos fácil, eso no quería decir que la siguiera una segunda…, por el sencillo hecho de que él carecía de la voluntad de creer.

—No parece típico de Katherine —dijo al fin.

—Eso es lo más extraño. Nadie supo por qué hab ía ocurrido. Ni dónde estaba la niña.

—Pero… ¿y los armiños?

—Todavía tenemos unos cuantos en formaldehído —dijo Robert Grim—. Apartaron unos cuantos antes de quemar el resto de los cadáveres. Puedes venir a verlos cuando quieras, aunque no son nada especial. Sólo animales viejos, muertos.

—¿Y nunca volvió a pasar nada así?

—No —respondi ó Pete—. Y se habría barrido bajo la alfombra si no fuera porque Hoffman había sido un juez destacado en Nueva York y porque el caso despertó bastante interés. En *The New York Times* apareció un artículo con el sugestivo título «¿Est á Mount Misery encantado?». Que yo sepa, es la única vez que los medios de comunicación han informado sobre lo que ocurre aquí. Incluso intentaron vincular el caso con, y cito, «el folclore relativo a las desapa riciones de 1713 y 1665 en el bosque de Black Rock, de las que se dijo que tenían algo que ver con una bruja». Cuando The Point se enteró de eso, decidieron actuar.

—Y así naci ó el HEX —dijo Steve.

—Exacto. Para entonces ya resultó bastante fácil, dado que Black Spring contaba con gobierno propio desde 1871. Antes formaba parte del término municipal de Highland Mills, y el Ayuntamiento se reunía en Black Spring. Para el alcalde era complicado tener esa doble agenda. Todas las semanas venían concejales de Highland Mills, Central Valley y Harriman, ajenos a la situación. Pero Katherine no se adapta a los cambios administrativos. La maldición recae sólo sobre nosotros. The Point otorgó autonom ía a Black Spring y fundó el HEX bajo términos de confidencialidad, para que nos las arregláramos solos. Ellos supervisan las entradas y salidas y canalizan el dinero

hacia nosotros, pero por lo demás no quieren pillarse los dedos. ¿Y quién puede reprochárselo? Están cagados de miedo.

Steve atravesó un montón de hojas caídas.

—¿De que se corra la voz?

—De que algo así sea siquiera posible, y de que no puedan traer al ejército para que se encargue de ello.

—Joder, madre mía —dijo Pete.

Se había detenido tan de repente que Steven estuvo a punto de chocar contra él.

Allí había algo más de luz. A la derecha de la pista de caza que estaban siguiendo, tres árboles enclenques, muertos, interrumpían el cada vez más escaso dosel arbóreo del mes de noviembre. Puede que fueran abedules, pero los troncos estaban tan viejos y marchitos que costaba distinguirlo. Se balanceaban en el viento, gimiendo con suavidad, con las ramas desnudas tan retorcidas como negras, relámpagos cristalizados contra el fondo del cielo gris acerado. Pete estaba mirando hacia arriba, y entonces Steve vio lo mismo que su vecino: colgado al menos a quince metros de altura, casi en lo más alto, estaba *Fletcher* .

El border collie tenía la cabeza y las patas delanteras atrapadas en una rama bifurcada, con el pelaje de la parte superior del cuerpo abultado debido al peso colgante. No estaba mutilado, ni siquiera desfigurado de manera visible, y el hecho de que estuviera impoluto le confería una cualidad siniestra al cadáver, como si en cualquier momento fuera a abrir los ojos y empezar a ladrar. Pero no hacía falta acercarse y hacer un diagn óstico para saber que eso no sucedería. *Fletcher* tenía los ojos medio abiertos y vidriosos, y la lengua le pendía de la boca, pálida y desecada. A pesar de lo avanzado de la estación, las hormigas lo habían encontrado primero.

—¿Ese es *Fletcher* ? —preguntó Grim, pese a que ya sabía la respuesta.

—Sí, es él —suspiró Steve.

¿Cómo iba a explicar aquello en casa? *Fletcher* formaba parte de la familia. Todos adoraban al condenado perro, no sólo Jocelyn y él, sino también los niños. Todo parecía un sinsentido. Pete le dio unas

palmaditas en la espalda, un gesto sencillo que, en aquel momento de desaliento emocional, a Steve le resultó tan conmovedor como alentador.

—Esto no es obra de un torturador de animales —dijo Grim—. Nadie trepar ía un árbol hasta esa altura y pondría su vida en peligro sólo para colgar a un perro.

Nadie dijo una palabra. Estaban a sólo cinco minutos de los senderos, pero daba la sensación de que un silencio imponente había invadido el bosque.

—¿Existe la más mínima posibilidad de que tu perro trepara hasta ahí y despu és se resbalase?

Steve esbozó una mueca.

—Imposible. A los perros no se les da bien escalar. Y mirad…, fijaos bien en el árbol. Aquí hay algo que no está nada bien. Vosotros también lo notáis, ¿verdad?

Era cierto, y todos lo sabían. Había algo terrible en lo que esta ban viendo, algo relacionado con la atm ósfera de aquel lugar. Esta ba muerto, eso era lo que estaba mal. Como médico, Steve sabía que debería enfocar aquel asunto desde una perspectiva científica, pero se sentía incapaz. La repentina presencia de los tres esqueletos de árbol en medio del bosque azotado por el viento no parecía acci dental, ni tampoco la forma en que estaban agrupados, ni el hecho de que *Fletcher* hubiera elegido aquel lugar en concreto para morir. En los alrededores crecían pequeños fresnos de monta ña, pero no conseguían disipar la sensación de oscuridad oculta que envolvía a los árboles muertos, como si parte de la noche anterior todavía se aferrase a ellos. Allí incluso el aire estaba inmóvil, frío e inalterable. De repente, Steve supo con certeza que *Fletcher* había experimen tado un mal final, que su muerte no hab ía tenido nada de bueno o pacífico.

«A lo mejor habría sido distinto si hubiéramos pasado junto a ese anillo de hadas con los ojos cerrados —pensó—. Quizá *Fletcher* no hubiera muerto».

Era una idea estúpida, una gilipollez, el tipo de locura supersticiosa a la que no quería sucumbir…, pero tambi én era cierto.

«Luego dejé de creer en las brujas, así que lo hacía como ejercicio

para mejorar el equilibrio».

—Esto no me gusta nada, Robert —dijo Pete.

—Llamadme loco —dijo Grim—, pero ¿no os da la impresión de que el perro podría haber saltado desde lo alto del árbol por voluntad propia? Es como si se las hubiera ingeniado a saber c ómo para llegar hasta arriba del todo… y luego se hubiera colgado.

Una sensación de frío se apoderó de Steve, una gelidez de una intensidad tan primaria que le oprimía el pecho y le dificultaba la respiración. De pronto vio a *Fletcher* en su mente, con los ojos grandes y asustados, trepando por el tronco marchito, atraído por una forma femenina encorvada y susurrante. En simetría druídica, colgando de unas cuerdas de Manila atadas a los otros dos árboles muertos, estaban los cuerpos de sus dos hijos, Matt y Tyler. Ten ían los ojos abiertos y lo miraban con aire acusador desde unas córneas nubladas, de color marfil, que le recordaron a las setas del anillo de hadas, el anillo que él había roto…

Se dio la vuelta con un movimiento brusco y apoyó las manos en las rodillas. Cerró los ojos con fuerza hasta que empezó a sentirse mareado. Cuando volvió a abrirlos, veía puntitos, pero al menos aquella imagen grotesca había desaparecido de su mente.

—¿Estás bien? —le preguntó Pete.

Grim ya estaba al teléfono. A Steve no le gustaba lo que transmitía la expresión del jefe de seguridad: no quedaba ni rastro de su habitual cinismo vivaz.

—Si te soy sincero, no mucho —contestó—. Quiero largarme de aquí.

—Será mejor que volvamos abajo —dijo Pete—. Rey Darrel, el de Rush Painting, tiene una escalera de mano que debe de ser lo bastante alta para bajarlo. Esa pobre criatura se merece un entierro decente.

Para cuando Steve salió del bosque por segunda vez, en esta ocasión con el cuerpo sin vida de *Fletcher* envuelto en una manta (no ten ía valor para meterlo en una bolsa de basura), se le había despejado la cabeza y era capaz de plantearse la situación con mayor serenidad. La

atmósfera cargada, la extraña atemporalidad que había sentido allí arriba le parecían ahora sacadas de un sueño. En cambio, se le había ocurrido una idea mucho m ás mundana: que había momentos que te acompañaban durante toda la vida, y que casi siempre estaban relacionados con la vida y la muerte. Aquel era uno de esos momentos: Steve cruzando la verja del jardín trasero a trompicones, con el bulto entre los brazos, dolorido y cansado por el peso muerto; los otros tres miembros de la familia saliendo a su encuentro entre lágrimas. Fue un instante que tendría un profundo impacto en todos ellos durante el resto de su vida, y nunca lo olvidaron. De hecho, llegaron a valorarlo… porque la confrontación que suponía significaba aceptación, y ese era el primer paso hacia el día en que el dolor desaparecer ía y comenzarían los recuerdos cálidos.

Celebraron un funeral improvisado cerca del parterre en el que la madreselva crecía en verano, detrás del establo de los caballos, donde su propiedad lindaba con Philosopher's Deep. A *Fletcher* siempre le había gustado ese lugar, dijo Jocelyn. El veterinario les había visitado aquel mismo día. Grim quería que le hicieran la autopsia al animal, pero Steve le había pedido que dejara al perro con la familia. El jefe de seguridad cedió. Según el veterinario, se trataba de un caso claro, y las zonas erosionadas del pelaje lo explicaban todo: el peso colgante de *Fletcher* le había cerrado la tráquea y el perro se había asfixiado. No había que darle más vueltas. Pero después Jocelyn le contó a Steve que, cuando había llevado al hombre a la cocina para que se lavara las manos, le hab ía visto hacer el símbolo de los cuernos…, un gesto para protegerse del mal de ojo.

Por fin la familia se quedó a solas, y dedicaron ese tiempo a iniciar el duelo. Bajaron a *Fletcher* , envuelto en su manta, hacia el agujero recién cavado, y después doblaron la manta sobre su cuerpo. Todos recordaron algunas de sus anécdotas con el perro. Matt y Jocelyn lloraron y se abrazaron. Tyler permaneció de pie al lado de ambos, con cara de conmoción e inquietud, y no abrió apenas la boca. No dejaba de mirar a su alrededor, como para asegurarse de que seguía all í. Steve estaba preocupado por él. Tyler lidiaba con los contratiempos encerrándose en sí mismo, pero por lo general también

mostraba un cierto pragmatismo que en aquel momento brillaba por su ausencia.

Tiraron flores al interior de la tumba, y luego puñados de tierra húmeda. Steve recordó lo que les había dicho a los Delarosa sobre los críos que jugaban a los funerales antes de la epidemia de viruela de 1654: «Los niños cavaban hoyos en el exterior de los muros del asentamiento y, caminando en procesión, cargaban hasta allí con cajas de frutas para meterlas en sus tumbas. Los padres pensaban que estaban poseídos, y se consideraba que el juego era un mal presagio».

Expulsó aquel pensamiento de su mente. Jocelyn se llevó a los niños dentro y Steve se dirigió al establo a buscar la pala. *Paladín* y *Nuala* resoplaron cuando entró…, tranquila y consoladoramente, con una extraña nostalgia, como lo hacen los caballos. Los abrazó y volvió para rellenar la tumba.

Son poco más de las cuatro cuando Robert Grim regresa portando malas noticias, como el profeta de la muerte de una antigua tragedia griega. Si no fuera porque esta mala noticia viene en forma de un fragmento de vídeo.

—El único fragmento que hemos podido encontrar en todas las cámaras de seguridad de Mount Misery —señala Grim—, pero lo dice todo. He pensado que deber íais verlo.

Se reúnen en torno a la mesita de café, con el MacBook delante, y Grim presiona el botón de *play* . Al principio cuesta distinguir lo que estamos viendo; es como si estuviéramos mirando un negativo de foto borroso. Entonces Steve se da cuenta de que son imágenes infrarrojas. La lente tiene vaho, y eso difumina un poco la grabación, pero aun así, en los tonos oscuros como la antracita, distingue árboles y algo que sin duda es un sendero. En la parte inferior de la imagen aparecen los n úmeros: 02/11/2012, 20:57 h. «Ayer», se dice Steve.

Lo que las imágenes muestran a continuación es tan aterrador que se le hiela el cuerpo entero. Todos se asustan, pero Tyler el que más: retrocede, mordiéndose la palma de la mano, y se le llenan los ojos de lágrimas. En el modo visión nocturna, aparecen dos figuras de

un blanco pálido y luminoso: la bruja, caminando como un fantasma en un baile de m áscaras, y *Fletcher* a su lado. El perro husmea aquí y allá, incluso menea un poco la cola. Steve cobra conciencia de por qué esa imagen en apariencia inocente es tan espantosa: ninguno de ellos había visto a Katherine actuar con determinación hasta ese momento, hasta este vídeo que los muestra a los dos adentrándose en la noche, el uno al lado del otro, al encuentro de la muerte de *Fletcher* .

—Esto es muy alarmante, como comprenderéis —dice Grim—. He consultado con el Consejo y vamos a intentar mantenerlo en secreto para evitar que cunda el pánico, pero estamos perplejos. Es algo nuevo por completo. ¿A *Fletcher* le había pasado algo que pudiera haber provocado esto? En ese caso, necesito saberlo, chicos.

Jocelyn y Steve negaron despacio.

—Lo normal era que le tuviera miedo —dice Jocelyn, desconcertada a no poder más—. Mira lo tranquilo que va a su lado…

—¡Todo esto es culpa tuya! —explota de repente Matt—. ¡No le diste nada! —Cuando Steve lo mira con perplejidad, añade—: ¡En la Quema de la Mujer de Mimbre! No quisiste ofrecerle nada, ¡y ahora se ha llevado a *Fletcher* !

—Eso no tiene nada que ver —dice Steve—. ¿Como se te ha podido ocurrir algo así?

—¿Y tú qu é sabes?

Matt está llorando, y se zafa de su madre. Steve ve la expresión de angustia de Grim y piensa: «Esto es sólo el principio. En los próximos días oiremos muchas más gilipolleces de este tipo. El impulso de señalar con el dedo, de buscar un chivo expiatorio. Si esto sale a la luz, estaremos de mierda hasta el cuello. Lo sabes, ¿verdad? ».

—¿Tyler? ¿Tú sabes si le pasó algo a *Fletcher* ?

Tyler niega con la cabeza a toda prisa, con los labios temblorosos.

—¿No te la encontraste cuando lo sacaste a pasear?

—No.

Steve le lanza una mirada inquisitiva y le dice:

—Si ocurrió algo malo, dínoslo, por favor. Nuestra seguridad está

en juego.

—Tiene razón —interviene Grim—. No te preocupes. Si tus amigos y tú habéis estado haciendo el tonto como cuando lo de ese v ídeo que grabasteis, no se lo diré al Consejo. Está claro que no querías que pasara algo así. Pero tengo que saberlo. Lo que está ocurriendo es muy grave, ¿lo entiendes?

Tyler tiene los ojos llenos de lágrimas y los labios le tiemblan todavía más que antes, y quiz á, sólo quizá, lo hayan presionado hasta tal punto que está a punto de decir algo…, pero luego se produce un estrépito tremendo, y pasará mucho tiempo antes de que nadie vuelva a pensar en este momento, en el momento previo al momento que haría que todos los demás se olvidaran. Steve apenas tiene tiempo de volver la cabeza hacia el origen del estruendo —un ruido de madera pesada que se estampa violentamente contra el suelo— y entonces ve, a través de las puertas francesas del comedor, a través de la ventana que da al jard ín trasero, algo que su cerebro no puede comprender del todo. Ve un caballo que corre de estampida hacia él. Ve músculos que se tensan. Ve espuma en los flancos negros, ve ojos en blanco, ve cascos que se agitan. Como una explosión de cristal, la ventana queda pulverizada, y a través de la cortina de esquirlas de vidrio, *Paladín* entra en el comedor de un salto. El caballo derrapa sobre la mesa del comedor, que se estre lla contra el suelo cuando le ceden las patas. A *Paladín* también le fallan las suyas y el animal comienza a dar vueltas de costado, muerto de miedo. Sus cascos pisotean las astillas de las puertas francesas interiores.

La familia Grant y Robert Grim buscan cobijo como si estuvieran en un bombardeo. Nadie grita; la violencia con la que ha aparecido el caballo desbocado parece haber absorbido todo el oxígeno de la habitación. Luego el animal se levanta, gr ácil, surrealista, y decapita la lámpara del comedor, y Jocelyn y Matt se lanzan hacia el semental en un esfuerzo espontáneo de frenarlo. Pero *Paladín* no es el único que ha escapado de los establos; en ese mismo momento, y poseída por un pánico ciego, *Nuala* sale galopando por la verja del jardín trasero, rodea la casa y pone rumbo al oeste por Deep Hollow Road. Es pura suerte que no haya tráfico…, suerte para el tráfico y suerte para *Nuala*

. Varias c ámaras de vigilancia graban sus movimientos: primero la que hay cerca del aparcamiento del inicio del sendero al final del Philosopher's Creek, luego la que está en la esquina de la calle Patton. Dentro de la casa, Jocelyn y Matt por fin consiguen calmar al desconcertado semental. El animal resopla y derriba sillas, pero la voz severa de Jocelyn comienza a llegarle. Steve ayuda a Robert Grim a ponerse de pie, y está convencido de que, si su corazón se acelerara un poco más, le rompería la caja torácica.

A su alrededor, la gente sale de sus casas. Los VanderMeer —Pete, Mary y Lawrence— vienen corriendo, y también los Wilson, desde el otro lado de la calle, y muchos otros. Las cámaras del HEX muestran que se ven atraídos hacia la casa de los Grant como si fuera un im án, y después hacia la zona que hay detrás de ella. En el centro de control, Warren Castillo y Claire Hammer miran la pantalla con la boca abierta. Ven que Steve, Tyler y Grim también salen para ver qué es lo que ha asustado tanto a los caballos. Claire cambia enseguida a una cámara nueva y le entran ganas de vomitar.

La imagen revela a un pequeño grupo amontonado en el lecho arenoso del Philosopher's Creek.

En el agua oscura y cenagosa se arremolinan inconfundibles regueros de sangre.

CATORCE

Aquel domingo, la campanilla plateada que había encima de la puerta de Griselda's Butchery & Delicacies no dejó de sonar. Por lo general, Griselda cerraba los domingos, pero aquel día se le metió en la cabeza cumplir con su deber comunitario y abrir el comedor para los ansiosos habitantes del pueblo que habían asistido en masa a los servicios de las iglesias y que ahora necesitaban hablar de lo que estaba sucediendo.

Era un día soleado de otoño, agradablemente frío y con una luz pálida pero intensa que se reflejaba en los charcos de las calles. Sin embargo, sobre Black Spring había descendido una lobreguez que se leía en el rostro de la gente. Se mantuvieron alejados de las montañas aquella mañana, acechados por el olor contaminado de los bosques y los arroyos, que impregnaba el aire con intensidad. Griselda los veía como personas que huían: se dirigían a la Meta de Cristal o a Santa María atraídos por el sonido del carillón y obligados por la necesidad de compartir el miedo y la fe los unos con los otros. Las reglas eran muy estrictas y prohibían tanto al reverendo como al padre predicar acerca de Katherine —podía haber forasteros presentes—, pero ambos habían sorteado las normas animando a sus feligreses a no rendirse al «terror de la noche» y a «depositar su confianza en el Señor Dios». Al menos eso decía la señora Talbot, una de las primeras clientas de Griselda, porque en realidad Griselda y Dios no estaban en la misma longitud de onda y ella se había pasado toda la mañana en la cocina organizando los preparativos para la hora de la comida, que se

esperaba ajetreada. Según la señora Talbot, cuando el reverendo Newman estaba dando la bendición, alguien se había levantado de un banco del coro de la iglesia y había gritado: «¡Esto es una tontería! ¿Por qué no hablas de lo que de verdad está pasando y de lo que deberíamos hacer al respecto?». La voz se había roto y se había disuelto en un sollozo, y los fieles habían intercambiado miradas ansiosas y se habían guardado sus pensamientos para sí.

Por el contrario, en el establecimiento de Griselda se morían de ganas de decir lo que pensaban. El arroyo ensangrentado y la muerte del perro eran la comidilla del día, pero a pesar de lo cargado del ambiente, los habitantes del pueblo no se olvidaban de lo que había tenido que pasar hacía poco la pobre esposa del carnicero, y todos entraban a comprarle carne. La compraban y se la comían. Era como si dijeran: «Danos tu carne, Griselda, y déjanos comerla; danos tu carne y compartiremos tu carga…».

—¿Quién narices habrá alterado tanto a Katherine? —preguntó la señora Strauss en voz bien alta mientras masticaba su sándwich caliente de cordero.

Algunos de los clientes murmuraron con aire distraído y susurraron nombres. La frágil pero firme mano del viejo señor Pierson agarró a Griselda al pasar.

—Es ese dichoso internet —dijo mientras pulverizaba con sus mandíbulas masticadoras la albóndiga que sujetaba en el tenedor—. Siempre lo he dicho: de ahí no va a salir nada bueno. ¿Qué haremos la próxima vez, cuando no sea un perro, sino uno de nosotros?

Algunos ancianos asintieron para mostrar su acuerdo, pero también se oyeron risas burlonas. Griselda le dio al anciano una servilleta (después de secarse el sudor de la frente con ella sin darse cuenta), porque la salsa espesa le goteaba por la barbilla.

La tal Schaeffer, la esposa del cirujano, ya estaba esperando junto al mostrador.

—Ay, querida —le dijo—, tienes que soportar una carga enorme. Posees un alma muy valiente. Dame un trozo de ese paté Holst, y que hoy sea bien hermoso.

Por lo general, Griselda detestaba a la señora Schaeffer, pero

aquel día se dio cuenta de que la mujer se aferraba a su bolsito con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos y de que, cuando le entregó el dinero, le temblaban los dedos. La pobre criatura estaba muerta de miedo.

«Danos tu carne, Griselda, y déjanos comerla; danos tu carne y todos superaremos esto juntos…».

Griselda también estaba nerviosa, y tener a todas aquellas personas en su comedor no hacía sino alterarla todavía más. Sólo habían pasado cuatro días desde todo el lío de Arthur Roth y aún no se había recuperado de la conmoción. Y ahora aquel nuevo revuelo.

Celebraron una reunión de crisis del Consejo. La última vez que había visto a Colton Mathers, este la había agarrado de las manos y le había susurrado con suavidad pero con urgencia:

—Cálmate, Griselda, has hecho bien. Ha sido una muerte natural. Nadie tiene que saberlo.

Esta vez estaban en la orilla del Philosopher's Creek, todo el Consejo junto con varios miembros de la plantilla del HEX, mirando el arroyo en silencio, temerosos de acercarse siquiera un paso más al agua maldita. La sangre brotaba del fondo del arroyo en varios puntos y se arremolinaba de forma perezosa, como un rastro de tinta roja. Era demasiado escasa para saturar el agua, pero junto a las orillas ya comenzaba a formarse un sedimento oxidado. El fenómeno, antinatural y blasfemo, poseía un magnetismo oscuro, y su mera visión hizo que Griselda se estremeciera.

¿Qué había sucedido para que Katherine expresara su insatisfacción de una manera tan tajante? Como muchos de los demás habitantes del pueblo, Griselda estaba obsesionada con la idea de que ella era la raíz del problema. La diferencia era que, en su caso, tenía que ser cierto. La noche anterior le había costado dormir, no paraba de dar vueltas en la cama. La sábana se le colaba de manera fastidiosa entre las nalgas, y estaba envuelta en el olor penetrante de su propio sudor. Cada vez se sentía más convencida de que estaba fallando en algo, de que Katherine la estaba señalando a ella en concreto y de que en cualquier momento aparecería en su habitación, con los ojos abiertos y lechosos, apuntándola en silencio con el dedo…

Incluso ahora, mientras limpiaba la máquina de café a plena luz del día, esa idea le provocaba náuseas.

Se produjo un alboroto en la calle y los murmullos del comedor se acallaron. Griselda se asomó al exterior. Delante del cementerio, un pequeño grupo de personas se enjambraba en torno al pastor de ovejas John Blanchard, que hacía gestos amplios con una mano y sostenía uno de esos artilugios informáticos pequeños y planos con la otra; una tableta, lo llamaban. Griselda se echó el paño de cocina al hombro y salió a la puerta. La campanilla tintineó sobre su cabeza.

Por increíble que pareciera, el pastor de ovejas estaba predicando.

—¡Perdición! ¡Perdición! ¿No os lo advertí cuando aparecieron luces en el cielo nocturno a principios de este mes? ¿Y no es cierto que ahora la bruja ha matado al perro del médico? Os lo dije, pero no me escuchasteis. ¿No es cierto que los búhos han volado durante el día, que ha hecho sangrar la tierra y que los caballos del médico se han desbocado?

—Sí —dijo uno de sus oyentes—. ¿No es todo culpa de ese doctor Grant, con ese pico de oro que tiene?

—No —respondió John Blanchard—, porque no es el único que debe soportar la ira. Mis ovejas están inquietas desde el nacimiento del Cordero de Dos Cabezas. Se niegan a comer. ¿No le dijo el Señor a Jeremías que el pueblo sería castigado porque sus antepasados Lo habían abandonado? ¿Y no dijo que el castigo tendría cuatro caras: la plaga, la espada, el hambre, y, eh…, eh… —El pastor de ovejas tocó la pantalla de su tableta. Como no respondía, la golpeó varias veces más con irritación—. ¡El exilio!

Liza Belt, la sastra, se acercó a Griselda y le dijo:

—Si se les ha ocurrido publicar el Antiguo Testamento también en forma de libro electrónico, me comprometo a comerme la biblia familiar de mi madre. Cielo santo, ¿ese es John Blanchard?

—Sí —contestó Griselda—, y tiene seguidores.

La voz de Blanchard era vigorosa y resonante, y el hecho de que estuviera predicando sobre la perdición con el confiable acento de la zona de las Highlands lo hacía más espeluznante que trivial.

—Confesad vuestros pecados y glorificad al Señor: esa es la única forma de protegerse del Mal de Ojo, buena gente. ¡Adúlteros, exponeos! ¡Homosexuales, exponeos! ¡Pedófilos, extranjeros, asesinos de hermanos, exponeos y confesad vuestros pecados! Cantemos juntos… —Le dio unos cuantos golpecitos más a la pantalla y perdió los estribos—. ¿Alguien sabe cómo funciona este puto trasto de los cojones?

—Tienes que comprarte una de verdad, no cualquier basura de Best Buy —dijo alguien entre la multitud.

—No, me la regalaron con la suscripción a *Autoweek* —dijo Blanchard con aire ausente—. Venga, ya lo tengo.

Volvió la pantalla hacia sus seguidores. Mostraba un himno religioso con karaoke en YouTube, y del pequeño altavoz surgió una melodía de órgano estridente. Pero como estaban en la calle y lejos de cualquier conexión wifi, la imagen y el sonido no iban sincronizados, de manera que la letra siempre aparecía demasiado tarde y las personas que cantaban con Blanchard —que no eran pocas— no podían seguir el ritmo de la música.

«Si tu Señor llegara a escuchar esto —pensó Griselda—, desearía no haber comenzado nunca Su Creación».

Poco después, varios miembros de la plantilla del HEX ahuyentaron a Blanchard y su congregación. El ambiente de nerviosismo se prolongó toda la tarde, y a las cinco y media, cuando los últimos vecinos al fin se habían marchado y Griselda Holst ya había puesto el letrero de la puerta por el lado de cerrado, se sintió agotada y aliviada.

Aquella noche, en el reconfortante crepúsculo de su casita, situada en la parte trasera de la carnicería, Griselda hizo algo que llevaba veinte años sin hacer: se medicó con alcohol. No con cerveza; Jim siempre había bebido cerveza, y a Griselda le parecía que apestaba a cebada, a sudor y a las manos de Jim. Griselda bebió vino. Y un buen vino. Había comprado la botella el año anterior en el Market & Deli por si algún día tenía invitados, pero nunca había tenido invitados, y

entonces recordó que la había escondido bajo el refrigerador de carne para que Jaydon no se la puliera. Griselda despreciaba el alcohol por principios, pero si alguna vez hubo un buen momento para violar su régimen, era aquella noche. Porque justo antes de la cena, mientras removía una enorme olla de estofado, se le había ocurrido una idea de forma tan natural que debía de llevar allí toda la tarde, hibernando: «¿Cuándo vas a descuartizarle algo? ¿Cuándo vas a llevarle tu ofrenda de sangre?».

La idea tenía un cierto equilibrio lógico que era imposible de negar. Griselda le había dado paté a la bruja. Le había entregado una cabeza de becerro muerto. La bruja se había llevado un perro vivo. Así que al parecer lo suyo no había sido suficiente: Katherine quería una ofrenda viva.

Seguro que otra persona se habría escaqueado de su deber calificando a Arthur Roth de ofrenda, pero, por algún extraño motivo, Griselda era demasiado pragmática para eso: ella le había suplicado a la bruja que visitara a Roth y acabara con él; y aunque había terminado por hacerlo ella misma, ¿no había cierta justicia poética en que lo hubiera hecho con el palo de una escoba? Pero aquello no era una ofrenda; Griselda lo tenía claro. Había actuado únicamente en su propio beneficio. Con cada golpe contra aquella cabeza miserable y mutilada, se había liberado un poco más de Jim y se había desquitado de su pasado. El intenso dolor que sentía en los músculos de los brazos, que aún le impedía elevarlos por encima del nivel de los hombros, era una liberación.

Griselda se sentó en su sillón junto a la ventana y se sirvió el vino en un vaso. Esbozó una mueca al notar el sabor amargo, pero al cabo de un tiempo se le acostumbró la garganta y ya no le parecía tan malo. Era una mujer robusta, pero no estaba habituada al alcohol, y a la mitad del segundo vaso comenzó a sentirse mareada y se le descarrió el pensamiento.

Jim solía sacrificar ganado, sobre todo para los pequeños granjeros de las Highlands que le llevaban un ternero y un par de corderos al año. En la parte de atrás del taller tenía una vieja eslinga con grilletes para colgar a los animales vivos, una trituradora manual

para hacer salchichas de cordero con tripas de cerdo, una cámara frigorífica para envejecer la carne, una máquina de ahumado y un tanque de curado para el jamón. Tras su muerte, Griselda lo había vendido todo y ahora le encargaba esas tareas al mayorista. El taller todavía olía mucho a sangre, pero ese era el olor del metal y del aceite derramado de la bici de Jaydon. La carnicería Holst ya no era un establecimiento de alta calidad, pero al menos había sido capaz de mantener el negocio abierto.

Y aunque Griselda no fuera una experta en sacrificios como su marido, sí sabía cómo se hacía.

«¿En qué te estás metiendo, Griselda? ¿De verdad quieres sacrificarle una vaca? Ya sabes cuántas puñeteras leyes hay que cumplir, porque Jim siempre se quejaba de ellas. Para empezar, no puedes transportar el animal tú misma. Un inspector tiene que venir a revisarlo todo antes de que afiles siquiera el cuchillo. Luego hacen pruebas. ¿Qué te crees, que van a marcar la casilla de "sacrificio" en sus estúpidos formularios? Si lo haces de forma ilegal, podrías perder la licencia, y si Katherine no queda satisfecha, perderás mucho más…».

Pero ¿acaso importaba de verdad algo de todo aquello? ¿O estaba escuchando la voz de la cobardía? La misma voz que antes le decía que no dejara a Jim, y mira cómo había terminado eso. Además, tampoco es que fuera a hacer el sacrificio en el taller.

Tendría que llevarlo a cabo en algún lugar del bosque.

Comenzó a revisar sistemáticamente todas las posibilidades. Conocía a unos cuantos ganaderos de la zona que podrían venderle un ternero bajo mano, y algunos de ellos seguían encargándose de matar sus propios animales, pero Griselda los consideraba competencia. Descartó esa opción. Luego recordó el follón que habían montado la semana anterior en la televisión hablando de los musulmanes del pueblo y de sus sacrificios rituales. Acababan de terminar el ramadán, o como se llamen esas cosas raras en las que les cortan la garganta a unas cabras y derraman la sangre por toda la mezquita. Seguro que esa gente le daba una cabra sin que nadie se enterara, pensó Griselda con desprecio. Pero preferiría entregar su propia sangre que mezclarse

con ellos, y además eso había sido hacía más de una semana. Ya debían de haberse quedado sin cabras.

«Te estás olvidando de lo más importante. ¿Qué crees que dirá la gente cuando te vean caminando por el pueblo con una cabra atada a una cuerda? "Ahí va esa chiflada de Griselda. ¿Qué andará haciendo ahora?". Es innegable que siempre te has aprovechado de su compasión, pero si sospechan que tienes algo que ver con la bruja, te convertirán en su chivo expiatorio.

Gracias por nada —pensó, llena de desprecio—. ¡Les estaría haciendo un favor!

¿Y qué pasa con todas esas malditas cámaras?».

Griselda se levantó y se agarró al respaldo del sillón. El salón daba vueltas amplias y nauseabundas a su alrededor. Se dirigió a la cocina tambaleándose y colocó la cabeza sobre el fregadero. Rompió a sudar.

Tenía que abandonar aquella idea. Era una locura, y demasiado peligrosa.

Llamaron a la puerta de atrás.

Durante un momento, permaneció inmóvil junto a la encimera, incapaz de pensar, abrumada por un único pensamiento que le llenó la mente de un terror ácido: era Katherine. Alguien le había abierto los ojos y había ido a exigir su sacrificio. Tendría los párpados hechos jirones por las suturas cortadas, y se apoderaría de Griselda con su mirada muerta, susurrando porque había fracasado en su deber…

Cerró el grifo y se acercó a la puerta de atrás dando traspiés. Con los dedos cerosos echó la anticuada cortina de encaje a un lado y se asomó. A la tenue luz de la lámpara exterior no vio a Katherine, sino a Jaydon, esperando impaciente y con las manos en los bolsillos. Griselda intentó reírse, consiguió quitar el pestillo de la puerta a pesar de los temblores y la abrió.

—Lo siento, no me he llevado la llave —masculló Jaydon.

—¡Tienes una pinta horrible! ¿Qué ha pasado?

Griselda escudriñó la cara de Jaydon, oculta entre las sombras. Tenía el ojo derecho hinchado y de un feo color púrpura.

—Me he metido en una pelea —dijo.

—¿Te has metido en una pelea? ¿Con quién?

—No quiero hablar de ello.

Era como si el tiempo hubiera completado un círculo. El ojo morado de Jaydon. Arthur Roth. El violento enfrentamiento que Griselda había tenido con su hijo en aquella misma cocina. Los puños de Jim golpeando con brutalidad al niño de nueve años. Jaydon había visto y experimentado violencia doméstica más que de sobra; una mirada al ojo morado de su hijo y Griselda sintió que un eructo rancio le subía hasta la nariz y se la llenaba del olor amargo del alcohol.

—Cariño, te han dado una paliza, deja que te vea…

Jaydon la rechazó incluso antes de que llegara a tocarlo.

—Mamá, ha sido culpa mía, ¿vale? —Se le quebró la voz—. Dije una estupidez.

—Pero eso no les da derecho a apalearte así, ¿no?

Jaydon murmuró algo, tiró contra una esquina la gran bolsa azul del Market & Deli que contenía su ropa del gimnasio y fue corriendo al piso de arriba, donde cerró la puerta de golpe a su espalda. Griselda lo vio alejarse, consternada, y permaneció de pie en la cocina, titubeante. Al cabo de unos minutos, tiró el resto del vino por el fregadero y se sirvió un vaso de leche. Cuando iba por la mitad del segundo vaso, se dio cuenta de la impresión que le había causado Jaydon: la impresión de que estaba muerto de miedo.

Se quedó mirando la bolsa del Market & Deli, y de repente supo lo que tenía que hacer.

Cuarenta minutos más tarde, oculta en su impermeable y con la bolsa del supermercado bajo el brazo, cruzó el jardín delantero y se dirigió hacia el coche. A lo largo de la noche se había ido levantando un fuerte viento. Condujo con entusiasmo —por decirlo con suavidad—, se salió bastante en la primera curva y se subió al bordillo en la siguiente de camino a Deep Hollow Road. Para cuando las luces traseras de Griselda destellaron una hora y media más tarde, cuando volvió a enfilar con su viejo Dodge el camino de entrada de su casa, ya quedaba poco de su errático estilo de conducción. En algún momento

de aquel trayecto en la oscuridad, Griselda había recuperado la sobriedad por completo.

Con la bolsa de la compra aferrada contra el pecho, se dirigió al taller. Cuando salió otra media hora más tarde —para entonces ya era cerca de la una—, la bolsa estaba cosida con aguja e hilo, salvo en un extremo, por el que sobresalía un denso manojo de plumas de pavo real. Se las metió bajo el impermeable.

Griselda le llevaría a Katherine la oferta de mayor calidad que estaba en sus manos procurarle… y que podía esconderse en una bolsa de la compra del Market & Deli.

Con total confianza, había recorrido Popolopen Drive hasta la granja interactiva que había cerca de la iglesia presbiteriana de Monroe. Era una atracción modesta con unas cuantas cabras, varios patos y un pavo real. Aparcó el Dodge en una plaza oscura entre dos farolas y cruzó la calle. Entonces echó un vistazo a través de la valla de malla de alambre. Ni rastro del pavo real. Se acercó un coche y Griselda se escondió de un salto detrás de un árbol. Frenética, se preguntó qué hacer a continuación. No podía presentarse con un simple pato en los brazos. Pasaron veinte minutos, estaba desperdiciando un tiempo precioso. Entonces recordó lo que había leído en casa tras buscar en Google «cómo atrapar un pavo real»: los pavos reales suelen dormir en los árboles.

Levantó la mirada y vio las plumas de la cola colgando de la sombra del gran roble que había cerca del estanque.

«¡Idiota! —se reprendió—. Si tan heroica eres, no te quedes ahí parada como un pasmarote».

Así que miró a su alrededor para asegurarse de que nadie la estaba observando, tiró la bolsa de la compra por encima de la valla y comenzó a escalarla. Griselda, cuya estatura y cuyos brazos sobrecargados jugaban en su contra, pero que contaba con el poder de la ingenuidad a su favor, logró saltarla no se sabe muy bien cómo y aterrizó en los excrementos de los pájaros con un ruido sordo. Aunque sentía las piernas débiles y temblorosas, se levantó, se sacudió las manos arañadas y se puso a manos a la obra.

Primero, tiró al pavo real del árbol de una pedrada.

El pájaro huyó entre una batahola de gritos penetrantes. Griselda se apretó contra el tronco del árbol, con el corazón en la boca, convencida de que para entonces la mitad del pueblo de Monroe ya estaría despierta. El alboroto del ave era insoportable, por no hablar de lo indigno del prestigio de aquella túnica de plumas azules que resultaba. Griselda esperó que a Katherine no le pareciera un fastidio.

Diez minutos más tarde, salió a hurtadillas de las sombras, con la manta que llevaba en la bolsa de la compra extendida y lista. El pájaro estaba delante de la valla mirándola con suspicacia. Cuando Griselda se acercó, el animal echó a correr, arrastrando las plumas a su espalda como si su cola fuera la de un vestido de noche. Griselda persiguió al pavo real hasta acorralarlo en un rincón de la granja. Si en aquel momento apareciera alguien, estaría jodida: era imposible que se hiciera pasar por la dueña, y si la llevaban ante la policía, tendría que explicar qué significaba todo aquello. Pero Griselda tenía una fe tan ciega en Katherine que ni siquiera echó un vistazo a lo que la rodeaba. Arrojó la manta sobre el pájaro y después le lanzó todo su peso encima.

De vuelta en Black Spring, atravesó a toda prisa la cerca del sendero que empezaba detrás de la antigua residencia Hopewell, al pie de la montaña Bog Meadow. Se estremecía ante la perspectiva de tener que adentrarse en el bosque, donde reinaba la oscuridad más absoluta y donde estaría a solas con el viento y con Katherine. Pero Griselda se obligó a no pensarlo y continuó su camino. El pavo real guardaba silencio en la bolsa de la compra. A Griselda le daba miedo haberle roto el ala en el asalto; había hecho un ruido similar al de pisar una caja de huevos. El ave había emitido un gemido siniestro, pero a mitad del viaje de vuelta se había quedado dormido. De vez en cuando Griselda se aseguraba de que seguía con vida metiendo una mano en la bolsa para sentir el movimiento de su cuerpecillo delicado.

Abrirse camino a través de la noche negra como la pez fue una locura, pero al final encontró a Katherine justo donde la HEXApp decía que estaría: en el bosque de detrás de los campos de Ackerman's Corner. Estudiando el mapa, se había formado una idea aproximada de cerca de qué senderos estaría Katherine, pero Griselda no quería

arriesgarse a tomar esos caminos, porque ahora estarían más vigilados que de costumbre, incluso de noche. Así que caminó entre el sotobosque, tan denso que tuvo que darse la vuelta en varios puntos. La ofrenda que llevaba en los brazos se hacía más pesada a cada paso. El olor a lodo, a moho y a descomposición forestal era casi insoportable. El cuerpo rechoncho de Griselda gritaba de dolor, y ella jadeaba de cansancio. Estaba a punto de darse por vencida cuando Katherine apareció de repente justo delante de ella, apenas perceptible en la oscuridad opaca.

A Griselda se le heló la sangre.

—Me has asustado, Katherine —dijo con la boca seca—. Soy yo, Griselda.

El eco de su propia voz en la oscuridad hizo que se le erizara el vello, y tuvo que hacer acopio de una tremenda fuerza de voluntad para no ceder al impulso primitivo de poner pies en polvorosa. La bruja estaba allí, una silueta negra, inmóvil, todo lo que la rodeaba impregnado de muerte.

Griselda miró en derredor. Estaba en medio de un grupo de pinos altos y viejos. No paraba de repetirse que el hechizo de los arroyos no era más amenazador allí que en cualquier otro lugar, que sólo tenía que bajar la montaña para volver al entorno familiar del pueblo, lejos del poder impío y malévolo que parecía merodear por allí. Katherine había acudido a aquel lugar siguiendo un instinto antiguo. La bruja sería buena con ella si Griselda era buena con la bruja.

Se dejó caer de rodillas y la rótula izquierda se le hundió en algo viscoso. Retrocedió sobresaltada, como si le hubiera dado un calambrazo. Con cautela, tentó el suelo oscuro del bosque hasta que sintió algo húmedo, tibio y elástico. Las manos de carnicera de Griselda no tardaron en reconocer de qué se trataba: un corazón de cerdo. De repente se sintió furiosa, incluso ofendida, y eso apaciguó su miedo. Alguien se le había adelantado. ¡Cobarde asquerosa! Quien hubiera sido debía de estar intentando ganarse el favor de Katherine. Sin ningún cuidado, lanzó aquella cosa repugnante hacia los arbustos y se limpió las manos en los pantalones.

Ahora que el altar estaba libre, se arrodilló ante su diosa.

—Oh, vaya. Lo siento mucho, Katherine. Puede que no sea tan buena oradora como Colton, como John Blanchard o como cualquiera de los demás, pero mis intenciones son buenas, tenlo en cuenta. Mis sacrificios no eran los adecuados, y quiero darte las gracias de rodillas por habérmelo señalado. Debería haberme dado cuenta. Por favor, acepta mi ofrenda de paz; es la más bella que se me ha ocurrido. —Con tímido orgullo añadió—: Es un pavo real.

Katherine permaneció inmóvil en la oscuridad. Griselda se levantó y se sacó un rollo de cuerda de cáñamo del bolsillo del impermeable. El pavo real se agitó con nerviosismo en la bolsa de la compra y comenzó a gluglutear suavemente.

—No quiero pedirte demasiado, pero ¿crees que podrías hacer que todo volviera a ser como antes? Me refiero a lo del arroyo y todo eso… Sé que no pretendías causar ningún daño, pero a la gente del pueblo le has puesto los pelos de punta; y a mí también, si te soy sincera. Te he traído un sacrificio vivo, tal como querías. Sé que un órgano repugnante como ese no te sirve de nada. De todas formas, ¿quién se ha traído esa cosa nauseabunda hasta aquí? Si lo averiguo, le daré su merecido a esa zorra, ¡no te preocupes por eso!

Griselda comenzó su tarea. Se había dejado los cuchillos de carnicero en casa, porque las últimas piezas del rompecabezas habían encajado de forma repentina en su sitio a la vuelta de la granja interactiva. ¿Y si Katherine no se sentía del todo satisfecha cuando se le formara un charco de sangre caliente a los pies descalzos? En ese caso su ofrenda podría malinterpretarse por completo. Tendría que hacerlo de una manera limpia y digna, y Griselda no tardó en descubrir cómo.

Arrancó dos metros de cuerda y ató un extremo alrededor de las dos asas de la bolsa de la compra. Luego se sacó un par de tapones de cera del bolsillo —antes se los ponía todas las noches por los ronquidos de Jim, y ahora seguía haciéndolo por costumbre—, pero entonces se dio cuenta de una cosa que la hizo parar en seco.

La bruja no estaba susurrando.

Fue entonces cuando Griselda cobró conciencia de lo absoluto que era el silencio del bosque.

Se volvió hacia Katherine, aguzó el oído y contó hasta sesenta. Silencio.

Conmovida y abrumada hasta lo más profundo de su ser por algo que, en resumidas cuentas, debía de ser lo más cercano a la amistad que Griselda había conocido en su vida, se besó las manos desnudas y le mandó el beso a la bruja con aire reverencial.

—Gracias, querida —dijo con la voz temblorosa—. Gracias por darme la bienvenida.

Ya sin miedo y más dispuesta a acercarse, Griselda pasó el cáñamo por uno de los eslabones de las cadenas de hierro que rodeaban el cuerpo de Katherine, con mucho cuidado de no tocarla a pesar de todo. Ató el extremo que le quedaba a una rama larga y gruesa situada detrás de la bruja. A continuación, le dio vueltas a la cuerda alrededor de la rama hasta que quedó tensa; luego tiró de ella como si fuera un sedal de pesca hasta que la bolsa de la compra se alzó del suelo. En cuanto quedó colgando del cuerpo de la bruja, el pavo real estalló en un sinfín de alaridos helados. Griselda abrió los ojos de par en par, dos protuberancias en la oscuridad. Allí, en el bosque, el chillido del pájaro no parecía fuera de lugar, sino terrible y melancólico, como la llamada de un hombre muerto. La mujer gimió, pero siguió adelante. Con todas sus fuerzas, levantó la bolsa de la compra todo lo posible y luego comenzó a enroscar la cuerda tensa alrededor de Katherine al mismo tiempo que la desenrollaba de la rama. Cuando quedó bien ceñida en torno a la bruja, la carnicera anudó el otro extremo a las asas de la bolsa de la compra.

Con gran alivio, se detuvo para recuperar el aliento. Lástima que estuviera tan oscuro, porque le habría gustado ver el resultado de su arduo trabajo. Pero no le quedaba ni la menor duda de que Katherine se sentiría satisfecha. Cuando más tarde, esa misma noche, le llegara el momento de desaparecer, el pavo real de la bolsa de la compra ardería y se elevaría como un ave fénix.

Una vez más, Griselda se acercó.

Esta vez, para recolocarle las plumas.

QUINCE

Justo antes de las siete y media de la mañana del lunes, Marty Keller llamó para decirle que sería mejor que subiera de inmediato, y antes incluso de que Robert Grim pusiera fin a la conversación, su mente se distrajo y comenzó a regodearse en una tentadora fantasía en la que le arrancaba el escroto de un mordisco a Colton Mathers, lo escupía y le machacaba los testículos convulsionantes con un mazo de croquet sobre la vieja tabla de carnicero de su madre. No era un pensamiento muy tranquilizador, pero aun así le proporcionó una satisfacción triste.

Tras la llamada, Grim y Warren Castillo se pusieron un poncho impermeable y subieron la montaña a toda prisa por Old Miners Road. Era una mañana turbia y el viento comenzaba a soplar con fuerza. No había ni un alma por la calle. Los que no tenían que ir a trabajar cerraban las puertas con llave y echaban las cortinas para protegerse de la tormenta. Muchos de los que sí tenían que ir a trabajar llamaban para decir que estaban enfermos, según informaba Lucy Everett —las líneas telefónicas estaban tan al rojo que sólo había podido controlarlas mediante comprobaciones aleatorias—. Grim sabía que la tormenta que la gente temía de verdad no se estaba formando fuera, sino dentro. Había percibido la angustia de los vecinos, y por fin había comenzado a afectarle a él también.

«Katherine, ¿qué estás tramando, muchacha? ¿Quién te ha hecho perder los estribos?».

A Warren, que tenía casi diez años menos que Grim, le costaba

seguirle el ritmo mientras avanzaban por el arcén mojado.

—¿Crees que va a ser muy horrible? —preguntó entre jadeos.

—No será nada que no podamos superar —contestó Grim, pero su voz sonó extrañamente hueca.

El sábado por la tarde, después del desquiciante suceso de los caballos de Grant, Grimm llegó a pensar que tenía la situación más o menos bajo control. Había estado a punto de darle un ataque al corazón cuando ocurrió, sí, pero el animal no pretendía causar más daño y no había tardado en calmarse. Un pánico ciego se había apoderado del semental, que se escapó, quizá se asustó de su propio reflejo y saltó contra él. Grim se había encargado de que trasladaran a los dos caballos de los Grant al prado de Saul Humfries, al otro lado del pueblo…, porque el origen de su terror sobrenatural estaba justo detrás de su establo, donde el Philosopher's Creek pasaba junto a la propiedad de Steve Grant.

Cuando Grim vio lo que estaba pasando en el arroyo, comprendió que la situación no estaba para nada bajo control. De hecho, la situación nunca había estado tan sumamente jodida.

Mathers le había dicho que quería mantenerlo en secreto, y Grim casi había explotado.

—Mira —le dijo—, tengo animales que se desbocan, tengo un perro que se ha suicidado y Mount Misery está excretando su condenada placenta. Tú ve y esparce migas de pan por el bosque encantado; yo voy a informar de esto a The Point.

—No harás tal cosa, Robert —soltó el viejo concejal con esa pasión obstinada que sólo se ve en los niños muy pequeños y los fanáticos religiosos peligrosos.

Pero el jefe de seguridad también captó un dejo de duda en su voz y unos profundos cimientos de vejez exhausta.

—No tenemos elección. Katherine nunca hace el menor caso a las mascotas. Por primera vez en ciento veinte años ha cambiado su patrón, y nadie sabe por qué ni adónde va a llevarnos esto.

—Exacto. Y por eso tenemos que averiguar qué ha pasado antes de tomar una decisión precipitada. Esto es asunto del pueblo. Black Spring siempre se ha cuidado solo, y ahora también nos cuidaremos

solos.

—¡Pero es que no sabemos, ese es el problema! —gritó Grim con desmayo—. Esta es una situación única y a todas luces inestable. La gente está cagada de miedo. ¿Y quién no lo estaría? Tenemos que alertar a las autoridades por si todo va a peor.

—El señor Mathers tiene razón, Robert —intervino Adrian Chass, otro de los miembros del Consejo—. ¿Qué van a hacer por nosotros en West Point, aparte de mirar cómo se descontrolan las cosas desde detrás de sus ventanas a prueba de balas?

Griselda Holst asintió con vehemencia y dijo:

—Confía en el Señor.

—Esto es un puto desastre. —Grim negó con la cabeza—. Lo siento, no puedo estar de acuerdo. Es mi obligación.

Los dedos huesudos de Mathers se deslizaron en torno a la muñeca de Grim como una serpiente venenosa.

—La decisión del Consejo es vinculante, Robert. Si te niegas a obedecer, te despediré de tu puesto.

Grim se cagó en Colton Mathers y en la partera que lo trajo al mundo. Tampoco podía decirse que él tuviera en muy alta estima a la gente de The Point: había presentado sus informes año tras año, obediente, pero por lo general no los consideraba más que un grano en el culo burocrático cuya amistad había que mantener para que el dinero siguiera fluyendo. Pero ahora las cosas eran diferentes. Grim quería enviarles una muestra de agua del arroyo para que la mandaran a analizar a un laboratorio lo antes posible. Quería que…, bueno, quería que lo supieran. A lo mejor no servía para nada más que aumentar la apariencia de seguridad, pero le parecía que era lo correcto. La mierda del agua del arroyo le había provocado a Grim un grave ataque de desasosiego extremo, y cualquier resquicio de razón al que pudiera aferrarse era más que bienvenido.

Pero Mathers estaba asustado, y el miedo anulaba la razón lúcida. Volvía impredecible al concejal, lo acorralaba. Y al igual que Steve Grant, Grim comprendía las consecuencias potencialmente peligrosas de todo ello: el primitivo impulso humano de canalizar el miedo, de transformarlo en rabia… y encontrar un chivo expiatorio.

Era una devoción rayana en el fanatismo, y estaba surgiendo por todo el pueblo. ¿Quién se había burlado de la bruja? ¿Qué había cambiado para que le hubieran entrado ganas de castigarnos? Todo el mundo buscaba a su alrededor algún acontecimiento reciente e inusual y establecía la conexión obvia. La Quema de la Mujer de Mimbre. La afluencia de forasteros durante el festival. La vecina de al lado, que había pintado la valla de su jardín de ese horrible color terracota. El doctor Grant… porque, a fin de cuentas, era su perro.

Colton Mathers le echaba la culpa a la sangre que manchaba las manos de la esposa del carnicero desde el miércoles anterior a las cinco y pico de la tarde. Grim sólo podía conjeturar lo que había sucedido, pero fuera lo que fuese, no podía considerarse *kosher*. Habían encontrado a la tal Holst en un profundo estado de choque al lado de Roth… y ahora, los desvaríos de Katherine. Para Mathers, era obvio.

«Es demasiado honor para ti, puto orco —pensó Grim—, eso de tener línea directa y exclusiva con Dios y además influencia sobre la bruja».

En cualquier caso, Mathers había hecho que enterraran a Roth en el bosque —el cadáver envuelto en una bolsa de basura sellada con cinta adhesiva— y no se había informado de su muerte a The Point. Ahora se trataba de esperar a que sucediera el desastre. Colton Mathers quería mantener al margen a los servicios de inteligencia. El Consejo votó —cinco a favor, dos en contra— y Grim estaba entre la espada y la pared.

Desde que la sangre apareció por primera vez el sábado, los siete miembros de la plantilla del HEX habían estado en alerta máxima para controlar la situación. Les informaron de que en el Spy Rock Valley Creek, que desembocaba más hacia el oeste, en el emplazamiento de la histórica noria de molino que había frente al ayuntamiento, se estaba produciendo el mismo fenómeno. Cuando el sol salió el domingo por la mañana, ofreció un panorama desolador: por primera vez desde su restauración en 1984, la noria había dejado de girar. Se levantaron vallas para impedir la entrada a los senderos de la reserva, tanto allí como en Mount Misery. Los arroyos continuaban sangrando.

No tanto como para saturar el agua, así que seguro que podrían haberles dicho a los excursionistas que había óxido en los manantiales, pero Grim no quería correr riesgos. Nadie sabía si la contaminación era dañina ni cómo evolucionaría la situación. A los animales les daba mucho miedo, y Grim confió de inmediato en el instinto de la fauna.

Para empeorar las cosas, el domingo hizo un día precioso, así que tuvieron que mandar a muchos excursionistas a otros lugares. Grim había apostado un ejército de voluntarios con uniformes de la Policía Estatal en todas las barreras, y estos les habían dicho a los excursionistas que la Academia Militar estaba llevando a cabo un simulacro a gran escala con armas de fuego. Y claro que hubo disparos: salían de la biblioteca de efectos de sonido del HEX.

Durante las primeras veinticuatro horas, tuvo a tres personas siguiendo a Katherine como una sombra. Al principio se había aparecido en un escobero de Sutherland Drive (el descubrimiento se produjo por pura casualidad cuando el perro salchicha de la casa empezó a abalanzarse contra la puerta del armario con una rabia furiosa). Luego había ido a pasearse un poco arriba y abajo por los campos empinados y cercados de Ackerman's Corner, y el domingo por la noche, se había quedado en el bosque. Era su viejo patrón aleatorio, nada que indicara un cambio de comportamiento. El frío se había recrudecido y los escoltas estaban más aburridos que una ostra, así que Grim los había enviado a casa.

Aquel, según se vio más tarde, había sido su mayor error desde que el domingo se quedó sin café y se pasó al Red Bull. Robert Grim se sentía como si tuviera una sobredosis de cafeína y estuviera a punto de estallarle una arteria.

Llamó a Marty, quien guio a Grim y a Warren a través de los bosques lluviosos. El chico llegó corriendo hasta ellos, presa de una gran agitación, con las zapatillas empapadas y una cara que tenía grabado todo lo sucedido la noche anterior.

—Sólo un poco más arriba —jadeó—. Robert, esto es una puta locura…

«Cristo en bicicleta», pensó Grim cuando lo vio. La mandíbula

estuvo a punto de estampársele contra el suelo empapado del bosque.

La bruja estaba de pie entre los helechos, chorreando, su forma menuda encharcada y oscurecida por el agua de lluvia. Durante una fracción de segundo, incluso evocó la ilusión de estar en un mercado de aves de corral con un pavo real bajo el brazo. «¿De verdad estoy viendo eso?», pensó Grim con incredulidad…, pero luego se dio cuenta de que alguien le había atado alrededor de la cintura una bolsa de la compra azul, cosida, de la que sobresalía con orgullo un enorme abanico de plumas de pavo real. Un sinnúmero de ojos verdes y azules con las pupilas oscuras los observaban a los tres, como si la propia Katherine hubiera abierto los ojos y los estuviera intimidando con la mirada.

La idea fue como una bofetada en la cara para Grim. Si el jefe de seguridad hubiera visto a la bruja en medio de los *nazar boncuğu* —los amuletos azules en forma de lágrima que protegen del mal de ojo— en la sala de estar de los Şayer hacía unos días, se habría sorprendido de inmediato por el inquietante parecido con lo que estaba viendo en ese momento. Pero no la había visto, y Robert Grim no había experimentado en toda su vida un presagio tan intenso de un poder en aumento…, un poder malo.

—El pájaro sigue vivo —dijo Marty.

—Tienes que estar de coña —replicó Warren.

—Va en serio. Acabo de oírlo titar. O gluglutear. O lo que sea que haga un pavo real.

—Venga ya —glugluteó Grim.

—Y eso no es todo —prosiguió Marty—. Había un órgano tirado entre los arbustos; creo que es un corazón de animal, pero no soy anatomista. Y luego tenemos ese muñeco de palitos de allí —señaló hacia una especie de aspa trenzada de ramitas de sauce que colgaba de una rama no muy lejana—, que bien podría estar recién sacado de *El proyecto de la bruja de Blair*. No lo entiendo, porque en la película era una cosa terrible que pertenecía a la propia bruja, y ¿por qué iba a querer alguien regalarle algo así? Ah, y también hay cupones de descuento del supermercado.

Grim y Warren lo miraron con fijeza.

—Hay algo escrito en la parte de atrás. La lluvia lo ha emborronado, pero creo que son versículos de la Biblia.

El pavo real de la bolsa dejó escapar un grito lastimero.

—¡Hijos de puta! —siseó Grim—. Marty, llama a Claire. Pídele que emita una alerta que diga que la situación está bajo control y que el contacto con la bruja sigue estando prohibido. Que mencione el Decreto de Emergencia y lo que le espera a la gente si lo ignora. Dile a Claire que busque todas las grabaciones de seguridad relevantes. Quiero encontrar a los gilipollas que han hecho esto y colgar su cabellera de la pared.

Se sacó el cúter del bolsillo del abrigo y dio un paso al frente.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Warren.

—Pues cortarlo, ¿qué voy a hacer si no? Estos graciosos no tienen ni idea de en qué se están metiendo. Ya se está poniendo nerviosa, y si la gente empieza a atarle mierdas al cuerpo, a saber qué hará a continuación. ¿Y si alguien cae fulminado de un derrame cerebral, como esos viejos del 67? ¿En qué coño estarían pensando?

—Tú ten cuidado, ¿vale?

Grim se dio cuenta de que los labios hundidos y muertos de la bruja, donde se habían acumulado turbias gotas de agua de lluvia, se movían de forma sutil. Eso hacía que las puntadas húmedas de la comisura izquierda de la boca se le tensaran. Se concentró en la voz de Marty Keller, que ya estaba hablando con Claire por teléfono, y en el sonido de la lluvia en el bosque. La bruja estaba susurrando, pero Grim no prestó atención, sino que forzó la entrada violenta de Katrina & the Waves en su cabeza para evitar escuchar las palabras de Katherine.

Se aclaró la garganta y avanzó otro paso. El pavo real de la bolsa azul se revolvió un poco. Un escalofrío le recorrió el plumaje. Las manos de Katherine colgaban sin fuerzas a sendos costados de la bruja. Grim extendió la mano con el cúter…

… y la bruja se aferró a las plumas del pavo real.

Robert retrocedió de un salto, se tambaleó y Warren Castillo lo estabilizó. El jefe de seguridad dejó escapar un grito sofocado. Había sido un movimiento decidido, hecho de forma deliberada, ya que las

plumas de la cola del pobre pájaro sobresalían justo al alcance de un rápido giro de su muñeca, y ahora los dedos delgados y cadavéricos de Katherine se cerraban a su alrededor como una trampa para lobos. Mientras los tres lo observaban, la vida del pájaro se desvaneció. El verde y el azul brillantes se evaporaron de los ojos del pavo real y se apagaron hasta transformarse en un gris lúgubre. Las finas plumas que los rodeaban se enroscaron hacia dentro, se convirtieron en polvo y se disolvieron en el viento.

El animal no se elevó como un ave fénix, se asó como un pollo. De la bolsa de la compra brotaban finas volutas de humo que desprendían un espantoso olor nauseabundo, no a quemado, sino a chamuscado, como si un trozo de carbón seco se te hubiera roto en la garganta y te hubiese llenado la tráquea de ceniza caliente. Grim imaginó que así debía de oler al abrir una vieja tumba en Pompeya.

—Te…, te llamo enseguida —tartamudeó Marty, y le colgó el teléfono a Claire—. Joder, ¿habéis visto eso? Pero… ¿lo habéis visto?

Nadie se molestó en contestar. Katherine continuaba enfrentada a ellos, inmóvil. Había algo en la forma en que sostenía al pájaro indudablemente muerto que les daba la impresión de que se estaba burlando de ellos, como si con ese sencillo gesto les estuviera recordando quién mandaba allí, en Black Spring. Grim intentaba recurrir a la razón, pero sentía que el mundo se escoraba de forma peligrosa, se enderezaba y luego se deslizaba hacia el otro lado. Era presa de un pánico estrangulador y, por primera vez en su vida, deseó con todas sus fuerzas no haber nacido en Black Spring y que Katherine fuera la maldición de otro.

Katherine seguía aferrada a su pavo real.

En lugar de desaparecer y presentarse en otra parte, como solía hacer cada siete horas más o menos, su patrón cambió. A partir de ese momento, comenzó a vagar por el pueblo, con la bolsa de la compra atada a la cintura y el manojo de plumas de pavo real muerto en las manos.

—Creo que está contenta con su ofrenda —concluyó Warren

Castillo en un momento dado, pero nadie sabía si era cierto o no.

El lunes por la noche, mientras todas las cadenas de televisión de Estados Unidos cubrían las horas previas a las elecciones presidenciales del día siguiente, el Philosopher's Creek ya se había tornado de un rojo oscuro, como si un gran tiburón blanco nadara en algún punto de las aguas y hubiera mordido a un par de excursionistas hasta arrancarles medio cuerpo.

Katherine había llegado al ayuntamiento, con su pavo real a cuestas.

DIECISÉIS

En el peor momento de su estupor tras la muerte de *Fletcher* —a la una y media de la madrugada del lunes—, Tyler estaba tumbado en la cama, desnudo salvo por los calzoncillos, con toda la piel de gallina y los pezones como nódulos oscuros y duros. Las líneas de sus costillas y músculos, por lo general suaves pero bien formadas, se veían hundidas y pálidas al resplandor del protector de pantalla de su MacBook. Tenía la mirada clavada en el techo y escuchaba el tictac metálico de las tuberías de la calefacción, que iban marcando los segundos que pasaban. Los de la ventana no irían a reparar la de la parte de atrás hasta el día siguiente, así que había corrientes de aire en la casa y los radiadores llevaban unos días trabajando horas extra.

Tyler estaba más que exhausto, pero no conseguía conciliar el sueño. Cambió de postura, se estremeció de inquietud y se subió las mantas hasta la cintura. No tenía ni idea de cómo había sobrevivido a las últimas cuarenta y ocho horas durmiendo tan poco, pero, de una forma u otra, lo había conseguido. Hacía que estuviera abatido, crispado, frustrado. No quería pasar otra noche así.

Justo antes de la medianoche, Laurie le había mandado un mensaje:

Tyler, cómo estás? Te echo de menos, dime algo, ok?
Tq, Laurie

Tyler había borrado el mensaje y apagado el móvil. No se sentía capaz de responder. Era como si Laurie estuviera en otra dimensión, donde las imágenes que no paraban de destellar en su mente en un bucle enfermizo —el pezón de Katherine, *Fletcher*, los caballos— no existían. Había entrado en una página de webcam en busca de un consuelo más fácil, pero nada lo excitaba mucho en aquel estado.

Por último, había escrito algo en el gestor de contenidos de su blog, pero, por supuesto, no lo subió a la red:

> Estoy acabadísimo. Creo que he entrado en muerte cerebral. No logro pensar con claridad. Me siento como si me hubieran pateado el cerebro, como si *Paladín* me hubiera machacado la cabeza en vez del salón. Ojalá tuviera un poco de hierba o algo así. Tengo que relajarme o explotaré. He pillado una botella de tequila de abajo y me he montado la juerga en mi habitación, una fiesta individual a lo TylerFlow95, cabronazos. Creo que voy a potar. Si no poto, no volveré a probar una gota de alcohol.
>
> No tengo ni idea de cuál se supone que debe ser el siguiente paso. Según han salido las cosas. ¿Hubris, Ícaro y toda esa mierda? Sí, culpa mía. *ALO* era mi proyecto. Preparativos adecuados, hecho. Visión articulada, hecho. Tolerancia, hecho; anticipación, hecho. Pero no hay tolerancia que valga para la locura de Jay-don, ni anticipación. Cómo le clavó esa navaja en la teta. PUTO LOCO. No quiero pensar en ello, pero no puedo sacármelo de la cabeza. Cómo le seccionó el pezón como si fuera un trozo de fruta podrida, o una piñata. ¿Por qué dejé que se nos uniera Norman Bates?
>
> Es PELIGROSO. Punto final. Mantente apartado de su camino. No te dejes tentar como ayer. Todo un hombre de pelo en pecho cuando te pusiste a defender tus derechos. No le importó una puta mierda. Como si entendiera por qué se merecía un puñetazo en la boca. Acojonante, ¿no? Viste cómo te miraba. Como si se lo hubiera buscado y lo supiera, como cuando te castigan a quedarte después de clase en el instituto.
>
> Hoy he ido al arroyo. Mi padre dice que no podemos acercarnos porque no sabemos si es peligroso o no, que mira lo que les pasó a los caballos. Pero los caballos perciben las cosas de manera diferente, y no creo que ejerza el mismo efecto sobre nosotros. Yo creo que es peligroso, pero de una forma totalmente distinta. Se te mete en el puto cerebro. Esos rastros de sangre en el agua. Como serpentinas. Te hipnotizan.
>
> Bueno, he grabado algo para el documental, pero no tengo ganas de editarlo. ¿Por qué iba a hacerlo? *ALO* está muerto y enterrado. En una tumba en el jardín de atrás, igual que Fletcher.

Uf, *Fletcher*. Papá, lo siento. Mamá, lo siento. Matt, lo siento. Sin mí, *Fletcher* seguiría vivo. Papá sabe que yo sé algo más. Lo intuyo por cómo me mira. Me lo preguntó una vez, pero no dije nada. ¿Está esperando a que lo confiese por voluntad propia? Pero no puedo, no sabría cómo hacerlo. Y lo que hizo Katherine no fue más que una reacción: *Fletcher* la atacó primero. ¿Podemos reprocharle a Katherine que quiera vengarse de nosotros? Matamos a sus hijos, la colgamos, le cosimos los putos ojos. ¿Quién no se cabrearía? Joder, ¿por qué estoy hablando como si hubiéramos sido nosotros? Paranoia. A lo mejor estoy perdiendo la cabeza. Todo se está desmoronando. Revisión de la realidad: NO HAY QUE ABRIRLE LOS OJOS JAMÁS. Tras 300 años de poderes reprimidos, explotará como una supernova.

Me estoy cagando encima. No había tenido tanto miedo en mi vida. ¿Por qué llamé a nuestro proyecto *Abre los ojos?* Es extraño que al principio las cosas tengan tanto sentido y luego te parezcan una cagada enorme.

La intención era que fuese una llamada de atención a Black Spring. ¿Por qué ahora parece una llamada de atención a la bruja?

Un crujido en el suelo de madera del rellano.

Tyler aguzó el oído, paralizado como una salamandra sobre una roca, sintiendo que se abrasaba y se helaba al mismo tiempo. El ruido se desplazó, seguido del inconfundible gemido de las juntas de la escalera: los pasos cuidadosamente ajustados de alguien que no quería hacer ruido. Tyler identificó que eran de Matt, es lo que termina pasando con los ruidos de la gente con la que convives. Se preguntó qué estaría haciendo su hermano en la planta baja; en el segundo piso también había un baño. A lo mejor había ido a por algo de comer. De pronto fue Tyler quien se sintió hambriento; no había sido capaz de ingerir nada en todo el día. Quizá un bocado de algo le quitara la acidez de estómago que le había provocado el tequila…, si conseguía mantenerlo dentro.

Siguió escuchando un rato. Silencio. Tyler se apretó los ojos con las manos hasta que vio que brotaban estrellas, pero de repente se incorporó hasta quedar sentado y los abrió como platos. Oyó pasos rápidos en las escaleras. Ruidos sordos, un golpe suave, una palabrota ahogada: Matt se había tropezado. Pasos apresurados en dirección al dormitorio de sus padres. Tyler escrutó la oscuridad y escuchó las

voces agitadas y soñolientas. No entendió lo que decían.

«La comida ha desaparecido —pensó como un idiota—. La bruja se la ha comido toda. Mañana os llevarán a Matt y a ti al bosque y os dejarán allí para que os devoren los animales salvajes».

Cuando oyó el nombre de *Fletcher*, apartó las mantas y salió descalzo al pasillo. La luz salía a raudales del dormitorio de sus padres, y Matt volvió la cabeza al oír a su hermano.

—Vete a dormir, es la una y media… —oyó gemir a Jocelyn desde debajo de su almohada.

Steve gruñó algo y Matt cambió el peso de una pierna a la otra con nerviosismo.

—¿Qué pasa?—susurró Tyler.

Matt se dio la vuelta hacia su hermano mayor.

—He soñado que oía a *Fletcher* rascar la puerta trasera. Ya sabes, como si no nos hubiéramos dado cuenta y lo hubiéramos dejado ahí fuera pasando frío. Así que he bajado a mirar, y hasta que he llegado abajo no me he acordado de que estaba muerto. Aunque seguía rascando la puerta trasera. He visto su sombra a la luz de la lámpara de fuera.

Tyler suspiró. Vio los círculos oscuros bajo los ojos de Matt. Su hermano llevaba una camiseta enorme y parecía el niño pequeño que todavía se escondía en su interior y que, a los trece años, todavía tenía todo el derecho de aparecer de vez en cuando…, como por ejemplo cuando tenía una pesadilla.

—Tío, estás soñando —le dijo—. Vete a dormir.

—Pero la luz de fuera se ha encendido, Tyler, y eso significa…

Entonces lo oyeron: un ladrido tenue, a lo lejos, que parecía proceder del bosque de detrás de la casa. Durante un segundo, Tyler pensó que era el único que lo oía en su cabeza, un sonido fantasma que emergía de las profundidades de su mente exhausta como una especie de reacción psicológica a lo que había sucedido a lo largo de los últimos días. Porque sí, se parecía al ladrido de *Fletcher*, eso era innegable. Pero entonces lo oyó de nuevo, esta vez más nítido y próximo, como si el perro que lo emitía estuviera cerca del establo de los caballos en el jardín trasero, y ya no le cabía duda: era el ladrido

de *Fletcher*.

Todos se pusieron en marcha de una forma tan repentina que resultó casi cómico: Tyler bajó las escaleras a toda velocidad, seguido de cerca por Matt, y luego por Steve y Jocelyn, que habían salido de la cama a trompicones. Ya abajo, Tyler atravesó el rectángulo de gélida luz de luna que se filtraba por la puerta trasera y chocaba contra los azulejos. Vio que la luz exterior estaba apagada. La lámpara tenía un sensor de tiempo y movimiento, así que si antes se había movido algo, ahora ya no estaba. La planta baja estaba anormalmente oscura porque el tablero que cubría la ventana del comedor impedía la entrada de luz. Todavía no habían comprado una mesa de comedor nueva, y la oscuridad vacía y tapiada resultaba sombría, como el viejo cuarto de calderas de una fábrica.

Tyler descorrió el pestillo de la puerta trasera y giró la llave. El aire frío del exterior le heló la piel desnuda en cuanto abrió la puerta. Matt se colocó a su lado serpenteando y escudriñó el exterior.

—Chicos, os va a dar algo —dijo Jocelyn, pero Matt levantó un dedo y dijo:

—¡Chis!

Ladeó la cabeza y escuchó.

Silencio.

Entonces los ladridos se reanudaron, más apagados y sin embargo más «presentes» ahora que las paredes no amortiguaban el sonido. Procedían de la izquierda, de algún rincón de la inmensa oscuridad que era Mount Misery. Tyler se quedó sin aliento y Matt se dio la vuelta con una mirada cerril en los ojos.

—¡Es *Fletcher*!

—No seas ridículo, Matt —dijo Steve en tono pragmático.

Se situó en la entrada junto a sus hijos. Los ladridos se habían movido, esta vez hacia la derecha. No parecían alegres, el tono que empleaba *Fletcher* siempre que le lanzaban una rama y él corría tras ella. Tampoco parecían de enfado… «Atormentados» era la palabra correcta, y un poco tristes. Aun así, ese sonido… ¿Podías reconocer a un perro por sus ladridos, igual que distinguías las voces de las personas…, estando en la oscuridad, nervioso y asustado? Porque por

supuesto que no podía ser *Fletcher*. Habían enterrado al perro el sábado por la tarde, y ahora estaba al fondo del jardín de atrás, envuelto en una manta de lana, en un hoyo poco profundo detrás del establo de los caballos. La tierra estaba húmeda, así que la manta ya habría empezado a enmohecerse; puede que las encías del animal ya se hubieran descompuesto, y las manchas blancas de su pelaje ya no serían blancas.

Los ladridos lejanos se convirtieron en un aullido agudo y fantasmal, y Tyler sintió que se le helaban hasta los huesos.

—Escuchad bien… Claro que es *Fletcher*… —susurró Matt sin poder controlarse.

—*Fletcher* está muerto, Matt —insistió Tyler—. Y, además, eso ha sonado muy distinto. ¿Lo habías oído aullar así alguna vez?

—No, pero tampoco había estado muerto nunca.

No había manera de rebatir la lógica de un tonto, y aquello hizo que las comisuras de la boca de Tyler le supieran a chatarra. Matt inclinó el torso hacia fuera y comenzó a llamar al perro muerto por su nombre, intentando no gritar a pesar de los nervios. A Tyler le habría resultado imposible explicar por qué aquello le horrorizaba tanto, pero así era, de modo que tuvo que darse la vuelta, temblando. Hasta Steve pareció sentirlo, porque agarró a Matt por la cintura y lo metió dentro.

—¡Basta ya! —siseó—. ¿Qué narices pensarían los vecinos si te oyeran? Hay un perro suelto por ahí, pero no es *Fletcher*. *Fletcher* está muerto.

—¿Y si es ella? —protestó Matt—. Si puede hechizar el arroyo, puede… No lo sé. ¡Ella lo mató!

Steve se quedó desconcertado. Jocelyn se rodeó el cuerpo con los brazos —sólo llevaba el camisón— y dijo:

—No creo que se pareciera a *Fletcher*, la verdad…

—Quedaos dentro —dijo Steve, que se puso un par de zuecos de goma que había debajo del radiador, junto a la cesta de *Fletcher*.

La cesta seguía allí porque nadie había tenido valor para guardarla en el cobertizo. Era una muestra de dolor humano, pero ahora parecía más siniestra, como si de manera inconsciente hubieran estado esperando por razones que no terminaban de entender del

todo… y sobre las que quizá no tuvieran control alguno.

Steve salió y Tyler se escabulló tras él. Jocelyn lo llamó, pero el chico cerró la puerta y echó a correr detrás de su padre. El frío húmedo lo golpeó como un mazazo. Fuera hacía menos de cuatro grados, y los azulejos del jardín sobre los que caminaba descalzo estaban cubiertos de hojas húmedas que hacían que el frío le subiera por los tobillos y se esparciera hasta por el último centímetro de su cuerpo. Tyler comenzó a tiritar de manera incontrolable. Se aferró a su cintura, intentando transmitirse calor. No sirvió de nada. Steve se volvió hacia el ruido y estuvo a punto de decir algo, pero cambió de opinión. A Tyler le pareció ver un atisbo de alivio en los ojos de su padre.

Los ladridos habían cesado. Sólo se oía el crujido del viento y el murmullo del arroyo ahí fuera, en la oscuridad… El arroyo, donde la sangre ya no sería roja, sino negra. Había luna llena y el aliento de padre e hijo se condensaba a su alrededor formando volutas blancas y luminosas.

Entonces oyeron de nuevo los ladridos, esta vez más sumergidos en el bosque, y de repente Tyler supo con irracional certeza que se trataba de *Fletcher*. Era imposible y era cierto. En una fría noche de cuento de hadas como aquella, esas cosas bien podían ser ciertas.

—Entiendo por qué Matt ha creído que era *Fletcher* —dijo Steve de pronto con una voz extrañamente monocorde—. Es verdad que parecen sus ladridos. Pero todos los perros de tamaño mediano ladran igual. Hay decenas de perros en la ciudad, y podría ser cualquiera de ellos.

En la oscuridad, Tyler no diferenció si la actitud desenfadada de su padre era sincera o no, ni si estaba tratando de convencerse a sí mismo.

Volvió a hacerse el silencio.

Continuaron prestando atención durante varios minutos, pero no hubo más ladridos. Steve se dio la vuelta y dio la sensación de que tomaba una decisión.

—Si ese perro anda suelto, tendremos que cogerlo antes de que ocurran más desgracias —dijo—. Voy a enviarle un mensaje a Robert

Grim. ¿Vuelves dentro conmigo?

Tyler pensó en el aullido que habían escuchado antes. Echó la cabeza hacia atrás y miró las estrellas frías para ahuyentar los pensamientos inquietantes que le revoloteaban en la cabeza. Luego estudió el jardín trasero y distinguió las formas del corral de los caballos; el montículo que era la tumba de *Fletcher*; el establo, ahora vacío y oscuro. Allí se movía algo. Al borde del tejado acechaba un gato blanco como la nieve: agazapado, a la caza.

Steve le tocó el brazo y le dijo:

—Vamos, te estás congelando.

Cuando Tyler volvió a mirar, el gato había desaparecido.

—¿Qué pasa? —preguntó Steve.

—Me ha parecido ver un gato blanco. En el tejado del establo.

—Debe de haber sido la luz de la luna.

Tyler se quedo quieto un instante, luego se dio la vuelta.

Los guijarros del sendero resplandecían a la luz de la luna llena como si les estuvieran mostrando el camino a casa.

No se denunció la desaparición de ningún perro en el pueblo, y nadie más había oído los ladridos. Cuando Tyler volvió a casa del instituto, Steve le dijo que el arroyo había dejado de sangrar aquella mañana, y que para el mediodía el agua estaba tan cristalina como siempre lo había estado. La gente del HEX peinó el bosque con gran empeño, pero no descubrió nada fuera de lo normal. Se sentían muy optimistas. Steve suponía que el perro escapado debía de haber llegado desde Mountainville o Central Valley, al otro lado de la reserva, y que sin duda ya estaba de vuelta con su amo. Cuando se marcharon los de la ventana, Jocelyn y él se fueron al Warehouse Furniture Showroom de Newburgh y eligieron una mesa nueva para el comedor. Hasta que se la entregaran, bajaron la vieja mesa de pino del desván. La intensa atmósfera de «nuevo comienzo» que se desprendía de todo aquello hacía que Tyler se sintiera inseguro. A esas alturas, los vecinos del pueblo estarían aliviados de que todo volviera a ser como antes, porque a ellos les bastaba con eso.

Tyler no se sentía aliviado. Estaba más inquieto que nunca, y una creciente sensación de desesperación se cernía sobre él. Todo lo que le rodeaba estaba mal, alterado.

Había tardado mucho en dormirse aquella noche. Se había sentado en la ventana de su habitación, con las mantas echadas sobre los hombros y la pálida luz de la luna reflejándose en sus ojos, y había oído la voz de su hermano pequeño: «No, pero tampoco había estado muerto nunca». Esas palabras le volvieron a la cabeza en el instituto, durante la clase de geografía, cuando recibió un MP de Lawrence:

> Oíste a ese perro anoche?? No sabía si decírtelo, pero me cagué encima, pensé que era Fletcher!

—Tyler, ¿necesitas contarme algo? —preguntó Steve de repente, cuando Tyler se preparaba para subir a su habitación esa noche.

Era poco más tarde de las once y las cadenas de televisión habían anunciado que Ohio era de Obama, lo que le granjeaba otros cuatro años en el cargo.

—No. ¿Por qué?

Le dedicó a su padre una mirada abierta y sincera, pero por dentro se maldijo a sí mismo. ¿Tan obvio era?

—No lo sé. Últimamente estás muy callado.

Se encogió de hombros.

—Bueno, es que han pasado muchas cosas, ¿no?

—Supongo que sí. —Steve lo miró tratando de averiguar lo que estaba ocurriendo detrás de sus ojos. Tyler se sintió casi como una valla publicitaria—. ¿Se te pasará?

—Claro.

Steve sonrió y dijo:

—Bueno, cuando estés preparado, me avisas.

Tyler se las ingenió para generar algo parecido a una sonrisa y subió corriendo las escaleras. En ese momento odió a su padre por conocerlo tan bien; fue como una puñalada ardiente y hostil, cuya fuerza le sorprendió e incluso le dolió un poco. Lo obligaba a

reconocer que las cosas cambiaban, y no siempre para bien. Rara vez para bien, siendo más preciso.

Cuando el reloj del vestíbulo de abajo dio la una, se puso los vaqueros, se embutió en dos jerséis y metió sus cosas en su bolsa de deporte Adidas: la linterna Maglite, la GoPro, el iPhone y la bolsa semillena y plegada de croquetas para perro que se había subido de la despensa a primera hora de la tarde. Otra cosa que todavía no habían tirado, aunque *Fletcher* nunca volvería para comérselas. En el rellano, aguzó el oído durante un minuto y luego decidió que no podía arriesgarse a bajar por las escaleras que crujían. Cuando se aseguró de que todo el mundo estaba dormido, abrió la ventana de su habitación con el mayor sigilo posible apoyó las manos en el alféizar y se deslizó por el enrejado inestable hasta que sus zapatillas de deporte se toparon con el borde superior de argamasa de la ventana izquierda de la cocina. Con cuidado empujó la ventana para entreabrirla. Las bisagras y el retenedor de la ventana emitieron chirridos atronadores y Tyler pensó que se le había jodido todo el plan. Sus padres se habrían despertado por completo. Lo encontrarían colgado de la hiedra y lo mandarían directo a la cama.

Pero eso no ocurrió, así que Tyler saltó, amortiguó la caída con las rodillas y rodó por el suelo.

Se coló a hurtadillas en el jardín trasero de los VanderMeer y llamó a Lawrence por teléfono. Pasaron diez minutos antes de que una cabeza adormilada se asomara al fin por la ventana; Tyler no había parado de llamarlo y había terminado tirándole piedrecitas a mala leche contra la ventana.

—Lo siento, me he quedado dormido —siseó Lawrence.

Al cabo de cinco minutos más, por fin bajó y saltó al jardín desde el techo del porche.

—Te dije que te pusieras la alarma, ¿o no te lo dije?

—No la he oído. —Lawrence se metió las manos en los bolsillos y se frotó los muslos con ellas para calentárselos—. Joder, qué frío. Bueno, ¿qué pasa?

—Nos vamos al bosque.

Lawrence dudó, como si se replanteara su promesa anterior,

como si la idea de Tyler hubiera perdido toda la lógica y el sentido ahora que la había expuesto a la luz de las estrellas que titilaban entre las nubes turbulentas.

—No sé, tío. Esta noche no he oído nada.

—Quiero asegurarme.

Ninguno de los dos habló cuando, al otro lado del arroyo, enfilaron el empinado sendero Highland, que subía por un costado de la montaña. De vez en cuando veían los LED brillantes de las cámaras de seguridad de los árboles, muy por encima de sus cabezas, pero la aplicación decía que la bruja estaba en el pueblo, no allí, en el bosque. A Tyler no le importaba lo más mínimo correr el riesgo de que los vieran los del HEX, porque el sendero lo tranquilizaba un poco, tal como los fanales de los faros debían de tranquilizar a los viejos marineros en las noches tormentosas de antaño. La oscuridad era monumental. Todos los ruidos —el chasquido de una ramita, el crujido del viento, la llamada nerviosa de un pájaro nocturno— se magnificaban hasta alcanzar proporciones espectaculares, como si la noche misma actuara a modo de amplificador natural y los bosques bulleran de vida secreta. Allí, a los diecisiete años, todavía era el niño que creía haber dejado atrás hacía mucho tiempo, y comprendía la vulnerabilidad de quiénes eran y de lo que estaban haciendo: dos niños, solos, deambulando por un bosque vasto y oscuro.

Un rato después sacó un puñado de croquetas de perro de la bolsa y comenzó a esparcirlas poco a poco por el sendero.

—Joder, tío. —Lawrence lo observó con expresión de incomodidad—. Esto me recuerda demasiado al comienzo de un cuento de hadas. Uno de los malos, de esos en los que al final te come un lobo.

Tyler sonrió un poco.

—Creo que los estás mezclando.

Hablaban como críos alrededor de una fogata: con la voz apagada, ahogada. Tyler dejó caer una croqueta y empezó a silbar con suavidad.

—¿De verdad crees que eso sirve de algo? —preguntó Lawrence.

Su amigo se encogió de hombros, y al cabo de un rato Lawrence

se sumó a él. Al unísono, sus silbidos parecían trinos de pájaro, agudos y chillones, tan frágiles y vítreos como una sinfonía muerta. A Tyler le pusieron el vello de la nuca de punta. Ambos se interrumpieron al mismo tiempo y se quedaron parados el uno junto al otro. La elipse que proyectaba la linterna saltaba de un tronco a otro.

—Me siento como un completo idiota, ¿lo sabías? —dijo con una risa tonta—. El de anoche no era *Fletcher*. Te dije que se parecía a él, pero *Fletcher* está muerto. Vimos a Jaydon azuzárselo a la bruja, ¿verdad? Así que ella se la devolvió. ¿Qué cojones estamos haciendo aquí, Tyler?

—¿Crees que Jaydon tiene miedo? —preguntó Tyler—. De que Katherine también vaya a por él, quiero decir…

—No, no lo creo. Al principio sí, por eso no se defendió cuando le diste el puñetazo en la cara. Pero no creo que la bruja quiera vengarse de él. *Fletcher* la mordió con sus propios dientes, mientras que la navaja de Jaydon estaba en un palo. No llegaron a tener contacto piel con piel.

—Creo que Jaydon es mucho más peligroso si sabe eso —dijo Tyler.

—¿Por qué?

El chico no supo contestar. Era una corazonada; una premonición, por así decirlo. Era incapaz de explicar por qué sabía que era cierto. La expresión de los ojos de Jaydon antes de clavarle la navaja de precisión en el pezón a Katherine con tanta violencia no paraba de perseguirlo, y Tyler había llegado a la conclusión de que aquello iba mucho más allá de la bravuconería temeraria, la delincuencia juvenil o incluso la locura.

Aquello era nada más y nada menos que un nuevo nivel de estar jodido.

Llevaban caminando unos quince minutos cuando Tyler frenó en seco. Habían remontado una pendiente bastante empinada, y hacia algún punto situado a su izquierda estaban los grandes afloramientos rocosos que formaban la cima de la montaña, detrás de la cual se encontraban el embalse Aleck Meadow y el mirador. El haz de luz de la linterna brillaba con intensidad sobre el impenetrable batiburrillo

de troncos de árboles y ramas caídas de la ladera, pero su alcance era de poco más de diez metros y no mostró nada. Se dio la vuelta y enfocó la Maglite hacia el camino por el que habían subido, donde el rastro disperso de croquetas de perro desaparecía en un siniestro túnel de árboles. Tyler acababa de empezar a calmarse pensando que, como en todos los cuentos de hadas, sólo tenía que seguir el rastro y desandar sus pasos por el camino para volver a casa, cuando algo se agitó en la oscuridad.

El muchacho dejó de mover de golpe el círculo de luz amarilla y prestó atención al ruido. Durante un segundo, ni siquiera supo si seguía oyéndolo. Luego: los chasquidos de la maleza, el susurro de las hojas, el movimiento sigiloso de algún tipo de animal. Lawrence ladeó la cabeza, con la boca fruncida y tensa.

Obedeciendo a un acto reflejo, Tyler metió la mano derecha en su bolsa de deporte y sacó la GoPro. La encendió y presionó el botón de *rec*. En la oscuridad, la pantalla LCD se iluminó como una mancha sólida, verde y negra.

Una vez más, oyeron el ruido, ahora en el sendero, algo más abajo. Se acercaba. Tyler sintió que la sangre se le agolpaba en la cabeza. Las palmas de las manos le sudaban y la linterna casi se le resbala de entre los dedos; la boca, por el contrario, se le había secado del todo.

—¿*Fletcher*? —susurró.

—Venga ya, no me jodas —se quejó Lawrence.

—Lo oyes, ¿no?

—Ese no es *Fletcher*, es un ciervo, o un zorro, o un puto mapache; podría ser cualquier cosa. Quiero largarme de aquí.

El sonido se desplazó hacia la derecha del sendero, dio la sensación de distanciarse por la ladera, pero volvió. Era un ruido urgente, apresurado, y Tyler sabía que no era ni un ciervo ni un mapache; lo que se estuviera moviendo allí fuera se guiaba por un instinto cazador y avanzaba por el sotobosque con unas patas rápidas que hacían crujir las ramas. Parecía que la noche respiraba, que se hinchaba, que estaba a punto de estallar. Tyler comenzó a sentir que tenía las piernas de goma. Lo que correteaba en la oscuridad, delante

de ellos, era sin duda un perro.

—Madre mía, joder, es él —dijo Lawrence con la voz ronca.

—¡*Fletcher*!

Llevado por un impulso incontrolable, Tyler hizo ademán de abandonar el sendero para adentrarse en el bosque, pero Lawrence lo agarró de la manga y tiró de él hacia atrás.

—¡No, ni se te ocurra! ¡Tú te quedas aquí!

—¡*Fletcher*! —siseó Tyler de nuevo, y silbó en voz baja.

Lawrence se le unió. Durante un instante, Tyler se imaginó que oía jadeos… y luego se convenció de que no lo había imaginado, de que de verdad estaba ahí. Otra vez el ruido. No cabía duda de que *Fletcher* estaba muy cerca, si es que era *Fletcher*, claro, pero ¿por qué actuar como si no fuera él? No podía estar a más de quince metros pendiente arriba, aunque el sonido se propagaba de maneras extrañas por la noche. Pero ¿por qué no acudía a su llamada? Tyler se imaginó a *Fletcher* por allí, husmeando en la oscuridad, ciego y sordo, con la lengua colgándole de la boca e incapaz de encontrar el camino de regreso a casa…

«No tendrás temor de espanto nocturno, ni de pestilencia que ande en oscuridad».

Era la voz de Colton Mathers y estaba en su mente, pero no le proporcionó ningún tipo de consuelo porque otra voz que apareció de la nada la siguió de inmediato, como si la mismísima Katherine susurrara en el interior de su cabeza: «Roe, roe como un ratón, mañana todos morirán».

Tyler sintió una inspiración repentina, tan fría como un puñado de hielo negro. La linterna comenzó a temblar de forma incontrolable y el chico tuvo que agarrarse a Lawrence.

—Dicen que Katherine levantó a su hijo de entre los muertos, ¿verdad? ¿No es esa la razón por la que la colgaron? ¿Tú te lo crees? ¿Crees que es capaz de resucitar a los muertos?

—Vete a la mierda.

Sonó como un sollozo.

—¿Y si ha…?

—No lo sé. Pero no creo que ese sea *Fletcher*, tío. Si es *Fletcher*,

¿por qué no viene?

—¡*Fletcher*!

—¡Para!

Un aleteo salvaje invadió el aire y un búho blanco como la nieve atravesó el haz de la Maglite a toda velocidad. Los chicos dieron un salto y se abrazaron entre gritos. El pájaro chilló y, con un poderoso batir de alas, desapareció en dirección a la desvencijada cabaña de madera del mirador, donde los muchachos habían pasado muchas noches de verano cuando eran niños y donde se hacían los mejores pícnics del mundo, pero que seguro que, si te dejabas guiar por ese búho, estaba hecha de chocolate, con las tejas de pan de jengibre y los marcos de las ventanas de azúcar blanco. Y de pronto Tyler tuvo la certeza de que no quería ver lo que rondaba a su alrededor en la oscuridad, ni siquiera aunque de verdad fuera *Fletcher*, porque si su perro estaba muerto, aquello sería un horror que le privaría de la cordura de forma instantánea.

Lo siguiente que supo fue que habían echado a correr, y Tyler oyó que algo los perseguía y reducía la distancia que los separaba con una facilidad ridícula. La linterna atravesaba el camino que se extendía ante ellos como en un extraño espectáculo de luces. A veces Lawrence tomaba la delantera, y a veces la tomaba Tyler, y se gritaban el uno al otro:

—¡No vayas tan deprisa, espérame!

En un momento dado, a Tyler le pareció oír un tintineo metálico que le recordó a la hebilla del collar de *Fletcher*.

Como no podía ser de otra manera, el rastro de croquetas terminaba no mucho más abajo: ya se sabe cómo son los rastros que deben guiar a los niños hacia el exterior del bosque. Sin embargo, por extraño que parezca, aquello alivió el pánico de Tyler, y en lo más profundo de su corazón experimentó una fuerte sensación de pertenencia, porque sabía con exactitud dónde estaban: en medio de la nada, siendo perseguidos por una pesadilla sacada directamente de un cuento de hadas, y al final del sendero estaba Black Spring. Al final del sendero siempre estaba Black Spring, allí terminaba el camino procedente del frío mundo exterior, donde nadie conocía sus nombres

ni cómo vivían.

A partir de aquel momento, su memoria comenzó a desvanecerse; su conciencia debió de desconectarse obedeciendo a un instinto de supervivencia. Al parecer habían llegado al final del sendero, porque lo primero de lo que fue consciente fue de que los dedos de los pies se le enganchaban con algo y de que se caía de cabeza al Philosopher's Creek. El agua helada le empapó la cara, le agarrotó las mejillas y se filtró por su ropa hasta llegar a la piel desnuda. Abrió la boca de par en par para gritar, pero se le llenó de arena líquida. Aquello lo devolvió a la realidad y, medio segundo después, Tyler estaba de rodillas, escupiendo y quitándose el agua de la cara a manotazos. Más tarde se daría cuenta de que en ese momento se tambaleaba al borde de la locura; la idea de haber ingerido agua y sedimentos de aquel arroyo en concreto era más de lo que cualquier persona cuerda podía soportar. Con total claridad, oyó un chasquido en su cabeza, como la apertura de unas enormes compuertas de hierro…, y entonces Lawrence lo sacó a rastras y Tyler se derrumbó en la orilla.

Tropezaron contra la cerca, recorrieron dando tumbos el sendero que llevaba hasta el jardín trasero y se desplomaron en el césped delante del establo de los caballos, exhaustos por completo.

Y como era la única reacción concebible a la locura, se echaron a reír.

—Ahora es cuando se supone que tenemos que encontrar un caldero repleto de piedras preciosas y oro, y todos viven felices y comen perdices —comentó Tyler, y les entró aún más la risa.

—Toma tu cámara —dijo Lawrence cuando ya no pudo reírse más.

Le entregó la GoPro a Tyler; debía de habérsele caído de la mano cuando tropezó y terminó en el arroyo, pero la carcasa sumergible la había salvado. La linterna, por desgracia, no había corrido la misma suerte.

Tyler se puso en pie, con la ropa pesada, fría y chorreando agua del arroyo, con el pelo mojado pegado a la frente formando mechones. Empezaron a castañetearle los dientes y no hubo forma de que consiguiera hacerlos parar.

—¿Qué co…, co… cojones era eso? —tartamudeó con dificultad.

Lawrence negó con la cabeza.

—No he visto nada.

Intercambiaron una mirada y se les escapó una risa hueca, pero pararon enseguida. Indeciso y temblando de forma incontrolable de pies a cabeza, Tyler se limitó a continuar allí plantado, en el césped. Para su sorpresa, vio que la luz roja de la GoPro seguía encendida. Aquella cabronceta tan resistente lo había grabado todo.

Asombrado, la apagó.

Tyler no es capaz de obligarse a ver las imágenes hasta dos días después.

Inserta la tarjeta de memoria de la GoPro en su MacBook y se queda mirando la pantalla con los ojos vidriosos y aturdidos. Las cosas han cambiado: su ropa embarrada, que apestaba a agua de arroyo, ahora huele a detergente de lavadora y está bien doblada en su armario. Katherine también ha cambiado. Lleva varios días sin hacer su truco de la desaparición, porque por lo que se ve va caminando por ahí con una gran bolsa de la compra que contiene un pavo real muerto (no puede decirse que esto le haya pasado desapercibido a Tyler, a pesar del estado en que se encuentra), y parece estar bastante apegada a ella. En este momento está un poco más arriba, en el bosque, detrás de su casa, pero Tyler no ha ido a comprobarlo. Ya está harto de la bruja, harto de grabar el documental. Además, el bosque sigue cerrado para los excursionistas, hay vallas por todas partes y voluntarios del HEX vestidos de guardabosques de la Reserva Estatal en la entrada del sendero.

El vídeo dura doce minutos y cuarenta y cuatro segundos y, debido a su gran tamaño, Tyler mete el archivo en su disco duro externo.

Luego mira las imágenes y ve algo aterrador.

Presiona el botón de *pause* y se queda mirándolo, perdido en sus pensamientos.

De repente oye un golpeteo frenético en la puerta trasera del piso

de abajo. Despacio, como si despertara de un trance, levanta la vista. Recuerda que está solo en casa. Siguiendo un reflejo que le viene de ser videoblogger, coge la tarjeta de memoria de la unidad USB, la mete en la GoPro y se guarda la cámara en el bolsillo. Se apresura a bajar las escaleras en dirección al que será el último y más impactante reportaje de su carrera como periodista.

Es Lawrence quien aporrea la puerta. En cuanto Tyler la abre, Lawrence lo saca tirándole del brazo.

—Ven conmigo ahora mismo —ordena—. Tenemos que detenerlos.

—¿Qué…? —comienza a decir Tyler, pero luego piensa: «Jaydon».

No sabe cómo lo sabe, pero lo sabe. Corren hacia la verja del jardín trasero y bajan por el sendero hasta el arroyo, y es como un vídeo que se reproduce al revés: están justo donde Tyler se cayó al agua hace unas cuantas noches. Tarda tres segundos en hacer balance de la situación y en comprender lo grave que es, lo completa e indiscutiblemente jodida que es. Por instinto, se saca la GoPro del bolsillo y empieza a grabar.

Las imágenes tiemblan, pero las imágenes no mienten. A unos cien metros hacia la izquierda, cerca de Deep Hollow Road, se sitúan las vallas, abandonadas por los voluntarios. La cámara se vuelve hacia el otro lado y vemos quiénes son los voluntarios: Jaydon, Justin y Burak, ataviados con botas pesadas y uniformes de la Reserva Estatal. «Estos hijos de puta han ofrecido sus servicios y Grim se lo ha tragado», piensa Tyler. En medio de ellos se tambalea Katherine, doblada de forma poco natural, como si se le hubiera roto la columna vertebral, y la están arreando hacia delante como se arrea al ganado, usando palos de escoba con la cabeza arrancada. A juzgar por cómo se mueve la bruja, está muerta de miedo. Su boca cosida forma una mueca torcida de horror y se aferra con desesperación a las plumas de pavo real carbonizadas que salen de su —«Esto es irreal», piensa Tyler — bolsa de la compra del Market & Deli. Katherine no para de intentar darse la vuelta y marcharse, pero ellos vuelven a empujarla con brusquedad. Jaydon la golpea con su palo de escoba y el cuerpo

de la bruja se dobla de dolor, lo que la fuerza a caminar hacia el otro lado. Para Tyler es un misterio por qué está tan apegada a ese estúpido pavo real, pero lo está; desesperada, soporta el maltrato en lugar de desaparecer y tener que dejar atrás su bolsa de la compra.

Entonces las imágenes se emborronan; vemos las manchas rosadas de los dedos de Tyler, que mantiene la GoPro fuera de la vista de los demás, oímos carreras, vemos el suelo del bosque que da bandazos. También vemos fragmentos rotos de una cámara de seguridad que han tirado de un árbol: esta vez no hay lugar para la sutileza.

—¡Joder, parad! —grita Tyler sin respirar—. ¡Dejadla en paz!

—Métete en tus putos asuntos. Quédate y vigila o lárgate a tomar por culo de aquí.

—No lo empeores. ¡Todavía puedes parar!

—Ella mató a tu perro. Deberías estarnos agradecido. Todo el mundo se queda mirando de brazos cruzados, nosotros al menos estamos haciendo algo. ¡Camina, puta!

Otro golpe y la bruja se tambalea para intentar mantener el equilibrio.

Tropezones. Ropa de trabajo caqui, de repente muy cerca. El cielo que da vueltas. Unos ojos cosidos y pasos rápidos, desesperados, entre cadenas tintineantes. Manos que agarran unos hombros. Un mango de escoba que azota el aire como un látigo; Jaydon va muy en serio. Tyler retrocede y vemos hierba, vemos el lecho del arroyo, vemos rostros desesperados más arriba. De nuevo Lawrence y Tyler saltan hacia delante y hay pelea, hay tacos. Entonces a Lawrence le dan un golpe tremendo con un palo de escoba y al caer se golpea la frente contra una de las rocas del arroyo. Jadeando, Tyler le da la vuelta y vemos un corte profundo en la piel pálida y el pelo oscuro manchado de sangre.

—Lawrence, ¿estás bien?

—No. Detenlos.

Burak baja la mirada hacia ellos, vacilante, con el palo en la mano.

—¡Cabrón! —ruge Tyler mientras ayuda a Lawrence a levantarse,

y Burak echa a correr hacia los otros.

Las imágenes nos revelan lo que están haciendo los demás justo en el mismo momento en que Tyler lo ve, y entonces oímos el grito ahogado que brota de la garganta del chico, más animal que humano. Han llevado a la bruja hasta la parte baja del arroyo. Más adelante, vemos el agujero del tanque que antaño recogía el agua del arroyo del tubo de drenaje que pasa por debajo de Deep Hollow Road, pero que ya no se usa. El agujero mide algo menos de un metro cuadrado, y la placa de metal que suele cubrirlo, infestada de moho, está ahora en la orilla cercana.

Por última vez, Tyler corre hacia ellos, gritando que no lo hagan, que paren mientras puedan, pero ya es demasiado tarde. Las imágenes, que tiemblan sin control, muestran a Jaydon propinándole a la bruja un empujón violento con su palo y a Katherine cayendo indefensa en el tanque. No es profundo; se golpea la cabeza contra el borde de hormigón y sus atacantes rugen, sus atacantes cogen piedras, sus atacantes lapidan a la bruja. Tyler lo ve todo; ve que dos piedras afiladas le golpean la cara al mismo tiempo y se la revientan, ve que le arrancan el pañuelo de la cabeza, y ve sangre, y ve más rocas. El muchacho vomita en el suelo cuando por fin Katherine cede. El olor a plástico quemado de la bolsa de la compra se eleva cuando la bruja desaparece. Y todavía hay piedras que caen y rebotan, ahora contra los costados de hormigón del tanque vacío.

—¡Tiene una puta cámara! —brama alguien.

Otra piedra vuela hacia Tyler, y este se agacha justo a tiempo para esquivarla. En un fogonazo vemos la cara de Jaydon acercándose a nosotros, una máscara de pura rabia psicopática, una de esas caras que te gritan que corras si quieres vivir para contarlo, y eso es precisamente lo que hacen Tyler y Lawrence. Su salvación es que están muy cerca de casa; si este drama hubiera tenido lugar más hacia el interior del bosque, los habrían atrapado con facilidad. Pero aquí hay más cámaras, aquí están las personas que podrían estar en casa y la persecución se interrumpe. Aun así, sin darse cuenta, Tyler cierra la puerta de atrás con tanta fuerza al entrar que el cristal tiembla en su marco. Luego echa ambos pestillos antes de que Lawrence y él se

dejen caer de rodillas en el suelo de la cocina y rompan a llorar.

Pero ahora no lloran como los críos que eran hasta hace dos noches; es el llanto de unos niños que acaban de convertirse en adultos a causa de unos acontecimientos que son demasiado atroces para que puedan soportarlos por sí mismos. Y mientras lloran, la imagen se funde a negro.

DIECISIETE

Aquella misma tarde, Steve sugirió que fueran a buscar a los caballos y los devolvieran a su establo, pero a Jocelyn se le oscureció el rostro al escucharlo.

—No sé, Steve. Tengo un mal presentimiento al respecto, que estén tan cerca del arroyo y del bosque y todo eso… ¿Cómo sabemos que es seguro?

Miró por la ventana nueva hacia el exterior. El ambiente del comedor seguía cargado del olor a pintura fresca del marco retocado de la ventana, pero el aroma de la quiche vegetariana que Jocelyn tenía metida en el horno iba imponiéndose poco a poco.

Steve se encogió de hombros.

—Nosotros nos hemos quedado, ¿no? Y no nos ha pasado nada.

—Sí, pero las personas son distintas —dijo Matt con una sencillez apabullante. Dejó el bolígrafo encima de sus deberes—. No quiero que *Nuala* también termine colgada de un árbol, papá.

—Hace ya dos días que el arroyo ha vuelto a la normalidad —observó Steve—. Y no hay indicios de que las cosas sean distintas que antes, ni de que los caballos corran algún tipo de peligro.

—A menos que cierta persona se olvide de cerrar la puerta del establo —repuso Matt.

Pareció sorprenderse de su propio comentario, pero ya era demasiado tarde: la expresión de Jocelyn se había convertido en una máscara de angustia agraviada.

Steve se quedó de piedra.

—Pero ¿a qué viene esa puñetera arrogancia? —gritó.

—Bueno, es verdad, ¿no? La abuelita no puede usar las manos, y *Fletcher* no abrió la puerta de la caseta él solo, ¡lo sabes de sobra!

—No sabemos cómo salió *Fletcher*. Pero si tu madre dice que cerró bien la caseta, no tienes derecho a dudar de ella. Quiero que te disculpes.

—No voy a disculparme por algo que…

—¡Discúlpate ahora mismo!

Matt lanzó su libro contra el suelo y se levantó de un salto.

—Lo siento, ¿vale? Lamento que no seáis capaces de soportar que alguien diga la verdad por una vez.

—¡Matt!

Pero ya había salido corriendo escaleras arriba y cerrado su habitación de un portazo. Steve estaba pasmado. Miró a Jocelyn a la pálida luz de las cuatro de la tarde, pero ella agachó la cabeza.

—Bien hecho —suspiró su esposa.

—Pues haberle dicho algo tú —le espetó Steve en un tono más desagradable de lo que pretendía.

Comprendía que aquel arrebato irracional de Matt no era más que su manera de lidiar con la pena, pero aun así le cabreaba. No sabía cómo gestionar los cambios de humor de su hijo pequeño, y menos cuando se ponía tan sumamente cruel. A Jocelyn se le daba mejor. Una de las cosas que siempre había mantenido la unión de su matrimonio en el torbellino de Black Spring era la natural división de papeles que habían adoptado dentro de la familia, y de la que rara vez se desviaban. Creaba contexto y orden en un ambiente en el que la confusión era demasiado común. Y en lo que a asuntos del corazón se refería, la razón era una virtud. Uno de los aspectos de esa división de papeles era que Jocelyn se hacía cargo de Matt, mientras que Steve era responsable de Tyler. No era una separación tajante, por supuesto, pero ambos —los cuatro, en realidad— sabían que era cierto.

—No me refiero sólo a Matt —dijo Jocelyn—. Les está afectando a los dos. Tyler lleva días sin salir de su habitación. Esto va a dejar cicatrices, Steve. —Señaló con enfado hacia la menguante luz del día —. Ahí fuera hay algo que mató a nuestro perro y no podemos hacer

nada al respecto.

—La verdad es que a mí la reacción de Matt me parece una expresión de dolor de lo más natural. Burda e irrazonable, pero normal. Su sufrimiento está buscando una salida, y él no se lo está impidiendo. Quiere culpar a alguien. Volverá y se disculpará, estoy seguro.

—No me refiero a eso. Estás trivializando la situación. Enterramos a *Fletcher*. Vale. Compramos una mesa nueva, nos lo pintan todo otra vez, hacemos como si nada de esto hubiera ocurrido. Pero ocurrió, y tienes los rastros ahí mismo, delante de tus narices.

Señaló las baldosas oscuras melladas por los cascos de *Paladín*. Steve miró a Jocelyn con intensidad y suspiró tranquilamente en un esfuerzo por reconducir la situación.

—Lo que me sorprende es que Matt se alterara tanto por el hecho de que no ofreciéramos nada en el festival. ¿Recuerdas cómo se puso el sábado? No ofrecimos nada, así que es culpa nuestra que *Fletcher* esté muerto. Albergaba la esperanza de que les hubiéramos transmitido a nuestros hijos un poco más de sentido común. Hablaba casi como la gente del pueblo.

—¿Y qué esperabas? —exclamó Jocelyn—. ¿Qué demonios sabe él? A lo mejor sí fue eso lo que lo causó, a lo mejor es culpa nuestra. ¿Pretendes decir que no es una reacción natural?

—Jocelyn —dijo—, estás diciendo tonterías.

—Para nada. No estoy diciendo que sucediera así; sólo digo que no sabemos cómo terminó *Fletcher* en ese árbol. Y nunca lo sabremos. De eso es de lo que Matt está asustado, Steve. Y Tyler…, ¿acaso te has sentado a hablar con Tyler en los últimos días? ¿No te preocupa cómo se está distanciando de todo?

—Se lo he preguntado.

—Eso no es hablar.

—Cariño, ahora prefiere resolver sus problemas solo. Eso también es de lo más normal para su edad.

—Aquí nada es normal. Esta ciudad está embrujada, Steve. Y no es sólo Katherine. Es todo, son los ruidos que oímos por la noche, y es ese arroyo que hay detrás de nuestra casa, que se ha pasado tres días

lleno de sangre… De sangre, ¿no te das cuenta? Y es la gente. ¿De verdad crees que esto no ejercerá una influencia a largo plazo sobre los niños? ¿O sobre nosotros?

La miró, perplejo.

—Jocelyn, no estoy fingiendo que no haya pasado nada. Sólo intento mantener la paz porque es la única forma razonable de lidiar con esto. Como siempre hemos hecho.

Ahora su mujer se había colocado justo frente a él, y estaba que echaba chispas.

—Pero ahora todo ha cambiado, ¿no lo entiendes? Llevamos dieciocho años viviendo aquí en relativa paz, y lo soportábamos porque no estábamos en peligro inmediato. Pero ahora *Fletcher* está muerto, así que no digas que no corremos peligro, Steve, ¡no te atrevas a decirlo!

—Parece que todo ha vuelto a la normalidad, y…

—¡Nada ha vuelto a la normalidad, y no quiero que finjas que es así! Es culpa tuya que…

No terminó la frase, pero no hizo falta. «O sea que ahí está», pensó Steve. La puñalada trapera, el argumento final para doblegarlo cuando todos los demás habían fracasado, porque daba igual cuánto tiempo hubiera pasado, aquello seguía siendo lo que daba donde más le dolía. Sabía lo que había querido decir Jocelyn: «Es culpa tuya que vivamos aquí, así que haz algo al respecto». Steve notó que temblaba, como si acabara de chocarse contra un cristal invisible. ¿Continuaba siendo aquel el problema? ¿Cómo era posible que hubieran vivido juntos en perfecta armonía durante años y que de repente algo así surgiera en tromba de la nada y los colocara en una posición de alienación total? Con rocas o sin ellas, el motivo por el que se mudaron a Black Spring fue la carrera profesional de Steve, mientras que Jocelyn había renunciado a la suya. La vieja llaga llevaba enterrada más de quince años… «en un agujero en el jardín de atrás, como *Fletcher*», pensó distraído. Pero a veces lo que estaba enterrado volvía a la luz… porque enterrado no siempre quería decir «enterrado».

Jocelyn leyó la indignación en su rostro y le acarició un brazo,

pero él se apartó y la agarró por la muñeca.

—Acuérdate bien —le dijo— de que era yo quien estaba en contra de tener un segundo hijo. Si no te gusta cómo se han criado, piensa que podrías haberte ahorrado la mitad.

Por supuesto que no era justo; por supuesto que no debería haberlo dicho. A Jocelyn empezaron a temblarle los labios, luego se zafó de él y se fue a la cocina sin decir una palabra. Steve se quedó en el comedor, que parecía más abandonado que nunca.

«Por Dios, ¿cómo he podido pensar que todo iba bien? —se dijo —. Katherine, ¿qué narices le has hecho a nuestra familia?».

Desde la cocina le llegó un grito sofocado, y luego el crujir del papel de la bandeja del horno. El olor a masa quemada no tardó en invadir la habitación. Steve cerró los ojos cuando Jocelyn tiró la quiche fallida al cubo de la basura con gran estruendo y después soltó la fuente de golpe en el fregadero. Con la cara cubierta de lágrimas, su mujer pasó a su lado empujándolo y subió las escaleras. Steve entró en la cocina y echó un vistazo al cubo de la basura. No podía hacerse mucho con los bordes, pero el centro de la quiche todavía tenía bastante buena pinta. La colocó con cuidado en un plato, cortó los trozos quemados, la cubrió con papel de aluminio y la dejó en la encimera. Luego salió. Se sorprendió a punto de coger la correa de *Fletcher* del gancho, por costumbre, pero luego recordó que el día anterior la había llevado al cobertizo junto con su cesta.

Echó a andar deprisa, con las manos metidas en los bolsillos, directo hacia un viento aullador que le adormeció los pómulos. Cruzó el campo de golf y continuó unos cuantos kilómetros más allá de la valla alta que rodeaba West Point, lejos de Black Spring. Joder, a lo mejor Jocelyn tenía razón, a lo mejor se había dado demasiada prisa en restarle importancia a todo aquello. Se esforzó sinceramente en recordar qué se les había metido en la cabeza hacía dos noches, cuando pensaron que habían oído ladrar a *Fletcher*, aunque sólo fuera durante un minuto o dos. Una gilipollez, por supuesto; se negaba a creerlo. Ahora le parecía ya muy lejano, turbio, como el frío que le había embargado en el bosque cuando encontró el cadáver de *Fletcher*, o cuando rompió el anillo de hadas. Eran momentos irracionales, en

absoluto típicos de él. Se sintió estúpido, avergonzado. «Enterrado es enterrado —pensó—. Y no hay nada más que decir».

Pero tal vez no fue una tontería para el resto de la familia. Y a pesar de que a Steve le dolía más de lo que estaba dispuesto a reconocer, ¿no lo hacía eso responsable?

«Luego dejé de creer en las brujas, así que lo hacía como ejercicio para mejorar el equilibrio».

Steve decidió hablar con Tyler en cuanto surgiera la oportunidad.

El sistema de baja presión de la casa se prolongó toda la tarde, pero al menos Jocelyn y Matt comieron un poco de quiche. Tyler ni siquiera bajó; farfulló algo acerca de tener que estudiar para un examen y de querer que lo dejaran en paz. Esa noche, tanto Jocelyn como Steve se tumbaron de cara a la pared que tenían en sus respectivos lados de la cama, con palabras tácitas temblando en el espacio vacío que los separaba. Steve permaneció despierto mucho rato, pero al final se quedó dormido de agotamiento.

A la mañana siguiente, durante el desayuno, Jocelyn dijo:

—Quizá me traiga a los caballos cuando terminemos de montar esta tarde. Creo que tienes razón, seguro que no les hace ningún daño.

Steve hizo un gesto de asentimiento y notó que algo se relajaba en su interior.

—¿Quieres que vaya con el remolque?

Ella negó con la cabeza.

—Matt y yo podemos arreglárnoslas solos.

No se articuló ni una sola palabra más, pero ya era un principio, y no quiso forzar las cosas. Las épocas de tensión entre ellos nunca duraban mucho, pero en esta ocasión había sido distinto, más delicado, y requería un enfoque cauteloso. Pensó en ello durante la jornada en la universidad, y aquella tarde, mientras rastrillaba las hojas del jardín de atrás, llegó a la conclusión de que al fin y al cabo no estaban tan mal. Jocelyn y Matt estaban enganchando el remolque al coche en el camino de entrada. Steve inhaló el frío aire otoñal hasta que le llegó al fondo de los pulmones —era uno de esos días de

noviembre que contenía las primeras trazas sutiles del invierno— y se consoló pensando que en el pueblo debía de haber gente a la que le iba mucho peor que a ellos.

Seguía trabajando en el jardín trasero cuando Jocelyn salió vestida con su ropa de montar y gritó:

—¡Steve! —Parecía angustiada—. ¡Steve, ven ahora mismo!

Dejó caer el rastrillo sobre el montón de hojas y corrió hacia la puerta de la cocina.

—A Tyler le pasa algo —dijo Jocelyn—. No responde… No consigo hacerlo reaccionar.

Lo llevó a la sala de estar. Tyler estaba sentado en el sofá a la luz del crepúsculo, con las piernas abrazadas al cuerpo. Steve tardó menos de tres segundos en alcanzar un diagnóstico: su hijo estaba a punto de sufrir un episodio psicótico, o ya lo estaba sufriendo. Tenía los pies descalzos y los dedos contraídos y contracturados, el pelo revuelto, los nudillos blancos. Tenía la mirada perdida en la distancia, los ojos muy abiertos y ciegos. Steve reconoció esa expresión como la de los pacientes psiquiátricos que luchaban por disociarse de la realidad intencionadamente. Era la expresión de alguien que se desplazaba desde la luz hacia la oscuridad, y Steve reprimió un estallido repentino de miedo abrumador.

Se arrodilló ante Tyler y le puso las manos sobre los hombros.

—Eh, Tyler, mírame…

Lo sacudió con suavidad para sacarlo de su estupor. Tyler cedió a sus movimientos de inmediato, lo que alarmó aún más a Steve. Se esperaba que el cuerpo del chico estuviera tan tenso como sus dedos de las manos y de los pies. Esa resistencia habría sido un signo de conciencia. Pero el cuerpo de Tyler se comportaba como el de una muñeca rellena de paja. Steve le puso una mano en la nuca y le apretó las vértebras muy fuerte con el pulgar y el índice.

—¿Qué le pasa? —preguntó Jocelyn horrorizada.

Ella también se arrodilló a su lado. Matt había aparecido por las puertas francesas y los miraba aterrorizado.

—Estado de choque —dijo Steve—. Tráeme agua, Jocelyn.

Jocelyn hizo lo que le había pedido y Steve se sentó en el sofá

junto a su hijo. Lo rodeó con los brazos y lo meció con suavidad hacia delante y hacia atrás. El cuerpo de Tyler estaba frío y pegajoso.

—Oye, hijo, todo va a ir bien; todo va a ir bien —murmuró, y siguió repitiendo aquellas palabras como un mantra. Pero se maldijo por dentro: sabía que nada iba bien desde el momento en que Robert Grim interrogó a Tyler, justo antes de que los caballos se desbocaran. Lo había visto en los ojos del chico. ¿Por qué no se había esforzado más en sacárselo? «Idiota»—. ¿Qué estás haciendo, hijo? Nos estás dando un susto de muerte. —Lo abrazó aún con más fuerza—. Estoy aquí contigo, Tyler. Pase lo que pase, siempre estoy contigo. Todo va a ir bien.

Por fin, sus intentos dieron fruto y Tyler comenzó a estremecerse entre sus brazos. La expresión ciega y débil del muchacho comenzó a derretirse. Le temblaron los labios y dejó escapar un gemido suave y ahogado. Abrió más los ojos y se le humedecieron. Levantó las manos temblorosas, y enseguida se le hundieron de nuevo sin remedio.

Jocelyn volvió con un vaso de agua y una toalla y los dejó en un taburete delante de ellos. Steve apenas se dio cuenta, porque en ese preciso instante Tyler lo miró con una expresión de tristeza y desesperación tan frágil que de repente el corazón se le llenó de un amor casi ebrio y de un descomunal sentimiento de arrepentimiento.

—Oye, Jocelyn, ¿por qué no te vas a montar con Matt?

—Pero no puedo dejarlo así… ¿Va a ponerse bien?

—Sí, se recuperará. Creo que los dos necesitamos pasar un rato juntos.

Le lanzó una mirada llena de intención y Jocelyn lo entendió.

—Venga, Matt, vámonos —dijo mientras sacaba a su hijo menor del salón.

Jocelyn cerró las puertas francesas a su espalda para sofocar las feroces protestas de Matt, y después salieron por la puerta de la cocina y la casa se sumió en el silencio.

«Bien, pequeño, aquí estamos», pensó Steve. Era un momento peculiar y sintió que habían alcanzado un equilibrio. Allí estaban, por fin solos: él y su hijo mayor, él y su chico. Como si ambos llevaran esperándolo mucho tiempo, no sólo desde aquella extraña noche de

hacía unos días, cuando Tyler lo había seguido afuera descalzo, ni siquiera desde aquella discusión sobre Laurie de principios de octubre, sino más tiempo, mucho más tiempo. Steve había traído a su hijo de vuelta desde un lugar oscuro y lejano, y sabía que lo que se agazapaba a la espera de que lo sacaran a la luz del día no sería bueno, pero el sentimiento que prevalecía en ese instante era el de un amor profundo y abrumador.

Hizo beber a Tyler. El chico se derramó un poco de agua en los pantalones de deporte grises, la secó y lloró en silencio durante mucho rato. Steve lo abrazó contra sí hasta que por fin se calmó. Luego le pidió que bebiera un poco más y dijo con cautela:

—Es bastante malo, ¿no?

Tyler asintió, con las mejillas pálidas y húmedas. Tardó al menos un par de minutos en poder hablar al fin. Cuando estuvo listo, dos palabras débiles e implorantes escaparon de sus labios:

—Ayúdame, papá.

Y Steve juró que haría todo lo posible por ayudarlo, literalmente todo.

Una hora después, justo antes de que Jocelyn y Matt llegaran a casa con los caballos y con muchas preguntas, Steve y Tyler se montaron en el Toyota, salieron del pueblo por la Ruta 293 y luego cogieron la 9W para cruzar el bosque de Black Rock. En cuanto atravesaron el paso y empezaron a descender hacia el valle, Steve se sintió embargado por la sensación de que se encontraban en territorio prohibido, y tuvo que reprimir el impulso de mirar una y otra vez por el retrovisor para ver si los estaban siguiendo. Era ridículo, pero ahí estaba, y no podía librarse de él.

No dijeron ni una palabra durante todo el trayecto.

Avanzaron junto al Hudson hasta llegar a Newburgh, aparcaron cerca del emplazamiento histórico del cuartel general de Washington y entraron en un bar del centro de la ciudad donde había poca gente y muchos rincones oscuros. Steve pidió dos zarzaparrillas y la clave del wifi. Tardó unos veinte minutos en leer una selección de los informes

de la página web de Tyler y en ver sus vídeos, con creciente consternación… y también, tenía que admitirlo, admiración silenciosa. Ninguno de ellos resultaba tan impactante como las imágenes que había visto en casa —gracias a Dios que esas no las había subido a internet—, pero todos y cada uno de ellos contenían material espectacular y, cuando menos, incriminatorio en extremo. Luego hizo que Tyler lo borrara todo y no dejara ni rastro. El chico se puso manos a la obra, agradecido.

Mientras miraba a su hijo y se tomaba su zarzaparrilla, Steve volvió a sus pensamientos con sorpresa. «¿No ves lo peligroso que es este juego? Estás destruyendo pruebas. Y lo que es aún más importante, estás renunciando a la moralidad que tanto habéis valorado siempre Jocelyn y tú. Espero que seas muy consciente de que le estás ofreciendo a Tyler la manera de escapar de un sórdido juego en el que desempeñaba un papel principal».

Pero ¿no había recibido Tyler ya suficiente castigo cuando lo forzaron a presenciar la atrocidad cometida por sus supuestos amigos? Había tenido que enfrentarse cara a cara con las consecuencias de su estupidez. Tyler había pasado un infierno en las últimas veinticuatro horas. Una conmoción como la que había sufrido no surgía de la nada. Ni siquiera había sido capaz de reunir el valor necesario para comprobar el paradero de Katherine en la HEXApp, pues temía que el apocalipsis hubiera asolado el pueblo. Cuando Steve le aseguró que no se había denunciado nada fuera de lo normal y que la bruja había retomado su patrón habitual tras la lapidación, un alivio abrumador inundó la mirada de Tyler.

—Tendré que informar de esto. Lo entiendes, ¿verdad? —dijo al fin Steve, y con esas palabras rompió el largo y doloroso silencio en el que se había sumido después de que el chico le contara su historia.

Su hijo asintió despacio, asustado.

—Esto ha ido de mal en peor. Va a morir gente si tus amigos siguen por ese camino. No puedo cargar con esa responsabilidad.

Tyler dijo que lo entendía.

—Esto no es culpa tuya, ¿de acuerdo? Ese tal Jaydon ha perdido la cabeza por completo, necesita ayuda. Alguien tiene que ponerle fin

a esto. —Mientras lo decía, se dio cuenta de que había estado hablando sobre todo para sí, tratando de justificar el plan que se iba fraguando poco a poco en su interior. Hizo un gesto de negación, con una certeza dudosa—. No. No es culpa tuya.

—Es que no lo entiendo —dijo Tyler—. Me refiero al papel de Burak en todo esto. Jaydon está loco y Justin no es más que un imbécil, pero Burak… antes era buen tío.

—Bueno, pues al final ha estallado —dijo Steve con más contundencia de la que pretendía—. Ya sabes que hay personas a las que Black Spring les hace esas cosas.

Pero Tyler no pareció captarlo. Finalmente levantó la mirada hacia su padre.

—Tengo miedo de lo que va a pasarle.

Lo cierto era que Steve estaba aterrorizado por lo que les esperaba a todos aquellos chavales. Tenía que pasarles algo, eso era obvio. Habían violado todas las leyes del Decreto de Emergencia; habían causado la muerte de *Fletcher* y habían puesto en peligro la vida de todos los habitantes de Black Spring. Puede que Doodletown fuera, en efecto, la terapia de choque que necesitaban para ver con qué narices habían estado enredando…, aunque, en lo más profundo de su ser, Steve temía que las cosas no acabaran en Doodletown. El papel de Tyler ya era suficiente para encerrarlo allí. Si las imágenes de la lapidación no se manejaban con el mayor de los cuidados, era muy posible que provocaran una insurrección popular.

De repente sintió un escalofrío. «Esos putos idiotas no merecen nada mejor que asumir toda la culpa de su imbecilidad. Lo que Tyler ha hecho lo ha hecho por idealismo. ¿Debería ser castigado por ello?». A Steve se le secó la boca cuando recordó sus propios pensamientos suicidas en el bungaló de aquella playa tailandesa hacía tanto tiempo, durante el primer embarazo de Jocelyn. Así debía de ser Doodletown. Y entonces recordó los ojos infinitamente frágiles y suplicantes de Tyler: «Ayúdame, papá».

Steve había tomado una decisión. Y ahora, mientras su hijo destruía el resultado de meses de esfuerzo, y él no podía evitar sentir que estaban desperdiciando una oportunidad única de progresar —que

de hecho estaban devolviendo a Black Spring al siglo XVII—, una duda persistente no paraba de carcomerlo, la duda de si estaba haciendo lo correcto.

—Vale, listo—dijo Tyler.

—¿Ha desaparecido por completo?

—Sí.

—¿Todo?

Steve necesitaba mayor confirmación.

—Sí. He borrado todo el contenido y cancelado la URL.

—¿Y no podrán recuperarla nunca?

—No del todo. La dirección estará en cuarentena durante treinta días. Por si quisiera restaurarla o algo así. Pero el registro del dominio es anónimo, así que nadie puede ver mis datos. A menos que recurran a la poli. —Tyler titubeó—. Supongo que no llegarán tan lejos, ¿verdad?

«No estés tan seguro —pensó Steve—. ¿Y si involucran a West Point?». Pero incluso en ese caso, las posibilidades de que pillaran a Tyler eran escasas, imaginó. Si arrestaban a Jaydon, ese chaval delataría a su hijo, eso lo tenía claro. A lo mejor los otros dos corroboraban la versión de Jaydon, aunque era más probable que no soltaran prenda sobre el papel que desempeñaban en el proyecto de Tyler, temerosos de sufrir aún más consecuencias si los descubrían. Así que todo se reduciría a una sola acusación por parte de un delincuente trastornado que había sido acorralado, y hasta en Black Spring sabían que las necesidades desesperadas conducían a actos desesperados.

«Te has embarcado en una senda llena de trampas, Steve, y no hay manera de saber cuáles podrían ser las consecuencias. Tal vez este tipo de intervención no ayude a Tyler en absoluto, ¿se te ha ocurrido pensarlo en algún momento?

Venga ya, que te den. No pienso mandar a mi hijo a Doodletown de ninguna de las maneras. Por encima de mi cadáver».

—Entonces, ¿pueden descubrir la historia de alguna otra forma? —preguntó—. No sé, ¿copias de seguridad automáticas o algo así?

—Sólo a través de Mike.

—¿Quién es Mike?

—Un compañero de clase. Del Highland Falls. Diseña páginas web y tiene un servidor propio. Me dejó alojar mi sitio en su servidor a cambio de una caja de cervezas.

—O sea que permitiste que alguien de fuera…

Tyler se encogió de hombros.

—¿Qué cojones le importa a él? Cree que es una especie de colección privada de todos mis videoblogs de YouTube. Y al principio era cierto, porque así es como empecé, sólo para aburrir a Mike y evitar que metiera las narices en mis mierdas.

Steve cerró los ojos y respiró hondo. Cuando volvió a abrirlos, vio que Tyler había cogido su teléfono y estaba escribiendo en la pantalla con los pulgares.

—¿Qué estás haciendo?

—Le estoy enviando un mensaje. Conozco a ese tipo. Por otra caja de cervezas, se deshará de todas las copias de seguridad hoy mismo.

A continuación, Steve obligó a Tyler a borrar el historial del navegador tanto en su portátil como en su iPhone, así como sus conversaciones de chat, toda la carpeta de vídeos y los documentos de Word que tuvieran algo que ver con su proyecto. La tarjeta de memoria de la GoPro fue lo último. En su escritorio sólo quedó el vídeo de la lapidación.

Steve se frotó las mejillas ásperas y se oyó un sonido rasposo. De repente le asaltó una preocupación.

—¿Los demás todavía tienen material en sus ordenadores o teléfonos?

Tyler negó con la cabeza.

—El acuerdo era que sólo nos conectaríamos desde fuera del pueblo. Creo que todo el mundo entraba en el instituto o en la biblioteca. Creemos que los iPhones que el HEX distribuyó el año pasado tienen metidos *keyloggers*, así que decidimos que estaba prohibido utilizarlos para el proyecto.

Steve lo miró, perdido por completo, y en los labios de Tyler se dibujó una leve sonrisa.

—Un *keylogger* es como una aplicación que te permite saber a

distancia lo que sucede en un ordenador o en un teléfono. Transmite la información de todas y cada una de las teclas que se pulsan, y así se ve con exactitud qué páginas visita cada persona. Muy útil si quieres averiguar si alguien te está engañando.

—Vale. ¿Estás seguro de que no hay nada más? Van a registrarlo todo; quiero que seas muy consciente de ello.

—Jaydon sacó una foto de… —Trazó una curva con la mano y desvió la mirada hacia otro lado, avergonzado—. Ya sabes, de lo que te he contado. Eso tienes que decírselo, papá. Deberían quitarle el teléfono de inmediato si van a arrestarlo. Pero eso es todo, que yo sepa.

«Esperemos que tengas razón».

—¿Algo más?

Tyler pensó un minuto y dijo que no.

—¡Ostras, espera!

Se puso rojo y comenzó a buscar en su teléfono. Steve medio observó lo que estaba haciendo y se fijó en que, curiosamente, estaba hurgando entre sus archivos de sonido. Hizo clic en uno.

—¿Quiero saber lo que es? —preguntó Steve.

Tyler negó con la cabeza y miró el archivo con arrepentimiento y asco. Después, con dos golpecitos de un pulgar, desapareció.

Steve pagó la cuenta y pronto se encontraron caminando a lo largo del Hudson, con el cuello del abrigo bien arrebujado alrededor de la garganta y las manos en los bolsillos. Dejaron atrás el puerto deportivo y llegaron al enorme pilar que formaba parte del puente Hamilton Fish. Se detuvieron bajo el puente y contemplaron su reflejo, de un naranja resplandeciente sobre el agua negra. El viento del noreste les tironeaba del pelo y la ropa como si quisiera llevárselos de vuelta a Black Spring. Pero el río continuaba su curso, se alejaba de la oscuridad que los rodeaba. Pasada la ciudad, desembocaba en la ensenada de Nueva York, y más allá en el Océano Atlántico, donde, mucho más hacia el este, la nueva luz siempre aparecía antes que encima de las montañas a las que ellos pertenecían.

—Mañana hablarás con Lawrence —dijo Steve. Aquella era la última pieza del rompecabezas, y si encajaba, al menos tendrían una

oportunidad—. Confías en Lawrence, ¿verdad? Vas a contarle lo que hemos hecho y a decirle que, pase lo que pase, tiene que mantener el pico cerrado y atenerse a nuestra versión. Déjale claro que es la única manera de que salga indemne de esto. Si Jaydon se va de la lengua, os interrogarán a los dos. ¿Crees que Lawrence será capaz de hacerlo?

Tyler se encogió de hombros.

—¿Y tú, eres capaz de hacerlo?

El chico asintió, despacio. Parecía un preso del corredor de la muerte al que le estaban preguntando si podía caminar solo hasta el cadalso. Steve le pasó un brazo por los hombros y sintió que una sacudida recorría el cuerpo de Tyler.

—Nadie debe enterarse —le dijo—. Sólo tú y yo.

Con los ojos rodeados de círculos oscuros, el chico se quedó mirando una barcaza de grava que navegaba a velocidad constante por el río con un ligero traqueteo del motor. Steve entendió que Tyler no sólo tenía miedo, sino que además estaba arrasado por la culpa. El chico tenía carácter. Steve conocía a pocas personas con un sentido de la justicia tan fuerte como el de su hijo mayor. Recordaba muy bien el orgullo con el que lo había mirado Tyler cuando defendió sus principios en la reunión del Consejo el día de Todos los Santos. Y de repente se dio cuenta de que tal vez estuviera cargando a su hijo con algo con lo que nunca sería capaz de sentirse en paz.

«Tendrá que asumirlo —pensó Steve—. No hay otra alternativa. Tal vez lo atormente durante un tiempo, pero pasará, como termina pasando todo al final».

El oleaje causado por la barcaza había llegado hasta el pilar y chocaba contra las piedras con crestas de espuma blanca. De pronto Steve se enfureció consigo mismo por tener tales recelos. Había protegido a Tyler por amor. Los padres querían a sus hijos y los protegían a toda costa. No hacía mucho tiempo, el propio Tyler le había formulado la pregunta para su blog: ¿a quién salvaría Steve, a su hijo o a una aldea de Sudán?

Por supuesto que salvabas a tu hijo. Eso era el amor.

—Vale —dijo al final Tyler.

Se estremeció, y Steve lo estrechó contra su cuerpo y lo frotó

para que entrara en calor.

—Bien. Sé fuerte, hijo, y todo saldrá bien. No te merecías esto.

—¿Vas a contárselo a mamá?

—No. —Steve ni siquiera se lo había planteado hasta aquel momento, pero le pareció lo más correcto—. Esto es sólo entre tú y yo.

Tyler asintió.

—De acuerdo. —Se quedó callado unos segundos, y luego añadió en voz baja—: Gracias, papá.

Se quedaron allí parados, observando el agua fría y oscura que discurría ante ellos. Steve nunca olvidaría aquel momento con su hijo mayor. De pronto, deseó con todas sus fuerzas que ambos pudieran subirse juntos a una barcaza, dejar atrás Black Spring y limitarse a seguir la corriente, hasta más allá de los puertos de Nueva York y hacia el nuevo amanecer. Ahí sería donde las cosas asumirían su verdadera forma. En un destello de *déjà vu*, oyó la risa sarcástica de Matt: «Sí, papá. ¿A quién salvarías, a Tyler o a mí?». Steve había ofrecido la respuesta obvia aquella noche, y Tyler había percibido sin lugar a dudas que su padre estaba siendo políticamente correcto. Lo cierto era que tener auténtica preferencia por uno de tus hijos hacía que te sintieras incómodo. Steve había tratado a suficientes padres en la Facultad de Medicina de Nueva York para saber que era algo de lo más natural, pero cuando te veías forzado a mirarte tú mismo en ese espejo, te daba mucha vergüenza.

Aquella noche, sin embargo, de pie al final del muelle y con el brazo alrededor de los hombros de su hijo mayor, no se avergonzó de reconocerlo, porque era la verdad. A pesar de que Steve quería a Matt y a Jocelyn con todo su corazón y de que lo más probable era que se volviera loco si le sucedía algo a cualquiera de los dos, Tyler siempre sería el primero.

Aun así, aquella noche cuando se metió en la cama, la duda seguía allí… como el piloto de un interruptor que se negaba a apagarse por completo en su cabeza.

Jocelyn se había disculpado por su arrebato y Steve se había

disculpado por su feo comentario. Todos habían estado sometidos a una enorme presión. La acusación tácita continuó enterrada, pero en aras de la reconciliación, tendría que bastar con eso. Allí tumbados, juntos en la oscuridad, Steve le contó a Jocelyn con tranquilidad lo que le había pasado a Tyler, o al menos la versión de la historia que también le contaría al HEX. Nunca se le había dado bien mentir a su esposa, y nunca había tenido razones para hacerlo, pero en aquel momento el torrente de medias verdades brotó de su boca con una facilidad pasmosa, y Steve se angustió un poco al descubrir que ni siquiera se avergonzaba de sí mismo. Jocelyn se quedó conmocionada y lo elogió por haber logrado sonsacarle todo eso a Tyler. Se disculpó una vez más por acusarlo de manejar mal la situación, pero él le puso un dedo índice sobre los labios y la besó. «No está mal para un ensayo general —pensó—, pero si sigue disculpándose, voy a volverme loco». Hicieron el amor, y el amor fue a todas luces sincero: al menos en ese frente sí podría mirarse al espejo.

Siguió despierto mucho rato, prestando atención al suave zumbido del piloto de su cabeza. «Dios, espero haber hecho lo correcto. Estoy convencido de que mis intenciones son las mejores». Pero el amor era una fuerza misteriosa y engañosa, y una de las pocas áreas de la vida en las que Steve no confiaba en su capacidad de juicio al cien por cien.

DIECIOCHO

El arroyo dejó de sangrar, pero el pueblo estaba desquiciado.

Había alborotos y disturbios, pequeñas rebeliones que Robert Grim ordenaba a los guardias de seguridad cortar de raíz y por la fuerza. Durante toda la semana se celebraron servicios adicionales en la iglesia. Se planteó la antigua reclamación de un exorcismo, y la gente encendió velas en las lápidas del cementerio de Temple Hill para el descanso de los muertos. Mientras tanto, los especialistas en TI del HEX trabajaban horas extra para seguir el ritmo de la avalancha de correos electrónicos, chats y mensajes de aplicaciones sobre malos presagios y el fin de los tiempos. Por suerte, de momento todo el asunto se mantenía dentro de los confines del pueblo, pero a saber lo que podía pasárseles por la cabeza a aquellos idiotas. «¿Ves? Los mayas tenían razón», le escribió en un correo electrónico Eve Modjeski, empleada del supermercado, a su amiga Betty Chu, del asilo de ancianos. Eve Modjeski era tonta, una cabeza de chorlito con unas tetas bastante bonitas pero demasiada frente, por cuya creación Grim se habría desprendido de buen grado de una costilla…, aunque después del comentario de los mayas, más bien estaría dispuesto a arrancársela de nuevo y a volver a incrustársela en su propio cuerpo, con o sin Eve pegada.

Por primera vez desde tiempos inmemoriales, los siete miembros de la plantilla del HEX trabajaban veinticuatro horas al día y siete días a la semana para mantener el descontento público bajo control y tratar de identificar la causa de la agitación de Katherine. Sólo las

llamadas telefónicas histéricas ya constituían un trabajo a jornada completa.

—El profeta de la perdición ha vuelto a llamar —anunció Warren Castillo cuando Grim regresó de inspeccionar el agua del arroyo el martes por la tarde.

—¿John Blanchard? Es la séptima vez en dos días.

—Lo sé. Le he dicho que iba a colgar, pero entonces ese chiflado me ha soltado que quiere que le devolvamos su cordero. Le he preguntado qué cordero, y me ha contestado que el de dos cabezas.

Grim puso mala cara.

—¿Ese cabronazo asqueroso que guardamos en el archivo?

—Dice que quiere comerse el feto para limpiar sus pecados, que Dios se lo ha entregado a él y que es su deber hacer penitencia. Le he contestado que, si tiene el estómago preparado para recibir una buena dosis de formaldehído, puede venir a buscarlo cuando quiera. Se ha pensado que lo decía en serio y pretendía concertar una cita.

—Uf. Hay primates que no caen tan bajo.

A pesar de que el personal del HEX estaba aplicando medidas a todas luces más estrictas, y de la solidaridad de muchos de los vecinos del pueblo, que se ofrecían como voluntarios, también había voces críticas, entre ellas la de Colton Mathers. «Se te designó para prevenir este tipo de disturbios, pero por lo que parece has eludido gravemente tus responsabilidades —rabió el concejal por teléfono—. Quiero que te cerciores de que recuperamos algo de paz y tranquilidad, y de que los responsables no escapen al castigo». Grim, que entretanto evocaba una imagen mental del páncreas de Mathers y lo adornaba con un buen tumor, le aseguró que harían cuanto estuviera en su mano «sin la ayuda de The Point», y colgó antes de que Mathers tuviera oportunidad de responder.

Las críticas no llegaban sólo desde arriba: aquella misma noche, destrozaron a ladrillazos las ventanas del antiguo Centro de Visitantes de Popolopen. Los autores —unos cuantos trabajadores de la construcción borrachos e insatisfechos— fueron sorprendidos en el acto y pasaron la noche en las criptas de debajo de la iglesia de la Meta de Cristal.

Para entonces, Marty Keller ya había descubierto quién había gastado la broma del pavo real: nada más y nada menos que la también miembro del Consejo y esposa del carnicero Griselda Holst.

—¿Ella? —preguntó Grim con asombro—. Tienes que estar de coña.

—Qué va —respondió Marty.

Le enseñó a su jefe lo que había podido reconstruir a partir de las imágenes de las cámaras de seguridad. Holst había salido de la carnicería a las 22:58 horas de la noche del domingo anterior con, en efecto, la gran bolsa azul de la compra bajo el brazo. Las cámaras distribuidas a lo largo de Old Miners Road mostraban que su viejo Dodge había salido del pueblo en dirección a Highland Mills. A las 00:23 horas, había regresado, aparcado en su camino de acceso y entrado en la casa. De su bolsa de la compra sobresalían un montón de plumas de pavo real. Era tan descarado que Grim se enfureció: era como si aquella vieja arpía se estuviera burlando del sistema. Poco tiempo después, las imágenes descubrían a Griselda Holst internándose en el bosque.

—¡No le queda ni una puta neurona! —gritó Grim con una voz que se le atascó en la garganta.

Marty se encogió de hombros.

—Seguro que pensó que Katherine desaparecería antes del amanecer y que el pájaro se tostaría sin que nadie se enterara.

Warren sonrió.

—Pero, en vez de eso, le muestra su gratitud a la Holst paseándose por ahí con él toda la semana. ¡Menudo puntazo!

—Pero ¿por qué? ¿Por qué un pavo real?

Claire había sacado de la biblioteca de ocultismo del HEX una obra de referencia de la Harvard University Press, y parafraseó lo siguiente:

—Para los persas, el pavo real era un símbolo de inmortalidad, porque creían que su carne era inmune a la descomposición. Lo cual no es cierto, pero por lo que se ve es muy seca y apenas comestible. A ver…, en la Edad Media el pavo real era un mal presagio porque se pensaba que sus gritos atraían la lluvia (vale, en eso tenían razón), y

según Paracelso, un astrólogo y ocultista alemán, el grito de un pavo real en momentos extraordinarios predecía la muerte de algún miembro de la familia a la que pertenecía el ave. Ah, sí, encontrarse plumas de pavo real trae suerte, pero tenerlas en casa da muy mal fario. ¿Ayuda esto en algo?

Grim resopló.

—No creo que a la carnicera le importe una puta mierda el valor simbólico de su ofrenda.

—Sí, es verdad —dijo Warren con una risita—. Es tan tonta que no sabe ni dónde tiene el culo. ¿Habéis probado alguna vez su paté? Sabe como si se extrajera la grasa de la barriga con una aguja de liposucción y luego se la inyectara a la tarrina.

—¡Warren, qué cerdo! —exclamó Claire—. Un poco de respeto, por favor. Ha tenido una vida trágica por culpa de su marido.

—Por muy cierto que sea eso —dijo Grim—, no tiene derecho a montar un número así.

Pero eso no fue más que el principio. Marty y Warren se sumergieron en el archivo videográfico y el miércoles por la noche ya habían descubierto el peculiar hábito de Griselda Holst de visitar a la bruja fuera del alcance de las cámaras. El patrón era siempre el mismo: todos los jueves, lloviera o tronase, cuando Katherine estaba en el bosque, Griselda se escabullía tras un par de coches aparcados o por un seto y desaparecía entre los arbustos, siempre aferrada a una bolsa de plástico blanca. Alrededor de una hora más tarde, volvía… sin la bolsa. Grim se quedó de piedra. ¿Cómo podía habérseles pasado por alto algo así? ¿Y qué narices hacía aquella mujer cuando estaba con Katherine?

A la mañana siguiente, le pusieron un micrófono a Marty y lo enviaron a Griselda's Butchery & Delicacies mientras Grim, Warren, Claire y los demás observaban con gran atención la pantalla grande, que transmitía en vivo las imágenes de la cámara de vigilancia de la carnicería.

—¿Qué va a ser? —dijo la impetuosa voz de Griselda a través de los altavoces.

—Medio kilo de paté de pavo real, por favor —contestó Marty.

Warren estalló en carcajadas y Grim le hizo un gesto para que se callara.

Griselda, que se tensó de inmediato, titubeó.

—¿De paté Holst, quieres decir?

—No, de paté de pavo real —insistió Marty con la cara seria.

—No…, no tengo.

—Pues empanada de pavo real, entonces.

—No vendo ningún tipo de carne de pavo real.

—Vaya, qué pena —repuso Marty—. ¿Tampoco hay solomillo de pavo real? —En la pantalla, resultaba obvio que Griselda no tenía ni la más mínima idea de cómo gestionar la situación—. Se me había ocurrido que podía probarlo, ya que Katherine es tan fan.

Griselda se relajó un poco y sonrió.

—Es verdad —dijo. ¿No era aquello una nota de orgullo en su voz?—. Debe de serlo. ¿Por qué si no iba a conservarlo durante tanto tiempo?

—Sí, da igual lo que digan: quienquiera que le diera ese pavo real sabe muy bien cómo evitar una crisis. Por eso nosotros también queríamos uno. —Griselda se sonrojó y Marty aprovechó la oportunidad con rapidez—. Oye, mi pareja y yo organizamos noches temáticas de Katherine en las que representamos lo que sea que esté haciendo la bruja. El fin de semana pasado atamos a *Gaudí*, nuestro chihuahua, a la rama de un árbol. Nos reímos tanto que pensamos que nos hacíamos pis encima. Mira, ¿quieres ver un selfi?

La sonrisa de Griselda desapareció al instante, y su vergüenza se evaporó. Debajo apareció una capa de furia petrificada.

—¡Mequetrefe de tres al cuarto! —rugió—. ¡Burlarse de mi Katherine! ¡Lárgate de aquí ahora mismo! —Agarró un salami enorme del estante y rodeó el mostrador a toda prisa hasta donde estaba el atónito Marty, que salió casi volando por la puerta. La campanilla tintineó con frenesí—. ¡Te mereces ir a Doodletown, señorito! —gritó Griselda a su espalda—. ¡Ten cuidado, o te denunciaré ante el Consejo! Eres el niño prodigio de Grim, ¿no? ¡Ya me enteraré de cómo te llamas!

Volvió a entrar, tan grácil como un buque de guerra ucraniano, y

cerró la puerta de golpe tras ella. En el centro de control, Warren aulló como un lobo y rugió:

—¡Que le den un Oscar a esa mujer!

Grim todavía no era capaz de encontrar la conexión entre las actividades de Griselda y la muerte del perro o la hemorragia del arroyo, pero enredar con la bruja estaba estrictamente prohibido por el sencillo hecho de que los riesgos eran imposibles de prever. El jefe de seguridad no tenía más remedio que informar a Colton Mathers. El concejal lo recibió en su casa de campo, que estaba situada en la cima de Hill of Pines y rodeada por una vieja valla oxidada, como si de la mismísima mansión de Frankenstein se tratara. Con el ceño cada vez más fruncido, la vieja reliquia escuchó los hechos y al final sorprendió a Grim diciendo:

—Déjalo estar, Robert. La señora Holst es una mujer honrada y ha estado bajo mucha presión en los últimos tiempos. Además, tenemos que esperar y ver cuáles son las consecuencias de sus actos. A lo mejor no es tan horrible.

Grim no daba crédito a lo que oía.

—Pero si…

—Me alegro de que me lo hayas comentado —continuó Mathers como si Grim no fuera más que humo—, y desde luego que debemos mantener vigilada a la señora Holst, pero de momento mi consejo es: no remuevas el avispero.

Robert Grim, al que le entraron ganas de gritarle en toda la cara que el avispero llevaba removido una eternidad y que en realidad las avispas ya merodeaban por las calles del pueblo con zumbidos amenazantes y los aguijones afilados, se volvió a casa con las manos vacías y pensó: «La está encubriendo a cuenta de lo de Roth. ¿Cuánto tiempo va a seguir con este juego sucio?».

La respuesta le llegó de inmediato: «Hasta que le eches pelotas y le plantes cara».

Pero Grim estaba apegado a su trabajo, así que mantuvo la boca cerrada. Y aquella noche, después de que amainara la tormenta y de que la bruja por fin renunciase a su extraña predilección por el pavo real muerto, pensó que tal vez las cosas estuvieran mejor así. Iba

contra el protocolo, era incluso hipócrita, pero que así fuera. Todo parecía haber vuelto a la normalidad. Nadie quería hablar de lo que hasta entonces había acaparado todas y cada una de las conversaciones; la gente quería olvidar su angustia y borrar todo recuerdo de ella. Y Robert Grim también. Empezaba a creer que se había producido un pequeño milagro: Black Spring había salido relativamente ileso de las penurias de Katherine.

Aquel fue su estado de ánimo hasta la media tarde del sábado, cuando las malas noticias llamaron a su puerta.

Petrificados y estupefactos, los miembros del personal del HEX que estaban presentes en ese momento —Claire, Warren y Grim— escucharon a Steve Grant y Pete VanderMeer contar su historia. Fue Steve el que más habló. Aquí era donde estaban: Jaydon Holst —por el amor de Dios, el hijo de la intrépida esposa del carnicero— había aterrorizado de manera sistemática a la bruja, la había apuñalado con una navaja y luego había azuzado al perro de los Grant contra ella. Como venganza por la muerte de *Fletcher*, Jaydon, Justin Walker y Burak Şayer se habían presentado voluntarios ante el HEX para tener libre acceso a Katherine y Grim se lo había tragado. Los espantosos y horribles resultados de aquel error se revelaban en el vídeo que había grabado el hijo de Grant.

Cuando las imágenes terminaron de reproducirse, nadie dijo nada durante mucho rato. La estrecha sala de descanso del centro de control parecía demasiado pequeña, como si la hubieran vaciado de aire y se estuvieran asfixiando poco a poco. Grim sintió que el corazón le daba una serie de saltos inesperados y convulsos antes de recuperar su ritmo normal.

La lapidación. Joder, me cago en la leche, esos pocos fotogramas en los que se los veía tirándole piedras a la cara.

De repente, lo asaltó una idea tan vivaz como un montón de fósforo ardiente: «No sería difícil que le hubieran saltado los puntos de los ojos».

A Claire se le descolgó la mandíbula y ella fue la primera en

hablar:

—¿Cuándo dices que pasó esto? ¿El jueves por la tarde?

Steve asintió.

—Debió de ser antes de las cuatro, porque Matt y yo volvimos a casa a esa hora.

Claire abrió los ojos como platos, y a Grim no le gustó ni lo más mínimo la expresión que adoptaron.

—¿Puedes ser más preciso?

Steve se volvió hacia el MacBook, clicó en el archivo del vídeo con dos dedos y abrió el menú de propiedades.

—Mira, ahí está. Contenido creado: jueves, 8 de noviembre de 2012, 15:37 horas.

—Madre mía. —Claire se tapó la boca con las manos—. Fue cuando murió esa anciana.

Grim no sabía a qué se refería.

—¿Quién?

—Rita Marmell. Era paciente de Roseburgh. Tuvo un derrame cerebral el jueves por la tarde mientras jugaba a las cartas. Su médico me dijo que había sido muy inesperado porque estaba más o menos bien de salud, pero que esas cosas pasan a su edad, así que no le di mayor importancia. El certificado de defunción dice que la dieron por muerta a las cuatro menos cuarto, después de que la reanimación fracasara.

Pete VanderMeer y Steve intercambiaron una mirada de sorpresa.

—¿No es justo eso lo que hizo en el 67? —preguntó Pete—. Cuando aquellos médicos intentaron abrirle la boca, tres ancianos del pueblo murieron de derrame cerebral.

Warren entendió adónde quería llegar.

—Pasan los años y ella está ahí plantada, sin más, como un oso encadenado en estado de hibernación. Pero si te acercas demasiado…

Dio una palmada y todos dieron un respingo por culpa del ruido hueco.

«Como un oso encadenado en estado de hibernación —pensó Grim con un escalofrío—. ¿A la espera de… qué?».

—Por lo que se ve, cuando sufre un gran estrés físico o

emocional, desprende una energía rara —dijo Warren—. Y eso hace que los más débiles de entre nosotros… la palmen.

—Si eso es cierto, entonces estos chavales mataron a esa mujer —afirmó Grim con la voz apagada.

Bajo la luz dura e implacable de los fluorescentes, el grupo tenía un aspecto pálido y abatido, pero al mismo tiempo contenido. ¿Y si, Dios no lo quiera, aquello llegaba a saberse en el pueblo? «Si quieres saber qué pinta tiene la contención, mira bien a tu alrededor —pensó el jefe de seguridad—, porque esta será la última vez que la veas en mucho tiempo».

—Bien. —Grim se quitó las gafas y comenzó a limpiarles los cristales—. Tenemos que traernos a esos imbéciles con la mayor discreción posible. Si esto se filtra antes de que estén encerrados a buen recaudo, se montará la de Dios es Cristo.

—¿Y crees que no se montará si la gente se entera después? —comentó Pete.

—Probablemente sí, pero al menos no lincharán a esos críos.

—Espero que no.

Grim lo miró con fijeza.

—¿No creerás que…?

—¿Qué piensas que decidirá el Consejo si se corre la voz de que los chavales son los responsables no sólo del pánico de la semana pasada y de la muerte del perro de Steve, sino también de la muerte de una anciana? El señor Mathers insistirá en que es uno de sus asuntos municipales y hará que todo el mundo lo vote bajo el pretexto de la democracia. Pero si este asunto no se maneja con delicadeza, se desatará la anarquía total. ¿No te has fijado en lo asustada que está la gente ahí fuera? Serán capaces de cualquier cosa cuando averigüen quién lo ha provocado.

Warren tuvo una idea:

—Y por eso vamos a adelantarnos a ellos. Arrestaremos a los chavales sin que nadie se entere y los juzgaremos según las leyes del Decreto de Emergencia.

—Vale, ¿y qué dice el decreto respecto a causar de forma deliberada una «grave amenaza contra el orden público municipal»,

categoría en la que estoy bastante seguro de que también entra la lapidación?

—Vamos, Pete, es una estúpida ley del siglo XVIII —le espetó Grim.

—Aquí el Decreto de Emergencia es la ley. No estés tan seguro de ello.

—Mira, eso es una gilipollez. No me jodas, pase lo que pase, esto sigue siendo Estados Unidos. No sé cuánto tiempo hace de la última vez que se incluyó algún tipo de incidente bajo esa ley en particular, por eso los estatutos no están adaptados a la legislación penal contemporánea. Lo resolveremos en el Consejo.

Pero los demás evitaban establecer contacto visual entre ellos y mantenían la mirada clavada en el suelo con patente incomodidad. Warren fue el único que se atrevió a abrir la boca:

—A algunas personas se las ha enviado a Doodletown por delitos mucho menos graves.

—¡Venga ya, chicos! —gritó Grim con incredulidad. Se sentía acorralado, y eso alimentaba su ira—. No lo pensaréis de verdad, ¿no? No quiero adelantarme a la sentencia porque eso es algo que depende de todo el Consejo, pero no os preocupéis, ya se nos ocurrirá algo moderno. Lo siento, pero no puedo silenciar una cosa así. Lo que han hecho es un delito, no os equivoquéis. ¿Quién sabe qué se inventarán esos cabrones la próxima vez? Puede que quemarla, porque al fin y al cabo eso es lo que les hacemos a las brujas. ¿Queréis esperar a que ocurra eso? Si el resultado hubiera sido un poquito distinto, ahora mismo ya estaríamos todos muertos.

—Soy muy consciente de ello —dijo Pete en voz baja.

Entonces Steve tomó la palabra:

—Tyler y Lawrence les tienen un miedo horrible a esos chicos, sobre todo a Jaydon. Y también a lo que pueda pasar cuando los suelten.

—No nos adelantemos a los acontecimientos, ya abordaremos ese problema cuando llegue —dijo Grim—. Doy por hecho que tardarán un tiempo en volver a ver la luz del día.

—A ver, tú tienes autoridad para recurrir a The Point si crees que

es conveniente, ¿no? —preguntó Pete, de repente esperanzado—. Este sería un buen momento. Si Mathers se niega a que el asunto salga de Black Spring, como en el caso de Roth, el pueblo se verá sometido a una tensión aún mayor. Puede que liberar un poco de presión con ayuda de cierto control externo no sea mala idea.

Grim rompió a reír con amargura.

—Mira, amigo mío, si eso fuera posible, ya estaría al teléfono con ellos ahora mismo. El Consejo me ha prohibido alertarlos acerca de lo que pasó la semana pasada.

—¿Qué?

—Por lo de Roth. Si no obedezco la orden, perderé mi trabajo.

Eso era cierto, pero aquel nuevo acontecimiento era lo bastante impactante para justificar que actuara por iniciativa propia. Robert Grim no podía determinar con exactitud por qué, pero las palabras de VanderMeer le habían contrariado de una forma indefinible. La gente estaba perdiendo la cabeza poco a poco, y si la situación persistía, nada volvería a ser como antes. Sabía que, con toda probabilidad, lo más sabio sería neutralizar la situación y mantenerse un paso por delante de Mathers, pero Mathers no lo toleraría. Grim suponía que el concejal no llegaría a despedirlo —a fin de cuentas, ¿quién iba a sustituirlo?—, pero no estaba seguro al cien por cien. Colton Mathers era una forma de vida que tenía mucho en común con una ciénaga pantanosa: era inmune a la evolución y absorbía hasta el último y más minúsculo de los contratiempos en sus apestosas profundidades, donde jamás sería olvidado.

—No creo que debas ir tan lejos —dijo Steve de repente. Pete se sorprendió, pero su vecino se encogió de hombros—. Sé que no hay forma de justificarlo, pero si recurres a The Point, el Consejo no te dejará en paz. Creo que lo mejor sería que intentes que todo el mundo mantenga la calma y que el Consejo actúe con cabeza.

—Exacto —dijo Grim, que apartó sus dudas y, al hacerlo, cometió un terrible error de cálculo—. Esta noche informaré al Consejo y sacaremos a esa escoria de las calles. Todo saldrá bien. Puede que seamos Black Spring, pero no somos animales.

DIECINUEVE

Griselda Holst llegó a la conclusión de que su sacrificio había sido un logro supremo. Por primera vez desde el nacimiento de su hijo, sentía algo que era escalofriante y maravilloso al mismo tiempo: una felicidad insuperable, como la que despertaba en otras personas una voluptuosa brisa estival o el olor de las lilas que crecían contra la pared de una casa con jardín. Por desgracia, la felicidad de Griselda duró sólo cuatro días, hasta que el arresto de su hijo la interrumpió de forma definitiva el sábado por la tarde.

Al principio se había sentido ofendida… como si la hubieran metido en un aprieto, incluso. Ella había preparado una ofrenda preciosa, pero Katherine, en vez de desaparecer, se había negado a desvanecerse, así que el sacrificio no había llegado a completarse. No sólo eso, sino que ahora había bastantes posibilidades de que desenmascararan a Griselda. El lunes, después de cerrar la tienda, había sentido el impulso de ir y preguntarle de qué iba, pero no se atrevió, pues era muy consciente de que debía tener cuidado. Al día siguiente, sin embargo, cuando empezó a parecer que se iría de rositas, le dio por ver las cosas de otra manera: Katherine se había aferrado al pavo real ¡porque quería demostrarle a todo el mundo lo agradecida que le estaba a su amiga, Griselda! Y hete aquí que el arroyo dejó de sangrar. Griselda comenzó a asumir que lo que había hecho era un acto de heroísmo. Para sus adentros, obtuvo un intenso placer de aquel logro y se embarcó en fantasías frívolas. Si la gente lo supiera, la sacarían a hombros por las calles. Se celebraría una gran

fiesta con baile y canto, y todo el mundo querría comer su paté. Sin embargo, Griselda no anhelaba el reconocimiento o la fama. Lo único que quería era el favor de su adorada Katherine.

Llegó el sábado y la carnicera se colocó detrás del mostrador de la tienda sintiéndose de un humor particularmente bueno. Como especialidad del día, había hecho sus «albóndigas tibias con salsa». La gente entraba en la carnicería a raudales, como si en el fondo todos supieran que ella era su salvadora. Incluso la señora Schaeffer la saludó de todo corazón y compró un kilo de solomillo de ternera como si no fuera nada.

Esa noche, Griselda estaba tumbada en la cama viendo *Saturday Night Live* con una bandeja llena de embutido de hígado y una enorme sensación de satisfacción cuando oyó un fuerte golpeteo en la puerta de abajo. Se llevó una sorpresa, porque nadie iba nunca a visitarla, y Jaydon se había encerrado en su habitación después de la cena.

—¡Jaydon, la puerta! —gritó. Nada, sólo el retumbar de su estéreo en el desván—. ¡Jaydon!

Resentida, se puso las pantuflas y salió al pasillo en pijama. Estaba a punto de subir y echarle a Jaydon una buena bronca; ¿cuántas veces le había dicho que las historias que tuviera con sus amigos eran cosa suya, no de ella? Pero oyó más golpes, esta vez todavía más fuertes, así que volvió a bajar las escaleras con pesadez, sin dejar de refunfuñar en ningún momento. Cuando encendió la luz de la tienda, el timbre de la puerta empezó a sonar de continuo.

—Sí, sí, sí, ya voy —gruñó mientras rodeaba el mostrador arrastrando los pies—. ¡Que ya no tengo dieciséis años!

Detrás de la cortina trenzada de la ventana había tres figuras robustas. Justo, los amigos de Jaydon, tal como se esperaba. Quitó el pestillo, y ya estaba a punto de saludar a los visitantes con un brusco «¿No podríais haberlo llamado al dichoso móvil?», cuando las palabras se le atascaron en los labios. Eran Rey Darrel y Joe Ramsey, los de Rush Painting, acompañados de Theo Stackhouse, el dueño del taller de Deep Hollow Road, donde Jaydon había tenido un trabajo de mierda, como él mismo lo describía, el verano anterior. Tres tipos grandes, pretenciosos y rebosantes de testosterona que parecían estar

a punto de estallar. Sólo entonces se fijó en que Colton Mathers estaba detrás de ellos, dos cabezas más bajo y arrebujado en su abrigo. Más allá, el Chevy de Rey Darrel traqueteaba al ralentí, con las luces todavía encendidas.

Griselda miró con nerviosismo de una cara a otra.

—¿Os puedo ayudar en algo?

—¿Está Jaydon? —preguntó Darrel con aspereza.

—¿En qué lío se ha metido ahora? —La mujer desvió la vista hacia atrás con suspicacia y los hombres aprovecharon la oportunidad para colarse por su lado y entrar en la tienda—. ¡Eh!, ¿qué narices estáis haciendo? Colton, ¿de qué va todo esto?

El concejal la miró con una deformada máscara de ira. De repente, a Griselda la inundó el miedo, un miedo abrasador.

—Estos agentes de la ley han venido a arrestar a Jaydon, Griselda. Te aconsejaría que les dejaras hacer su trabajo sin oponer ninguna resistencia.

—¿A arrestarlo? ¿Por qué motivo?

Los tres hombres ignoraron su pregunta y rodearon el mostrador hacia las estancias privadas de la casa de Griselda.

—¡Eh, volved aquí! ¡Esta es mi casa! ¡Jaydon!

Colton Mathers le puso una mano sobre el brazo y pronunció su nombre vocalizando cada sílaba con esmero, pero Griselda, sin pensárselo dos veces, se dio la vuelta y fue tras los intrusos, que habían empezado a subir las escaleras con gran desvergüenza. No podían comportarse así sin más, ¿verdad? Conmocionada, Griselda se dio cuenta de que sí podían si la situación lo requería. La policía local de Black Spring consistía en poco más que un grupo de agentes voluntarios, supervisados por el personal del HEX, a los que se recurría para que se ocuparan de asuntos internos. No había reglas claras acerca de cómo debían llevarse a cabo las detenciones, así que a menudo improvisaban, pero ¿a quién podías acudir para quejarte de la ausencia de una orden de registro? La autoridad estaba abajo, en la tienda, esperando.

Ramsey, Stackhouse y Darrel siguieron la música y subieron directos al desván. El primero de los tres estampó la puerta de la

habitación de Jaydon contra la pared con un golpetazo que hizo temblar la casa. Griselda estaba justo detrás de ellos, sin aliento, y vio que Jaydon, que estaba jugando con su portátil en la cama, se incorporaba de golpe hasta quedar sentado.

—Jaydon Holst, quedas arrestado por violar casi todas las puñeteras leyes del Decreto de Emergencia —dijo Rey Darrel. En realidad casi lo gritó, y por primera vez, Griselda se dio cuenta de que los hombres no sólo estaban alterados por la tarea que tenían entre manos, sino también verdaderamente furiosos—. Tienes derecho a permanecer en silencio, pero yo no contaría con un abogado, cabrón asqueroso.

De un fuerte golpe, arrojó la silla de Jaydon contra el suelo.

—¿Te has vuelto loco?—gritó Griselda.

La mujer lo agarró de la manga, pero Darrel se liberó con tan sólo girar el brazo.

—¿Qué… cojones pasa? —tartamudeó Jaydon. Se volvió hacia Griselda en busca de ayuda—. Mamá…

—¿Qué clase de psicópata eres? —preguntó Theo Stackhouse con los labios blancos de ira. Se acercó a Jaydon y lo agarró por el brazo, incrustando la mano en la piel del chico—. ¡Yo no te contraté para esto! ¡Comías en mi casa con mi esposa y mis hijos todos los putos días!

—Theo, cálmate, tío. ¿De qué va todo esto?

—¡Tú eres el que debería haberse calmado! —rugió, y Jaydon se encogió de miedo—. No eres un tipo tan duro sin una piedra en la mano, ¿verdad?

Jaydon levantó ambas palmas.

—Oye, eso fue sólo una broma, nada más.

—Yo te enseñaré lo que es una broma.

Con un movimiento rápido, agarró a Jaydon por la muñeca y le retorció el brazo hacia la espalda. El chico se dobló de dolor y gritó.

—¡Basta! —chilló Griselda, pero Darrel la contuvo con unos dedos que parecían cables de acero—. Rey, ¡no volveré a venderte esa ternera picada que tanto te gusta a menos que me digas ahora mismo qué coño crees que estás haciendo!

—Lo siento, señora Holst. Órdenes.

—¿Por qué no me llamas Griselda, como haces siempre?

Pero Darrel la apartó a un lado con brusquedad y agarró a Jaydon del brazo que le quedaba libre.

—Tú te vienes conmigo —ordenó.

Lo arrastraron hacia el exterior de la habitación dejando atrás a Griselda. Ramsey cogió el portátil del muchacho de la cama, desenchufó el cargador de la pared y se lo metió bajo el brazo.

—¡Esperad! —gritó Griselda.

Agarrándose a la barandilla para no perder el equilibrio, se lanzó escaleras abajo en pos del grupo de hombres. Sentía que el corazón estaba a punto de salírsele del pecho y jadeaba como si estuviera participando en una carrera, pero lo que la mantenía en pie eran los gritos aterrorizados de su hijo pidiendo ayuda. Llegó al tramo de escaleras que llevaba a la planta baja justo a tiempo de ver que Darrel lo golpeaba con violencia en la espalda, de modo que Jaydon bajó volando los últimos escalones y cayó de bruces contra la puerta de la tienda. La sangre le salía a chorros de la nariz. Cegada por la rabia, Griselda se abalanzó sobre el hombre que tenía delante, Joe Ramsey, pero él se había agarrado de la barandilla y, a pesar del impresionante peso de la mujer, fue como si se hubiera estrellado contra una pared.

—¡No le hagáis daño, monstruos! —sollozó—. ¡Quitad vuestras sucias manos de mi hijo!

Tumbado bocabajo, Jaydon buscó el móvil a tientas en el bolsillo de su pantalón, pero Theo Stackhouse le plantó una bota de cuero en la muñeca y el chico gritó. El dueño del taller le quitó el teléfono y se lo guardó en un bolsillo del abrigo.

—¡Cabronazos! —vociferó Jaydon—. ¡Yo también tengo derechos!

—Ya no —repuso Stackhouse.

Le asestó una patada tan fuerte en la parte baja de la espalda que Jaydon se dobló por la mitad y tosió un gargajo, y lo único que Griselda fue capaz de ver en ese momento fue a Jim; en ese momento lo único que Griselda fue capaz de ver fue a su difunto marido pateando a su hijo, y una película roja de locura le nubló la visión.

—¡Basta ya! —tronó la voz del concejal por encima de todos los demás ruidos—. Levántate, muchacho.

Con la cara desfigurada por el dolor, Jaydon se incorporó y se apoyó en la jamba de la puerta para sostenerse, pero al final se las arregló para ponerse en pie sin la ayuda del equipo de arresto. Se llevó la muñeca herida al pecho, la sangre le goteaba por el labio superior. Con los ojos llenos de lágrimas y cargados de un odio patológico, clavó la mirada en el rostro acerado de Colton Mathers.

—Joven señor Holst, te arresto en nombre de Dios por la repetida y desproporcionada violación del Decreto de Emergencia, por la lapidación de Katherine van Wyler y por poner maliciosamente en peligro la vida de los casi tres mil residentes de Black Spring. Que el Señor se apiade de tu alma.

Darrel y Stackhouse cogieron a Jaydon y lo llevaron más allá del mostrador.

—¡Mamá, tú has visto lo que me han hecho! —gritó—. ¡Cuéntaselo a todo el mundo! Ella os ha visto darme una paliza, hijos de puta. ¡No os saldréis con la vuestra!

Pero Griselda apenas lo oyó. Ya no podía pensar con claridad. Todo se había vuelto borroso. Lo único que oía era: «La lapidación de Katherine van Wyler». Tras esas palabras, su cerebro se había apagado con un clic audible. «La lapidación de Katherine van Wyler. La lapidación…».

—No le hagáis daño —dijo, pero pronunció la frase con indecisión, casi con entonación de pregunta.

«Ay, Dios mío. ¿Ha dicho LAPIDACIÓN?».

—Por lo que más quieras, Colton, ¿qué ha hecho?

Mientras los demás se llevaban a Jaydon, el concejal le ofreció una versión muy abreviada de los cargos, pero fue suficiente. A Griselda comenzó a darle vueltas la cabeza, sus pensamientos se precipitaron en una espiral de caída libre.

—Es mi deber decírtelo porque eres su madre, Griselda, pero no estoy aquí en calidad oficial. Hemos decidido que sería mejor que tú…

Pero Griselda no le estaba prestando atención; había empezado a hiperventilar y, en su mente, estaba con Katherine, no buscando la

reconciliación —¿acaso era posible la reconciliación después de algo así?—, sino sólo lavándole los pies con sus lágrimas. Dio un paso torpe y desequilibrado hacia el perchero.

—Griselda, ¿qué estás haciendo? —preguntó Colton Mathers en voz baja.

—Tengo que… —«ir a verla», estuvo a punto de escapársele— ir con él, por supuesto.

—No irás a ninguna parte.

—Pero yo…

Mathers la agarró con ambas manos y la empujó con suavidad, pero también con firmeza contra la pared de detrás del mostrador. Griselda notó que la mano derecha, retorcida y gotosa del viejo descendía hasta su pecho. Olió su aliento, un tufo pesado, intensamente penetrante y predatorio, y la mujer cerró la boca con un ruido húmedo y audible.

—Calla ya. Estoy de tu lado, Griselda. Lo sabes, ¿verdad?

—Sí…

—Bien. Confía en mí.

—Pero qué…

—No, Griselda. Confía en mí. ¿Confías en mí?

—Confío en ti…

—Quiero que repitas lo que yo diga. ¿Lo harás?

—Sí.

—Repite conmigo, Griselda. Yo, Griselda Holst…

—Yo, Griselda Holst…

—Dimito del Consejo por voluntad propia…

Ella lo miró con asombro.

—¿Qué?

—Dimito del Consejo por voluntad propia… —Cerró la mano alrededor del pecho y se lo apretó de forma dolorosa y cruel—. Dilo, Griselda. Quiero oírte decirlo. Dimito del Consejo por voluntad propia…

La carnicera se sintió horrorizada e intentó zafarse de sus garras, pero fue en vano.

—Pero ¿por qué?

—Porque lo sé, Griselda —dijo el concejal con franca tristeza—. Sé que has estado yendo a ver a la bruja, y sé que fuiste tú quien le dio el pavo real. Sé que la visitas con regularidad. Lo sé todo, y no quiero juzgarte de manera oficial, pero por Dios que lo haré si no dimites de manera voluntaria. Repite conmigo, Griselda: en este acto dimito del Consejo por voluntad propia…

La mujer se sonrojó muchísimo, abrió los ojos como platos y lo miró con culpabilidad.

—Colton, yo…

—¡Repite conmigo! —rugió de repente el viejo concejal sin disimular su furor, y un escalofrío vertiginoso sacudió el cuerpo de Griselda—. ¡Repite conmigo, Griselda! ¡Repite conmigo! ¡Yo, Griselda Holst, demito del Consejo por voluntad propia!

—Dimito del Consejo por voluntad propia —gimió ella encogida de miedo.

Ahora que su máscara de contención se había evaporado, el rostro de Mathers se había convertido en una repugnante red de tendones y arrugas, de una vejez peligrosa pero en absoluto senil.

—Y no haré nada para obstaculizar la investigación de ninguna manera…

—No obstaculizaré la investigación… Ay, Colton, me estás haciendo daño.

—Ni me acercaré a la bruja, ni siquiera una vez.

—No entiendes…

—¡Dilo!

Un dolor agudo le atravesó el pezón cuando se lo apretó aún con más fuerza.

—¡No volveré a acercarme a Katherine!

El concejal se relajó y su rostro recuperó la serenidad, como si una capa de nubes se hubiera abierto bajo su piel.

—Muy bien, Griselda. Que Dios se apiade también de ti.

Se alisó el abrigo y salió por la puerta sin decir una sola palabra más. La campanilla tintineó con alegría, como siempre lo había hecho. Griselda se dejó caer en el suelo y rompió a llorar.

Al arresto de Jaydon lo siguió un oscuro lapso en el que Griselda sintió una necesidad casi patológica de limpiarlo todo, primero a sí misma y luego la tienda, a fondo y repetidamente, para tratar de eliminar la mugre de su cuerpo y de su alma. Lo hizo aturdida, como si planeara sobre sí misma, trascendiendo su cuerpo, un globo flotante de imágenes confusas que se sucedían como sueños febriles: Colton Mathers pateando el cadáver de Jaydon; vecinos del pueblo con expresión vacía que sabían lo que Griselda había hecho y le tiraban piedras (en lugar de las medallas que se merecía); las manos de Mathers sobre su pecho, su aliento rancio en el cuello.

«Katherine, ¿qué me está pasando? Me estoy volviendo loca».

Se estremeció al pensar en el tacto del concejal, que por alguna razón había sido mucho más terrible que el de Arthur Roth. Lo de Roth había sido pura lujuria, así que pudo disociarse de ella sin más. Cuando Colton Mathers le apretó el pezón, Griselda vio en su rostro la concentración enfermiza de un inquisidor, y fue como si mirara hacia un pasado lejano y remoto a través de un profundo abismo.

«Estoy de tu lado, Griselda».

Pero Griselda había vivido lo suficiente para saber que nadie estaba de su lado, ni Colton Mathers, ni Jaydon, ni mucho menos la gente del pueblo que se comía su paté. Sólo Katherine había estado siempre de su lado. Pero ahora eso había cambiado. Aquella noche, cada vez que se quedaba dormida, se le aparecía la misma imagen: Katherine paseándose por Deep Hollow Road, husmeando el aire como una bestia de presa y buscando a Griselda con ojos ciegos, porque había sido su hijo quien la había apedreado, su misma sangre quien le había arrebatado el pavo real. Una y otra vez, Griselda se despertaba sobresaltada, con el cuerpo frío y empapado de sudor. Se pasó toda la noche dando vueltas, atrapada entre dos extremos: si quería saldar su deuda con Katherine tendría que permanecer fiel a ella, pero si quería evitar que Jaydon sufriera, tendría que elegir el bando de su hijo.

Al amanecer del domingo llamó al ayuntamiento, pero no contestó nadie. Intentó llamar a Mathers, pero tampoco se lo cogió nadie, tal como esperaba. En el HEX contactó con Robert Grim, quien, a regañadientes, le dijo que habían interrogado a Jaydon y que ahora

estaba en aislamiento en Doodletown a la espera de su juicio, al igual que sus amigos. Grim añadió que Jaydon, a diferencia de los otros, era mayor de edad y que él, Grim, no estaba obligado a transmitirle esa información a Griselda.

—Por favor, no le hagas daño, Robert —suplicó—. Da igual lo que haya hecho y da igual lo que opines de mí, no le hagas daño a mi hijo.

—Por supuesto que no —replicó él con brusquedad—. Se le tratará como a cualquier otro detenido.

—Cuando arrestaron a Jaydon, lo tiraron por las escaleras y le dieron patadas.

Se hizo un silencio; a Grim le costó mantener la voz calmada:

—Lo siento mucho. Eso no debería haber ocurrido.

Pero sí había pasado, y aquello no fue más que el principio. La noticia de la lapidación se propagó por Black Spring como un virus, ya no susurrada, sino proclamada a gritos enajenados. De repente, el miedo reprimido con tanta cautela había regresado, y el pánico, la rabia y las insinuaciones llegaron pisándole los talones. Era como si el reloj hubiera retrocedido una semana. Pero el hecho de que hubieran sido tan tontos como para pensar que por fin habían superado el peligro hacía que la indignación fuera aún más dolorosa y el miedo, más paralizante.

Desde la ventana de su dormitorio, Griselda se asomó a la plaza y vio a una gran cantidad de personas reunidas ante la iglesia de la Meta de Cristal y el The Quiet Man. A veces gritaban eslóganes para echar leña al fuego. La gente no tardó mucho en empezar a golpear las ventanas del comedor. Entre los gritos furiosos, Griselda intentó distinguir las voces de los habitantes del pueblo que siempre la habían tratado con amabilidad. Se escondió detrás de la cortina y esperó, desesperada, a que se olvidara la histeria, pero en cuanto anocheció, se vieron nubes de humo oscuro que se alzaban por el oeste, y las sirenas del camión de bomberos comenzaron a aullar. Alguien había cogido una caja de botellas de cerveza vacías, las había llenado de gasolina, las había lanzado contra la ventana de ese amigo turco de Jaydon —el tal Buran— y había prendido fuego a la casa. En esos

momentos la familia había salido para acudir al interrogatorio, así que no sufrió daños personales, pero la planta baja fue pasto de las llamas y la casa se declaró inhabitable.

Los Şayer eran un chivo expiatorio sencillo, claro. Griselda se había granjeado más respeto que ellos a lo largo de los años, pero al día siguiente sus clientes la abandonaron, y por la tarde, dos hombres de Lower South entraron con bates de béisbol y le hicieron añicos las vitrinas de cristal .

En cuanto por fin pudo hacerlo, cerró la tienda y tapó las ventanas para protegerse. Mientras quitaba esquirlas de cristal de la carne picada, presa del desánimo, Griselda se dio cuenta con un escalofrío de algo que no podía expresar con palabras, pero que, no obstante, sentía de todas formas: con cada individuo que cedía a la histeria colectiva, Black Spring se sumía un poco más en un estado de locura.

Lo que quedaba era un horror: el alma del pueblo, que estaba irreversiblemente hechizada.

VEINTE

El juicio se celebró el martes a última hora de la tarde en el Memorial Hall, y acudió todo el pueblo. Cuando Steve llegó con Jocelyn y Tyler y vio las colas de gente esperando en la entrada, comprendió de inmediato que el humilde edificio no estaba preparado para acomodar a una multitud tan grande y estaba a punto de reventar. Mientras que para la reunión de Todos los Santos la concurrencia había sido de unos ochocientos individuos, allí debía de haber casi dos mil.

Tyler había suplicado que lo dejaran quedarse en casa, pero alguien del Consejo había llamado a su padre y le había dicho que la presencia de su hijo era obligatoria. De repente, el corazón de Steve empezó a golpearle el pecho como un pistón. Intentó impedir que se le notara, pero aquella noche durante la cena no había sido capaz de probar bocado y Jocelyn le había preguntado si se estaba poniendo malo.

—Seguro que sólo son los nervios —contestó, y pensó que ojalá pudiera contarle cuál era la causa de su nerviosismo.

A Tyler lo habían interrogado en el ayuntamiento tanto el domingo como el lunes. Steve había montado un gran escándalo e insistido en que él debía estar presente porque Tyler era menor de edad, pero al final tuvo que dar su brazo a torcer y esperar en la sala de recepción con Pete y Lawrence VanderMeer, que tenía un feo corte con puntos en la frente. Cuando Tyler salió, llegó el turno de Lawrence. Steve le preguntó cómo le había ido y Tyler respondió que no había sido tan horrible. El domingo por la mañana, después de que

Jaydon empezara a cantar, les habían confiscado los portátiles y los teléfonos, así como el iPad de Lawrence, para inspeccionarlos. Steve rezó por que no hubieran cometido ningún error, pero la flagrante indignación de Pete respecto a cómo Jaydon había tratado de hacer caer a sus amigos con él fue un golpe de suerte y seguro que actuaba a su favor. Mientras volvían a casa caminando un poco más tarde, ya sin Pete y Lawrence, Tyler le dijo que le había dado la impresión de que Burak y Justin habían mantenido la boca cerrada. Aunque no se mostró muy hablador, parecía que Tyler había cooperado en todo lo posible y había fingido ignorancia cuando le preguntaron sobre su supuesta página web, en lugar de obstaculizar el interrogatorio con su silencio. Steve sólo podía esperar que Lawrence fuera capaz de hacer lo mismo.

Se sentía moderadamente optimista…, bueno, hasta la llamada telefónica que el Consejo le había hecho esa tarde.

La multitud abarrotaba los pasillos hasta el fondo del Memorial Hall y bloqueaba las entradas para aquellos que aún esperaban en el guardarropa. Steve, Jocelyn y Tyler se unieron a la gente que permanecía de pie a la izquierda de las hileras de sillas plegables, pero en cuanto los omnipresentes guardias los divisaron, los llevaron a la segunda fila, donde les habían reservado asientos junto a los VanderMeer. Mientras se abrían paso entre los corrillos de vecinos, Steve sintió el peso de las miradas sobre ellos. Hasta la última cara sombría estaba teñida de miedo o de ira.

—Qué espectáculo tan patético, ¿eh? —dijo Pete con una sonrisa cuando ocuparon sus respectivos asientos.

Steve estaba conmocionado.

—Aquí hay demasiada gente. Si cunde el pánico, el público morirá pisoteado.

—Me temo que están acrecentando el desconcierto a propósito. ¿Has visto eso?

Señaló al escenario. Colgada detrás del podio y del cartel que decía «CONFIEMOS EN DIOS Y LOS UNOS EN LOS OTROS» había una gran pantalla plana. Steve sintió que perdía el color de la cara. Aquellos imbéciles iban a utilizar las imágenes de vídeo para provocar una

revuelta.

—Espero que no se les ocurra traer a esos chicos. Si lo hacen, los estarán trasladando como corderos al matadero.

—Si lo hacen, nos llegará la mierda hasta el cuello —dijo Pete—. Si no, la mierda nos llegará hasta el cuello de todas formas.

Se produjo un alboroto en la parte de atrás de la sala. La gente tropezaba con las últimas filas de sillas y gritaba, empujada por las masas crecientes que tenían a su espalda. Los guardias corrieron hasta allí para despejar una cuarta parte de las últimas hileras con el fin de dejar más espacio para estar de pie. Cada vez más preocupado, Steve se fijó en que las salidas de emergencia ya estaban bloqueadas. La gente se estaba amontonando en manadas incluso en el balcón.

—¡Dejen que se sienten los ancianos, amigos! —gritó alguien—. ¡Cedan su asiento, compórtense como buenos estadounidenses!

Cuando el Consejo entró en formación cerrada y se sentó detrás del podio —eran seis, se percató Steve; la mujer de la carnicería estaba desaparecida—, por fin se acalló el runrún. De repente se hizo un silencio tan improbable que no se oía ni un paso, ni un susurro, ni una tos. Era como si todo el mundo estuviera conteniendo el aliento a la espera de lo que estaba por venir.

Colton Mathers tomó la palabra sin ningún tipo de discurso de apertura por parte del alcalde. Su voz resonó profunda, autoritaria e inasequiblemente tranquila. La reverberación atravesó el silencio como olas sobre un agua oscura.

—«Oh, Dios, dame tus juicios, juzgaré a tu pueblo con justicia y a tus pobres con rectitud, y quebrantaré al opresor». Salmo 72. Mis queridos conciudadanos, nos hemos reunido esta tarde para juzgar un crimen atroz y una burla blasfema que nos afecta a todos: la lapidación de Katherine van Wyler este pasado jueves 8 de noviembre por parte de los jóvenes caballeros Jaydon Holst, Justin Walker y Burak Şayer, que concluyó con la ulterior muerte de nuestra muy querida Rita Marmell. Que en paz descanse.

Por supuesto que todos habían oído los rumores, pero ahora que se habían confirmado, un suspiro de furia y asco recorrió el auditorio, y durante un momento todos participaron de la consternación común:

creyente e infiel, hombre y mujer, anciano y joven.

Adrian Chass, un miembro del Consejo cuya falta de buen gusto en el vestir sólo era superada por su falta de agallas, se aclaró la garganta y comenzó a leer lo que ponía en una hoja de papel con menos de la mitad del carisma de Mathers.

—Damas y caballeros, la señora Marmell perdió la vida como resultado de un hematoma intracerebral fatal justo a la misma hora en que se produjo la lapidación, lo cual conlleva similitudes indiscutibles con los incidentes del 67, cuando a Katherine le quitaron uno de los puntos de sutura de la boca. —Tosió—. Las consecuencias de los actos irresponsables y atroces perpetrados por estos jóvenes son inmensas y podrían haber recaído sobre cualquiera de nosotros. Ya se habrán dado cuenta de que estoy hablando de «perpetradores» y no de sospechosos. Lo hago de acuerdo con las pruebas concluyentes que estamos a punto de mostrarles para persuadirles de la barbarie de este delito.

Steve vio que Robert Grim cerraba los ojos en el escenario, y su admiración por el jefe de seguridad aumentó. Grim estaba en contra de que se mostraran las imágenes…, en contra de todo el dichoso procedimiento, lo más seguro.

De pronto, la pantalla plana mostró el conocido bosque de detrás de su casa y lo que había ocurrido allí hacía unos días. Sentado a su lado, Tyler pegó la barbilla contra el pecho y se estremeció con violencia. Steve deseó que el chico pudiera haberse ahorrado este momento, pero lo estaban forzando a revivirlo todo otra vez: las vejaciones con palos a la bruja, la pelea en la que Lawrence resultó herido, los gritos de desesperación y las pedradas húmedas que rebotaban contra la carne hechizada. Steve le apretó la mano a su hijo, pero los ojos ya se le habían llenado de lágrimas. Jocelyn, que hasta aquel momento se había negado a ver las imágenes, se tapó la boca con las manos.

Entonces la pantalla se fundió a negro y los vecinos del pueblo perdieron la cabeza. La idea de la lapidación ya era bastante horrible de por sí, pero verla con sus propios ojos fue como un fósforo ardiente que prendió una furia ciega. Se quedaron boquiabiertos. Emitieron

gritos desesperados. Algunas personas rompieron a llorar.

—¿Dónde están esos asesinos? —gritó alguien.

—¡Cualquiera de nosotros podría haber muerto! —vociferó otro.

—¡Iremos a por ellos! —aulló un tercero, y después se echó a reír, una carcajada maníaca y relinchante, como si no creyera del todo en la seriedad de lo que estaba diciendo; pero entonces su grito resonó como un bramido furioso y vengativo—: ¡A por ellos!

Los espectadores que se encontraban al fondo de la sala se precipitaron hacia delante y empezaron a caerse los unos sobre los otros, como si todos sufrieran el delirio de que los sospechosos se hallaban en el escenario. Y si eso hubiera sido cierto, Steve no dudó ni por un instante de que los habrían linchado en el acto. Se derribaron sillas, se desgarró ropa, había gente tirada en el suelo, se torcieron tobillos y muñecas. A los guardias les costaba muchísimo mantener a todo el mundo bajo control.

—¡Mantengan la calma! —tronó la voz del alcalde a través de los altavoces—. ¡Por favor, amigos, mantengan la calma!

—Steve, ¿estamos seguros aquí? —preguntó Jocelyn, que observaba el caos que se desarrollaba a su espalda con los puños cerrados.

—Eso creo, al menos por ahora.

El alboroto se estaba produciendo muy atrás y muchas personas se habían levantado para mantener a raya a la multitud. El alcalde seguía intentando calmar los ánimos, pero Steve vio a Colton Mathers examinando a las hordas —«sus hordas», pensó Steve— con un brillo triunfal en los ojos. Por supuesto, el viejo concejal sabía desde el principio que aquello iba a suceder.

Al final, la situación se tranquilizó y los médicos pudieron sacar a unos cuantos heridos. Luego, Adrian Chass volvió a tomar la palabra, aunque el estruendo de la multitud ahogaba su voz.

—Su indignación es comprensible, amigos, pero, por favor, mantengan la calma. El señor Grim y sus colegas nos han asegurado que el incidente no ha tenido ningún otro efecto en los patrones de Katherine. Todos sabemos que no cambia de comportamiento sin razón…

—¿Y qué ha sido lo del arroyo, entonces? —gritó alguien desde el medio de la sala.

Muchos lo aplaudieron.

—Ahora ya tenemos una explicación para eso —respondió Chass —. Por desgracia, la lapidación no es el primer delito que el señor Holst ha cometido en los últimos días. Hay varios testigos que aseveran que una semana antes deshonró a Katherine desgarrándole la ropa para desnudarle el pecho, tras lo cual la apuñaló con una navaja y azuzó un perro contra ella. Se trataba del perro de la familia Grant, y, como ya sabrán, el contacto directo causó la muerte del animal.

Una vez más, se produjo un estallido de furia y Steve se dio cuenta de que la atmósfera peligrosa y sofocante del Memorial Hall se parecía cada vez más a un primitivo tribunal popular. Alguien elevó un grito de guerra, y las masas no tardaron en imitarlo como si fueran una banda callejera amotinada:

—¡Que los traigan, que los traigan, que los traigan!

Steve comprendió que estaban al límite, que no se necesitaría gran cosa para que la población crispada explotase, y por primera vez vio un miedo indisimulado en los ojos de Pete VanderMeer.

Chass intentó hacerse oír por encima del ruido, pero apenas lo consiguió:

—Los autores han sido arrestados y ahora están bajo custodia, damas y caballeros. Lo que nos gustaría hacer ahora… Damas y caballeros, por favor, cálmense. Lo que nos gustaría hacer ahora es dedicar un momento para darles las gracias a dos jóvenes valientes, Tyler Grant y Lawrence VanderMeer. Como todos ustedes han observado, hicieron todo lo que pudieron para impedir que sus compañeros llevaran a cabo estos actos de salvajismo y, a pesar de la sin duda enorme presión, acudieron a sus padres con el material incriminatorio. Apelamos a todos y cada uno de ustedes para que sigan su admirable ejemplo y no oculten ninguna violación del orden público. Tyler y Lawrence, por favor, poneos de pie.

Tyler se sobresaltó y miró a Steve. Lo único que pudo hacer su padre fue asentir y alentarlo a que se levantara. «Sígueles la corriente, hijo, sólo por el momento», pensó. No podía expresar con palabras la

intensidad del alivio que acababa de experimentar. La presencia de los chicos tenía un objetivo puramente ceremonial. Algo doloroso para ellos, pero sin consecuencias.

A regañadientes, Lawrence y Tyler se levantaron y miraron a su alrededor, con el ánimo por los suelos, mientras los vítores y los aplausos estallaban en torno a ellos. Tyler esbozó un gesto breve con la cabeza y se dejó caer sobre su asiento lo antes posible.

—Bien hecho —susurró Steve, pero Tyler apartó la mirada de él.

—Muy bien —dijo Colton Mathers—. Dado que la cuestión de la culpabilidad no es un problema y que los autores han confesado, yo, como fiscal, pasaré sin dilación a la sentencia…

—¡Apedreémosles hasta matarlos! —rugió alguien, y le respondieron con gritos de aprobación; era obvio que en realidad no harían algo así, porque, al fin y al cabo, eran personas civilizadas…

—… y según es costumbre, este caso se tratará desde el punto de vista legal de acuerdo con las leyes del Decreto de Emergencia de Black Spring, tal como lo redactaron nuestros antepasados en 1848. Damas y caballeros, al cometer este acto, Holst, Walker y Şayer, la escoria misma de nuestra sociedad, pusieron en peligro la vida de hasta el último de nosotros a sabiendas. Han nacido y se han criado en Black Spring, y son del todo conscientes de las leyes y de los riesgos que conlleva burlarse de la bruja. La investigación revela que todos ellos estaban en pleno uso de sus facultades mentales, incluidos Walker y Şayer, que son menores de edad. Que quede claro para siempre que en nuestra comunidad no se tolerará un comportamiento tan asombrosamente pernicioso y que merece un trato extraordinario. Pero, estimados conciudadanos, no son los únicos que han violado el Decreto de Emergencia en las últimas semanas. —Miradas desconcertadas, un silencio tenso. Mathers, temblando de rabia, continuó con su letanía—: Algunos de entre ustedes han empezado a relacionarse con la bruja. Algunos de entre ustedes han ido en su búsqueda. Algunos de entre ustedes le han llevado ofrendas blasfemas, y algunos de entre ustedes han hablado con ella. A todos los involucrados, sólo tengo una cosa que decirles: ¡Nos… están… poniendo… en peligro… a todos! ¡No deben relacionarse con la bruja!

¡Estamos condenados! ¡Ya conocen el Decreto de Emergencia y saben qué destino nos espera si Katherine abre los ojos! ¡Perdidos, gente, estamos perdidos!

Steve escuchó el sermón del concejal en un estado cercano a la hipnosis, y de nuevo experimentó el extraño magnetismo que rezumaba aquel hombre. Mathers era como uno de esos predicadores fundamentalistas que se explayan en las torturas del infierno para exigir terror desde el púlpito, y logró su objetivo: Steve se dio cuenta de que estaba asustado, asustado sin sentido.

Mathers prosiguió:

—Responderemos a esos actos con medidas excepcionalmente duras. Lo que necesitamos es un elemento disuasorio. Sin embargo, ninguno de esos delitos es tan reprobable como poner en peligro a todo el pueblo, que es lo que han hecho estos chicos al tratar a la bruja con tal desvergüenza. De acuerdo con las leyes del Decreto de Emergencia, dicho comportamiento será castigado con una flagelación pública que toda la comunidad presenciará para que le sirva de ejemplo. —Una oleada de consternación colectiva… y, sí, también de emoción instintiva y bestial. Robert Grim miró al concejal con incredulidad. Un grito terrible y desgarrador surgió de la señora Şayer, pero Mathers lo silenció al tronar—: Así que esta es mi sentencia: el señor Justin Walker y el señor Burak Şayer serán conducidos a la plaza del pueblo en un plazo de cuarenta y ocho horas para que cada uno de ellos reciba en público diez latigazos con el gato de nueve colas sobre la piel desnuda, según prescribe la tradición. El señor Jaydon Holst, por su doble delito y por haber alcanzado la mayoría de edad, será conducido a la plaza del pueblo en un plazo de cuarenta y ocho horas para recibir veinte latigazos con el gato de nueve colas sobre la piel desnuda, según prescribe la tradición. A continuación, los tres pasarán tres semanas completas en el centro de detención de Doodletown, tras las cuales se permitirá a los delincuentes reintegrarse en la sociedad bajo estrecha supervisión y con la orientación psicológica adecuada.

Si Robert Grim no se hubiera subido de un salto al podio en ese momento, es probable que el caos causado por aquella nueva y

explosiva mezcla de rabia impotente y tensión reprimida hubiera alcanzado proporciones incalculables. Pero eso fue justo lo que hizo Grim; con las manos extendidas, cruzó el escenario.

—¡No, no, no! Esto está mal, esto no es lo que acordamos, Colton. ¿En qué narices nos estás metiendo?

—¡Esta es nuestra ley, Grim! —El concejal alzó con una mano el Decreto de Emergencia enrollado como una vara y lo sacudió de un lado a otro—. Sí, puede que sea extraño en nuestra época, pero ¿qué opción tenemos? Debemos poner a estos chicos como ejemplo.

—¡Pero no así! —gritó Grim, y se volvió hacia el público—. Amigos, no somos bárbaros, ¿verdad? Utilicen el sentido común, señores y señoras. Esto no es la *sharía*. Podemos ocuparnos de este asunto de una manera decente. Encontraremos una alternativa apropiada, con la ayuda de The Point.

Una risa desdeñosa del público, de la que Mathers se sirvió con gratitud:

—West Point no sabe lo que es vivir con la maldición de una bruja. West Point no tiene ningún poder ante el mal. Vivimos bajo una campana de cristal, y sólo podemos contar con el buen Dios… y los unos con los otros. —Abrió bien los brazos, como si fuera el propio Jesús—. En Black Spring cuidamos de los nuestros, bajo la atenta mirada del Dios Todopoderoso.

—¿Quiere Dios que peguemos a nuestros hijos?

La nuez de Mathers subió y bajó con rapidez.

—¡El que escatima la vara odia a su hijo!

—¡Este juicio es una farsa!

—Esto es un asunto municipal. Y, como hacemos en el caso de todos los asuntos municipales, escucharemos la voz de la democracia.

La viuda Talbot, de la parte más rica de la ciudad, se levantó y dijo con perfecto decoro:

—Estoy de acuerdo con el señor Mathers. No podemos enviarlos a Doodletown tres veces seguidas y convertirlos en despojos psicológicos, ¿verdad? Eso es lo que le pasó a Arthur Roth, y acabó con su cordura. Con sinceridad, opino que eso es mucho más inhumano que unos buenos latigazos durante apenas cinco minutos.

Steve seguía en su asiento contemplando la escena con incredulidad, y sintió que se le erizaba el vello de la nuca. Aquello se estaba volviendo obsceno muy rápido. Si aquella mujer, aquel prototipo de respetabilidad y refinamiento, podía levantarse con tal sangre fría y declararse a favor de la humillación pública, de la tortura pública…, entonces las compuertas estaban abiertas.

—Además —continuó la señora Talbot levantando un dedo—, si en verdad la gente ha sido tan irresponsable como para relacionarse con la bruja, creo que es una buena idea que sirva de ejemplo para todos. Cuenta con mi consentimiento.

Un murmullo de aprobación, pero aun así nervioso, vigilante.

—¿Y qué tiene de malo el simple confinamiento? —insistió Grim —. Tenemos un bloque de celdas debajo de la iglesia. Podemos desmantelarlos desde el punto de vista psicológico y convencerlos de la gravedad de lo que han hecho. Nosotros…

—Ya has dejado claro tu punto de vista, Grim —gritó alguien del público—. ¿Por qué no te sientas?

La voz recibió la aprobación general y Grim miró a su alrededor con impotencia. Steve sintió la necesidad instintiva de ponerse en pie y alzar la voz en contra de aquella farsa, pero Jocelyn le agarró la mano, se la acercó al estómago y la apretó con fuerza.

—No quiero que digas nada, Steve. Piensa en Tyler y Matt.

La miró asombrado, pero cuando vio el miedo que reflejaban los ojos de su esposa, todo encajó. La última vez, con Arthur Roth, los vecinos del pueblo le habían perdonado por su idealismo temerario. Esta vez sería distinto. La locura colectiva había llegado demasiado lejos; el cataclismo era irreversible. En aquel momento eran héroes, porque habían señalado a los parásitos que habían apedreado a la bruja y los habían sacado de su agujero… y tal vez fuera mejor continuar siendo héroes.

—Van a votar —susurró Jocelyn—. Ten fe en su sensatez.

—Lo siento, pero no la tengo.

Miró a Pete en busca de apoyo, pero Pete tenía la mirada perdida y la expresión vacía de un hombre que acaba de ver que su peor pesadilla se ha hecho realidad. Sujetaba los dedos de Mary con fuerza

entre los suyos, y Steve se dio cuenta de que el sociólogo no tenía ni la más mínima intención de ponerse de pie.

«Piensa en Tyler. Sabías que esto iba a pasar.

Aunque no… ¡esto!

Venga, ¿a quién quieres engañar? Claro que lo sabías. Mantén la boca cerrada o te pasará factura».

—Papá, quiero irme a casa —le susurró Tyler angustiado.

Steve miró a su hijo y lo agarró de la mano. Podría haber sido Tyler a quien estuvieran juzgando. Podía fantasear todo lo que quisiera con alejarse flotando por el Hudson en compañía de su hijo, pero si no valoraba lo que se estaba jugando en ese momento, bien podía renunciar a sus oportunidades. Así que Steve se recostó contra el respaldo… y no dijo nada.

El resto del juicio transcurrió sumido en una neblina. El señor Şayer presentó un alegato emotivo. Ya les habían destrozado la casa, ¿no podían al menos mostrar misericordia por su hijo? Habló de tender puentes y de superar las diferencias étnicas. Habló de humanidad y de decencia. Habló con un acento marcado y unos espectadores enfurecidos lo sacaron a rastras porque no se callaba. Se desató una pelea, y el señor Walker surgió del meollo de la misma amenazando con acudir a los medios de comunicación si seguían adelante con el castigo. Pero ni las miradas de advertencia de la gente del pueblo ni el empeño del concejal con su Doodletown eran necesarios para revelar lo obvio: que el señor Walker era un hombre roto que se resignaría a la situación. ¿Y no había un asomo de aceptación en su expresión? Si hubiera sido el hijo de otros, él habría votado a favor.

Griselda Holst también se opuso entre lágrimas. Fue a la que se le concedió más tiempo, porque era la que mejor le caía a la gente del pueblo. Aun así, Steve comprendió que era sólo una formalidad y que no supondría ni la menor diferencia. La gente olía sangre y estaba deseosa de votar. La esposa del carnicero le recordó a la multitud la trágica historia de Jaydon, que había sufrido maltrato por parte de su padre, y el daño emocional que aquella atrocidad le había causado, y concluyó con una súplica para que permitieran que su Jaydon

recibiera tratamiento, en lugar de un castigo.

—Por favor, queridos amigos. Nos conocemos, ¿verdad? ¿No venís todos a verme todas las semanas para comprar vuestros filetes? ¿Vuestras hamburguesas? ¿Vuestras chuletas de ternera? ¿Vuestras alitas de pollo? ¿Vuestro paté?

—¡Sacad de aquí a esa mujer antes de que empiece a hacer una lista de toda la condenada sección de carnicería! —gritó un sabelotodo.

Era una broma de mal gusto, pero el comediante consiguió lo que buscaba: se llevaron a Griselda, que sollozaba sin control.

Por fin llegó el momento de votar. El concejal pidió a todos los que estuvieran a favor de la sentencia que levantasen la mano derecha. Se alzaron bastantes, entre ellas las de tres miembros del Consejo. Entonces Mathers pidió a todos los que se opusieran a la sentencia que levantasen la mano derecha. Steve alzó la suya bien arriba… y, con enorme alivio, vio que se habían levantado otras muchas. Y también en aquella ocasión se contaban entre ellas las de tres miembros del Consejo, incluyendo a Robert Grim, por supuesto. Steve sintió una chispa de esperanza. La votación no había sido concluyente. Era imposible saber qué opción había obtenido la mayoría. Aquello significaba que un grupo importante había tenido el sentido común necesario para darle silenciosamente la espalda a aquella farsa, gracias a Dios.

Mientras se preparaba la votación por escrito, Grim volvió a hacer uso de la palabra:

—Amigos, no sean estúpidos. Sé que esto es lo que dice el Decreto de Emergencia, pero es un sinsentido. Ténganlo en cuenta: si alguna vez llega el momento en que nos liberemos de la maldición de Katherine, ¿podrán mirarse los unos a los otros a los ojos cargando con esto sobre su conciencia? ¿Serán capaces de bailar alrededor de la iglesia y cantar «¡Ding dong! La bruja ha muerto» si tienen sangre en las manos? ¡Por favor, sean sensatos!

Después comenzó la interminable procesión de pies que se arrastraban ante el podio, donde habían dejado cuatro paquetes de papel para impresora sin envoltorio y a la gente se le entregaban

rotuladores para que escribiera un «sí» o un «no» anónimo. Como estaban en las filas delanteras, Steve, Jocelyn y Tyler fueron de los primeros en votar. Steve depositó su papeleta improvisada en la urna, la misma que se había utilizado hacía sólo una semana para las elecciones presidenciales. La semana anterior habían votado para decidir quién tendría la llave de la Casa Blanca durante los cuatro años siguientes, si Barack Obama o Mitt Romney. Era un vínculo absurdo con una realidad que Black Spring había perdido de vista por completo.

Pasó al menos una hora hasta que votaron todos, incluidos los que tenían problemas para caminar, los que estaban en silla de ruedas y los que esperaban en el guardarropa y en el balcón. La clasificación y el recuento de las papeletas por parte de los miembros del Consejo duró otros veinte minutos. Steve perdió de vista a Jocelyn, Tyler y los VanderMeer, y nunca se había sentido tan solo y desgraciado, a pesar de que muchos residentes del pueblo lo agarraron y le preguntaron cómo se habían desarrollado los acontecimientos con exactitud. En cierto momento, cobró conciencia de una imagen repentina, hiperrealista: las personas que lo rodeaban no sólo parecían, sino que en realidad eran gente de otro tiempo vestida con harapos que apestaban a lodo y a enfermedad. Si saliera al exterior, Deep Hollow Road sería un camino de carros, la campana de una antigua iglesia cercana estaría repicando y estarían en el año 1664.

Steve se sintió aliviado y al mismo tiempo agotado cuando Colton Mathers por fin pidió orden en la sala.

—Damas y caballeros, gracias por su atención. Ya no seguiré poniendo a prueba su paciencia. Con mil trescientos treinta y dos votos a favor y seiscientos diecisiete en contra, la sentencia solicitada se ha aceptado.

Una oleada de horror recorrió el Memorial Hall cuando la gente se dio cuenta de cuántos de sus vecinos y amigos, amparados en la seguridad del anonimato, se habían dejado seducir por el sensacionalismo y los sentimientos viscerales. Hubo vítores y hubo ira, hubo quienes lloraron y quienes pidieron una rebelión a gritos, pero la mayoría estaba satisfecha de que se hubiera hecho justicia.

El concejal continuó:

—La sentencia se llevará a cabo este próximo jueves en el emplazamiento de la tradicional Quema de Todos los Santos, en el cruce entre Deep Hollow Road y Lower Reservoir Road. Todos ustedes tienen el deber y la responsabilidad de presenciar la sentencia. Por lo tanto, sugiero que fijemos la hora al alba, para reducir su impacto en el orden público y en sus propios horarios de trabajo. Oremos para que aprendamos una lección de todo esto y dejemos este motín atrás de una vez por todas. Señor, nuestro Padre…

Mathers inició una oración y la mayor parte de la comunidad se unió a ella. Se trataba de personas que se conocían de toda la vida, que se respetaban y querían cada uno a su manera, como solía ocurrir en los pueblos pequeños del norte del estado. Pero Steve se percató de que todos habían experimentado un cambio radical. Lo notó aún con más intensidad cuando, un poco más tarde, salieron del Memorial Hall en silencio y evitando el contacto visual. De los vecinos del pueblo se había apoderado una resignación que a Steve le resultaba todavía más horripilante que la tensión anterior.

Parecían personas que sabían que habían hecho algo terrible, algo irreversible… y algo con lo que podían vivir sin problema.

VEINTIUNO

Black Spring se preparó para la ejecución de la sentencia como si fuera un día festivo. Sacaron el gato de nueve colas original del siglo XVII de la vitrina de exposición de la pequeña Cámara del Consejo del ayuntamiento. Era un buen ejemplar: un mango con una decoración bonita y nueve cuerdas de cuero, cada una de sesenta centímetros de largo, con un nudo en el medio y pequeñas bolitas de plomo en el extremo. El instrumento llevaba sin utilizarse desde 1932. Colton Mathers lo llevó a Dinnie's Shoe Repair especialmente para la ocasión y le pidió a la zapatera que impregnara el cuero con cera grasa para que resistiera a latigazos vigorosos sin romperse.

Theo Stackhouse, que la semana anterior era el dueño de un taller y mecánico de coches, aceptó con entusiasmo el cargo de verdugo del pueblo y fue convocado en los establos de la finca del concejal el miércoles por la noche. Primero practicó sobre una silla de montar de cuero, para dominar el arte de la flagelación, y luego sobre un becerro atado que se revolvía, para prepararse para el reflejo de la carne viva. Aquella noche, antes de acostarse, se tomó dos antiinflamatorios porque sufría intensos dolores de la parte superior del brazo, pero, a pesar de las molestias, durmió como un bebé.

Griselda Holst no pegó ojo en toda la noche. Aunque su propia sangre estaba a punto de convertirse en el centro de atención, se sentía invadida por un sentimiento de sumisión. Y no era la única: toda la gente de Black Spring parecía haber sucumbido a esa misma resignación. Si no hubiera estado vinculado de una manera tan

dolorosa al asunto, Pete VanderMeer, como sociólogo, podría haber establecido similitudes con países en los que la gente se somete de forma voluntaria a la *sharía*. Esa era justo la razón por la que nadie alzaba la voz para protestar o advertir a las autoridades. Incluso los que habían votado en contra de la sentencia pensaban que quizá era lo mejor. Sólo querían que terminara para poder seguir adelante con su vida.

Así que en vez de preocuparse por el destino de Jaydon, Griselda se pasó la noche rezándole a Katherine. Con las rodillas desnudas clavadas en la alfombrilla que tenía junto a la cama, pidió perdón por su apostasía. Como penitencia, intentó castigarse azotándose la espalda con el cinturón de Jaydon. Pero todo aquello resultaba un poco torpe e incómodo y, en cuanto empezó a dolerle de verdad, Griselda pensó: «Esto no es lo mío», y paró.

Si en lugar de tomarse todas aquellas molestias hubiera estado mirando por la ventana, habría visto que nueve hombres corpulentos escoltaban en silencio a su hijo, a Justin Walker y a Burak Şayer por el cementerio. Llevaban a los acusados a la iglesia de la Meta de Cristal, donde bajaron por la misma escalera circular que Griselda había recorrido tantas veces para mantener vivo a Arthur Roth. En las criptas, Colton Mathers leyó la sentencia en voz alta. Al principio los muchachos pensaron que les estaba tomando el pelo, pero pronto comenzaron los gritos: primero sobresaltados, luego asustados, después histéricos. Era un griterío espantoso, una expresión escalofriante de puro sufrimiento y desesperación humanos. Y en cuanto la puerta se cerró de golpe, se encontraron solos, bajo tierra, con los muertos del cementerio circundante, y tuvieron la sensación de que los muertos chillaban con ellos.

Los gritos despertaron a los búhos. Despertaron a las comadrejas.

Y en algún lugar de Black Spring, la bruja dejó de susurrar… y escuchó.

A la mañana siguiente, el 15 de noviembre, la gente comenzó a llegar antes del amanecer para asegurarse de coger un buen sitio. Igual que en la Quema de la Mujer de Mimbre, hacía dos semanas, el cruce estaba cerrado con vallas de contención que formaban un

círculo en torno al patíbulo de madera. El patíbulo lo había erigido la empresa de construcción de Clyde Willingham: era una plataforma de un metro cuadrado de superficie y un metro y medio de alto, y encima tenía una estructura que parecía una A hecha de caballetes de madera. La multitud iba congregándose más allá, en las calles estrechas y lluviosas que rodeaban el cruce. Hacía el típico día encapotado del norte del estado de Nueva York, así que todos llevaban impermeables y gorros de lluvia que destellaban a la luz de las farolas, pero habían tenido el detalle de dejarse los paraguas en casa para no obstaculizar la vista de los demás. Sue's Highland Diner hizo un buen negocio montando un puesto al aire libre en el que vendían café y chocolate calientes para aliviar la molestia de la espera. Los afortunados que tenían amigos que vivían en las casas cercanas ocupaban asientos altos y secos junto a las ventanas superiores. Muchos de los viejos y ricos se habían reunido en las habitaciones de The Point to Point Inn, que se habían puesto a disposición del público a una tarifa desorbitada por hora para compensar la necesidad de trasladar a los forasteros a alojamientos fuera del pueblo.

Como era de esperar, Robert Grim estaba a cargo de la puesta en práctica de todo aquello. Había sellado herméticamente el pueblo por todos los lados, levantado vallas y colocado patrullas de vigilantes voluntarios en las fronteras. Fue complicado, pero con una planificación cuidadosa, las carreteras sólo tuvieron que cerrarse una hora antes de que el primer rubor rosa comenzara a sangrar por el este. Como el Consejo había ordenado a todos los comerciantes que reprogramaran o cancelaran los servicios a los forasteros, los controles de carretera pasaron casi desapercibidos y sólo tuvieron que prohibir la entrada a unos cuantos coches.

Robert Grim estaba asqueado. Todo aquello le daba asco. Le daban asco la gente y su sed de sangre hipócrita y disimulada. Le daban asco el oportunismo y la traición de sus vecinos. Le daban asco Mathers, el verdugo, Katherine y los muchachos que la habían apedreado. Y se daba asco a sí mismo, porque no tenía agallas para enfrentarse a aquel circo asqueroso.

Pocos minutos después de las 6:30, por fin llegó el gran

momento. El tribunal salió de la iglesia de la Meta de Cristal, recorrió el callejón acordonado que atravesaba el cementerio de Temple Hill y llevaba al patíbulo. Lo encabezaba Colton Mathers, imponente y severo, flanqueado por los dos miembros del Consejo que habían votado a favor de la sentencia. Un grupo de guardias de seguridad, capitaneado por Rey Darrel, los seguía de cerca. A Jaydon Holst, Justin Walker y Burak Şayer los habían atado con cadenas de hierro y los arrastraban brutalmente, de la misma forma inhumana que ellos habían humillado a la bruja unos días antes. Iban desnudos de cintura para arriba, y en la expresión de su rostro se leía un pánico atroz. Detrás de un segundo grupo de guardias de seguridad, el verdugo cerraba el desfile ataviado con una capucha ceremonial que le cubría el rostro, aunque todos sabían quién era.

No hubo vítores. No hubo alboroto. Sólo un murmullo inquieto y dubitativo que surgió de entre la multitud. Ahora que por fin había llegado el momento que todos estaban esperando, ahora que veían con sus propios ojos a los monstruos que habían apedreado a Katherine, de pronto todos parecieron recordar que, a pesar de las terribles acusaciones, aquellos chicos también eran seres humanos, dos de ellos todavía niños; seres humanos con los que habían convivido y con los que se verían obligados a convivir en los años venideros. El entusiasmo dio paso a la vergüenza, la emoción a la incertidumbre. Hasta que la procesión llegó a la altura de los que rodeaban la estatua de bronce de la lavandera, hasta que alguien gritó «¡Asesinos!», hasta que un grupo de cretinos descerebrados comenzó a lanzarles a los prisioneros piñas de gran tamaño, la gente no se atrevió a levantar la mirada… Estaban pálidos, pero con los ojos brillantes.

Ahora tenían un espectáculo que presenciar y no que reflexionar sobre sí mismos.

Entre gritos, los muchachos intentaron esquivar las piñas, que les dejaban marcas terribles en la piel desnuda. Uno de los guardias de seguridad recibió un impacto en el pómulo. Sin dudarlo un instante, otros dos compañeros y él se abalanzaron sobre los agitadores para apagar el fuego antes de que se extendiera.

Más adelante, por lo menos cuarenta metros hacia el este del

cruce, Steve, Jocelyn, Tyler y Matt miraban hacia el espectáculo. Estando a aquella distancia, no les llegaba muy bien el alboroto, pero sí sentían el desasosiego, que se propagaba entre la multitud como ondas en el agua. Steve y Jocelyn habían tenido una pelea de órdago. Justo después de la votación del martes por la noche, Jocelyn se había llevado a Tyler a casa porque el chico ya no podía más. Le había reprochado a Steve que no hubiera sido él quien tomase la iniciativa. Además, se oponía frontalmente a que Matt asistiera a la flagelación. Le había gritado a Steve —gritado con todas sus ganas—, y a su vez Steve le había gritado a ella que le había prohibido plantar cara cuando había sido el momento adecuado para ello. Ahora la sentencia se había aprobado y todos los padres estaban obligados a llevar a sus hijos mayores de diez años a presenciar el aterrador ejemplo que iban a darles. Saltarse aquel deber era un imposible.

Steve estaba dolido, pero entendía que la rabia y la angustia de Jocelyn tenían que ver con la situación. Como su esposa no podía luchar contra todo aquello, se volvía contra él.

«A juzgar por las caras de la gente, yo diría que no somos la única casa de Black Spring en la que ayer se tiraron los trastos a la cabeza».

Así que rodeó a su familia con los brazos y los estrechó contra sí, y rezó —no a Dios, sino al sentido común— para que superaran aquello de una manera u otra.

Condujeron a Jaydon, Burak y Justin hasta el patíbulo. Atenazados por el miedo, los muchachos escudriñaron a la multitud a toda prisa en busca de una última salida, de una última esperanza, de un último rastro de humanidad. Los guardias lanzaron las cadenas —amarradas con bridas a las muñecas de los chicos— sobre la A de madera y tiraron tanto hacia debajo del otro extremo que los chavales se vieron obligados a levantar los brazos y ponerse de puntillas. Después, los escoltas ataron las cadenas a la barandilla y abandonaron el patíbulo para dejar a los prisioneros expuestos a la multitud. Los cuerpos nervudos se veían pálidos y azulados en la atmósfera fría, las costillas marcadas estaban mojadas por la lluvia. Tres típicos chavales estadounidenses, con zapatillas deportivas y vaqueros, colgando como

cadáveres de animales en el matadero.

El carillón de la iglesia de la Meta de Cristal comenzó a sonar. La gente de Highland Mills y Highland Falls pensaría que se estaba celebrando un funeral a primera hora de la mañana. El carillón tocó, y en el cruce, Jaydon gritó:

—Gente, no pensaréis dejar que esto ocurra, ¿verdad? —Tenía manchas moradas de hipotermia en las mejillas, y de sus labios surgieron gotas de saliva—. ¿Qué clase de monstruos sois? ¡Por favor, haced algo mientras podáis!

Pero la multitud guardó un silencio implacable mientras el verdugo subía al patíbulo.

Dando pasos largos y lentos, el hombre rodeó a los condenados, con el mango del gato de nueve colas en la mano derecha y las cuerdas de cuero con punta de plomo en la izquierda. La capucha con agujeros y su complexión musculosa lo hacían parecer una visión abominable sacada de una película de terror. Justin trató de escabullirse del enmascarado como un animal asustado, pero sólo consiguió quedar suspendido de su cadena sacudiendo las piernas como si bailara una giga y que sus lamentos se oyeran en las calles lejanas. Burak escupió contra la máscara, pero el verdugo no se inmutó y siguió con lo que estaba haciendo: tiró con ambas manos para tensar las cuerdas de cuero, que emitieron un amenazador chasquido que resonó entre la multitud.

Y Jaydon le habló a la máscara, con tanta suavidad que ni siquiera la gente de la primera fila pudo oírlo, sólo el verdugo. Le dijo:

—Theo, por favor. No lo hagas.

Y en ese breve instante en que se volvió hacia su verdugo, ese momento de oscuridad absoluta que permanecería con él para siempre, supo que no era Theo quien estaba detrás de la máscara, sino un torturador de antaño, del año de Katherine; un torturador cuyo nombre y rostro él no conocía y no llegaría a conocer jamás, porque cuando aquello terminara, cuando se quitara la máscara, volvería a ser 2012.

El verdugo lo rodeó por la espalda.

El carillón siguió tocando.

La gente se humedeció los labios.

La gente cerró los ojos.

La gente rezó.

El gato de nueve colas se alzó.

Con latigazos brutales y terribles que reverberaron contra los edificios circundantes, flagelaron la espalda desnuda de los tres chicos. Las nueve colas anudadas les desgarraron la piel, y las bolas de plomo se les hundieron en la carne como zarpas. El segundo latigazo ya arrancó sangre. Los muchachos gritaron a pleno pulmón con alaridos tremendos y animales, como cerdos a los que estuvieran desollando vivos con cuchillos sin afilar. El azotador fue pasando por ellos, de uno en uno; el gato de nueve colas los fue abriendo, de uno en uno; de uno en uno ese dolor espantoso e insoportable, sin tiempo para recuperarse, para coger aire, para suplicar que los soltaran.

El estruendo de los azotes resonaba entre los espectadores, que miraban aterrorizados. Todos ellos sentían los latigazos como si impactaran contra su propia piel. Resonaron por toda la región, a través del valle y río abajo hacia el sur. Hicieron que las moléculas se arremolinaran en el aire en kilómetros a la redonda. Incluso si alguien hubiera pegado la oreja al esqueleto metálico del puente de Bear Mountain aquella mañana, habría sentido el estremecimiento de los latigazos, tan delicado como el aleteo de las alas de una mariposa. Sin embargo, nadie lo hizo, ya que nadie sabía lo que estaba sucediendo en Black Spring. La gente atrapada en el tráfico diario de la hora punta entre las ciudades de Highland y Peekskill escuchaba las emisoras WJGK y WPKF. En la carretera, de camino, hablando por teléfono, desayunando baguels en bolsas de papel. Estados Unidos se estaba despertando. Buenos días, América.

Cuando el verdugo levantó el brazo para el octavo latigazo, un escalofrío de alarma atravesó repentinamente el gentío. La gente empezó a gritar y a señalar, y las palabras se susurraban de boca en boca:

—La bruja…, Katherine…, la bruja…, Katherine…, la bruja está aquí…

Todos los que estaban situados en el lado oeste del cruce

levantaron la vista al mismo tiempo y vieron a Katherine van Wyler de pie en el balcón central de The Point to Point Inn. Tal vez fuera un ataque de delirio colectivo, o quizá fuese un milagro oscuro, porque en cuanto se percataron de su presencia, hasta la última alma de la multitud tuvo la misma visión horripilante: el malvado ojo de la bruja estaba abierto. Como un pastor sobre su rebaño, Katherine bajó la mirada hacia la tortura que se estaba desarrollando en el cruce… y se echó a reír.

En un suspiro, la visión desapareció, pero todos estaban convencidos de que la habían tenido. La habían vivido. En efecto, Katherine estaba allí plantada, pero sus ojos y su boca seguían cosidos, tal como lo habían estado siempre. No obstante, que se hubiera presentado allí en medio no parecía en absoluto un accidente. En menos que canta un gallo, todos supieron con una certeza inquebrantable que la bruja había organizado todo aquello, que de alguna manera, con sus susurros degenerados, había sacado lo peor de todo el pueblo como parte de algún plan diabólico. ¿Cómo si no podrían haberse dejado arrastrar ellos, unas personas tan justas, hacia tales prácticas salvajes, depravadas e inmorales sin oponer resistencia?

Aquella toma de conciencia suscitó un miedo tan primordial entre los presentes que se dispersaron, presos de un pánico ciego, dando traspiés y pisoteándose los unos a los otros. Fue un verdadero pandemonio. La gente de los lados este y sur del cruce no sabía qué había pasado, pero el tumulto no tardó en extenderse hasta allí también, y todos empezaron a empujar hacia atrás para largarse de allí echando leches. Ni siquiera Colton Mathers hizo algo por intentar detener a la multitud que huía.

Sólo el verdugo parecía seguir ajeno al repentino cambio de atmósfera. Había terminado su trabajo con Burak y Justin. Los dos colgaban de sus respectivas cadenas, retorciéndose de dolor, con la espalda transformada en un caos de carne abierta, con el fondillo y las patas de los vaqueros de un morado oscuro y la cabeza gacha como en una imitación de la pasión de Cristo. Con un vigor sin merma, el verdugo continuaba azotando el cuerpo ensangrentado e inconsciente de Jaydon Holst, que temblaba como un títere con cada latigazo.

Cuando por fin contó veinte latigazos, las campanas de la iglesia guardaron silencio. La gran cantidad de personas que todavía estaban presentes en el cruce se escabulló deshonrada y avergonzada siguiendo a la multitud que había salido de estampida tras la inesperada aparición de la bruja. Algunos se volvieron para mirar a Katherine e hicieron un gesto para protegerse de su mal de ojo, pero la mayoría se limitó a mirar hacia donde se dirigía: lejos de allí. Nadie habló. Muchos lloraron. Todo el mundo quería borrar aquel acontecimiento de su memoria y nadie, nadie, nadie lo mencionaría una vez que llegaran a casa.

Los guardias de seguridad subieron al patíbulo para liberar los cuerpos destrozados. Se los llevaron en camilla —bocabajo— y los trasladaron en una camioneta al consultorio del doctor Stanton, médico de familia, para que recibieran el tratamiento adecuado. La camioneta tardó mucho en abrirse camino entre las hordas de gente. El patíbulo se destruyó: los tablones manchados de sangre se enfrentarían a la trituradora de madera aquel mismo día. Los barrenderos acudieron a limpiar el cruce. El The Point to Point Inn colocó un toldo sobre Katherine y se levantaron los controles de paso de la Ruta 293. Hacia las nueve de la mañana, no quedaba ni el más mínimo indicio de que, más temprano, casi tres mil personas se hubieran congregado en el cruce y hubiesen sido unánimemente asaltadas por un miedo mortal.

Un nuevo día había amanecido en Black Spring.

VEINTIDÓS

Noviembre pasó como un invitado inoportuno que alarga su estancia más de lo debido. Cuando por fin llegó el primer día de diciembre, Tyler se sintió muy aliviado. Lo había pasado mal en los exámenes parciales, pero por suerte sus notas no habían bajado tanto como se temía en un principio. Sólo la había pifiado del todo en español. Durante el semestre de primavera tendría que hacer todo lo posible para sacar una nota satisfactoria en los finales.

Como todos los demás habitantes de Black Spring, desde el 15 de noviembre Tyler se estaba esforzando mucho por retomar, poco a poco, su vida normal, por olvidar los acontecimientos de ese día, así como por quitarse la culpa de encima. Al final lo consiguió, más o menos. La tensión entre sus padres había resultado palpable a lo largo y ancho de la casa durante ese período. Seguro que era poco razonable echarse la culpa por cargar a su padre con su secreto, pero aun así lo hacía, y no había pensamiento racional que lograra cambiarlo.

Matt tuvo pesadillas durante un tiempo, y una tarde Jocelyn le confió a Tyler que su hermano había mojado la cama. El chico sintió lástima por Matt. Aquella tarde lo ayudó a cepillar a *Paladín* y a *Nuala*, y aunque no lo mencionaron, ambos valoraron el inusual momento juntos. Poco después, Tyler le pidió a Matt que le dejara el portátil para buscar información en Google sobre un trabajo del instituto. Cuando abrió el Safari, vio una página de porno gay en el historial de Matt. Tyler se mordió el labio, fingió que no lo había visto y se dio cuenta de que quería a Matt más de lo que jamás expresaría

en voz alta.

Una semana después del 15, Robert Grim fue a devolverle su portátil y su iPhone. Se llevó a Tyler a un lado y le dijo con una mirada significativa:

—Da igual lo que hayas hecho, si vuelves a hacerlo, lo veré. ¿Está claro?

Tyler se puso rojo como un tomate y miró al suelo en silencio. ¿Lo sabía Grim? Por supuesto que lo sabía. O al menos tenía fundadas sospechas. Debía de haber visto la cuarentena de la URL de *ALO*. ¿Por qué no había tomado medidas ni le había dicho nada a Tyler? No lo entendió…, al menos hasta esa noche, cuando, tumbado en la cama, se dio cuenta de que si *ALO* se hubiera filtrado, era muy probable que los conservadores del Consejo hubieran reaccionado prohibiendo totalmente el uso de internet en Black Spring. Grim, ese desgraciado hijo de puta, había mantenido la boca cerrada para impedir que Black Spring se convirtiera en una segunda Corea del Norte. Tyler se quedó dormido con una sonrisa en la cara, y al día siguiente sintió su conciencia un poco más ligera.

Llegó un día, a principios de diciembre, en el que Tyler sólo recordó la muerte de *Fletcher*, la pesadilla en el bosque que la había seguido y la horrible lapidación al volver a casa del instituto y ver el hueco vacío que antes ocupaba la cesta del perro. El joven se sorprendió y se sintió un poco culpable, como si alguien fuera a hacerlo responsable de intentar dejarlo todo atrás. Pero el tiempo transcurría, y algunas heridas sanaban más rápido que otras…, aunque siempre quedaría una leve cicatriz para recordárselas.

El día del cumpleaños de Jocelyn, el 4 de diciembre, hacía un tiempo tormentoso y lúgubre. La casa, que tan tensa había estado durante tanto tiempo, volvía a transmitir la misma sensación cálida y acogedora de siempre. Los VanderMeer llegaron con una tarta de cumpleaños. Laurie también fue, y le dieron permiso para quedarse a pasar la noche. Tyler se había esmerado en preparar un collage fotográfico de la familia —incluyendo a *Fletcher*— y Matt le había escrito a Jocelyn un poema hilarante que hizo que se le saltaran las lágrimas de risa. Después de que su madre abriera los regalos, Tyler se

llevó una sorpresa al descubrir que había sendos regalos de Navidad adelantados para su hermano y para él, que los desenvolvieron ante la chimenea. El de Tyler iba en una caja plana. Cuando arrancó el papel y vio que era un MacBook nuevo, miró a su padre con la boca abierta. Steve hizo un gesto de asentimiento y esbozó una sonrisa cálida. «Este no lleva *keyloggers*», decía la sonrisa. Tyler se sintió profundamente conmovido por la confianza de su padre, e hizo todo lo posible para no echarse a llorar. Juró con lealtad infantil que nunca traicionaría esa confianza, y le dio un gran abrazo a su padre.

Hubo muchos abrazos aquella noche. Era como si todos los miembros de la familia sintieran la necesidad de rozar piel. En un momento dado, Tyler vio a sus padres sentados juntos en el sofá, con las manos entrelazadas. No se dieron cuenta de que los estaba mirando. Durante un tiempo, Tyler apenas se había atrevido a preguntarse cómo irían las cosas entre Steve y Jocelyn a partir de entonces, pero en aquel momento le pareció que Katherine estaba muy lejos.

Tras el cumpleaños de Jocelyn, el tiempo deprimente y sombrío les dio una tregua y tuvieron una semana de heladas moderadas. Había nevado, y durante los soleados días posteriores, los bosques brillaron, nítidos y claros, en todo su esplendor. Los horribles sucesos que se les venían encima con la lenta certeza de los asteroides no sólo a los miembros de la familia Grant, sino a todo Black Spring pondrían fin a la preciosa semana, y a todas las posibles semanas preciosas que estuvieran por llegar. Pero aquellos días todo parecía ir bien. No eran excepcionales, como lo eran algunos días en toda vida humana, sino normales, y quizás eso bastara. TylerFlow95 publicó un videoblog en su canal de YouTube por primera vez desde hacía dos meses. Puede que los espectadores habituales notaran que Tyler no se reía tanto como antes, pero hizo un buen trabajo, y él mismo se sintió orgulloso. Su chica y él se vieron mucho aquella semana, y renovaron la pasión. Tyler fue todo lo leal que podía serlo, y le resultó vivificante no tener que pensar en la honestidad durante un tiempo.

Ese sábado, Steve le dijo que Jaydon, Justin y Burak habían concluido su estancia en Doodletown y que regresarían a lo largo de

las siguientes semanas bajo supervisión psicológica. Tyler recibió la noticia casi con indiferencia. Hasta entonces, la única emoción que se había permitido sentir era una vaga añoranza de Burak, algo parecido a cuando echas de menos a un viejo amigo que se ha distanciado con el tiempo, quizá incluso sin remedio…, y Doodletown no era precisamente el típico sitio al que se envía una tarjeta deseando una pronta recuperación. No lo pensó mucho hasta el miércoles siguiente, cuando iba en bicicleta por el pueblo y vio una figura quebrada que se tambaleaba por la nieve de Deep Hollow Road, encorvada y arrebujada en su abrigo, con la cara ensombrecida por una gorra de béisbol. Al principio Tyler lo confundió con un anciano vestido de forma estrafalaria con la ropa de un joven…, hasta que sus miradas se cruzaron en un instante helado y vio que se trataba de Jaydon. Una descarga sacudió el cuerpo de Tyler. Jaydon estaba muy demacrado, los pómulos le sobresalían igual que los de una calavera, y caminaba despacio, con el cuerpo encogido. Las manos le temblaban como si padeciera Parkinson. Tenía los ojos apagados y muertos, y no mostraron ni la más mínima señal de reconocerlo. Muy alterado, Tyler se irguió sobre los pedales y volvió a casa a gran velocidad.

Aquella noche, después de que Jocelyn subiera a acostarse, Steve y él estaban en el sofá viendo la televisión cuando Tyler rompió a llorar de repente. Lloró largo y tendido, y Steve lo calmó, lo abrazó fuerte y le dijo que todo iba bien. Pero nada iba bien, nada podría volver a ir bien, porque aquella sería la última vez que se abrazaran, y ¿qué habrían hecho de manera distinta si lo hubieran sabido? ¿Qué podría haber sido más perfecto que aquel abrazo íntimo entre un padre y su hijo? Jocelyn bajó la escalera a toda prisa, en pantuflas, y miró a Steve con expresión de preocupación, pero él le hizo un gesto con la cabeza y ella los dejó a solas. Era un momento para ellos dos. Durante mucho tiempo, permanecieron allí sentados, abrazados el uno al otro. Tyler no tuvo que hablar, y lo prefería así. Su padre lo entendía. Él quería a su padre. Su padre lo quería a él.

Mirándolo en retrospectiva, puede que aquella fuera la única cosa de la que se arrepintieran más tarde: de no haberlo dicho en voz alta.

Justo antes de las cuatro de la madrugada siguiente, un instrumento largo y delgado levantó el retenedor de la ventana del dormitorio, que estaba algo entreabierta. Empujaron la hoja con mucho cuidado. El aire frío penetró en la habitación. Las bisagras chirriaron con suavidad, como la advertencia inútil de un vigilante, pero Tyler continuó durmiendo a pesar de todo.

Unas manos pálidas se agarraron al alféizar y una forma se aupó con esfuerzo hasta la habitación. Se movía con mucha más dificultad que Tyler hacía unas semanas, tras su aventura nocturna en el bosque, pero aun así lo consiguió, impulsado por una fuerza de voluntad férrea. La forma apoyó los pies en el suelo y allí se quedó, inmóvil. Luego se acercó a la cama.

Una tabla crujió.

Tyler se movió sin despertarse, para alejarse del ruido.

La forma se quedó quieta.

Al cabo de un rato, volvió a avanzar.

Tyler estaba tumbado bocabajo, con un brazo desnudo estirado por encima de la cabeza y la mejilla izquierda pegada al colchón. Dormía cuando la figura se sacó algo del bolsillo del pantalón, algo que iluminó la habitación con una luz pálida y artificial. Unos dedos toquetearon la pantalla táctil en busca de algo que todos los demás habían pasado por alto.

Lo encontraron.

Cuando la forma aproximó el iPhone a la oreja de Tyler, la mano le temblaba con tanta violencia que tuvo que agarrarse la muñeca con la otra mano para mantenerla quieta. Apretó el iPhone contra la oreja del chico y le dio al botón de *play*.

Tyler murmuró algo en sueños. Unos instantes después, el murmullo se convirtió en una queja, pero no se despertó.

Cuando terminó, la forma volvió a reproducir el archivo.

Otra vez.

Y otra vez.

SEGUNDA PARTE

ESTA NOCHE? #muerte

VEINTITRÉS

Como en muchos cuentos de hadas, la parte más cruel suele pasarse por alto: no es la depravación de la bruja, sino el luto del pobre leñador por la pérdida de sus hijos.

Como médico, Steve Grant sabía que estar preparado para la muerte de un ser querido atenuaba los picos más agudos de dolor al ayudar a la gente a adaptarse poco a poco a la idea de perder a alguien preciado, no sólo porque les permitía afrontar el proceso de duelo en pequeñas dosis, sino también porque la voluntad de aceptar lo peor suaviza el golpe. Rollos psicológicos, claro, y un lujo que a Steve tampoco se le había concedido. Los horrores habían llegado con una fuerza tan repentina e implacable que su cerebro había salido proyectado hacia un lugar de oscuridad de un único golpe aterrador. El hombre que se despertó aquella fatídica mañana del viernes 14, se afeitó y se fue al centro comercial de Newburgh con Jocelyn después del trabajo ya no estaba presente en el hombre que se echó a descansar por la noche en el suelo junto a la cama de Tyler; no en ella, porque Steve no se habría atrevido a borrar la huella de su hijo del colchón.

Lo que había rematado la oscuridad había sido aquel último tormento espantoso, aquella crueldad repugnante, de cuento de hadas: que no habían sido capaces de despedirse de su cadáver… porque ella estaba con él.

De forma vaga y algo inquietante, Steve era consciente de que en esos momentos deberían estar juntos, en familia, pero en el reino

crepuscular en el que habitaba, esa idea tenía poco sentido. El consuelo y el apoyo eran meros conceptos. Estaba perdido en la conmoción, muy lejos de un estado en el que el dolor resultara manejable, así que era sencillamente incapaz de ofrecer o recibir consuelo. Además, ya no existía la familia como tal, esa unidad había sido destruida. En aquel preciso instante, Jocelyn estaba sentada en una butaca bajo las frías luces de la sala de espera del Hospital St. Luke's Cornwall, en Newburgh —«su hijo aún estaba vivo», pensó Steve con rencor— y tanto Mary VanderMeer como su padre se estaban ocupando de ella. Tendría que arreglárselas sola por el momento.

En algún momento de aquella noche había sonado el teléfono, y momentos después había aparecido Pete con los ojos enrojecidos. Steve no podía decir con exactitud cuándo había sucedido, porque su sentido del tiempo estaba hecho trizas, pero el empleado de la funeraria (cuyo nombre, extraño por lo macabro, era Knocks & Cramer) ya se había ido y él se había sentado a la mesa del comedor ante un plato intacto de comida china para llevar. Era mediados de septiembre, y Tyler y Matt estaban sentados frente a él chinchándose el uno al otro con la GoPro de Tyler.

—Han podido limpiarle la mayor parte del ojo derecho a Matt —informó Pete—. Le han lavado el estómago y está fuera de peligro. Pero lo del ojo izquierdo es harina de otro costal, porque el pegamento se le ha asentado en la córnea. Se había endurecido incluso antes de que llegara al hospital.

—Sí —dijo Steve.

El sol de finales de verano entraba sesgado en la habitación. «Apuesto a que no quieres saber mi opinión. —Estaba diciendo Matt a la cámara de su hermano, y Tyler le respondía—: Pues no, no quiero, hermano que huele a caballo. Preferiría que te ducharas».

—¿Steve?

Steve reprimió una sonrisa y luego miró a Pete, confundido.

—¿Sí?

—Cabe la posibilidad de que la lesión sea permanente, ¿lo entiendes? Empezó a dejarle marcas en la córnea. Puede que se quede

ciego de por vida.

—Bien, de acuerdo —dijo.

No tenía ni idea de qué estaba hablando Pete. En su mente, Tyler dijo: «Hagamos esta pregunta más personal. Si tuvieras que dejar morir a alguien, oh, *mio padre*, ¿a quién sería, a tu hijo o al resto de nuestro pueblo?».

Cualquier rastro de sonrisa desapareció al instante del rostro de Steve.

—¿Has oído lo que acabo de decirte? —preguntó Pete con insistencia.

—Sí, claro.

Pete lo agarró de la mano. Era curioso lo delicado y suave que era el tacto de la mano de su vecino. «Curiosamente inapropiado», pensó.

—Steve, tienes que ir a estar con ellos —le suplicó Pete—. Te llevaré a Newburgh. Te necesitan. Tu esposa te necesita. Sé que es un asco, pero, joder, tío, tienes otro hijo y está en el hospital luchando por su vida. —Levantó las manos y las dejó caer—. Por Dios, ahora mismo no es bueno para ti estar aquí…

Empezó a llorar de nuevo, y Steve, que había permanecido ajeno a casi todo lo que le había dicho Pete, levantó la cabeza despacio. Su conciencia había alcanzado un excepcional momento de «aquí y ahora», y supo que debía aferrarse al «aquí», aunque no estaba seguro de por qué.

—No puedo irme, Pete —dijo con voz tranquila y educada—. Tengo que quedarme aquí.

Pero a Pete le temblaban los hombros de forma descontrolada. Steve lo rodeó con un brazo y pensó: «Estoy consolando a mi vecino por la muerte de mi hijo». La ironía era absurda, y tuvo que morderse los labios para no echarse a reír a carcajadas. Reírse se habría considerado inapropiado, supuso. Sintió una punzada de dolor y se le contrajo la cara. Ah, claro: el labio inferior hinchado, morado, desgarrado. Se lo había destrozado a mordiscos antes de que lo encontraran aquella tarde, encogido junto a la barandilla del rellano de arriba, con las rodillas pegadas al pecho, el puño metido en la

boca, los ojos saltones, la garganta hinchada, los pelos de punta. Ahora la sangre se le filtraba en la boca, y su gusto a cable de cobre le resultaba agradable y tiraba de su mente peligrosamente a la deriva hacia la realidad. Si ahora se riera, seguro que poco después empezaba a gritar, y entonces perdería la cabeza.

«Eso es políticamente correcto, papá», dijo el Tyler de su cabeza, y aquello volvió a desencadenar el bucle temporal, aunque ahora Steve intentó recordar cuáles habían sido las últimas palabras que le había oído decir a Tyler aquella mañana… y no pudo.

Lo que sí recordaba con claridad cristalina eran los momentos de infinita trivialidad que transcurrieron justo antes de que llegaran a casa. Como si fueran hojas de papel de calco, su mente trataba de colocarlos encima de lo que había ocurrido en su casa, en un esfuerzo por encontrar puntos de referencia y similitudes: «¿Qué estaba haciendo él cuando nosotros salimos del Walmart? ¿Qué estábamos haciendo nosotros cuando él cogió la cuerda del establo?». No sacó de ello nada más que el estribillo infernal de los recuerdos fragmentados: «Ojalá… Ojalá… Ojalá…». Una máquina de tortura que le flagelaba el cerebro y se alimentaba de sus sentimientos de culpa.

Tanto Jocelyn como él habían salido pronto de trabajar, así que habían decidido ir a hacer unas cuantas compras navideñas, aunque en realidad terminaron entrando y saliendo de cafeterías y tiendas de velas, sobre todo. Ya les habían dado a los niños los regalos importantes el día del cumpleaños de Jocelyn, después del bajón de noviembre, así que habían decidido que la Navidad sería sencilla pero alegre. Steve quería comprar una carne especial en el Walmart Supercenter, y Jocelyn estaba buscando un conjunto bonito que ponerse el día después de Navidad, cuando volarían a Atlanta para visitar a su padre durante unos días. No había indicio alguno de que aquel día fuera a ser distinto a cualquier otro. El aire no resultaba más pesado ni más opresivo que de costumbre; las personas que se abrían paso a codazos por el centro comercial seguían siendo tan desconsideradas como siempre. Steve y Jocelyn dedicaron un minuto a

observar y a aplaudir con educación a un grupo de bailarines callejeros que salieron de entre la multitud y llevaron a cabo una rutina improvisada delante de The Bon-Ton. Y mientras tanto, en su casa se estaba desarrollando un drama incalificable.

Ahora, en el abismo de tinieblas de su conmoción, y sentado en el dormitorio de su hijo, donde todo seguía impregnado de Tyler, Steve se preguntó —sus pensamientos tranquilos y serenos, pero traicioneramente irracionales, si hubiera sido capaz de juzgarlos con plena lucidez— qué habrían hecho si lo hubieran sabido. ¿Podrían haber evitado algo? Qué tentador resultaba culpar a Jocelyn por querer pasar tanto tiempo en Barnes & Noble, o a sí mismo por insistir en parar en el Starbucks; joder, qué puto idiota, ¿cómo pudo ser tan tonto? Ojalá hubieran llegado a casa antes…

Habían cargado las bolsas en el Toyota. Desde el aparcamiento, donde la mayor parte del tráfico giraba a la derecha hacia la I-84 y la I-87, doblaron dos veces a la izquierda para coger Broadway. Sólo había un par de semáforos hasta la 9W, que los sacaría de la ciudad y zigzaguearía a la izquierda hasta adentrarse en Parque Estatal Storm King. Desde ese punto sólo quedaban ocho kilómetros hasta Black Spring por la Ruta 293. Ocho kilómetros entre ellos y lo que se cernía de manera irrevocable sobre sus cabezas, como la cimitarra creciente del péndulo, la legendaria máquina de tortura de la Inquisición española. Y con cada kilómetro que cubrían, el acero brillante descendía un poco más hacia ellos, sin piedad, y el silbido de la cuchilla afilada se acercaba despacio: primero a la derecha, luego a la izquierda, luego a la derecha, luego a la izquierda, un violento reloj antiguo que anunciaba el final de todo lo que conocían, de todo lo que amaban.

El trayecto hasta casa. Hasta el último detalle centelleaba en su mente como una joya. El sol bajo que lo cegaba por el espejo retrovisor. La luz pálida sobre el Hudson. La propuesta de Jocelyn de que se hicieran con otro perro. Cada vez que volvía a experimentarlo todo, quería gritarle al fantasma de Steve y al fantasma de Jocelyn que se dieran la vuelta y se alejaran, como si así pudieran negar lo que había sucedido. Pero era como ver una película de terror en la que ya

se habían decidido por un final dramático, y ellos se dirigían hacia él de manera inexorable.

Dejaron atrás el campo de golf, giraron a la derecha para enfilar Deep Hollow Road. Cruzando el arroyo, llegaron al camino de entrada. La casa se erguía vacía bajo el sol de diciembre, conteniendo la respiración. Llevaron las bolsas hasta la puerta principal y Jocelyn se rio de su torpe intento de cargar todas las bolsas y meter la llave en la cerradura al mismo tiempo. Steve sabía lo que venía a continuación. Ella le dio un beso, y la bolsa del Walmart se le escurrió de debajo del brazo izquierdo y se cayó al suelo, fuera de su alcance. Jocelyn se agachó para ayudarlo y le dijo que menos mal que no eran las bolas del árbol de Navidad. La carcajada rompió el silencio de la casa, un silencio al que se habían acostumbrado desde que *Fletcher* ya no estaba allí para abalanzarse dando saltos sobre ellos, moviendo la cola y ladrando como el buen perro que era.

El vestíbulo; las escaleras. Ay, Dios, las escaleras.

Lo que les esperaba en el piso de arriba, ahora ya a sólo cuarenta segundos de distancia.

Jocelyn se fue al comedor para abrir el correo y Steve, a la cocina para llenar el congelador. En ese momento, una repentina corriente de aire lo inmovilizó de golpe; alzó la vista. Steve no era supersticioso, pero sabía que todo el mundo estaba dotado de ciertas cualidades biorrítmicas que actuaban como premoniciones, y fue como si ya pudiera oír los alaridos lejanos de la cámara de tortura. Aquella corriente, aquella ráfaga de aire que formaba remolinos, era el balanceo constante del péndulo, ya a apenas unos centímetros de él, y sólo siete horas más tarde, Steve estaría tumbado en el dormitorio de Tyler luchando y forcejeando por liberarse de las correas de cuero que lo ataban a la rejilla.

Cerró la puerta del congelador y cogió las bolsas de los regalos. Volvió al vestíbulo, subió la escalera. Steve trató de gritarse: «Lárgate de ahí, sólo doce segundos más, doce segundos y todo llegará a su fin; ahora sólo diez, diez segundos y la cuchilla habrá descendido lo suficiente para…».

Pero no se hizo caso. Subió la escalera… porque no lo sabía.

Había pensado que antes de cenar le daría tiempo a salir a correr un rato.

Se abrió la puerta del dormitorio, y entonces entró Pete VanderMeer. Se sobresaltó cuando vio a Steve sentado en el suelo junto a la cama de Tyler. Lo que Steve no sabía era que se le habían reventado la mayor parte de los vasos sanguíneos de los globos oculares y que tenía los ojos revestidos de una película roja.

—No, sal de aquí ahora mismo, esto es una gilipollez —dijo Pete.

Levantó a Steve agarrándolo del brazo. Steve quiso protestar, quiso evitar que el aire que los pulmones de Tyler habían exhalado aquella misma mañana penetrara en los pulmones de Pete, o peor aún, que escapara por la puerta; porque Tyler era suyo, quería asegurarse de que aquel aire se preservara. Quería mantener vivo a Tyler.

—Bien, escúchame: no estás en condiciones de tomar decisión alguna, así que vas a hacer lo que yo te diga. Nos vamos al hospital. Tu esposa no está nada bien. Mary está haciendo todo lo que puede, pero os necesitáis el uno al otro, ahora más que nunca.

Lo guio hacia el exterior de la habitación de Tyler, tocando la puerta de Tyler, donde Tyler había dejado sus huellas. Steve se dejó llevar sin oponer resistencia, sobre todo porque tenía que librarse de Pete antes de que borrara todos los rastros de la presencia de Tyler.

—Me quedaré con vosotros para que Mary pueda venir a casa a dormir un poco. Lawrence está con los padres de Mary en Poughkeepsie. No quería que…

«… estuviese en Black Spring —se oyó Steve completar la frase. Una descarga agresiva le atravesó el corazón—. Buena idea. Si se ha llevado a Tyler, lo lógico es que Lawrence sea el siguiente, ¿no?».

Pete lo condujo hasta el rellano, y por segunda vez aquel día, Steve se topó frente a frente con la imagen de su hijo menor, ese crío maravillosamente feliz que a veces podía sacarlo de sus casillas, pero que ahora estaba en mitad del pasillo, sentado en el suelo, con la cabeza echada hacia atrás. Se había sellado los ojos con un adhesivo especial para construcción de la marca Liquid Nails y tenía la boca deformada en una horrible sonrisa color plata. Se debía a que la tenía atiborrada de hongos de la muerte. A Matt se le caía la baba. Los

trozos de seta venenosa le resbalaban por la camisa. Estaba atrapado en medio de un anillo de hadas que crecía entre las junturas de la madera del suelo, y era como si pensara que la única forma de liberarse era comérselas todas. «Pero cada vez que cogía una, otro hongo aparecía en su lugar y el anillo volvía a cerrarse a su alrededor».

La pistola de calafateo estaba por fuera del anillo, en el suelo.

Matt había presenciado algo que lo había despojado de su cordura de un único y cegador plumazo.

Steve se dio la vuelta y, de forma bastante consciente, sintió que el acero del péndulo le cortaba el cuerpo por la mitad. Sintió que se vaciaba, como si las tripas se le hubieran caído por el agujero, pero no fue nada físico lo que escapó de él; fue todo lo que había sido hasta aquel momento. La sensación fue tan real que casi le entró la risa.

Tyler se había ahorcado con una soga del establo. La había pasado sobre el travesaño, se la había enrollado alrededor del cuello y había tirado el taburete de una patada. La caída apenas había tenido efecto y no le había roto el cuello. Al contrario, la muerte le había llegado de manera lenta y dolorosa, se lo había llevado con la conciencia intacta.

Le quedaban rastros secos de lágrimas en los ojos hinchados y vidriosos. Su máscara mortuoria estaba teñida de horror, y de una tristeza profunda y oscura.

Y no fue hasta entonces cuando Steve vio a Katherine van Wyler de pie, erguida y demacrada, detrás del cadáver colgante. La Bruja de Black Rock, que, igual que la muerte roja, había llegado como un ladrón en la noche, y entonces lo supo, lo supo con seguridad: Tyler, su hijo, su Tyler, estaba muerto.

Mientras Pete VanderMeer lo guiaba por el rellano siete horas después, empezó a gritar.

VEINTICUATRO

No enviar a Matthew Grant de inmediato al St. Luke's de Newburgh fue la decisión más difícil de su carrera profesional, pero Robert Grim asumió la responsabilidad y aceptó las consecuencias. Sólo llegaron al verdadero punto bajo de una pesadilla de proporciones ya sin precedentes cuando tuvieron que apartar una y otra vez de la escalera a Jocelyn, que no paraba de gritar, mientras Steve permanecía sentado a la mesa del comedor mirando al vacío con una concentración tan espantosa que parecía que le hubieran extirpado todo el cerebro, sin más.

Fue Mary VanderMeer quien llamó a Grim. Warren y él llegaron a casa de los Grant sólo tres minutos más tarde, justo a la vez que Walt Stanton, el médico de familia. «Otra vez aquí», pensó con un escalofrío, como si de alguna manera la maldición estuviera concentrada en aquel lugar en concreto y acabara de alcanzar su máximo apogeo. Pete le explicó que su esposa y él se habían asustado por los terribles gritos y habían acudido de inmediato para ayudar. No es que hubieran podido hacer mucho, pero al menos habían apartado a los padres de su hijo muerto, y eso era bueno.

Matt estaba tumbado de espaldas sobre la encimera de mármol, y Mary y Jocelyn le estaban vertiendo agua fría del grifo sobre la cara. Cuando Stanton vio los restos de los hongos en el fregadero, preguntó enseguida si Matt los había ingerido. Sin esperar a que le contestaran, puso al niño bocabajo y le metió un dedo en la garganta para hacerlo vomitar.

En un fogonazo, Grim le vio los ojos a Matt.

Joder, esos ojos.

La capa plástica, opaca y de color marfil hacía que pareciera que le habían perforado los globos oculares con agujas, se los habían drenado y luego se los habían vuelto a colocar en las órbitas para que coagularan.

Mientras Warren ayudaba con Matt, Grim subió corriendo las escaleras, y ahí fue donde sus emociones iniciaron su vuelo hacia la locura. Tyler Grant, aquel encantador y simpático chaval del pueblo, un mero adolescente, se había colgado del travesaño. El motivo le quedó claro al instante: ella estaba de pie justo detrás del cuerpo ahorcado. De golpe, el campo de visión de Grim adquirió un tono gris perla. Todos los ruidos se acallaron; el llanto de Jocelyn se perdió en la distancia. Se mordió la lengua con ferocidad y esperó a que el mundo recuperara la nitidez. Se obligó a girar el interruptor. La pena tendría que esperar; en aquel momento, lo importante era garantizar la seguridad de todo el mundo.

Stanton subió las escaleras de dos en dos y se tapó la boca con la mano.

—Por Dios. Uf, por Dios.

Los pies descalzos de Tyler colgaban un metro por encima de la madera del suelo, con los dedos hacia abajo y el vestido sucio y harapiento de Katherine detrás.

—¿Qué sueles hacer en estos casos? —le preguntó Grim.

Stanton lo miró, estupefacto, sin entender lo que le estaba diciendo.

—Me refiero a los casos de suicidio.

—Ah. —Stanton negó con gesto ausente y se pasó una mano por el pelo—. Tendré que informar al fiscal de distrito. La policía estatal querrá llevar a cabo una investigación, sobre todo teniendo en cuenta lo que le ha pasado a su hermano.

—De acuerdo, pero ella tendrá que desaparecer primero.

Stanton miró con asco el perfecto anillo de hadas que formaban los hongos, que salían de entre las junturas de las maderas del suelo en mitad del rellano. Grim ni siquiera los había visto… y la imagen le

horrorizó tanto que se le empezó a poner la carne de gallina y le temblaron las piernas. Hizo acopio de todas sus fuerzas para obligarse a centrar la razón y la intuición en lo que debía hacerse.

—Son hongos de la muerte —dijo Stanton—. Robert, tengo que llevarme a ese chico al hospital.

—Imposible. Si te lo llevas así, llamarán a la policía de inmediato. Si no lo denunciamos junto con el suicidio de Tyler, sospecharán que es maltrato infantil y empezarán a hacer preguntas.

—¡Pero tiene que ir al hospital! —exclamó Stanton casi a gritos —. No sé cuántos se ha comido, pero esos hongos son mortales. Y los ojos…

—Llévalo a tu consultorio y haz todo lo que puedas por él.

—Sabes que no puedo hacerlo. Soy médico, he hecho un juramento.

—Y yo soy el jefe de seguridad del HEX y también he hecho un juramento. Yo asumo la responsabilidad. Haz lo que te digo: ayuda a su hermano pequeño.

—¡No puedo hacer nada por él en casa! ¿Y si tarda tres horas en marcharse? ¡Ese chico corre peligro de muerte! Esta gente ya ha perdido un hijo, Robert.

La mirada de Grim pasó por encima de la mancha que oscurecía la entrepierna de los vaqueros de Tyler. Al morir, al chico se le había vaciado la vejiga. Grim se dio la vuelta. ¿Por qué tenía que ser tan cruel, tan indigno? Era incapaz de entenderlo. No obstante, por fin sintió que una calma familiar se apoderaba de él; la reconoció de sus años de lidiar con situaciones jodidas y caóticas, y le permitió dejar a un lado su moralidad con apenas un dejo de dolor tenue y opresivo, como cuando se desvanece el efecto de la anestesia. Stanton no podría hacer lo mismo. Seguro que lo que le inquietaba no era faltar a su juramento con la Asociación Médica Estadounidense —por muy arriesgado que fuera—, sino la terrible verdad de lo que había sucedido. Grim lo agarró por los hombros.

—Escúchame, Walt. ¿No crees que me encantaría que hubiera otra forma de salir de este lío? Pero, en situaciones de emergencia, el interés del pueblo está por encima del interés de los individuos, ya lo

sabes. No tenemos más remedio. Sólo podemos esperar que los padres no se den cuenta. Te avisaré en cuanto terminemos aquí. Ahora, date prisa y ponte en marcha. Me da igual cómo lo hagas, pero salva al crío, por lo que más quieras.

Stanton permaneció clavado donde estaba otros dos segundos, desgarrado por la duda, pero luego hizo algo inesperado: se acercó a Tyler, levantó los brazos y le cerró los ojos. Fue un gesto tierno y compasivo, y Grim se alegró de que lo hubiera hecho. Luego el médico bajó las escaleras corriendo y el jefe de seguridad voceó a su espalda:

—¡Cerciórate de que los padres no se dan cuenta!

Stanton se marchó con Matt, y Grim no tardó en oír que su coche arrancaba en el camino de entrada. Una cosa menos de la que preocuparse. Sin embargo, los minutos siguientes fueron una sucesión de fragmentos caóticos. La histeria inicial de Jocelyn había dado paso a la confusión. Quiso empezar a llamar a la gente, y Grim se vio forzado a decirle que las llamadas tendrían que esperar. Mary se sentó en el sofá junto a ella. En un momento dado, dijo que tenía que sacar las pechugas de pollo del congelador para aquella noche, y su vecina le aseguró que ya se habían encargado de eso. Grim se preocupó y miró a Steve en busca de ayuda, pero Grant seguía sentado a la mesa del comedor, aturdido e incapaz de moverse. Pasaron veinte minutos antes de que Jocelyn se diera cuenta de que Matt ya no estaba, y Grim le dijo que Stanton se lo había llevado al hospital. Jocelyn rompió a llorar y quiso volver con Tyler. Aquello era un puto desastre.

Mientras los VanderMeer cuidaban de sus vecinos, Grim se llevó a Warren al piso de arriba. Comentaron las distintas opciones. Katherine continuaba inmóvil detrás de su presa, como una leona que protege un cadáver de un grupo de hienas rapaces deseosas de roer los restos. Cada vez más horrorizado, Grim tuvo el presentimiento de que la bruja no iba a irse. No era casualidad. Era un calvario.

Quería que los padres de Tyler sufrieran.

Tal como ella había sufrido antaño.

«Al menos ahora han quedado claras sus intenciones, ¿no?».

Warren negó con la cabeza.

—No sé, Robert. Nunca hemos tenido que moverla.

Eso era cierto. La creatividad del HEX no tenía fin cuando se trataba de esconder a Katherine, pero el protocolo decía que nunca debían tocarla. Si provocaban a la bruja, era posible que alguien del pueblo muriera, una persona con el corazón débil o la corteza cerebral fina…, alguien que notaría las vibraciones de Katherine y caería muerto de inmediato.

Al otro lado del rellano, la bruja continuaba inmóvil.

Susurrando sus palabras depravadas.

Desafiándolos.

«Venid a tocarme, amigos. Venid a tocarme. A ver quién se muere esta vez».

De repente, Warren le dio una patada furiosa a los hongos de la muerte y rompió el anillo de hadas. Una de las setas rodó justo hasta los pies cadavéricos de Katherine.

Se detuvo al tocarle las uñas de los pies, retorcidas y marrones.

—Katherine —dijo Warren, y carraspeó—. Eh, Katherine.

A Grim se le apergaminó la boca, y un gemido ahogado y enervante se le escapó de entre los labios. Quería retener a Warren, pero se sentía como si estuviera clavado al suelo. Se daba tácitamente por hecho que nunca debían dirigirse a la bruja. Que Warren lo estuviera haciendo en aquellos instantes era casi más terrible que todo lo demás.

—Ya tienes lo que querías. El chico ha muerto. —La voz de Warren sonaba borboteante y aprisionada, como si tuviera una bola de vaselina atascada en la garganta—. Ahora déjanos hacer nuestro trabajo y lárgate de aquí.

Katherine siguió sin moverse.

No: los dedos de la mano derecha se le crisparon.

Había algo detrás de aquellos ojos cosidos.

«Se estaba burlando de ellos».

Warren dio un paso más hacia ella.

—¿Qué, no has hecho ya bastante?

—Warren, detente —susurró Grim, presa de la repulsión y de un miedo enloquecedor. En su cabeza no cabía la menor duda de quién manejaba los hilos en Black Spring, y hasta que aquella amenaza

quedara atrás, estaban por completo a su merced—. No me jodas, ven aquí antes de que tú también termines colgado de una cuerda.

El tiempo se les estaba haciendo eterno. Cuarenta y cinco minutos y subiendo. Volvieron al piso de abajo. Grim intentó sacar a Steve de su conmoción, pero no lo consiguió. Fuera, el cielo sangraba.

Warren sugirió que la apartaran con cuidado utilizando cepillos de barrer. ¿Hacia dónde? Escaleras abajo, si era necesario; la caída la haría desaparecer. Igual que cuando aquellos imbéciles se habían servido de palos para meterla en el tanque del Philosopher's Creek y apedrearla. Grim vio los círculos oscuros bajo los ojos de Jocelyn y dudó. ¿Arriesgar la vida de un viejo capullo del pueblo? La moral estaba cambiando con la misma inexorabilidad que el tiempo.

Otra vez arriba. Warren con un cepillo, Grim con una fregona. Gotas frías de sudor hormigueándoles en la frente. Con una cautela extrema, comenzaron a empujar a Katherine suavemente con el extremo de los mangos. El cuerpo quebradizo de la bruja cedía, pero no se movió…, aunque no paraba de volver la cara muerta y suturada hacia dondequiera que sintiera un palo.

Era tan grotesco como repugnante, pero el cadáver de Tyler colgaba entre medias.

Ninguno de los dos se atrevía a forzar la situación.

«¡Quiero ir con mi hijo!», resonó el desgarrador grito de Jocelyn desde abajo. Grim y Warren intercambiaron una mirada de alarma, y Pete VanderMeer no tardó en subir las escaleras. Se le veía agobiado, pero había ido a buscar otra escoba. Grim experimentó un profundo agradecimiento hacia aquel hombre.

—¿Cómo va todo abajo? —le preguntó en voz baja.

—Fatal —dijo Pete—. ¿Cómo quieres que vaya? Pero Mary le está preparando una buena taza de manzanilla.

Soltó una risa breve entre las lágrimas. Qué absurdo: como si la infusión de manzanilla fuera la solución a aquella desgracia indescriptible.

Los tres intentaron obligar a Katherine a rodear el cuerpo de Tyler por la derecha, y al final la bruja dio un paso tambaleante hacia un lado. Grim notó que se le desbocaba el corazón. Warren la empujó

con más fuerza… y en un instante, la bruja se plantó delante del chaval colgado, justo en medio de los tres, y Grim habría jurado que la había oído sisear. Con un respingo, el grupo se separó. Warren se tropezó con sus propios pies y terminó cayéndose sobre los despojos del anillo de hadas.

El resto de los acontecimientos se desarrolló a una velocidad aterradora.

—¡Jocelyn! —gritó alguien desde abajo (Mary, pensó Grim), pero, en su estupor, llegó demasiado tarde para entender lo que estaba sucediendo, demasiado tarde para detenerla.

Lo único que oyó fueron los gruñidos cada vez más intensos de Jocelyn mientras subía corriendo por la escalera, enseñando los dientes. Y con un *swing* que habría sacado la bola fuera del campo, le estampó la buena taza de manzanilla en la cara a la bruja.

El efecto fue pasmoso. Las esquirlas de vidrio y la infusión hirviendo salpicaron el papel pintado de la pared, y Grim tuvo que hacerse a un lado de un salto para esquivarlas. La bruja se dobló y desapareció al instante. Gritando, Jocelyn soltó el asa de plástico y rodeó el cuerpo de su hijo muerto con los brazos.

La policía llegó e hizo preguntas. Gracias a Dios, Mary VanderMeer ya se había llevado a Jocelyn al St. Luke's, porque Grim no creía que la mujer fuera capaz de responder sin irse de la lengua. Después de pedirle a Pete que llamara a emergencias, Grim se sentó con Steve a la mesa del comedor y le preguntó si creía que sería capaz de declarar.

Steve asimiló la pregunta despacio, como si tuviera que regresar de un lugar oscuro y lejano. Con una mirada infinitamente triste, preguntó:

—¿Y entonces descolgarán a Tyler?

Aquello fue el colmo; Grim sintió que la situación se había vuelto demasiado incluso para él y abrazó a Steve, estrechó con todas sus fuerzas al padre doliente.

—Sí —respondió alegrándose de no tener que mirarlo a los ojos —, eso harán, amigo.

Aun así, logró mantener el control, en parte porque tenía que llevar a cabo un diagnóstico profesional: Steve estaba lo bastante lúcido para ser consciente de lo que había pasado, lo cual significaba, casi con total seguridad, que también sabría lo que podía y lo que no podía contarle a la policía.

Grim lo soltó y se enderezó en su asiento.

—Steve, tengo que preguntártelo. ¿Hay algo…, cualquier cosa, que pueda explicar esto?

Steve negó despacio con la cabeza.

—¿Algo que te contara Tyler? —Steve volvió a negar y Grim continuó—: Te lo pregunto a título personal, no para el Consejo. Si ha pasado algo, necesito saberlo por seguridad. Sé que Tyler estaba trabajando en esa página, pero no creo que esto haya tenido nada que ver con la web, porque si no habría ocurrido mucho antes. Llevamos un mes vigilando su portátil y no lo hemos pillado trabajando en nada nuevo. ¿Sabes si tenía alguna otra historia entre manos? Por todos los santos, ¿cuándo se torcieron así las cosas?

—No lo sé, Robert —contestó Steve al fin, sincero y sereno.

El jefe de seguridad se volvió hacia él, lo miró a los ojos y creyó que le estaba diciendo la verdad. Steve estaba tan perplejo como conmocionado. Grim decidió dejarlo por el momento; aquel hombre ya tenía bastantes cosas en la cabeza. Le dio unas palmaditas en el hombro.

—Tranquilo, tío. Te llamaré esta noche.

Steve le dio las gracias y Grim le entregó las llaves del coche a Warren, que se quedaría como amigo de la familia para tratar con la policía estatal. Robert se sintió aliviado de poder salir de la casa. Notaba la presencia de la muerte cerniéndose sobre ella como un velo pesado y contagioso, arrastrándose hacia él desde cada rincón. Era una superstición, desde luego, pero parecía que en aquella casa la muerte había ido obedeciendo las leyes de la oscuridad, y el desastre había engendrado más desastre, y se había propagado como una enfermedad. Con las piernas de goma, Robert Grim echó a correr hacia la puerta de atrás. No se detuvo hasta que llegó a la mitad del jardín trasero, donde inhaló grandes bocanadas de aire nocturno, con

la cabeza gacha y los muslos temblorosos.

Desconcertado y no del todo operativo, se encaminó hacia el antiguo centro de visitantes. Para evitar toparse con la policía, tomó el sendero empinado que atravesaba el bosque, que discurría junto a un campo en barbecho donde la niebla del suelo reflejaba silenciosamente la luz de la luna. Un período de deshielo había sucedido a las temperaturas bajo cero de la semana anterior, así que el aire estaba cargado de humedad. Grim veía las nubecitas que su aliento formaba en la oscuridad.

Al cabo de unos minutos, se arrepintió de haber cogido el sendero del bosque.

Recurrió al móvil para iluminarse el camino y aceleró el paso. Las cicutas creaban una enorme pared negra a su izquierda. En otros puntos de las montañas, más al norte y más hacia el oeste, la gente hacía ejercicio con sus perros, daba paseos nocturnos o hacía el amor en las noches de verano. Pero no allí, no en aquella zona embrujada. En Black Spring, nadie salía al anochecer.

Los ojos de aquel crío.

¿Cómo podía alguien hacerse algo así? ¿Lo había obligado Katherine o le había mostrado algo tan desquiciante que el propio Matt había querido cegarse, convertirse en una espeluznante imitación de la propia bruja? ¿Hasta dónde llegaba la influencia de aquel ente?

La imagen de Jocelyn estampándole la taza de manzanilla en la cara a la bruja lo asaltó de repente, pero esta vez, cuando el cristal se rompió, la sangre brotó de los ojos de Grim, que se tambaleó y cayó de espaldas por la escalera…

«Contrólate, idiota».

Pero estaba muy agitado y no fue capaz de calmar sus pensamientos. Era por algo que había en el viento que se levantó en ese instante, en la manera en que sacudió los árboles contra el cielo. Robert Grim caminó más rápido para intentar evitar que la oscuridad lo atrapara. Allí, en la soledad del bosque, su incredulidad y desconcierto iban adquiriendo la forma de algo asumible, y las preguntas comenzaron a surgir. ¿Cómo podía haber pasado algo así? En los casi treinta años que Grim llevaba trabajando como jefe de

seguridad del HEX, Katherine nunca había atacado de esa manera. No había causado víctimas de suicidio desde los hombres que le cortaron el punto de la comisura de la boca en el 67. Todo el mundo sabía lo que los susurros de Katherine eran capaces de hacerte, así que nadie se arriesgaba a exponerse a ellos. Puede que Tyler y sus amigos estuvieran jugando al límite con sus bromas y sus vídeos, pero Tyler era un chico muy inteligente y jamás habría cometido un error tan enorme, ¿verdad? Ahora, demasiado tarde, Grim comenzó a tener la insistente sensación de que quizá se hubiera equivocado al decidir no informar al Consejo sobre las actividades de Tyler.

«Bueno, a toro pasado siempre es más fácil, amigo mío. Con el debido respeto, no le hiciste ningún favor guardándole el secreto».

Se detuvo y se dio la vuelta. Algo se movía en el sendero, a su espalda.

Los pies se le resbalaron sobre las raíces cubiertas de escarcha. Recuperó el equilibrio, y lo que fuera que se había movido allí atrás —la niebla o su propia imaginación jugándole una mala pasada— ya no estaba. Acuciado por un repentino sentido de urgencia, Grim comenzó a correr. Lo invadieron de golpe un miedo súbito e irracional y la aterradora premonición de un horror inminente.

Algo terrible se avecinaba.

Todo formaba parte de la misma espiral descendente de causa y efecto. La navaja de precisión que sajaba el pecho de Katherine. La muerte del perro. El arroyo embrujado. La lapidación y la posterior locura en el pueblo. Jaydon, que se había asomado al abismo de la muerte a manos del verdugo, pero que había conseguido aferrarse a la vida. Y ahora Tyler.

«Los niños cavaban hoyos en el exterior de los muros del asentamiento y, caminando en procesión, cargaban hasta allí con cajas de frutas para meterlas en sus tumbas. Los padres pensaban que estaban poseídos, y se consideraba que el juego era un mal presagio».

Grim esbozó una mueca al sentir un pinchazo agudo en el costado, tomó el camino de grava que pasaba junto a la vieja casa Hope-well y por fin llegó a Deep Hollow Road. La calle estaba bien iluminada, y continuó con paso tambaleante hacia el antiguo Centro

de Visitantes de Popolopen.

Posado en el borde del tejado, sobre el friso, había un búho leonado. El ave lo observó con ojos de depredador, siniestros y brillantes. Grim no entendió por qué aquello le provocaba una poderosa sensación de calamidad y melancolía, pero aplaudió con fuerza con intención de ahuyentarlo. Para su consternación, el búho no se movió, ni siquiera parpadeó. Sólo agitó sus fuertes alas y emprendió el vuelo cuando Robert cogió una piedra y se la lanzó con maldad.

Ya dentro, Grim se enteró de que Katherine se había aparecido en una cocina de Lower South. Ordenó a Claire y Marty que fueran a la casa, que mandaran a sus residentes a The Point to Point y que no perdieran de vista a la bruja ni un segundo. No hubo noticias de víctimas causadas por la manzanilla. Grim se quedó en el centro de control y comenzó a examinar la grabación de la cámara de seguridad. Reprodujo las imágenes una y otra vez, pasándolas hacia delante y hacia atrás entre los momentos clave. Vio a Matt llegar a casa desde la parada del autobús. Vio la quietud engañosa tras las ventanas oscuras de la casa de los Grant. ¿En qué crepúsculo había pervivido Tyler antes de su muerte? Entre el momento en que Matt llegó a casa después de clase y el momento en que sus padres entraron en el camino de acceso una hora y media más tarde, no había nada, literalmente nada que ver. Dado lo que estaba sucediendo en su interior, era una imagen de una normalidad absurda y espantosa.

Warren llamó desde el St. Luke's. Steve Grant se había quedado en Black Spring con Pete VanderMeer y el director de la funeraria e iría más tarde. Matt había sufrido una grave intoxicación gastrointestinal al ingerir las setas, pero al menos estaba fuera de peligro. Ahora los médicos estaban centrados en sus ojos, pero no había garantía de que pudieran salvárselos. Warren quería quedarse en Newburgh por si el chaval se despertaba y empezaba a hablar…, algo muy poco probable, pero no imposible.

Grim colgó. Mientras empezaba a barajar distintas estrategias para mantener la conmoción pública bajo control, no conseguía librarse de la sensación de que se le estaba escapando algo

fundamental, algo que tendría que averiguar deprisa, antes de que llegara el desastre. Tañía en su cabeza como unas campanas fúnebres. Intentó concentrarse en los asuntos prácticos: las preguntas que tendría que hacerles a los padres, qué cosas podría hacer públicas, si celebrar el funeral dentro o fuera del pueblo. ¿Y si Katherine se presentaba durante el funeral delante de amigos y parientes del exterior, como un pirómano que acude a contemplar sus propios fuegos?

«Tal vez lo tuviera todo planeado. A lo mejor la muerte de Tyler formaba parte de un plan oscuro y preconcebido».

Grim se sobresaltó como si alguien hubiera pronunciado aquellas palabras en voz alta. Con los ojos abiertos como platos y el vello de todo el cuerpo de repente erizado, clavó la mirada en su móvil, que descansaba a su lado sobre el escritorio. Dos segundos después, empezó a sonar. Claire.

—¿Hola?

—Robert, se ha ido. Se ha marchado hace un segundo.

Al principio no supo de dónde procedía aquel tufo intenso y rancio a cadáver.

—De acuerdo, tú ven… —empezó a decir, pero entonces oyó el susurro.

Se dio la vuelta y se topó directamente con la cara atormentada y aterradora de Katherine van Wyler. Tenía los labios destrozados apretados en una sonrisa que le tensaba los puntos de sutura. La comisura izquierda, la abierta, se movía con gran concentración, y las palabras corruptas penetraron en la mente de Grim. Con un alarido, el jefe de seguridad dejó caer el teléfono y se precipitó hacia atrás, rodó por encima del escritorio, tiró un bote de bolígrafos al suelo y aterrizó junto a él al otro lado.

Con paso tranquilo y cauteloso, Katherine rodeó el escritorio y se detuvo ante él.

«¿Robert? ¡Robert!», decía la vocecita del teléfono.

Grim intentó alejarse arrastrándose mientras la Bruja de Black Rock se acercaba cada vez más moviendo los pies desnudos y grises. Tenía las uñas de un amarillo mórbido, largas y curvadas en las

puntas. Las cadenas de hierro tintineaban alrededor de su cuerpo demacrado. Sumido en un estado de puro pánico, Grim chocó contra la pantalla grande y se deslizó hacia una esquina… ¡Ah!, siempre se acababa en una esquina.

Momentos después, Katherine estaba inclinada sobre él, con el cuerpo rígido y los labios pegados a su oreja. Era imposible escapar de la mujer muerta sin tocarla, así que Robert Grim se quedó petrificado en el sitio, se metió los dedos en los oídos y comenzó a cantar como si le fuera la vida en ello. Pero esta vez no fueron Katrina & the Waves, esta vez sus quejidos lastimeros ni siquiera llegaban a ser una canción; las notas que brotaban de su interior eran ruidos atonales de supervivencia que pretendían protegerlo de los susurros de la bruja, y durante todo aquel tiempo, se vio obligado a mirarla a las cuencas oculares cosidas y a respirar su repugnante hedor a barro y muerte.

VEINTICINCO

Mantuvieron a Matt en coma inducido hasta el sábado por la tarde. A las cuatro, cuando Steve, Jocelyn, Milford Hampton (el padre de Jocelyn, que había viajado desde Atlanta) y Mary VanderMeer regresaron de dejar sus respectivos almuerzos casi intactos en el patio del hospital, Matt se despertó. Sin embargo, no tardó en quedar claro que no reaccionaba a ningún estímulo externo, y le asignaron el alarmante diagnóstico de estupor catatónico. Lo encontraron en la cama del hospital, con la piel fría y translúcida y los vendajes sobre los ojos, como una morbosa mascarilla facial de lujo. Lo terrible era que su cabeza flotaba unos cinco centímetros por encima de la almohada, sostenida en alto por los músculos rígidos. El médico que lo atendía les dijo que, al cambiarle las vendas, la pupila del ojo derecho no había mostrado ningún reflejo. El ojo izquierdo no reaccionaría a nada sin un trasplante de córnea. Steve sabía, por su propia experiencia médica, lo que debía de verse bajo el vendaje: un blanco grisáceo y lechoso, como si ni siquiera hubiera globo ocular.

Ni Steve ni Jocelyn habían dormido. Jocelyn no había querido volver a Black Spring, así que reservaron una habitación en el Ramada Inn del Aeropuerto Internacional Stewart, donde también se alojaba el señor Hampton. Steve no estaba en condiciones de comprobar en cómo se encontraba su esposa. En el bufé del desayuno, parecía sufrir una gripe aguda. Hablaba con frases desarticuladas. En aquel estado, se había olvidado por completo del protocolo de Black Spring: la bruja no paraba de surgir en su retahíla de balbuceos, y en un momento

dado le anunció a su padre:

—Ha sido Katherine.

Mary, que trataba la dúctil confusión de Jocelyn de una manera sorprendentemente profesional, intentó calmarla sin contradecirla, y al final se la llevó al baño de mujeres.

—Dios, qué desastre tan terrible —dijo el señor Hampton. Tenía los ojos enrojecidos y no se había afeitado. A Steve siempre le había caído bien el padre de Jocelyn, pero su mujer y él nunca habían podido hacer que su familia extensa se integrara por completo en su vida, y ahora sus dos mundos, que estaban a kilómetros de distancia, se estaban solapando de la forma más antinatural posible—. Steve…, ¿quién es esa Katherine de la que Jocelyn no para de hablar?

Steve no había sido capaz de decirle nada a su esposa. Mientras los momentos críticos seguían reproduciéndose en su mente en un bucle eterno, se sentía amenazado por un dolor de tan terrible magnitud que volvía a refugiarse de inmediato en su seguro estado de semiinconsciencia. Pero al menos se había enterado de aquella última pregunta.

—No lo sé —contestó. Y aunque comprendió lo injusto que era tener que mentir sobre la muerte de su hijo en una etapa temprana, se oyó tergiversar la verdad con una facilidad desconcertante—. Está en estado de choque. Ha perdido el sentido del tiempo. No sé si conocería a alguna Katherine en el pasado.

—No lo sé. —De repente, el hombre se echó a llorar. Se inclinó hacia delante sobre la mesa y, con los puños temblorosos, le agarró las manos a Steve—. No me lo puedo creer. Tyler, ¿suicidarse? Es que… ¿por qué? ¿De verdad que Jocelyn y tú no visteis… venir… nada?

Al pronunciar aquellas últimas palabras, sacudió las manos de su yerno con brusquedad. «No, señor —le entraron ganas de contestar a un Steve de pronto furioso—. El mes pasado colgaron a nuestro perro de un árbol, a mayor altura de la que cualquier hombre normal podría alcanzar trepando, y luego torturaron a unos chicos en la plaza del pueblo. Fue una especie de fiesta popular, en realidad. Pero, caray, no nos esperábamos nada así. Tyler era tan…».

De súbito supo lo que su suegro estaba a punto de decir, y un

pánico terrible le atenazó la garganta, porque no quería que nadie pronunciara aquellas palabras en voz alta. Aun así, el hombre las dijo, y fue como si le frotaran sal en las heridas abiertas:

—Tyler era un chico tan alegre…

«Sí, ese tal Tyler era un chico muy animado, qué chico tan estupendo era. ¿Por qué estás hablando de él en pasado, imbécil, como si ya no estuviera aquí, como si fuera algo que ya ha ocurrido, que está cerrado y desaparecido? Qué chico tan alegre. "Ayúdame, papá", me pidió, ¿y qué hice yo? ¿Qué es lo que hice?».

Despacio, Steve negó con la cabeza.

—No lo sé, Milford.

—¿Y de verdad no dejó una nota o algo así? No me hace falta saber qué contiene, pero me vendría bien saber que existe.

—No. No lo sé.

¿Dónde coño estaban Jocelyn y Mary? Steve quería, necesitaba, que aquel momento terminara.

El señor Hampton apartó las manos frágiles y bajó la mirada.

—¿Es posible que Tyler le hiciera eso a su hermano? ¿Que fuese una especie de…, un arrebato de locura?

Steve tuvo que morderse con fuerza los ya maltrechos labios para poder controlarse. Con la voz temblorosa, respondió:

—No lo sé, Milford.

Los llevaron a una sala pequeña para hablar con el médico de Matt y con un psiquiatra del hospital. Warren Castillo también los acompañó, para brindarles el apoyo necesario… y para mantenerlos vigilados. Jocelyn parecía estar un poco más presente de lo que lo había estado aquella mañana y no reveló ninguna información confidencial. En lugar de eso, empezó a sollozar, e hizo abundante uso de la caja de pañuelos de papel que había en la mesa auxiliar.

Tras las preguntas esperadas, la mayoría de las cuales quedaron sin respuesta, el médico dijo:

—Hay otro asunto delicado que me gustaría discutir con ustedes. En este momento, no hay ningún donante de córnea disponible para

Matt. Cuanto antes lo ayudemos, mayores serán nuestras posibilidades de que recupere la vista por completo. ¿Se plantearían permitirnos usar la córnea de Tyler para su hermano?

Por alguna razón, Steve ya se lo esperaba, pero aun así la situación le impresionó. El psiquiatra dijo:

—No tienen que responder de inmediato. Dediquen un tiempo a pensarlo. Tal vez esta sea una forma de conferirle sentido a su muerte, por terrible que sea.

«Sí, claro —pensó Steve—. Cojamos lo mejor de cada uno y convirtámoslo en un solo hijo. Debe de haber algún tipo de lógica oculta en todo esto, pero, si la hay, a mí se me escapa». Sin embargo, dijo que sí enseguida, porque era la acción más obvia.

—¿Y a usted, señora? ¿Qué le parece?

Jocelyn se enjugó los ojos.

—Si tú estás de acuerdo, Steve, entonces hagámoslo. Tyler habría dado cualquier cosa por Matt.

Hubo un momento inquietante en el que tanto el médico como el psiquiatra guardaron silencio. Warren arqueó las cejas y los observó con detenimiento. Jocelyn no se dio cuenta, porque había empezado a llorar de nuevo. Pero Steve lo entendió: no la creían. Igual que el padre de Jocelyn, estaban convencidos de que Tyler había atacado a su hermano con la pistola de calafateo antes de suicidarse. Warren también lo vio, y se sintió satisfecho. A Steve se le partió el corazón por la mitad. Habían obligado a su hijo, a su Tyler, a quitarse la vida en contra de su voluntad, hechizado por un poder demasiado grande para comprenderlo, un poder que también había conseguido llegar hasta Matt, y todos pensaban que Tyler se había vuelto loco. Que no era más que un adolescente lamentable y pirado con ansia de sangre, como los que terminaban en los periódicos.

Fue aquella profunda injusticia la que llevó a Steve a llorar por primera vez: sollozos largos y cada vez más intensos, fruto de una pena honda y desarmante. Y así como él no había sido capaz de consolar antes a Jocelyn, ella tampoco podía consolarlo ahora. Continuaron sentados el uno al lado del otro, cada uno en una silla, solos y perdidos en su dolor, y Steve ni siquiera sabía si habría podido

aceptar el consuelo de su esposa en el caso de que ella se lo hubiera brindado.

Warren se los llevó a la cafetería Hudson View, en el propio hospital. El gran ventanal miraba por encima del aparcamiento arbolado hacia el río que fluía perezosamente detrás. El enorme árbol de Navidad que había en la rotonda de la entrada se mecía de un lado a otro mientras la luz del día avanzaba hacia la oscuridad. Una tarde cruda y fría de diciembre había disipado el lapso cálido de la mañana. No muy lejos, en el depósito de cadáveres, ubicado en otra zona de aquel mismo edificio, estaba su hijo, desnudo y diseccionado, y a aquellas alturas el patólogo anatómico estaría extirpándole todos los órganos vitales.

—Lo siento muchísimo —dijo Warren—, pero tenemos que comentar unas cuantas cuestiones prácticas antes de que los de Knocks & Cramer aparezcan y empiecen a organizar el funeral. ¿Queréis incinerar o enterrar a Tyler?

—Enterrarlo —dijo Steve casi sin pensarlo, y Jocelyn lo miró, asombrada.

—Steve…

No tenían seguro funerario, aunque el dinero no era un problema. Steve siempre había creído que no eran el tipo de personas que le otorgan un valor simbólico a la tumba. En alguna ocasión se habían dicho los unos a los otros que, cuando murieran, querían que los cremaran —hablando de forma hipotética, por supuesto, como se decían esas cosas cuando la muerte parecía lejana—. Pero ahora, Steve de pronto vio a sus amigos y familiares volver con ellos a casa después de la ceremonia de cremación y atacar las ensaladas y las quiches que habían llevado, justo en el momento en que estaban metiendo a Tyler en un horno. El calor le abrasaría y ennegrecería la piel suave, le chamuscaría el pelo y, en cuestión de minutos, destrozaría los músculos que habían formado el cuerpo de su hijo durante tantos años. De Tyler no quedaría más que un montón de cenizas y humo que escaparía formando volutas por una chimenea y se dejaría arrastrar por el frío hasta que las moléculas de su hijo se asentaran en los tejados de un millar de casas. Eso era más de lo que Steve podía

soportar, y sabía que quería mantener a su hijo cerca de él pasara lo que pasase.

—Vamos a enterrarlo —afirmó de nuevo.

—Oye, Steve, no sé… —balbució Jocelyn—. Tyler siempre quiso marcharse de Black Spring, descubrir lo que hay fuera de allí. ¿No sería mejor que esparciéramos sus cenizas en algún lugar apropiado…?

Pero Steve no cedió. No tenía claro el porqué. Tal vez fuera una decisión egoísta, pero le parecía importante, como si algo lo estuviera inspirando desde fuera y él se limitara a obedecer esa voz interior.

—Quiero que se quede con nosotros, Jocelyn. Quiero poder visitarlo.

—Está bien, tú decides —dijo ella.

A fin de cuentas, se trataba de Tyler; si Matt hubiera muerto, la decisión la habría tomado ella.

—¿Dónde quieres enterrarlo? —preguntó Warren.

«Junto a *Fletcher*, en el jardín trasero», pensó Steven de manera inesperada, y sintió que el cuerpo se le helaba.

—En Black Spring.

—Me lo temía —suspiró Warren.

—¿Supone algún problema?

—No, por supuesto que no. Se os darán todas las facilidades posibles para que podáis hacerlo a vuestra manera, contad con ello. Es sólo que estamos preocupados…, por no decir otra cosa. Los patrones de Katherine han cambiado y todos los vecinos del pueblo están asustados. No sabemos a qué atenernos.

—Warren, Tyler debió de oírla susurrar de alguna manera. Esa es la única explicación razonable, ¿verdad? Fue un terrible accidente.

Warren bajó la voz:

—Atacó a Robert anoche.

Steve y Jocelyn lo miraron conmocionados.

—No os preocupéis, está bien. Nos ha dejado a todos descolocados, eso es todo. No lo entendemos, al parecer fue un ataque deliberado.

—¿Por qué habrá hecho algo así? —preguntó Jocelyn, y la voz,

ya temblorosa, se le rompió—. ¿Por qué ha matado a Tyler, Steve? Trato de no pensar en ello, pero no paro de verlo una y otra vez ahí colgado…, y luego veo a Matt embutiéndose esos hongos en la boca… No fue él, ya lo sabes; ella lo obligó a hacerlo, también quería arrebatarnos a Matt… Y cuando intento recordar la cara de Tyler, no lo consigo… Lo único que veo es la cara de Katherine, y tiene los ojos abiertos…, y me está mirando… —Las lágrimas le rodaban por las mejillas—. Oh, Steve, ayúdame, por favor, abrázame, ¿quieres?

«Ayúdame, papá».

Steve lo hizo. La rodeó con los brazos y la estrechó mientras le empapaba la camisa con un llanto inconsolable. Pero no sintió nada. Era como si estuviera abrazando un pedazo de masa. Durante todo aquel rato, no dejó de mirar por la ventana hacia la gente que se alejaba por el camino de entrada bajo un viento aullador, poseída por sus propios fantasmas y recuerdos malignos. Pero se iban a casa, e irían olvidando poco a poco sus razones para estar en el hospital; en casa, sus hijos estarían esperándolos bajo el árbol de Navidad. De repente, Steve vio ante sí una imagen grotescamente nítida: unos niños flotando en grandes tarros de formaldehído bajo ramas de pino; cadáveres de niños desnudos y abotagados metidos en un agua amarillenta, y uno de ellos era Tyler, cuyos ojos hinchados reflejaban las luces navideñas.

El velatorio de Tyler se celebró el martes. Como la única funeraria de Black Spring estaba en la Residencia de Ancianos Roseburgh, optaron por la terraza interior que había en la parte trasera de The Quiet Man. A Tyler le gustaba ir allí a tomar zarzaparrillas con sus amigos, y el camarero le dijo a Steve con lágrimas en los ojos que siempre había sido un chico ejemplar y encantador.

La confusión de Jocelyn alcanzó su máximo histórico el lunes por la tarde. Empezó a imaginarse que en realidad ninguna de aquellas cosas terribles había sucedido y a tener ataques de pánico. Steve se la había encontrado en su Limbo, sacando las hebras de la alfombra una por una. El doctor Stanton le había administrado un antipsicótico por

la noche y Jocelyn había dormido por primera vez desde el viernes, lo cual ya era al menos un pequeño avance.

Pete instaba a Steve a dividir su atención entre los demás miembros de su familia, y él sabía que su vecino tenía razón: Jocelyn se había desmoronado por completo y Matt no mostraba ninguna mejoría. Aunque el trasplante de córnea había sido un éxito, no había manifestado ni la más mínima reacción a su entorno. Aun así, Steve era incapaz de darles a su hijo menor y a su esposa la atención que necesitaban y que probablemente merecían; los pensamientos sobre Tyler ocupaban toda su mente.

Aquella misma mañana, habían trasladado a Tyler hasta The Quiet Man en un ataúd de madera contrachapada, moderno y de colores claros. Steve y Jocelyn ya estaban esperándolo y habían pasado un momento a solas con él antes de que se cerrara el ataúd. Tyler iba vestido tal como ellos habían querido: con vaqueros, una camiseta blanca de cuello en V y su chaqueta favorita, la misma ropa que habría usado en vida. El empleado de la funeraria había hecho un gran trabajo con él. Habían desaparecido incluso los moratones de la cuerda, que Steve sabía que aún se le deberían ver en el cuello.

Era tan guapo. Su hijo. Su Tyler.

Era como si estuviera durmiendo. Tan sereno. Tan vivo. La inquietante sensación de que era cierto que Tyler estaba dormido y a la espera de abrir los ojos, estirarse y salir de su ataúd se apoderó de él. Pero el suave zumbido del generador de la unidad de refrigeración mortuoria hizo añicos su ilusión. Tyler se estaba descomponiendo desde dentro hacia fuera, un proceso que sólo podía ralentizarse un poco. Si alguien le levantara uno de los párpados, vería una bola de espuma de poliestireno mirándolo con fijeza; el patólogo se la habría incrustado allí para rellenar la cavidad ocular.

Llegó Laurie. Sus padres no habían podido salir del trabajo para el velatorio, dijo, pero irían al funeral. Steve lloró con ella y luego la acompañó dentro.

—¿Puedo… tocarlo? —preguntó al cabo de un rato.

—Claro, cielo —contestó Steve.

Con mucho cuidado, la chica tomó una de las manos de Tyler

entre las suyas, pero la soltó enseguida, tal vez asustada por lo fría y rígida que la sentía.

«Sí, así son las cosas —pensó Steve—. Tú sí puedes dejarlo marchar. Te dolerá durante un tiempo, pero seguirás adelante con tu vida. Puede que el próximo verano tengas otro novio, y Tyler ya no será más que un recuerdo doloroso que se va desvaneciendo con el tiempo».

—Soy incapaz de entenderlo —sollozó Laurie mientras se secaba las lágrimas de los ojos con la manga.

Steve sintió en la sala una repentina carga eléctrica que parecía estar destinada a él. Aquel era el momento en que debía preguntarle si había notado algo extraño en Tyler…, algo que pudiera explicar su inesperado suicidio. Se dio cuenta de que era lo que se esperaba de él, y que quizá a Laurie le doliera que no la involucrase. Pero no pudo hacerlo. Aquella farsa tendría que representarse después, no delante de Tyler.

—Yo tampoco lo entiendo, Laurie —dijo al final, temblando.

Luego llegaron todos los demás. La muerte de Tyler había caído como una bomba, tanto dentro de la comunidad de Black Spring como fuera de ella. Una tensión extraña y distante reverberó por la terraza trasera de The Quiet Man durante toda la mañana. Era algo más que el mero hecho de compartir el dolor: era la colisión frontal entre tanta gente de Black Spring y tanta gente de fuera, la gente que sabía y la gente que no. Ni siquiera las animadas canciones de Owl City que sonaban de fondo —las favoritas de Tyler— consiguieron aliviar la tensión. Era como si aquella mañana las fronteras del pueblo pasaran justo por el medio de la taberna, y los que vivían a un lado rehuían a los del otro. Los vecinos del pueblo estaban aterrorizados por completo. Katherine había tocado a Tyler. La maldición de la bruja había caído sobre él. Era tan sutil que los miembros de la familia extendida de Tyler, sus amigos del O'Neill, los compañeros del equipo de los Raiders y los profesores de fuera ni siquiera lo notaron, pero la procesión que entraba arrastrando los pies desde la sala principal y pasaba ante su ataúd avanzaba con cierta prisa y no se acercaba a menos de un metro de la unidad de refrigeración. La gente del pueblo

apenas se atrevía a mirar a Tyler; se santiguaban o hacían gestos para protegerse del mal de ojo. Cuando salían por la parte de atrás de The Quiet Man, experimentaban un gran alivio. Era ridículo; Steve estaba asqueado. Si a Tyler no le hubieran tenido tanto cariño en el pueblo, la gran mayoría de aquellas personas ni siquiera habría tenido el valor de ir a despedirse de él.

A mitad del velatorio, se llevó a Jocelyn a un lado. Estaba pálida como una sábana y daba la sensación de estar a punto de sufrir un ataque de nervios. Tenía las mejillas flácidas y le temblaban las manos.

—¿Puedes seguir? —le preguntó en voz baja.

—No lo sé, Steve. Creo que si oigo un puto tópico más, me pondré a gritar.

Estaba claro que la agobiaban las condolencias, cada una de las cuales abría una herida más honda que la anterior, desde los vacíos «El tiempo lo cura todo» y «La vida no siempre es justa», hasta los no muy prometedores «Siete años de abundancia seguirán a siete años de escasez», y el totalmente incomprensible «Unos vienen y otros se van».

—Es que ¿qué intentan decirme, por el amor de Dios? —preguntó Jocelyn con gran disgusto—. ¿De verdad creen que voy a levantarme de un salto, sintiéndome mucho mejor, y a decir: «Uy, gracias, señora, lo cierto es que eso no lo sabía; en ese caso, esto no es tan horrible, ¿verdad?»?

—Chis, tranquila —dijo abrazándola.

Su esposa rompió a llorar de nuevo, y cuando Mary vio lo incómodo que se sentía, lo relevó con indecisión. Steve quiso mostrarle su agradecimiento, pero Mary miró hacia otro lado con un gesto de ligero reproche. A nadie se le daba bien aquello, decidió Steve. Sólo podían intentar hacerlo lo mejor posible.

Griselda Holst había llevado un impresionante pastel de carne. Steve no supo qué hacer con él, pero tampoco tuvo el valor de rechazarlo. Hasta que Pete se lo quitó de las manos, se quedó allí plantado, sujetando el pastel con torpeza.

—Lo siento muchísimo por todos ustedes —dijo Griselda, que le tocó el brazo fugazmente.

La mujer no dejaba de levantar la vista hacia él y de volver a bajarla, como si se sintiera culpable por el mero hecho de vivir en el lugar que le había costado la vida a Tyler.

—Gracias por venir, señora Holst —respondió Steve con frialdad.

—Rezo todas las noche por su otro hijo. —Echó un vistazo a su alrededor y continuó en voz baja—: No entiendo por qué Katherine habrá hecho algo así. Él sólo quería ayudarla, ¿verdad? Todos vimos que Tyler estaba de su lado.

Steve no supo qué decir. Hablar de bandos le parecía, como mínimo, absurdo.

—Gracias, señora Holst. ¿Cómo se encuentra Jaydon?

Una vez más, aquella mirada nerviosa, gacha.

—No muy bien. Pero se recuperará.

—Lamento lo que pasó. Quiero que sepa que yo estaba en contra…, en contra de cómo se gestionó todo el asunto.

—Es muy amable por su parte. Nunca le he guardado rencor.

«¿Guardado rencor?», quiso preguntar Steve, pero entonces entendió, y durante un instante brevísimo una certeza terrible le surcó la cabeza y le provocó un miedo agudo y paralizante…, pero desapareció con la misma rapidez con la que había llegado, como un maremoto que deja algo al descubierto en la costa y luego lo anega de nuevo. Steve trató de aferrarse a ello, pero se le escapó. Toda aquella gente. Todas aquellas palabras. ¿Cuánto dolor podía contener un hombre en su corazón? ¿Por qué no le encontraba sentido a nada? Justo en ese momento, su pena lo oprimió con más fuerza que nunca, y Steve habría dado cualquier cosa, literalmente cualquier cosa, por deshacerlo todo, por retroceder una semana y permanecer junto a su hijo durante esos últimos días para evitar lo que le había sucedido.

Y quizá todo podría haber acabado así: en aquel dolor intenso y personal que lisiaría la vida de su familia durante mucho tiempo, pero que con los años terminaría evolucionando hacia algo soportable, hasta transformarse por fin en un recuerdo. Y tal vez llegara un día en que, como familia, pudieran retomar la vida sin Tyler. Pero Griselda Holst tuvo que ser la primera en decir el nombre de la bruja en voz alta, así que Steve centró su dolor en Katherine van Wyler. Y sólo fue

capaz de pensar: ¿por qué? ¿Por qué iba a tener alguien tanta malicia y a hacer sufrir tanto a unos padres inocentes? Puede que la esposa del carnicero fuera un poco excéntrica, pero tenía razón: Tyler se había alineado en el bando de la bruja, maldita sea. Había querido protegerla de aquellos hijos de puta que habían puesto todo eso en marcha con su enfermiza conspiración para tirarle piedras. Tyler había querido ayudarla, ¿no podría haber mostrado ella algo de piedad? Al fin y al cabo, a Katherine la obligaron a matar a su propio hijo resucitado, así que ¿cómo pudo…?

Lo arrolló como un desprendimiento de tierra. Ante los ojos de Steve, la cafetería del pueblo comenzó a derrumbarse, y la gente vestida de negro se evaporó de su campo de visión. Como de lejos, oyó a Griselda Holst decir: «Él sólo quería ayudarla, ¿verdad? Todos vimos que Tyler estaba de su lado».

Pete VanderMeer, la noche en que habían informado a los Delarosa de la situación: «Estamos en octubre de 1664 cuando el hijo de Katherine muere de viruela a los nueve años de edad. Varios testigos aseguran que la han visto, vestida de luto, enterrando el cuerpo en el bosque. Pero unos cuantos días más tarde, la gente del pueblo ve al niño paseando por las calles de New Beeck como si Katherine lo hubiera resucitado de entre los muertos, tal como Jesús hizo con Lázaro».

«Él sólo quería ayudarla, ¿verdad?».

«Si resucitar a los muertos no es la prueba definitiva de que te estás metiendo en cosas en las que no deberías meterte, ya me dirás».

«Después de que la torturaran, confesó, pero todas lo hacían».

«Después de que la torturaran, confesó».

«Él sólo quería ayudarla, ¿verdad?».

«Resucitar a los muertos…».

Un escalofrío de comprensión primitiva le recorrió la columna vertebral a Steve, y a lo lejos oyó el ladrido de un perro, en aquella fría noche de noviembre de hacía tan sólo un mes y medio, un ladrido que se parecía muchísimo al de *Fletcher*.

VEINTISÉIS

Enterraron a Tyler el jueves por la mañana en el cementerio que había detrás de la iglesia de Santa María, el más grande de los dos de Black Spring. Hacía frío, y una luz tenue y opaca de diciembre recibió a los dolientes, que acudieron en masa. Dos personas que presenciaron sólo una parte de la ceremonia, cada una por sus propias razones, fueron Robert Grim y Griselda Holst.

Griselda se había sentado al fondo de la iglesia durante el servicio. Después subió a una loma situada al borde del cementerio, por detrás de la multitud de asistentes que se habían congregado en los senderos y entre las tumbas hasta llegar a la verja de hierro forjado, e incluso más allá. No se atrevía a mezclarse con ellos. Desde el juicio y la tortura de Jaydon, la habían convertido en una marginada. Los vecinos la evitaban como si fuera la peste. Black Spring no se había recuperado por completo del 15 de noviembre. Daba la impresión de que la gente ya no sabía cómo relacionarse, sin más. A muchos, los excesivos y espantosos acontecimientos del cruce les habían resultado tan horribles e inconsistentes con sus ideas morales que los habían borrado del todo de su memoria. En las calles, la gente intercambiaba saludos superficiales, y ni siquiera se mencionaba lo que había sucedido. Todos lucían la misma expresión avergonzada, porque todos cargaban con la culpa de aquella infamia.

Desde que había reabierto Griselda's Butchery & Delicacies a finales de noviembre, la gente del pueblo esquivaba la tienda. La clientela se había reducido a un goteo esporádico, demasiado escaso

para cubrir los gastos, así que Griselda había empezado a preocuparse por su futuro. Y lo más irónico era que entendía mejor que nunca cómo debía de sentirse la pobre Katherine: ella también era una marginada, un despojo de la sociedad. Griselda sentía en lo más profundo de su ser que las dos eran almas gemelas, pero desde que la habían expulsado del Consejo, ya no se atrevía a visitar a la bruja. Era una agonía, pero le daba un miedo atroz que la captaran las cámaras de seguridad. Y por encima de todo, le daba un miedo atroz la cólera de Katherine.

A Griselda le pareció que la madre de Tyler Grant, vestida con un abrigo negro, había envejecido seis años en seis días. Estaba apoyada en su padre, un afable forastero de más de setenta años, y no dejaba de mirar a su alrededor con creciente incredulidad, como para confirmar que era cierto que su hijo menor no estaba presente en el funeral de su hermano. Era una tragedia lo de aquel pobre crío postrado en el hospital de Newburgh. Se rumoreaba que había caído en una psicosis de la que nunca saldría. Steve Grant estaba de pie junto a su esposa, pero a Griselda no se le escapaba el detalle de que no la había tocado ni una sola vez durante todo el servicio. Parecía perdido y obsesionado, como un hombre que ya no era capaz de reconocer la realidad.

La familia Grant no era religiosa, pero debido al impacto de la muerte en la comunidad, el pastor había accedido a decir unas palabras… discretas, como siempre que había forasteros presentes. Griselda paseó la mirada por la multitud. Se sorprendió al ver a Colton Mathers escondido a la sombra del crucifijo que coronaba la verja de hierro. Tenía el rostro tan pétreo como el mármol pálido, y las manos, masculinas, crispadas y cubiertas de venas azules, bien hundidas en los bolsillos del abrigo. Griselda sintió un fogonazo de odio despiadado hacia el concejal, que la había dejado en la estacada, como todos los demás.

Era una paria. Ella, Griselda Holst, que se había encargado de todo el trabajo sucio en el asunto de Arthur Roth y cuya mediación con Katherine durante tantos años había impedido que sucediera algo como lo que acababa de suceder.

Griselda se llevó un pañuelo a la nariz y se sonó con estruendo mientras salía del cementerio hecha una furia.

Justo al cruzar la verja, todavía murmurando alguna blasfemia rabiosa, estuvo a punto de chocarse contra Robert Grim. No era de extrañar que no lo reconociera, porque Robert Grim no era más que la sombra del hombre que había sido una vez… hasta la noche del viernes anterior, para ser exactos. Iba envuelto en una parka, y en sus ojos no quedaba ni rastro de aquel brillo cínico. Tenía la cara contraída y, con dedos temblorosos, no paraba de incrustarse la colilla de un cigarrillo entre los labios, un vicio del que se había librado hacía veinte años, pero que había retomado el sábado por la mañana.

Fumaba sobre todo para borrar el hedor de su memoria.

Aquel hedor malvado y oscuro de la bruja.

Grim se lo había ocultado a sus colegas y se había forzado a cumplir con su trabajo, pero lo cierto era que había sufrido una crisis nerviosa. El ataque selectivo de Katherine había confirmado su premonición. La voz interior que le había advertido de la cercanía de la tormenta ahora era más profunda, no sólo ominosa, sino directamente obsesiva y malévola. Tenía la impresión de que los vecinos de Black Spring también lo sentían: miraban al cielo una y otra vez sin razón aparente, u oteaban más allá de las tumbas, deseando poder volver a su casa y encerrarse tras la engañosa seguridad de las puertas con cerrojo. Estaban enfermos de miedo, igual que Robert Grim. Si hubiera podido huir del pueblo, lo habría hecho. Pero no había forma de escapar de Black Spring. Además, se sentía responsable. Tal vez consiguiera mantenerse un paso por delante de ella.

Grim le dio la espalda a la ceremonia y observó los coches de los forasteros, que estaban aparcados creando una hilera interminable y melancólica desde la plaza del pueblo y a lo largo de Lower Reservoir Road hasta perderse montaña arriba. Tenía el móvil en la mano derecha y lo toqueteaba con nerviosismo, a la espera de malas noticias. Katherine estaba en el bosque, a menos de un kilómetro

hacia el oeste, y toda la plantilla del HEX estaba alerta, lista para intervenir si la situación lo requería. Los voluntarios habían ocupado sus puestos alrededor de todo el perímetro del cementerio, por si, en un exceso de mal gusto, la bruja decidía presentarse allí. Grim medio esperaba que ocurriera. «¿Y entonces qué? —pensó—. Si tiene pensado montar un numerito, bailaremos al son que ella marque, como putas marionetas».

Le dio un calambre en los dedos. Katherine lo había atacado justo cuando empezaba a cobrar conciencia de que todo aquello era parte de un plan preconcebido. ¿Sería una coincidencia?

«Venga ya».

Pero, si de verdad había calculado todo aquello, ¿qué significaba? Ah, ojalá pudiera ver lo que se escondía en ese círculo cada vez más estrecho de acontecimientos relacionados, en esa cadena que se había forjado eslabón a eslabón… y, por Dios, ojalá él fuera lo bastante fuerte para salirle al paso.

Un poco más abajo, Griselda Holst volvía hacia la tienda, encogida para protegerse del viento. Quería ver cómo se encontraba Jaydon. Doodletown lo había destrozado, y se había negado a asistir al funeral de su antiguo amigo.

Desde que lo habían soltado, hacía casi dos semanas, Griselda había empezado a sentir algo de miedo, no de Jaydon, sino de sí misma. Se recordó sentada en el sofá con su hijo la noche en que lo llevaron de vuelta a casa. El chico, que ahora se movía como un anciano frágil, se había acurrucado a su lado como un bebé, apoyándole la cabeza en el regazo, y se había quedado dormido casi de inmediato. Griselda le acarició el pelo, tarareando con suavidad. Fue un momento de gran confusión y conflicto interno para ella: mecía a su hijo con amor, algo que no había sido capaz de hacer desde la desaparición de Jim…, pero también era su hijo quien había apedreado a Katherine. A su Katherine. Así que, al mismo tiempo, lo odiaba.

Con cautela, le levantó el cuello de la camiseta. Jaydon no se

despertó. La mujer esbozó una mueca de dolor al ver la repugnante paleta de heridas mal curadas y piel machacada de su espalda. Durante aquel período de libertad condicional, los psiquiatras ayudarían a Jaydon a lidiar con los síntomas de su trauma, pero Griselda supo que aquellas cicatrices eran para siempre. Durante tres solitarias semanas había intentado, para bien o para mal, prepararse para la liberación del muchacho, pero aquella era una realidad que había obviado por completo: «Todo el mundo sabe que lleva estas cicatrices. Todo el mundo sabe lo que Jaydon ha hecho. Esta maldición permanecerá sobre él de por vida».

Griselda cogió su labor y entonó una nana lenta para su hijo, alternando entre el amor y el odio:

—«Las ruedas del autobús girando van, girando van, girando van…».

Pasó la aguja por la tela y cortó el hilo con un par de tijeras de costura. Cada vez que la mano le quedaba libre, le acariciaba el pelo a Jaydon.

—«El claxon del autobús hace pi pi pi, pi pi pi, pi pi pi…».

De repente Griselda dejó de coser y levantó la mirada, aturdida, con las tijeras de costura en una mano y acariciando distraídamente el cabello de Jaydon con la otra.

—«Los niños del autobús ríen ja ja ja, ja ja ja, ja ja ja…».

Amor y odio, amor y odio.

—«Las mamás del autobús… hacen…».

De repente, Griselda tuvo la idea de clavarle las tijeras de costura a Jaydon en la garganta, por debajo del balanceo rítmico de su nuez. Fue un pensamiento del todo racional, no nacido del odio, sino del amor.

Sería como acabar con su sufrimiento. Jaydon ya no tenía vida en aquel pueblo, y tampoco le quedaba alternativa. ¿No tenía Griselda derecho a darle sentido a la vida de su hijo dedicándole a Katherine el sacrificio supremo?

Griselda Holst, cuyo genio poético por lo general equivalía a apreciar las empalagosas tarjetas de Hallmark, en aquel momento pensó: «Mi sangre te tiró esas piedras terribles. Ahora yo te doy mi

sangre. Igual que una vez te obligaron a ti a matar tu sangre».

Con la respiración entrecortada, apretó la punta de las tijeras contra la piel pálida de la garganta de Jaydon.

La carne cedió con facilidad.

El chico no se movió.

En aquellos segundos cruciales, trató de imaginar cómo sería la vida sin Jaydon, una vida en la que ya no tendría que esconderlo como un secreto vergonzoso detrás de la carnicería, una vida sin sus rabietas y agresiones, sin que él frustrara sus esfuerzos por obtener el favor de Katherine…

Pero entonces Jaydon se movió en sueños; le puso una mano en el muslo… y ese gesto, el encantador gesto de un crío que buscaba por instinto el apoyo de su madre, hizo que recobrara la cordura con una sacudida. El corazón le latía de forma rápida y dolorosa en el pecho, y con una especie de gemido ahogado, lanzó las tijeras contra un rincón de la habitación. Griselda apretó los labios y luchó por recuperar el autocontrol.

—Tranquilo, pequeño —dijo, y empezó a acariciarlo de nuevo—. Tranquilo. Ahora estás a salvo con mami. Mami es lo único que tienes. Nadie va a volver a hacerte daño nunca más.

Y fue casi como si oyera la respuesta de Jaydon: «Haremos que todos paguen por lo que han hecho, mamá».

Ahora no era a Jaydon a quien estaban enterrando, sino a Tyler Grant. Era como si Katherine les hubiera enviado una señal de que los había perdonado. Y mientras Griselda Holst, con las mejillas irritadas por el frío, metía la llave en la cerradura de la carnicería, pensó: «Sí, hijo, te llevaré conmigo para que obtengas el favor de Katherine. Te mostraré el camino correcto. Somos nosotros y Katherine contra todos los demás».

La campanilla tintineó, y lo primero que la golpeó fue el hedor. Entre náuseas, retrocedió y se llevó la mano a la boca. Se agarró a la jamba de la puerta, cogió aire con dificultad y miró el expositor de la carne con incredulidad. Al principio no entendía lo que estaba viendo y se engañó pensando que alguien se había llevado toda la carne y la había sustituido por una manta extraña y polvorienta. Entonces vio

que todo estaba cubierto por una capa de moho gris azulado, como el tejido esponjoso de una herida infectada, opaco pero deslumbrante a la luz del fluorescente de la vitrina. Toda la carne, de izquierda a derecha, estaba podrida y salpicada de huevos de mosca, como si hubiera pasado fuera varias semanas en lugar de poco más de cuarenta minutos. La carne picada estaba atiborrada de gusanos pálidos. Los solomillos estaban descoloridos como pulmones tuberculosos. Las albóndigas que había amasado aquella mañana apestaban como si llevaran pudriéndose en su salsa desde octubre. Una espesa mugre amarillenta, infestada de bichos, cubría el estofado.

«Es un presagio —pensó Griselda con horror y temor—. Santo cielo, ¿qué demonios está pasando?».

Fuera, las campanas fúnebres empezaron a repicar, y Griselda se contrajo con un grito, y quince kilómetros hacia el norte los ojos ciegos de Matt se abrieron de repente bajo los vendajes. Y cuando la enfermera llegó corriendo hasta él para ver qué pasaba, el chico gritó:

—¡No lo hagas! ¡No lo hagas! ¡No le dejéis cortarle los puntos! ¡Mamá! ¡Papá! ¡No le dejéis abrirle los ojos!

VEINTISIETE

Después del funeral, Jocelyn dijo que quería irse con su padre al St. Luke's para estar con Matt. Al día siguiente, se cumpliría su primera semana en Newburgh. Cuando por fin todos se marcharon a casa aquella tarde —los pésames parecían no terminar nunca—, Jocelyn le dijo a Steve que, si al cabo de otra semana no se había producido ninguna mejoría, tendrían que buscar una manera de llevarse a Matt de vuelta a Black Spring… antes de que la presa de la bruja sobre su hijo menor adquiriera demasiado poder.

Steve asintió con aire distraído y le comentó que todavía le quedaban unos cuantos cabos por atar con el director de la funeraria, pero que iría a Newburgh más tarde. Mientras tanto, pensó: «Ahí está otra vez. Tu hijo menor. Ahora es tu único hijo, no lo olvides».

Todavía con el traje negro, pero con el botón del cuello desabrochado y la corbata aflojada, se dirigió hacia el fondo del jardín trasero, donde estaba la tumba de *Fletcher*. La verdadera razón por la que no había querido ir al hospital era quedarse a solas con su pena. Una parte muy insistente de su cerebro se negaba a aceptar que sólo le quedaba un hijo, se negaba a dejar marchar a Tyler. No se rendía nunca; no paraba de atacarlo. La presencia de tantas caras conocidas en el funeral lo había obligado, en cierto modo, a apartarse de su desesperación, pero después había vuelto con toda su intensidad. Intentaba tergiversar la realidad, y volvía a instalarse en su alma cada vez que se enfrentaba a los hechos. Causaba un cortocircuito que lo hacía alejarse no sólo de su familia, sino también de sí mismo. A pesar

de su sufrimiento, se daba cuenta de que al aislarse estaba metiéndose en un juego peligroso. El martes, tras el cierre del ataúd, se había planteado durante un instante —y en plena posesión de sus capacidades mentales— el suicidio como conclusión lógica a su dolor. Le había parecido una estupidez, un acto de autocompasión absoluta.

Steve Grant no creía en la vida después de la muerte, y eso no le devolvería a Tyler.

Hacía frío. La luz del bosque tenía un tono hostil. Hacía años, antes de que construyeran el corral para los caballos, el pequeño Tyler se pasaba verano tras verano dando volteretas en la cama elástica que tenían allí con indiferencia perezosa y fe ciega, como si el futuro no existiera. Steve recordaba que a Jocelyn le daba un poco de miedo el abismo oscuro que había debajo de la colchoneta. Algún día se rompería uno de los muelles y Tyler terminaría con una pierna torcida atrapada en aquel agujero sombrío. Con el tiempo quitaron la cama elástica, pero el agujero se quedó: el agujero era la muerte, y al final lo había atrapado. Ahora ya estaba en aquel agujero, a kilómetro y medio de distancia, en el cementerio de Santa María, en un agujero en la oscuridad, y ahí se quedaría.

Steve se arrodilló junto al túmulo de *Fletcher* y la lápida que Matt había improvisado con un trozo de madera, y susurró:

—Eh, muchacho. Cuida bien de Tyler, ¿vale? Sé que habrías dado tu vida por él. Yo también lo habría hecho.

De repente, oyó la voz de Tyler: «*Fletcher* está muerto, Matt. ¿Lo habías oído aullar así alguna vez?».

«No, pero tampoco había estado muerto nunca».

Steve sintió que un escalofrío le recorría todo el cuerpo. En aquel momento se había tomado el comentario como una tontería, pero también era cierto, ¿no? En efecto, *Fletcher* estaba muerto…, aunque aquella noche, cuando lo oyeron aullar en el bosque, no lo estaba. Aquella noche, Katherine lo había devuelto a la vida.

«No. Nosotros no pensamos ese tipo de cosas».

Se estremeció y pensó: «Luego dejé de creer en las brujas, así que lo hacía como ejercicio para mejorar el equilibrio».

Alguien carraspeó, y Steve levantó la vista sobresaltado. Era

Lawrence. Tenía un aspecto triste y cansado con aquel traje de luto.

—Lo siento. No quería asustarlo.

—Tranquilo, Lawrence. ¿Estás bien?

El chico se encogió de hombros, como si el hecho de que él estuviera bien o mal fuera irrelevante.

—Quería darle las gracias por lo que hizo. Por no delatarnos, quiero decir. A Tyler y a mí.

—No pasa nada.

Lawrence se acercó y se quedó de pie a su lado, junto a la tumba.

—Adoraba a *Fletcher*, ya lo sabe. Quizá… si Jaydon no le hubiera azuzado al dichoso perro… puede que nada de esto hubiera sucedido. No se lo merecía, ¿sabe?

Se le rompió la voz y las lágrimas comenzaron a rodarle por las mejillas. Steve sintió que algo le estallaba en la garganta.

«No, Tyler no se lo merecía, Tyler no. No permitas que se te olvide, porque nunca te perdonarás si lo haces. Si hay dolor, atesóralo; si hay una llama, no la apagues. Deja que arda, mantenla viva. Sí, mantén vivo a Tyler…».

«Uf, joder». Era demasiado. Aquel dolor era demasiado grande; no era capaz de soportarlo. Todas y cada una de las células de su cuerpo se desgañitaban llamando a Tyler, lo añoraban con una intensidad desbordante; quería abrazarlo, decirle que lo quería. No habría ningún logro periodístico para Tyler, ninguna novia guapa de la ciudad; había muerto en una soga con la conciencia intacta, percatándose a la perfección de lo que estaba sucediendo mientras el mundo seguía girando.

Con todo el control del que fue capaz, Steve le dijo:

—Creo que deberías irte a casa, Lawrence.

El chico se enjugó las lágrimas.

—Tengo que decirle algo. Si no lo hago ahora, no lo haré jamás. Es sobre Tyler.

Steve cerró los ojos con fuerza y, tembloroso, se llenó los pulmones de aire. El chaval de la casa contigua tenía la sensación de que le debía algo, y ahora, en el momento más aciago de su pena, había ido a liberarse de aquella carga. Steve comprendió que tendría

que pasar el mal trago hasta el final.

—¿De qué se trata? —preguntó aturdido.

—Tyler nunca habría hecho algo así por voluntad propia. Debió de oírla susurrar. Es imposible que sucediera de otra forma. Pero Tyler nunca se portó mal con ella. Los otros sí, pero Tyler no. Siempre la defendía. Por eso al principio no entendí por qué Katherine había querido vengarse de él, o lo que fuera que hiciese. Y entonces supe que no había sido ella.

Silencio, el transcurso del tiempo.

—¿Qué quieres decir?

—Grabamos sus susurros. Hicimos que un chico del Highland Falls los escuchara, para demostrar que no le harían daño. Supuse que Tyler habría borrado la grabación cuando mi padre y usted fueron al HEX. Pero, verá…, lo grabamos con el teléfono de Jaydon. Vi a Jaydon borrarlo, pero ¿y si sólo lo fingió? Pensé: no, ya pillaron a ese cabrón, ¿verdad? Han debido de borrar todo lo que tuviera en el teléfono. Pero se trataba de un archivo de audio. Y eso me asustó. Es decir, ¿por qué iban a borrarle la música? —Steve entendió adónde quería llegar Lawrence antes incluso de que el muchacho lo dijera—. ¿Y si Jaydon todavía tiene esa grabación?

«Nunca le he guardado rencor», oyó decir a Griselda Holst. No, puede que ella no. Pero él *sí* se lo guardaba. Con un destello de horror, todas las piezas encajaron en su lugar. La boca pareció abrírsele por sí misma, y de repente pensó en lo que se le había pasado por la cabeza aquella noche a la orilla del Hudson, cuando limpiaron el MacBook de Tyler: que a lo mejor no le estaba haciendo ningún favor a su hijo librándolo de aquello.

Lawrence acababa de darle las gracias por lo que había hecho, pero si lo que sugería era cierto, entonces Steve, a pesar de sus buenas intenciones, era responsable de la muerte de su hijo.

Apretó los puños sin control, y durante un momento el jardín de atrás flotó peligrosamente ante sus ojos, como si estuviera a punto de desmayarse. La cabeza le latía al mismo ritmo que el corazón mientras se le vaciaba de sangre. A lo lejos, oyó la voz de Lawrence:

—A lo mejor encuentra algo en su portátil. Sé que escribía

mucho en su blog sobre lo que estaba haciendo, incluso aunque no lo publicara. Quizá escribiera algo… durante los últimos días.

Steve se oyó decir:

—No sé su contraseña.

—Ya, pero yo sí.

—¿Cuál es?

—Su cumpleaños, el día en que usted nació.

Llegó hasta la taza del inodoro justo a tiempo, y vomitó el medio bollo con pasas y el trago de café insípido de aquella mañana en un chorro desagradable. Se dejó caer de rodillas, se aferró a la taza con los dedos, y allí se quedó, con los ojos cerrados y la cabeza pesada a causa del cansancio físico y el colapso mental hasta que las náuseas desaparecieron. La mayor parte de lo que había expulsado era bilis; llevaba días sin apenas poder ingerir nada. Cuando se sintió capaz, tiró de la cadena y se levantó para acercarse al lavabo. Se enjuagó la boca y se lavó la cara. Luego se miró al espejo para analizar los daños.

Se quedó paralizado de golpe. Al otro lado de la ventana del baño había un búho leonado. El ave tenía un ratón de campo atrapado en el pico pequeño y curvo. Estaba desgarrado de cualquier manera, y una hebra de intestinos colgaba de su cuerpecito mutilado. El búho continuó mirándolo con frialdad, sin apartar los ojos de luna llena y de un dorado amarronado, hasta que Steve le dio un golpe fuerte e inesperado a la ventana.

Con dos sacudidas rápidas, el búho echó la cabeza hacia atrás y se tragó a su presa entera. Luego agitó las alas y desapareció al instante.

Superado por el ansia de mantener a su hijo con vida, Steve subió las escaleras dando tumbos para descubrir los últimos datos sobre su muerte.

El dormitorio de Tyler no había cambiado. Desde el viernes pasado, Steve sólo había vuelto a entrar allí para sacar del armario la ropa con la que lo habían enterrado. Enseguida se dio cuenta de lo asombrosamente estancado que estaba el aire, de la intensidad con

que el olor de Tyler continuaba flotando en el ambiente. Las mantas estaban desordenadas, la silla del chico apartada del escritorio. Sobre este último descansaba su MacBook, a la espera desde que Tyler había cerrado la tapa el viernes para ir al establo a por la cuerda. Steve trató de imaginar cómo había vivido su hijo aquellos últimos momentos, pero fue incapaz de hacerlo, porque había algo más, algo mucho más alarmante. Toda la habitación parecía estar cargada, como a la expectativa de algo…, como si Tyler fuera a entrar en cualquier momento y a retomar su vida justo donde la había dejado, como si no hubiera cambiado nada.

«Unos cuantos días más tarde, la gente del pueblo ve al niño paseando por las calles de New Beeck».

Con el corazón roto, Steve se sentó al escritorio de Tyler y abrió el MacBook. Por descontado, ya sabía que la contraseña no funcionaría. Le habían entregado el portátil al chaval sólo nueve días antes de su muerte, como regalo de Navidad anticipado, porque lo más probable era que el antiguo estuviera infectado con *spyware*. Pues claro que le habría puesto una contraseña distinta. Aun así, Steve lo intentó con su cumpleaños… y la pantalla de inicio de Tyler apareció de inmediato.

Durante un momento se sintió incómodo…, como un intruso, como si su hijo se asomara a la pantalla por encima de su hombro. De repente oyó la voz de Tyler con total claridad en su cabeza: «Se suponía que ibas a ayudarme, papá». Steve vio la cara de su hijo ante él, pero tenía un aspecto muy distinto al que recordaba. No era del todo capaz de señalar por qué…, pero la muerte lo había cambiado. «Se suponía que ibas a ayudarme —repitió con la voz triste y cargada de reproche—. No debía pasarme nada, y ahora estoy muerto. ¿Cómo has podido permitir que ocurra algo así?».

Era demasiado fácil echarle toda la culpa a Jaydon Holst. Pero ¿cuánta fuerza tenían las semillas de odio que Steve había sembrado en el corazón de un chico al que habían torturado delante de todo el pueblo hasta casi matarlo? Y todo porque él había intentado proteger a su hijo. ¡Cómo podía haber sido tan estúpido!

Pero no era estupidez, Steve lo sabía. Lo había hecho por amor.

Aunque ¿no eran casi lo mismo?

«Lo siento mucho, Tyler. Lo siento muchísimo…».

Cada vez más perdido en aquella destructiva red de culpa, Steve buscó en el ordenador de su hijo. Sus esperanzas no tardaron en disminuir: todavía no había casi nada allí dentro. Abrió los documentos de Word y revisó el historial del navegador. Reprodujo los últimos videoblogs del canal de Tyler en YouTube y lloró cuando vio a su hijo, TylerFlow95, tan vivo y alegre como antes. La tarjeta de memoria de la GoPro estaba vacía, salvo por unas cuantas fotos antiguas.

Ya con pocas ilusiones, al final Steve comenzó a echarles un vistazo a los archivos MP4 del disco duro externo de Tyler. A la mitad de uno de los vídeos, encontró algo a lo que al principio apenas prestó atención…, pero que pronto le sacudió hasta lo más profundo de su ser.

Es un vídeo. Claro que es un vídeo, porque así es como Tyler cuenta su historia. Primero Steve no entiende qué es lo que está viendo, porque sólo atisba una oscuridad verdinegra, y lo único que oye son tropiezos y susurros. Pero entonces alguien grita el nombre de *Fletcher*, y es como si la temperatura de la habitación de su hijo bajara diez grados. Son Lawrence y Tyler, están en el bosque, la noche es de un negro subterráneo, y Steve de repente sabe qué es lo que se mueve furtivamente a su alrededor entre las tinieblas.

«Ese no es *Fletcher* —susurra Lawrence—, es un ciervo, o un zorro, o un puto mapache; podría ser cualquier cosa. Quiero largarme de aquí». Mientras Steve continúa con la mirada clavada en las vagas imágenes, una sensación de horror lo rodea como un enjambre de insectos y hace que se le erice el vello de la nuca. «Madre mía, joder, es él», gime Lawrence, y Tyler grita: «¡*Fletcher*!».

Cada vez más conmocionado, apenas conectado al aquí y al ahora, Steve se aferra a las voces del pasado. Lo único que acierta a ver es el haz de luz de la linterna de Tyler, que roza las formas de los troncos de los árboles. De lo que no se da cuenta es de que su cordura

se balancea como un equilibrista sobre un peligroso mar de locura y de que su racionalidad se está disolviendo, justo cuando un pensamiento ominoso emerge del más allá y se desliza con sigilo por su mente: «Roe, roe como un ratón, mañana todos morirán».

«Dicen que Katherine levantó a su hijo de entre los muertos, ¿verdad? ¿No es esa la razón por la que la colgaron? ¿Tú te lo crees? ¿Crees que es capaz de resucitar a los muertos?».

«¡Dios! —Los pensamientos de Steve levantan el vuelo con un alarido—. ¡Joder! ¡Él mismo lo dice! ¡Lo dice el propio Tyler! ¿Qué sentido tiene negarlo, pedazo de cobarde? Si Katherine pudo resucitar a su hijo…, ¿no puede hacer volver también a Tyler?».

«No lo sé —dice Lawrence—. Pero no creo que ese sea *Fletcher*, tío. Si es *Fletcher*, ¿por qué no viene?».

Ahora que por fin ha salido a la luz —la idea que llevaba macerándose sin pausa en lo más profundo de su mente desde el velatorio del martes—, Steve ve el resto del vídeo como si de un sueño se tratara. Se agarra al borde del escritorio con tanta fuerza que se le aclaran los nudillos. Es pura locura, es una sandez contraria a la academia, pero sus días de académico han acabado para siempre. La llama agonizante con la que mantenía vivo a Tyler se anima de pronto, como una abrasadora chispa de esperanza.

Un grito surge de los altavoces integrados del MacBook y la imagen empieza a temblar. Bajan la montaña corriendo, presas del pánico. En una horripilante escena de huida, se alternan los destellos de luz y oscuridad. Y es en algún momento de esa fuga a través de la oscuridad cuando la cámara da un bandazo hacia atrás y captura unos cuantos fotogramas de algo que aniquila por completo la noción de normalidad de Steve. Steve no tiene forma de saber que está viendo los mismos fotogramas que habitaron las pesadillas de su hijo durante su último mes de vida. Tampoco sabe que, al otro lado de la ventana por la que el asesino de su hijo entró aquella fatídica noche para hacerle escuchar el susurro de Katherine, tres búhos se han posado en una rama y están observando la habitación. Lo único que Steve es capaz de pensar es: «Así que es verdad. Cielo santo, es verdad».

¿Es un perro? Siendo sincero, Steve no pondría la mano en el

fuego por ello, ni siquiera tras detener la imagen. Pero sí es cierto que se parece sospechosamente a una especie de silueta animal. Una silueta de animal achaparrado. En blanco y negro. Algo destella. Quizá sea un ojo o un diente brillante. La hebilla del collar de un perro, tal vez. Si alguien está dispuesto a creerse que esa imagen de un vídeo vago y borroso es un perro, entonces es un perro.

Y él está dispuesto… Si eso puede devolverle a Tyler, está más que dispuesto.

Entonces uno de los búhos se estampa contra la ventana y Steve se levanta gritando.

Las esquirlas de cristal se esparcieron por todo el escritorio, y las cortinas finas se hincharon con una ráfaga de aire helado de diciembre. Entre los fragmentos dentados de vidrio yacía el búho, batiendo el ala rota sin dejar de ulular e intentando levantar la cabeza, mirando a Steve con malicia. De repente, en una reacción de sorpresa retardada, Steve abrió los ojos como platos. Se había percatado de la presencia de los otros búhos. Ya no eran tres, sino ocho o nueve. El espectáculo era tan antinatural que tardó un segundo en asimilar la verdad: «Es ella».

Algo le estaba bloqueando la tráquea.

Steve se llevó las manos a la garganta y trató de respirar, pero no logró que el aire le llegara a los pulmones. Los únicos sonidos que conseguía emitir eran unos chillidos apagados. Empezó a tener sudores fríos. Retrocedió de espaldas hacia el pasillo, dando tumbos; chocó contra la puerta, se dio la vuelta y se tapó la boca con las manos en un esfuerzo por combatir la hiperventilación.

De repente, el sonido del revoloteo llenó la casa. Estaba por todas partes. Un aleteo poderoso y maligno, como si bandadas enteras de búhos se precipitaran contra el tejado. Luego un fuerte crujido y, por encima de su cabeza, el golpeteo irregular de algo que se desploma. Steve quiso gritar, pero no pudo; era incapaz de respirar. La cara se le puso muy roja y se le llenaron los ojos de lágrimas.

Se las ingenió para bajar la mitad de las escaleras, pero luego

comenzó a resbalar y rebotó de forma aparatosa contra los últimos escalones antes de caer de cabeza al suelo. Aunque pudo amortiguar la caída, los codos le cedieron y uno de sus pómulos se estrelló contra las baldosas frías. Un dolor agudo le atravesó la mandíbula, seguido de una oleada de náuseas que hizo que se le retorciera todo el cuerpo. Empapado de sudor, de pronto se dio cuenta de que no estaba hiperventilando…, de verdad tenía algo en la garganta que le obturaba la tráquea.

«Me estoy asfixiando…».

Mientras cruzaba a rastras el umbral de la puerta hacia el comedor, el estómago se le puso del revés y el esófago comenzó a contraérsele sin control. Empezó a sufrir convulsiones. Steve se sentía como si estuviera girando sobre sí mismo, haciendo volteretas. Lo que fuera que le estuviera bloqueando la tráquea salió junto con varios eructos apestosos, ácido estomacal estancado y la horrible sensación de que tenía la boca llena de pelos. Sintió otra punzada de dolor, esta vez insoportable, y vomitó hebras viscosas de bilis y una maraña de pelo sin digerir con forma de tapón y del tamaño de una ciruela. Rodó sobre su lengua y cayó al suelo con un plof húmedo. Por fin, el oxígeno le invadió la tráquea.

Con el corazón muy acelerado, se irguió sobre una rodilla ante la cosa que había regurgitado. Steve llevaba dieciocho años viviendo al borde del bosque de Black Rock, así que sabía de sobra lo que era: una egagrópila de búho. Aunque…

Aunque los pelos no eran grises, como la piel de un ratón de campo, sino rubios.

Pelo color paja, desgreñado y del mismo grosor que el de Tyler.

«Si vomitas los restos de tu hijo —pensó de una manera tan consciente que hizo que le entrara la risa— es un indicio claro de que debes de estar perdiendo la cabeza». Su risa se convirtió en una carcajada aguda y hueca que reverberó por la casa vacía, estridente y enajenada.

Muy lejos, como en un sueño, la voz de Pete VanderMeer se repetía en su mente como un mantra: «Luego dejé de creer en las brujas, así que lo hacía como ejercicio para mejorar el equilibrio».

—Por favor —susurró Steve con una voz que apenas era la suya —. Devuélveme a mi Tyler. Devuélveme a mi Tyler y haré lo que sea por ti.

Levantó la mirada, directamente hacia los harapos manchados de barro de Katherine van Wyler.

VEINTIOCHO

Steve echó las cortinas y salió como pudo del Limbo de Jocelyn. Se dio un golpe en el muslo con el brazo del sofá, y cuando llegó al centro de la habitación se chocó contra la mesita de café. Le temblaba todo el cuerpo. Fuera, el viento aullaba alrededor de la casa. La calle estaba vacía…, no había nadie que hubiera visto a Steve asomarse por la ventana en ese momento crítico. Era como si las estrellas se hubieran alineado a favor de la ejecución de algún destino oscuro.

Katherine van Wyler estaba de pie junto a la mesa del comedor, una silueta demacrada y gacha, como si tuviera la columna vertebral horriblemente deformada. La acompañaba un olor asqueroso, rastrero, a edad y corrupción. La podredumbre le había arrebatado la dignidad a su rostro, pero daba la sensación de que, bajo aquella capa de mugre con surcos, había algo a la espera. La bruja seguía hasta el último de los movimientos de Steve. Tras los párpados cosidos, no le quitaba ojo, y él sentía su mirada en todas y cada una de las células de su cuerpo. Se preguntó si se encontraría bajo algún tipo de hechizo o hipnosis que dominaba su voluntad, pero no advertía ningún síntoma de estarlo. Si así lo decidía, podría huir de la casa en ese mismo momento, subirse en el coche y conducir hasta Newburgh para estar con Jocelyn y Matt. De hecho, lo pensó durante un breve instante: las llaves del coche que llevaba en el bolsillo le parecieron una salida tentadora.

Pero Steve ya sabía entonces que lo que le impulsaba no era la hipnosis, sino algo mucho más peligroso: el amor. Estaba obedeciendo

a su corazón, que sangraba de añoranza por su hijo.

Las puertas francesas estaban abiertas, se detuvo en el umbral y el abrumador tufo a muerte le provocó arcadas. Katherine asintió. Fue un movimiento forzado, animal, apenas humano. Por fin la bruja había llegado a casa de Steve… Era como si, desde que había encontrado a Tyler muerto el viernes anterior, una parte de él hubiera sabido que aquello iba a suceder. La compulsión de acercarse a ella era poderosa, pero también lo era el miedo, que rezumaba indecisión por las cámaras de su corazón. «Dios mío, ¿qué te estás planteando, Steve? ¿De verdad quieres seguir adelante con esto?».

Sí, pensó, seguiría adelante con todo aquello… porque Katherine lo estaba acogiendo. No estaba susurrando. Se limitó a señalar con la cabeza el cabello humano que formaba la egagrópila de búho. Y cuando la bruja se dio la vuelta y cruzó a la cocina, él la siguió con sumisión.

Los pies descalzos de la bruja dejaban huellas de barro en los azulejos, y Steve pensó: «Si se los examinaran en un laboratorio, encontrarían sedimentos y bacterias que llevan más de trescientos años sin verse por esta zona».

Cuando Katherine llegó a la puerta de la cocina, se detuvo y lo miró. Claro…, esperaba que se la abriera él. Las cadenas de hierro que le abrazaban el cuerpo le impedían hacerlo por sí misma. Pero acercarse tanto a su presencia inhumana hizo que Steve se mareara, que se sintiera como al borde de un abismo…, un abismo hacia el que ella lo tentaba de manera seductora. Sin ni siquiera respirar, Steve se pegó a la jamba de la puerta, estiró la mano por detrás de ella y ante el cristal helado, volteó la llave en la cerradura y giró el pomo. La puerta se entreabrió y él la empujó con suavidad. Con el corazón desbocado, retiró el brazo…

… y le rozó la mano.

«¡Ay, Dios! ¡La he tocado! ¡La he tocado, joder!».

Se sintió como si fuera a perder la cabeza…, pero no pasó nada, así que se calmó un poco. La bruja salió con calma hacia el jardín, y Steve la siguió. El viento frío hizo ondear el dobladillo del vestido de Katherine.

Mientras cruzaban el césped, Steve no miró a su alrededor para ver si alguien los estaba observando. Sabía que caminaban a plena vista de las ventanas del piso superior de los VanderMeer, pero confió en que sus vecinos no se asomaran. Las circunstancias estaban embrujadas, por así decirlo.

Cuando habían recorrido la mitad del camino hacia el establo, Steve se detuvo de golpe. La parte de su mente delirante que aún se daba cuenta del rumbo que estaba tomando, y de adónde lo llevaba, trató de apartarlo de allí enfrentándolo a un horror que superaba con mucho su capacidad de aguante físico. Sintió que algo estallaba tras sus globos oculares. Los músculos se le tensaron. Se le puso todo el vello de punta y se llevó los puños apretados a la boca. Todo lo que había temido durante los últimos dieciocho años se manifestaba ahora en un clímax de terror absoluto. Apenas fue capaz de contener un grito.

«¡Date la vuelta! ¡Date la vuelta! ¡Todavía puedes echarte atrás! ¿En serio piensas que de esto puede salir algo bueno? ¿Que les importarás lo más mínimo a las fuerzas que despiertes, sean cuales sean? ¡Esto es una locura!».

«No es una locura —pensó—. Es amor». Katherine le había enseñado lo que era el verdadero sufrimiento indecible. Sólo si hemos sufrido podemos tomar decisiones por amor.

La pregunta era: ¿creía que Katherine era capaz de resucitar a Tyler de entre los muertos? Steve no tenía nada que justificara esa esperanza, aparte de una leyenda de trescientos cincuenta años de antigüedad que había cobrado vida gracias al extravagante estilo narrativo de Pete VanderMeer y a una vaga mancha en blanco y negro en la pantalla de un MacBook. Desafiaba cualquier lógica; era del todo inverosímil.

Y aun así… Todos los indicios señalaban en esa dirección. Tyler lo había dicho en voz alta cuando Lawrence y él estaban en el bosque huyendo de algo que tal vez fuera *Fletcher*.

Le había parecido un mensaje.

«Ayúdame, papá».

De repente, sintió rabia hacia el último resquicio de sentido

común que intentaba apartarlo de su objetivo recurriendo a la razón. Aunque existiera sólo una maldita posibilidad entre un millón, lo intentaría.

Katherine había entrado en el establo y él corrió tras ella. Incluso antes de entrar, ya oyó a los caballos desquiciados. *Paladín* coceó la inmensa puerta de madera de su compartimento y estuvo a punto de sacarla de los goznes. *Nuala* resoplaba y relinchaba como si tuviera la rabia o estuviera poseída. Después de que los animales se escaparan a principios de noviembre, Jocelyn había hecho instalar cerrojos nuevos. Steve esperaba que pudieran resistir el embate de tal fuerza sobrehumana. Intentó tranquilizar a los animales, pero *Paladín* se encabritó, con los ojos en blanco, y desconchó las paredes con sus cascos poderosos, así que Steve retrocedió asustado. «Acaba de una vez y lárgate de aquí antes de que los vecinos se enteren».

Katherine lo estaba esperando pacientemente en el banco de trabajo situado al final del establo, sin prestar ninguna atención a los caballos. Cuando Steve se acercó a ella, la bruja tensó las cadenas apartando los brazos de su cuerpo todo lo que pudo. Luego señaló el polvoriento banco de trabajo con la cabeza. Al principio Steve no entendió qué quería decirle. En el banco de trabajo vio el cubo de alimentar a los caballos y la sierra de vaivén, y debajo de él la caja de herramientas de metal…

Junto a la caja de herramientas había un cortapernos de tamaño mediano.

«¿De verdad estás dispuesto a arriesgar todo lo que tienes? —suplicaron los últimos restos huidizos del cerebro racional de Steve—. Estás poniendo en peligro la vida de todo el mundo; no sólo la de la gente de Black Spring, sino también la de tu familia. La de tu esposa, la de tu otro hijo, la tuya propia…, ¿y por qué? Por una mera mancha en una pantalla. Eso no es amor, es egoísmo. ¡Piensa en Matt; piensa en Jocelyn! ¡Están vivos!».

Pero entonces oyó la voz de Tyler: «Si tuvieras que dejar morir a alguien, oh, *mio padre*, ¿a quién sería, a tu hijo o al resto de nuestro pueblo?».

Y con un salvajismo repentino y frío pensó en lo que le había

dicho Matt tras ofrecer su banderín deportivo en la Quema de la Mujer de Mimbre el día de Todos los Santos: «Además, si sacrificas algo que no es importante para ti, ¿qué sentido tiene?».

Algo hizo un clic audible en su cabeza: el colapso de la poca resistencia que le quedaba. El resto de su vida —todo menos sus reflejos más básicos— se agarrotó y se retiró a los rincones más profundos de su memoria.

Steve cogió el cortapernos y sintió el peso frío en las manos. En una imagen confusa que ya apenas significaba nada para él, se vio rompiendo el candado de la cadena de la bicicleta de Tyler la primavera anterior: una de aquellas ocasiones en las que Tyler había perdido las llaves. Las cuchillas estaban fabricadas para cortar acero inoxidable moderno, y Steve dio por hecho que el hierro quebradizo del siglo XVII, corroído por los elementos, no presentaría ningún problema.

Una vez más, Katherine trató de estirar los brazos.

Con las manos temblorosas, Steve colocó las cuchillas en torno a uno de los eslabones de la cadena. A lo lejos, sin reconocerlo como el grito de sus propios pensamientos, oyó un angustioso alarido de locura: «¿Qué estoy haciendo joder qué estoy haciendo qué estoy haciendo qué estoy haciendo qué estoy haciendo?».

Y entonces los mangos se cerraron.

Con un ¡ZINNNNG! estruendoso, la cadena se abrió y los dos extremos liberados golpearon el suelo del establo.

La gente de todos los rincones de Black Spring levantó la vista de lo que estaba haciendo, como si hubiera oído truenos lejanos en el cielo. Todo el mundo dejó de trabajar de repente, paró de cocinar o de lavar los platos, y experimentó una oleada colectiva de alarma que les caló hasta la médula de los huesos. Nadie pudo identificarlo, pero todos sintieron de manera instintiva que algo, algo iba terriblemente mal.

Tuvo que cortar el hierro en tres lugares más; sólo entonces consiguió Steve desenrollar las cadenas del cuerpo macilento de la bruja.

Cuando terminó, Katherine se llevó las manos muertas a la cara

ciega, despacio. Luego le hizo una seña a Steve para que la siguiera.

Lo llevó de vuelta a la casa. Detrás de ellos, los caballos, ya enloquecidos de miedo, arremetieron contra las puertas del establo, pero Steve no los oyó. Tampoco vio su propio reflejo cuando pasaron ante el espejo del comedor como un par de fantasmas, uno detrás del otro. Y menos mal, porque si se hubiera visto la cara, lo más probable es que hubiera empezado a gritar. Era la cara de un anciano decrépito, con los ojos y la boca tan crispados que parecía que no volverían a cerrarse.

Arriba, en el dormitorio, dio con las tijeras de manicura de Jocelyn y un par de pinzas de depilar.

Katherine lo esperó abajo, con toda la paciencia del mundo.

Cuando Steve volvió a situarse frente a ella, la bruja se señaló la boca.

El hombre intentó hablar, pero se le quebró la voz y apenas consiguió emitir algún sonido. Se aclaró la garganta y lo intentó una vez más:

—Devuélveme a mi Tyler.

La bruja se señaló la boca.

—Por favor. Resucítalo, como hiciste con tu propio hijo.

El dedo: esquelético, imperioso, inmutable.

Steve obedeció la orden.

Con los dedos temblorosos, cortó uno por uno los puntos de sutura que le mantenían los labios sellados.

Con las pinzas, le extrajo los hilos de la carne muerta.

Cuando dio un paso atrás, la boca mutilada se abrió con un ruido blando. Katherine se estremeció y dejó escapar un suspiro áspero y rasposo. De nuevo, una sacudida se apoderó de los vecinos de Black Spring, aún más grave esta vez. Abrieron los ojos como platos, se alzaron gritos en las calles, la gente intercambió miradas febriles y pensó: «Por el amor de Dios…, ¿qué está pasando?».

Ajeno a las escenas del exterior, Steve comenzó con los puntos de sutura del ojo izquierdo.

Las hebras fueron cayendo al suelo una por una.

La piel descamada, azulada e inflamada del párpado tembló.

Cuando terminó, Steve se volvió hacia el ojo derecho.

Y cuando terminó también con él, la bruja le dio la espalda tapándose los ojos con la mano, en un intento por proteger de sí misma a su libertador. La cara se le deformó como si estuviese sufriendo un dolor insoportable, y el cuerpo se le dobló hacia delante de forma antinatural. Con el brazo libre, le hizo un gesto a Steve para indicarle que se fuera lejos, lejos, lejos de allí.

Justo en ese momento, un nuevo temblor resonó a través de Black Spring, pero esta vez no sacudió a los vecinos desde dentro: esta vez parecía proceder de la tierra misma. Durante un momento, todo pareció oscurecerse ante sus ojos. Las calles se llenaron de un ruido muy real, un ruido grave, como si algo gigantesco se hubiera dado la vuelta en la oscuridad abovedada de debajo de la ciudad y hubiera hecho vibrar el asfalto y el bosque. Las campanas de la Iglesia de la Meta de Cristal tañeron un himno profundo y sonoro. En Ackerman's Corner, las ovejas de John Blanchard se escaparon y echaron a correr. Jaydon Holst, perdido en una pesadilla febril sobre un verdugo sin rostro que no paraba de mutilar una y otra vez su cuerpo torturado, gimió inquieto entre sueños. En el centro de control del HEX, Robert Grim y Claire Hammer llegaron corriendo por el pasillo hasta la pantalla, que se encendía y apagaba con un zumbido eléctrico. Entonces todo Black Spring se quedó sin electricidad. Los generadores de emergencia se encendieron con un rugido, pero volvieron a apagarse de inmediato, y las luces de Navidad de algunas de las ventanas chisporrotearon a la luz agonizante del día.

Black Spring no fue el único lugar donde se hizo la oscuridad: por todas las Highlands y el Valle del Hudson —sí, incluso en las carreteras y en los edificios de oficinas de Manhattan—, los habitantes de Black Spring que por casualidad se encontraban fuera de los límites del pueblo cuando Katherine abrió los ojos se sintieron invadidos por una tristeza y una melancolía macabras e indescriptibles que excedían la comprensión humana. Acto seguido, comenzaron a ver imágenes que eran demasiado para sus frágiles espíritus y que despertaron en ellos un deseo irrefrenable de buscar la muerte como la única salida a su existencia. Los que tuvieron la suerte de estar más o menos cerca de

casa comprendieron que la fuerza que siempre los había atado a Black Spring se había elevado a la enésima potencia y regresaron a toda prisa…, pero hubo algunos para los que la salvación llegó demasiado tarde, y se colgaron en escoberos o estamparon su coche contra los árboles acelerando a tope, de modo que sus cuerpos quedaron aplastados entre nubes de humo y oscuridad.

En la casa del final de Deep Hollow Road, Steve contemplaba con horror a la figura inhumana y encorvada que continuaba protegiéndolo de su mal de ojo con una mano. Una vez más, ella le hizo señas para que se alejara, una esvástica de carne cenicienta y miembros retorcidos. Durante un momento, Steve tuvo la sensación de que sus piernas eran líquidas y fue incapaz de mover los pies. Unas agujas heladas le perforaron el cuello al pensar en que Katherine abría los ojos… y los volvía contra él.

Salió huyendo de su casa, gritando. Corrió hacia el bosque, y corrió por su vida.

VEINTINUEVE

A quince kilómetros de allí, en Newburgh, Jocelyn Grant sintió la conmoción inicial, pero le restó importancia pensando que sería un estremecimiento debido a la inestabilidad de sus biorritmos y la borró de su mente. Cuando llegó la segunda, levantó la vista del ejemplar del *Esquire* que estaba hojeando distraídamente y observó la silenciosa habitación del hospital. Y cuando la tercera sacudida las siguió poco después, más intensa que las dos anteriores juntas, salió disparada de su asiento y la revista se cayó al suelo.

Matt gimió y agitó la cabeza en sueños. Sobresaltada, Jocelyn rodeó su cama y le puso una mano en el hombro.

—¡Matt! Matt, ¿me oyes? ¿Me oyes, cariño?

Pero Matt no contestó. Tenía el ojo izquierdo tapado con una bola de algodón que se mantenía en su lugar gracias a la venda que le envolvía la cabeza. El vendaje del derecho se lo habían quitado. El ojo permanecía cerrado, pero aquella inquietud era el mayor síntoma de vida que había mostrado desde hacía días. ¿Se despertaría por fin? Sin embargo, la emoción de Jocelyn no era comparable a su repentino pánico en aumento: «Algo va mal. Algo va muy mal».

Lo sentía. No era su imaginación. La rodeaba por todas partes, pero no era capaz de entenderlo del todo. Era tan intocable como la electricidad estática entre dos emisoras de radio. El reloj de la pared decía que eran las cinco y pocos minutos. El viento se estaba poniendo las botas en el aparcamiento y azotaba una bolsa de plástico contra las filas de coches que destellaban bajo las luces de Navidad. Todo

parecía normal, pero no lo era.

Y no era allí donde las cosas iban mal; era en casa, en Black Spring. Sentía que tiraba de ella, fuera lo que fuese.

Llamó a Steve, pero no obtuvo respuesta, ni siquiera el buzón de voz. Sólo silencio. Y su mente respondió sin concesiones, como si aquel silencio estuviera relacionado al cien por cien con la corazonada que sentía: «Tenemos que volver a casa antes de que sea demasiado tarde».

La pilló por sorpresa: el sueño, el mismo sueño, y lo reconoció de inmediato. Era el sueño que había tenido una sola vez en toda su vida, hacía dieciocho años en un bungaló de bambú en Tailandia, pero que siempre había continuado presente en las profundidades su mente y había tenido la culpa de gran parte de las sombras de su vida en Black Spring, a pesar de la relativa felicidad que creían haber conocido.

La intensidad era distinta, pero la esencia del sueño era la misma. Se vio a sí misma histérica, arrancándose mechones de pelo. Se vio tirando los papeles del expediente médico de Matt por toda la habitación. Revolotearon hasta el suelo, y los vio formar un *collage* de fotos, fotos de los muertos. Todos niños, niños pequeños y niños grandes. Tenían todo tipo de cortes en la cara y en el cuerpo. En la siguiente imagen, los propios niños muertos yacían en la habitación del hospital, los niños de Black Spring, y uno de ellos era Matt. Tenía la cara cortada y atiborrada de trozos de carbón negro. Se vio desnuda y rodando en relucientes charcos de pintura, con el cuerpo rojo y negro, mientras un jabalí la poseía. Los colmillos curvos del animal relucían mientras la embestía con su miembro, gruñendo, resoplando y estampando sus pezuñas contra el suelo, y ella gritaba extática.

Jocelyn no tenía la menor idea de cuánto tiempo llevaba mirando la cama de Matt sumida en ese estado de aturdimiento horrorizado. Tampoco las imágenes que vio quedaron grabadas en su cerebro. Lo único que le llegó fue la vaga pero urgente sensación de que podría acabar con todo aquello quitándose la vida. La perspectiva no la asustó, sólo la llenó de una tristeza opaca, en absoluto peor que lo que la estaba atormentando en ese momento. Se encaminó hacia la ventana con las piernas de plomo. Agarró por el respaldo la silla en la

que había estado sentada y la levantó por encima de su cabeza con la intención de romper el cristal y eliminar el último obstáculo que la separaba de una caída de cuatro pisos.

Lo que le salvó la vida fue su móvil, que empezó a sonar en ese mismo instante. Ofuscada, levantó la vista, aún presa de aquella tristeza inmensa, pero al menos consciente de sí misma, y pensó: «Dios mío. Quería hacerlo de verdad. Quería saltar por la ventana de verdad. ¿Qué me está pasando?».

Buscó el teléfono a tientas, dando por hecho que vería la foto de Steve en la pantalla táctil. Pero no era Steve. Era su padre.

—¡Papá!

—¿Te apetece bajar a cenar? No hay mucha gente en…

—Papá, tengo que irme a casa. ¿Puedes llevarme, por favor?

—Pero creía que…

—Steve no está bien —dijo, lo más obvio que se le ocurrió. Y la verdad—: No consigo comunicarme con él.

No podía explicarle a su padre por qué tenía que volver a Black Spring. La urgencia se había incrementado en su interior, como si más al sur hubiesen colocado un imán que tiraba de su mente. Sentía que su casa la llamaba con cánticos suaves y graduales: persuasivas voces de coro a las que tenía que obedecer antes de que sucediera algo terrible.

—Seguro que ha salido a que le dé un poco el aire —dijo Milford Hampton con calma y benevolencia—. Jocelyn, te estás volviendo loca. Una cosa, ¿por qué no…?

—¡Papá! Por favor, tengo que irme a casa. ¿Puedes acercar el coche? Te veo en la entrada.

—Bueno, supongo que no pasa nada, si lo que quieres… —dijo su padre.

Jocelyn colgó sin contestarle. «Contrólate —pensó—. Contrólate, concéntrate…».

Un ruido a su espalda. Matt se había arrancado el tubo del gotero y lo vio acercarse el extremo a los labios. Jocelyn volvió de un salto junto a su cama y se lo arrancó de entre las manos con un grito. La aguja salió volando del brazo del chico, con vendas y todo, y dibujó

una fina veta de sangre en la sábana.

—Matt, cálmate —le dijo en tono febril—. Voy a sacarte de aquí. Tranquilízate. Todo va a salir bien.

Pero la oscuridad, aquella llamada, la marejada de su interior no desaparecieron, sólo cobraron más fuerza. También se habían apoderado de Matt. Con cautela pero deprisa, luchando contra los impulsos que le abrasaban la mente de locura, le quitó el resbaladizo tubo de alimentación a Matt de la nariz y lo dejó caer sobre el embozo. Entonces le enfundó la sudadera con dificultad en el cuerpo rígido. Tuvo que volver a empezar tres veces porque las manos le temblaban demasiado para desenredar las mangas.

Había una silla de ruedas en el pasillo y, sin dudarlo, la empujó a través de las puertas. Arrastró a Matt hasta la silla, le puso los zapatos y le colocó los pies en los reposapiés. El chico no se movió —ni siquiera parecía darse cuenta de lo que estaba sucediendo—, pero ahora tenía los dedos agarrotados alrededor de los apoyabrazos y su único ojo nacarado, bien abierto, miraba la habitación con intensidad ciega.

«Suicidio —pensó Jocelyn—. Ha intentado suicidarse, y tú también… Sólo lleva una semana fuera de Black Spring, y tú has estado allí esta misma mañana, así que sabes que se trata de un lapso demasiado corto para sentir su poder. ¿Qué deduces de eso? ¿Qué ha sido esa sacudida de hace un minuto?».

Jocelyn le envolvió las piernas a Matt con la sábana y la manta y cogió las gotas para los ojos de la mesita de noche. Con la esperanza de que el pasillo estuviera vacío, sacó a su hijo de la habitación del hospital.

El pasillo no estaba vacío. En el extremo opuesto, cerca de la máquina de bebidas, dos enfermeras tomaban café. Jocelyn contuvo el impulso de echar correr y se dirigió a toda prisa hacia los ascensores. Apretó el botón. Cuando el tintineo anunció la llegada del ascensor y las puertas se abrieron, oyó voces detrás de ella:

—¿Señora? —Y más firme—: ¡Señora!

Con las mandíbulas apretadas, empujó fuerte la silla de ruedas mientras los pasos se acercaban. Le dio un manotazo al botón de la

planta baja y las puertas del ascensor la aislaron de los gritos furiosos de las enfermeras.

Abajo, el área de recepción estaba atestada de gente, pero nadie les prestó atención. Jocelyn se abrió paso entre la multitud hacia la salida. Mientras guiaba la silla de ruedas a través de la puerta giratoria, escudriñó la zona de recogida en busca del Toyota; no estaba. El viento tironeó de la manta de Matt y su madre sintió que el abismo se abría de nuevo, aquella atracción extraña y sombría. Para mantenerse distraída, marcó el número de Steve por enésima vez, pero su marido no contestó.

—¡Mierda! —exclamó, un grito de desesperación y frustración puras.

Por fin llegó su padre con el coche. Jocelyn abrió la puerta trasera a lo bruto, antes incluso de que el Toyota se detuviera por completo. El señor Hampton se quedó horrorizado cuando la vio arrastrar a Matt hacia el asiento de atrás como si fuera una muñeca de trapo y darle una patada a la silla de ruedas para poder cerrar la portezuela del coche a su espalda.

—Jocelyn, ¿qué narices haces? ¿Qué hace Matt aquí?

—Arranca.

—Pero si no le han dado el alta. Venga, Jocelyn, has entrado en barrena, y no es de extrañar. Vamos a devolverlo a su habitación ahora mismo, no puedo permitir que…

—¡No se te ocurra dejarnos aquí! —gritó Jocelyn, y el señor Hampton retrocedió asustado—. Está ocurriendo algo muy grave, y Matt tiene que irse a casa antes de que sea demasiado tarde.

—Pero ¿qué es? —insistió su padre—. ¡Cuéntame qué está pasando!

—No puedo. Está relacionado con Steve. Y con nosotros. Y…

Empezó a sollozar de pura desesperación, con la cabeza hundida en las manos. El señor Hampton miró primero a su hija y luego a su nieto, un poco nervioso. Entre lágrimas, Jocelyn lo vio por primera vez como el viejo cansado que era. Los trágicos acontecimientos de la última semana le habían dejado huellas irreversibles en el rostro.

—Muy bien. Iremos hasta Black Spring si es necesario. Veremos

cómo está Steve y, cuando lo encontremos, nos lo traeremos con nosotros y volveremos directos al hospital. Todo este alboroto no puede ser bueno para Matt. —Miró por el espejo retrovisor y se incorporó a la rotonda—. Pero me debes una explicación.

—Gracias, papá —suspiró ella, y se hundió en el asiento trasero, exhausta.

Para cuando salieron del centro de Newburgh y enfilaron la 9W, que se internaba en el Parque Estatal, el reloj digital del salpicadero marcaba las 17:43, y Jocelyn empezaba a sentir que el peso opresivo que fermentaba en su cerebro era un veneno enloquecedor. En Tailandia había sido horrible, pero aquello era mucho peor. Estaba fuera de sí. ¿Por qué Steve no contestaba al puñetero teléfono? ¿En qué clase de lío se había metido? ¿Y qué tipo de poder, capaz de provocar tal desesperación, se había liberado? Sus pensamientos iban a la deriva, como nubes solitarias, y le creaban un vacío en la cabeza. Su mente se negaba a soportar aquel dolor colosal, era simplemente incapaz. Su mundo se había convertido en una enorme y apestosa buba de tristeza. Se le agotó la voluntad de luchar contra ello: Jocelyn quería morir. Y Matt, el pobre Matt: en su estado, ni siquiera era capaz de liberarse de aquella desesperanza…

—¡Jocelyn, por el amor de Dios!

El Toyota iba dando tumbos por toda la carretera y lanzaba a Jocelyn y a Matt de un lado al otro del asiento trasero. La situación la hizo salir de su estupor durante un instante, pero sintió que volvía a hundirse en él de inmediato, como si estuviera intentando, sin éxito, luchar contra la anestesia. Recuperó la cordura con un respingo, tras sorprenderse enrollándole a Matt el cinturón de seguridad alrededor del cuello para tratar de estrangularlo con él: un acto de amor maternal, para liberarlo.

Con un fogonazo de miedo intenso e inefable, soltó el cinturón.

«Te está embrujando. Te está hipnotizando. Y cuando sucumbas, te obligará a suicidarte. Así es como debió de llevarse a Tyler».

Con un chirrido estridente, el Toyota se detuvo en el arcén.

—¿Qué coño te pasa, joder? —gritó su padre volviéndose hacia atrás desde el asiento del conductor.

—Uf, papá, no lo sé. —El señor Hampton se asustó de lo que vio: Jocelyn estaba realmente aterrorizada. Tenía los ojos abiertos como platos y lo miraba implorante—. Date prisa, llévanos a casa. Y hazme hablar, por favor…

—¡Pero dime qué está pasando!

No podía, igual que tampoco podía contarle a su padre el verdadero motivo de la muerte de Tyler. Lo lamentaba muchísimo, y supuso que se lo explicaría todo a su debido tiempo. Tenía derecho a saber, aunque fuera contra las reglas del pueblo, que Black Spring le había costado la vida a su nieto mayor. Pero primero era fundamental que llegaran al pueblo, porque sentía que la influencia de Katherine la arrastraba hacia abajo…

—Por favor, no hagas preguntas —dijo atragantándose con sus propias palabras—. Te lo explicaré más adelante. Tú hazme hablar, es importante.

Hubo algo en aquellas últimas palabras que hizo que, por fin, el señor Hampton también reaccionara. No sabía qué le había dado a su hija, pero le estaba poniendo los pelos de punta. Así que giró el volante del Toyota hacia la salida de la 9W y cogió la Ruta 293 en dirección a Black Spring.

—Tenía un mal presentimiento respecto a que Steve se quedara en casa. Deberíais estar juntos, sobre todo en estos momentos. Estoy preocupado por él. No lo está llevando bien. Nadie lo está llevando bien, qué coño; es una situación terrible y repugnante, pero…

Con la mejor de las intenciones, el señor Hampton estaba cometiendo el fatal error de acaparar la palabra…, así que no se dio cuenta de que los ojos de Jocelyn habían perdido el brillo casi de golpe, ni de que miraban con fijeza hacia la nada. Aún les faltaba la mitad del camino para llegar al único semáforo naranja que marcaba la salida de Deep Hollow Road cuando Jocelyn y Matt, cada uno en un extremo del asiento trasero, comenzaran a golpearse la cabeza contra las puertas del coche. El señor Hampton soltó una palabrota ahogada. Volvió la cabeza por encima del hombro y vio a Jocelyn buscar a

tientas la manija de la puerta, así que pisó el freno con violencia. El volante comenzó a darle vueltas entre las manos, girando tan rápido que le quemó las palmas, y una vez más, se detuvieron en seco y los tres salieron proyectados hacia sus respectivos cinturones de seguridad.

—Papá, ayúdame, por favor…

Jocelyn levantó la vista hacia él, agarrotada de miedo. Tenía una herida en un lateral de la cabeza y la sangre le corría por la cara. Rodeó a Matt con los brazos otra vez y comenzó a mecerlo.

El señor Hampton se los quedó mirando. Sintió náuseas. Lo superaba, aquello escapaba por completo a su entendimiento, pero sentía la urgencia, y lo carcomía por dentro. Y de repente supo que la causa de todo aquello estaba por delante de ellos, a la espera…, un secreto que aguardaba al final de aquella carretera, en el bosque, en la noche.

El señor Hampton se convenció al instante de que, si nunca descubría cuál era el secreto, no se arrepentiría lo más mínimo.

Con una mano temblorosa, puso el coche en marcha y avanzó en dirección a Black Spring.

Jocelyn bajó la ventanilla y sintió que la corriente de aire frío le despejaba la cabeza. La oscuridad del bosque de Black Rock permaneció en silencio mientras pasaban, sugiriendo una normalidad que allí no existía. Percibió lo grave que era. Un poco más adelante estarían a salvo, implicara lo que implicase esa seguridad. No tenía sentido especular, ya que lo vería con sus propios ojos al cabo de unos momentos…, suponiendo que hubiera algo que ver, claro.

Con la señal de BIENVENIDOS A BLACK SPRING ya en el horizonte, lo vio… y se quedó boquiabierta.

El señor Hampton apartó el pie del acelerador y después lo clavó en el freno.

—No quiero ir a Black Spring —murmuró.

—¿Papá?

—Yo… ¿Sabes qué? Vamos a darnos la vuelta. Todavía tenemos… cosas que hacer… en Newburgh. Sí. Yo tendría que estar en otro sitio.

Ya había empezado a darle la vuelta al coche, pero sin apartar la mirada de lo que tenían delante. Estuvo a punto de salirse de la carretera y hacerlos caer en la zanja adyacente.

—¡Papá, no! ¡Tenemos que seguir!

Pero su padre no le hizo caso. Murmuró algo ininteligible y el sonido de su voz hizo que Jocelyn se helara como un témpano. Una expresión de estupefacción le invadió el rostro, pero enseguida se transformó en un gesto de comprensión total. Aquel no era su padre. La misma influencia que a ella la atraía de regreso al pueblo a él lo ahuyentaba de Black Spring.

Porque era un forastero.

Jocelyn abrió la portezuela del coche y tiró de Matt hacia la calle. No podían volver a Newburgh, esa sería su tumba.

—Papá, por favor… —suplicó.

—Lo siento, cariño. —Se dio la vuelta para mirarla con unos ojos que no eran los de su padre—. Tengo mucho que hacer. En casa, en Atlanta.

Con la puerta trasera aún abierta, el Toyota se lanzó hacia la carretera. Avanzó a toda velocidad y, unos treinta metros más allá, la puerta se cerró de golpe. Jocelyn gritó tras él, pero el señor Hampton no tardó en desaparecer.

A los trece años, Matt todavía era un niño a la espera de pegar el estirón, pero Jocelyn acusaba la fatiga de su peso muerto en los brazos. Llevarlo cogido hasta casa le reventaría la espalda, pero no le quedaba más remedio. Como mínimo, tenían que cruzar la frontera del pueblo. Con las mandíbulas apretadas, lo levantó y comenzó a caminar.

Black Spring se extendía ante ellos sumido en la oscuridad total.

En el lado de la frontera que ocupaba Highland Falls, las farolas estaban encendidas y se reflejaban débilmente en el Long Pond, a un lado de la carretera. En Black Spring la negrura era absoluta. Las casas y los árboles eran colosales, siluetas que apenas se vislumbraban recortadas contra la noche. Jocelyn ni siquiera habría alcanzado a distinguir el único semáforo, situado un poco más allá, si no hubiera sido por los crujidos que le arrancaba el viento. Se había ido la luz.

Pero se trataba de algo más que la mera ausencia de luces eléctricas…, era como si la propia noche se hubiera vuelto más intensa, de un tono de negro más profundo, una oscuridad a la que los ojos jamás llegarían a acostumbrarse. Allí, en las afueras de la ciudad, el contraste era innegable. A Jocelyn le dio la sensación de que una mancha de tinta había emergido en aquel remoto rincón del mundo y de que no pararía de crecer hasta cubrir todo Black Spring y bloquear todo rayo de luz o esperanza. Gimió de forma inconexa, sabedora de que la única salvación posible para Matt y para ella residía en aquella oscuridad.

Con su hijo en brazos, Jocelyn dejó atrás el cartel de entrada y la engulleron las tinieblas.

TREINTA

En Black Spring, la gente se agolpaba en las calles. Era un poco como en Nochevieja, cuando todo el mundo salía a intercambiar felicitaciones y buenos deseos, aunque ahora no había fuegos artificiales. Los vecinos llevaban más bien linternas, velas o antorchas caseras que grababan sombras intensamente oscuras y afiladas en el suelo escarchado. Tampoco flotaba ni un resquicio de felicidad en el ambiente. Poco a poco, la conmoción inicial había ido desapareciendo para dar paso a un miedo pertinaz, avivado por los rumores que corrían por el pueblo como un reguero de pólvora.

—¿Se ha cobrado otra víctima…?

—Te lo digo yo, esto es como en el 67…

—No…, ¿no creerás que esto es…? Dime que no es cierto…

Los ojos les brillaban como el mercurio a la luz tenue, pálidos y asustados. Les dolían los huesos del frío, pero sólo unos cuantos se volvieron a casa; a la mayoría ni siquiera se les pasaría por la cabeza marcharse hasta que se enteraran de lo que estaba sucediendo.

En el centro de control del HEX, Robert Grim y Marty Keller ponían todo su empeño en intentar arrancar el generador de emergencia. No sólo se había ido la luz en el pueblo —había fallado toda la puta red; adiós, wifi—, sino que además no quedaba presión en las tuberías del agua y se había caído toda la red telefónica, incluidas las líneas fijas. Las consecuencias de todo aquello escapaban a la comprensión de cualquiera —«igual que lo que lo ha causado», pensó Grim con creciente inquietud—, pero en aquel preciso instante

su prioridad número uno era volver a poner en marcha el centro de control. Si ni siquiera eran capaces de hacer eso, estarían jodidos. Las cámaras de seguridad, la HEXApp y el sistema de alerta no valdrían una mierda. Y eso significaba que no podría mantenerse el espejismo general de seguridad… y estaba más claro que el agua que era hacia ahí adonde iban.

El generador de emergencia ni siquiera se inmutó. Ni una condenada chispa.

A la elipse temblorosa del faro de su casco, Marty manipulaba el conducto del combustible. El sudor le brillaba en la frente. Habían probado aquel dichoso aparato hacía tres semanas y había funcionado a la perfección. Resultaba desconcertante, pero daba igual lo que intentaran, el antiguo Centro de Visitantes de Popolopen permanecía a oscuras, y en aquella oscuridad los pensamientos de Grim campaban por sus respetos. «Joder, madre mía, ¿qué ha sido esa sacudida? ¿Qué ha sido esa conmoción que hemos sentido todos?».

En el cruce que había más abajo de la iglesia de la Meta de Cristal, la atmósfera se estaba calentando. Warren Castillo había subido corriendo a toda prisa hasta allí para evaluar la situación. Tuvo que abrirse paso entre una maraña de vecinos preocupados que lo agarraban, le hacían preguntas que no podía contestar y le desnudaban almas que no podía iluminar. Eran las cinco y media, y al menos doscientas personas se habían congregado en la plaza de The Point to Point Inn, donde el personal del hotel había encendido varios braseros. Warren oyó rumores acerca de que algunas personas habían vuelto al pueblo conduciendo a gran velocidad, como si el mismísimo diablo les pisara los talones, y se habían encerrado en su casa sin decir ni una palabra. Su primer impulso fue desestimarlos y considerarlos fruto del miedo. Pero luego vio el Chevy de Rey Darrel, con las palabras «Rush Painting» en el costado, aparcado en diagonal en Deep Hollow Road, con los faros rebanando la oscuridad. Una barrera. La silueta de Darrel se acercó a la multitud con los brazos en alto y gritó:

—¡No salgáis del pueblo! ¡No es seguro! Escuchad, gente: ¡no os mováis del pueblo!

Murmullos inquietos, cerniéndose al borde del abismo.

—¿De qué hablas? —preguntó alguien.

—¡No podéis salir! ¡Acabaréis con vuestra vida si salís de aquí!

Warren se abrió camino a empujones y agarró a Darrel por el cuello.

—Cierra el puto pico, tío. Estás consiguiendo que toda esta gente se cague de miedo.

—Tienen todas las razones del mundo para estar asustados —dijo Darrel con total sinceridad, y de repente Warren se dio cuenta de que el pintor estaba aterrorizado.

—¿Qué ha pasado?

—He salido del pueblo con el coche, porque parece que en el centro de reclutamiento de Round Pond sí tienen luz. Pero en cuanto dejé Black Spring, algo…, algo me detuvo. No sé de qué otra manera describirlo. Es como si hubiera unos putos tirantes gigantescos amarrados a la carretera y te obligasen a regresar en cuanto sales del pueblo. No lo ves, pero lo sientes. —Se le quebró la voz—. Ni siquiera había llegado al campo de golf y ya quería pegarme un tiro. Quería sacar mi Lancaster .410 del maletero y dispararme una bala en la boca. Tengo tres hijos y nunca he querido suicidarme.

Silencio profundo.

—Es terrible, realmente terrible —añadió Darrel.

No jodas, Sherlock.

Aquella fue la señal para que la gente del pueblo perdiera el juicio. Se produjo un efecto dominó: uno comenzó a susurrar, otro levantó la voz, unos cuantos intentaron llamar a sus parejas o a familiares que no habían vuelto a casa del trabajo, y todo ello envuelto en un pánico creciente. Se propagó entre la multitud como una ola. Warren miró a su alrededor con consternación; ya no reconocía a sus conciudadanos. Tenía el cuerpo rígido, tan rígido que no consiguió ponerse en movimiento. Lo habían entrenado para no dejar que los rumores y la superstición lo pillaran por sorpresa. Intentó obligarse a sacar sus emociones a la luz, donde podría analizarlas y descartarlas, porque no tenían ningún sentido. Pero no fue capaz. ¿Y si aquella vez, aquella única vez, el miedo era legítimo? ¿Y si en aquella ocasión era cierto que los habían aislado del mundo

exterior, forzados a esperar la noche cerrada y el siguiente amanecer para ver qué le tenían reservado a Black Spring?

Más hacia el este, en la dirección de la que había llegado, Warren oyó gritos. No había luna ni estrellas que penetraran la noche, y aquel extremo de Deep Hollow Road se había vuelto de color negro carbón. Allí no se movía nada. Pero ¿qué era esa presión en la atmósfera? ¿Y por qué estaba tan anormalmente oscuro?

Warren no podía apartar la vista. El viento le clavaba los dientes. Lo entumecía, le alborotaba el cabello y le enfriaba tanto los globos oculares que empezaron a lagrimearle, pero ni siquiera así pudo cerrarlos.

«Es la noche de Katherine». El pensamiento le llegó de la nada… y entonces lo entendió. Entonces lo entendió todo.

La oscuridad escupió a tres hombres que chillaban, que corrían en una extraña alucinación proyectada por sus propias linternas: «Ahora me ves, ahora no». No pararon de volver la cabeza para mirar hacia lo que había por detrás de ellos hasta que llegaron dando traspiés a la luz de los braseros y se toparon con la mirada de más de un centenar de vecinos del pueblo. Warren Castillo vio que uno de ellos lucía la cara de un payaso: se había lacerado las mejillas con las uñas y los arañazos parecían rayos de sol que dibujaban una máscara de sangre.

—¡Son los ojos! —gritó—. ¡Tiene los ojos abiertos! ¡Lo hemos visto, estaba allí! ¡Nos ha mirado! ¡Corred por vuestra vida, todos! ¡El mal de ojo ha recaído sobre todos nosotros!

Y así llegó la perdición a Black Spring.

Sus habitantes, un colectivo de almas embrujadas que no encontraban la forma de escapar del pánico que los atenazaba, se dispersaron en todas direcciones. Aprisionados en un destino que todos compartían, ninguno de ellos alzó la voz más que su vecino ni sufrió menos que él. Esas eran las reglas del caos, y de ese caos surgía una especie de solidaridad enajenada: al cabo de segundos, la ilusión de la individualidad había desaparecido y sólo un deseo, un grito agónico, prevaleció sobre la conciencia colectiva de Black Spring. La gente era Black Spring, y Black Spring había caído. El grito primitivo

que permaneció fue «¡Alejaos! ¡Alejaos! ¡Alejaos de su mal de ojo!».

El caos era inconmensurable. La gente se orinaba encima, gritaba hasta desgañitarse, se pisoteaban los unos a los otros y elevaban plegarias al cielo pidiendo misericordia. Se tironeaban de las extremidades y del pelo. No se necesitó ninguna aplicación para difundir la noticia, y en cuestión de minutos incluso los que vivían a las afueras del pueblo estaban ya enterados de lo que había ocurrido. Pero a pesar del miedo de todos ellos, la bruja no acudió. La bruja tenía los ojos abiertos, pero nadie, excepto los agoreros, lo había visto por sí mismo, y nadie deseaba verla acercarse. Muchos huyeron a sus casas y bloquearon las puertas y las ventanas con lo que tenían a mano. Temblando de miedo, rezaron envueltos en la oscuridad profunda. Hubo quienes se rajaron las muñecas o se tragaron el contenido de sus botiquines. Aunque la posibilidad de que aquel día llegara siempre había estado en algún rincón de la mente de incluso los más ingenuos de entre ellos, nadie sabía cómo se revelaría o qué sucedería después. Morir sin descubrirlo era mejor que vivir y tener que esperarlo. Los que tenían un instinto de supervivencia más fuerte intentaron escapar, pero se dieron la vuelta casi en cuanto superaron los límites de la ciudad, paralizados por la aterradora certeza de que estaban atrapados. Rey Darrel tenía razón. Sólo unos cuantos infelices siguieron adelante, y nunca más se les volvió a ver.

A las siete de la tarde, sólo el viento y su sombra se movían por las calles de Black Spring. La anticipada venganza de Katherine no se produjo, y si había personas muriendo era bajo su propio hechizo individual.

Uno de los primeros en sucumbir fue Colton Mathers. Durante toda su vida, el viejo concejal había creído que los suicidas irían directos al infierno, pero Dios le había enviado una visión. Estaba rezando en la iglesia cuando estalló el pánico y, mientras lo contemplaba desde los escalones del templo, una imagen temblorosa centelleó en su mente. Había chozas coloniales y desvencijadas granjas del siglo XVII. Los edificios transmitían una sensación de abandono y aislamiento total, de impiedad y muerte, y Katherine van Wyler estaba allí plantada, inmóvil como un mascarón al viento, en el jardín

delantero de la iglesia…, viendo. Aquella ilusión, aquel fantasma divino, bastó para convencer a Colton Mathers de que su amado Señor había abandonado Black Spring de una vez para siempre. Los fuegos del infierno serían como un bálsamo calmante en comparación con lo que les esperaba allí. Y así, el pastor —que era como siempre había tenido la costumbre de verse— abandonó a su rebaño: se fue a casa y se tiró desde el balcón, se rompió todos los huesos del cuerpo y murió desangrado aquella misma noche, más tarde, en el suelo del jardín. Cuando se corrió la voz al amanecer, muchos lo calificaron de un acto de cobardía sin precedentes.

¿Y Katherine?

Nadie sabía dónde estaba.

Nadie sabía lo que quería.

En su casa en Upper Mineral Valley, Jackie y Clarence Hoffman se habían refugiado en la cocina junto con sus hijos, Joey y Naomi. Era una cocina lujosa, por lo general bañada en la potente luz del sol que entraba a través de las ventanas dobles e incidía sobre el fregadero. Pero ahora las puertas y ventanas estaban selladas con los tablones de todas las estanterías de la casa (eran lectores apasionados, los Hoffman). Sin embargo, a las 23:15, la lámpara que colgaba por encima de la mesa de la cocina comenzó a oscilar de un lado a otro como si el frío aire de diciembre hubiera encontrado una forma de filtrarse, y todas las velas se apagaron a la vez. Un instante después, Katherine apareció en medio de la habitación. Sucedió que en ese momento los pobres niños estaban en el otro extremo de la cocina (habían superado su agotamiento y estaban jugando al *Angry Birds* en el iPad mientras le durara la batería), y la aparición de Katherine los sorprendió separados de sus padres. La bruja proyectó una sombra grotesca sobre las paredes durante los pocos segundos que el pequeño Joey continuó aferrado a su iPad. Luego se le resbaló de entre los dedos y la pantalla se resquebrajó contra el suelo de la cocina, lo cual dio lugar a una oscuridad total.

No, no era total: había un matiz de negro más tenue y suave que se colaba por las junturas de las tablas del suelo, lo justo para distinguir las formas de Joey y Naomi presionadas con rigidez contra

la puerta tachonada y la sombra oscura de la bruja alzándose sobre ellas. Jackie gritó. Clarence Hoffman avanzó pegado a la encimera para intentar llegar a sus hijos, pero de repente la sombra retorció el cuerpo y le bufó como un gato. No había ojos que contemplar en la oscuridad, pero aun así Clarence los sintió sobre él, inhumanos y malévolos. Retrocedió de inmediato, encogido como si lo hubieran golpeado con un ladrillo, y agarró a Jackie por la cintura cuando ella echó a correr hacia los niños.

—Por favor, no les hagas daño a mis hijos —suplicó—. Son inocentes, como lo eran los tuyos, Katherine… Dios mío, ¿qué está haciendo? Joey, dile a mamá qué está haciendo.

—Está… Creo que nos está dando algo, mami.

—¡No lo toquéis! —gritó su padre.

—¿Qué es?

—No sé… Creo que es una cebolla.

—¡Y lo mía es una zanahoria! —dijo Naomi.

—¡Os he dicho que no lo toquéis!

Pero Jackie le dio un codazo a su marido en el costado y le susurró:

—No la pongas nerviosa, Clarence… A lo mejor lo hace con buena intención…

La sombra no se movió; parecía insistir. Jackie Hoffman empezó a caer en la cuenta de que, si las verduras provenían de su delantal, las habían arrancado del suelo en 1665 y se habían conservado gracias a la muerte de Katherine. A Naomi no le gustaban las zanahorias…, pero Jackie sabía que aquellas no se parecerían ni por asomo a las verduras empaquetadas de la nevera del Market & Deli. Comprendió lo que la bruja les estaba pidiendo.

—Venga, dadle un mordisco, cielos.

—Pero mami…

—Es lo que quiere que hagáis, cariño.

—Pero no me gusta, mami —protestó Naomi entre lágrimas.

—¡Cómete la puta zanahoria!

Debió de ser con enorme reticencia, pero oyó el crujido de lo que debían de ser los dientes de Joey en la piel de la cebolla. Naomi no

tardó en seguir el valiente ejemplo de su hermano mayor y mordió la zanahoria. Despacio, empezaron a masticar.

—¡Es dulce! —dijo Naomi sin dejar de llorar.

Con ansia, la niña le dio otro bocado a su zanahoria, y entonces las cosas se enrarecieron muy rápidamente. Más tarde, Clarence y Jackie Hoffman nunca llegarían a ponerse del todo de acuerdo sobre cómo había ocurrido con exactitud. Ambos recordaban los terroríficos momentos durante los que Katherine tuvo a cada uno de sus hijos agarrado de una mano, pero ninguno tenía el valor de confesar lo que habían visto después. O lo que creían que habían visto, porque las escenas que habían presenciado eran tan horribles y contradictorias que debían de haber sido imaginarias. En una de ellas, Naomi y Joey se abrían paso a través de las tablas que bloqueaban la puerta mordiéndolas con los dientes ensangrentados, luego se daban la vuelta con los ojos brillantes, nublados y obsesivos, bajo una luz que parecía proceder de la nada, con el paladar roto y lleno de astillas. Ridículo: por supuesto que tenía que ser imaginario, porque Joey llevaba puesto un jubón de cuero y Naomi, un sayo largo y sucio. Con independencia de lo que hubiera sucedido, el caso era que cuando Clarence y Jackie recobraron la conciencia, la barrera y la puerta se habían podrido, como si estuvieran infestadas por una plaga de carcoma, y el frío aire del invierno formaba remolinos en la cocina. Jackie gritó desesperada llamando a sus hijos desaparecidos, pero no salió a buscarlos, porque entendía que allí entraban en juego poderes contra los que un simple ser humano no podía alzarse.

Al asomarse por las rendijas que quedaban entre las cortinas y las ventanas, muchos vecinos vieron al trío caminando por la calle aquella noche. La bruja era una mera sombra, con los ojos invisibles —Dios, aquellos ojos—, pero unos cuantos reconocieron a los niños Hoffman, aunque no eran capaces de entender sus extrañas y anticuadas vestiduras. A medida que avanzaba la madrugada, cada vez más gente veía al niño con jubón y bombachos y a la niña con una gruesa capa y un pañuelo en la cabeza. Aunque ambos tenían los ojos vidriosos, parecían caminar junto a la bruja de buen grado. Hubo quienes creyeron ver en las manos de la niña un molinillo de juguete,

clavado en un palo de madera, que daba vueltas con el viento y la hacía soltar carcajadas.

Poco antes del amanecer, una sombra entró en el dormitorio de Griselda Holst. El hedor de la carne podrida en la carnicería se había extendido por toda la casa como un manto empalagoso, pero Griselda no había tenido ánimos de bajar y tirarla. A primera hora de la noche, Jaydon se había quedado dormido, atontado por su alta dosis de litio y apenas —si acaso— consciente de lo que había sucedido. Muy al contrario que su madre. Dios sabe que Griselda se había preparado más exhaustivamente que ninguna otra persona del pueblo para el día en que Katherine al fin pudiera abrir los ojos…, pero, ahora que había ocurrido, se sentía aquejada de una parálisis convulsiva. Había sido demasiado repentino. ¡Ni siquiera la había avisado! ¿Implicaba eso que Katherine la había abandonado de verdad?

Griselda necesitaba tiempo para pensar en lo que le esperaba ahora, pero los pensamientos no llegaban. Con cada sonido desconocido, cada crujido de los zócalos y cada suspiro estructural, se levantaba de la cama y recorría el silencioso piso superior de su casa con el muñón de una vela en las manos temblorosas, alerta a todas las sombras que se movían en la oscuridad. Pero sólo perseguía fantasmas. Al final se quedó dormida de agotamiento… y con cada bocanada de aire que inhalaba, la putrefacción que flotaba en el ambiente le revoloteaba en los pulmones y le enquistaba la ponzoña en los poros.

No se había fijado en la sombra que había junto a su cama. Tan sólo murmuró cuando su única amiga por fin le dio lo que con tanto fervor había deseado durante todos aquellos años: una respuesta. De repente, aquellos ojos abiertos como platos estaban justo delante de ella, atándola al sueño que estaba teniendo. No había rostro, ni paisaje ni boca, sólo aquellos ojos. Griselda dio vueltas y más vueltas, cubierta de sudor, y enterró la cara en la almohada, porque incluso en sueños sabía que se estaba enfrentando a su peor pesadilla. Pero luego estaba aquella voz. No eran del todo palabras, y no era en realidad un idioma

lo que Katherine utilizaba para contar su historia. Griselda lo escuchaba igual que una rata en una jaula escucha el parloteo de su domador, incapaz de comprender nada. Katherine hablaba del mundo y de vivir exiliada de él, del engaño y de las decisiones que tomabas por amor, de la devastación de tener que sacrificar a la persona que más amabas para salvar a la otra persona que más amabas. Griselda no tenía muy claro cuándo había terminado el sueño, pero al incorporarse en la cama, la luz gris de la mañana se colaba en ángulo oblicuo a través de la cortina. Se había destapado mientras dormía, y en aquel momento contemplaba con repugnancia su cuerpo de cera, carnoso, un cuerpo que llevaba demasiado tiempo sin ser amado ni por los demás ni por ella misma. Griselda había olvidado lo que era tomar decisiones por amor; lo único que conocía era la dureza de la supervivencia.

Un alboroto sombrío surgió de entre una multitud que, al parecer, se había congregado en la plaza del pueblo, delante de la ventana de Griselda, y en ese preciso momento comenzó a formarse en ella la más que plausible idea de que, en efecto, podría salvarse a sí misma sacrificando a su hijo, Jaydon, ante Katherine… y así fue como malinterpretó por completo lo que la bruja había querido transmitirle con su mensaje.

TREINTA Y UNO

—Ha llegado, ¿verdad? —dijo Warren Castillo tras regresar al centro de control—. El final.

Grim asintió, a duras penas capaz de mirarlo a los ojos. Su compañero de trabajo parecía un niño asustado suplicándole a su madre que le dijera que todo aquello no era más que una pesadilla, y Grim habría dado el riñón derecho por ser capaz de crear ese espejismo para los dos. Incluso el recto, si hubiera sido necesario.

—Warren, agradezco que hayas vuelto, pero si ahora mismo quieres estar con tu esposa, lo entiendo a la perfección.

A Warren le costaba controlar las emociones, pero logró recuperar la compostura.

—No, me quedo. El pueblo nos necesita.

Entonces Grim hizo algo del todo impropio de él, algo que había creído imposible bajo cualquier circunstancia: se acercó a Warren y lo estrechó entre sus brazos. Fue un poco incómodo, pero fortaleció a ambos hombres en aquel momento de absoluta oscuridad. A fin de cuentas, Warren lo había clavado: Grim calculaba que sus posibilidades de salir vivos de aquella situación eran de más o menos tropecientas a una.

Mientras intentaba inventarse un protocolo a la desesperada, sus pensamientos no paraban de acribillarlo con metralla de la charla con los Delarosa: «¿Qué quiere esa maldita bruja de vosotros, por el amor de Dios?

Venganza.

Suponemos que quiere venganza».

El HEX ni siquiera tenía diseñado un plan de emergencia para el Día del Juicio, por el mero hecho de que nadie tenía ni la menor idea de cómo se desarrollaría. El único escenario vagamente articulado era evacuar a todo el mundo lo antes posible, pero si los rumores resultaban ser ciertos, esa opción era un «ni de coña» como una puta catedral.

Grim había enviado de inmediato a Claire Hammer a buscar a Eddie McConroy, el ingeniero eléctrico de la ciudad, para que investigara el fallo de la red, pero no tardó en hacerse evidente que lo que mantenía a Black Spring aislado del mundo exterior no era un problema de tipo técnico, sino sobrenatural. Y no se trataba sólo de la electricidad. Era todo. El sistema de suministro de agua. Las líneas telefónicas. Los empalmes del gas. Todos los puñeteros servicios. Cuando dieron las nueve de la noche, Robert Grim estaba convencido de que Black Spring había sido catapultado de regreso al siglo XVII, y su desasosiego era tan profundo que ya no podía reflexionar con claridad sobre lo que implicaba ese hecho.

«Tenemos muchísimas razones para creer que, si abre los ojos y empieza a pronunciar sus hechizos, moriremos todos».

«¡Concéntrate! Piensa en cosas alegres. Piensa en bebés. ¡Sangre!».

Se chascó los nudillos a la altura de la nuca.

—Vale. Muy bien. Tenemos que conseguir ayuda. No hay más remedio. The Point.

Claire lo paró en seco.

—Robert, sabes que sin Colton Mathers no podemos tomar esa decisión…

—¿Tú ves a Colton Mathers aquí? —Casi le gritó aquellas palabras. Era su frente, le distraía. No podía soportarla. Claire se había hecho una coleta tan tensa en la parte posterior de la cabeza que parecía que la cara se le fuera a desprender del cráneo en cualquier momento, y entonces tendrían que sujetársela con puntos de sutura—. ¿No? ¡Entonces mando yo!

Claire reculó. Grim tuvo que reprimir el impulso de arrancarle la

goma de la coleta y liberarle la frente de la presión, y para ello se volvió hacia la vieja radio de Banda Ciudadana. Con las sienes empapadas de un sudor que brillaba a la luz de las lámparas de queroseno Coleman, intentó sintonizarla, pero lo único que obtuvo fue un silencio sepulcral en todas las frecuencias.

Lucy Everett apareció con el teléfono vía satélite.

—Esto tampoco conecta, Robert…

—¡Qué cojones dices! —Se lo arrebató de las manos—. Es un puto teléfono vía satélite. ¡Eso no tiene nada que ver con nuestra red de comunicaciones!

Le dio unos golpecitos tímidos al teléfono contra el escritorio, miró la pantalla y lo lanzó hacia una esquina. «Alambre de púas, alambre de púas —pensó para intentar calmarse, pero su mente tenía voluntad propia—. No conviene que la entendamos…, no debemos entenderla. Katherine es una bomba de relojería paranormal».

—Robert, tranquilízate —imploró la frente de Claire, y Grim tuvo que hacer acopio de hasta su último resquicio de energía para no romper a gritar.

Marty Keller estaba en todavía peor forma. Poco después de que Warren regresara con la impactante noticia, el chaval había perdido la cabeza. Se había arrojado contra la pared, sacudiendo las manos y las piernas en todas direcciones, mientras Lucy y Grim trataban de contenerlo. Su boca era un túnel de viento de rabia, repulsión y miedo. Cuando por fin logró calmarse, se disculpó con la voz ronca. Dijo que le daba miedo la oscuridad, que le producía claustrofobia. Pero Grim sabía lo que no se atrevía a decir en voz alta: era el miedo a la muerte que deambulaba por las calles. Ahora estaba desplomado contra la pared, con una linterna en las manos temblorosas y la mitad de una botella de Smirnoff tibio en el estómago.

—Tenemos que matarla antes de que nos aniquile a todos —dijo ahora Marty desde el suelo.

El sonido de su voz hacía pensar que la lengua se le había convertido en gelatina.

—¿Y cómo pretendes hacerlo? —preguntó Grim con impaciencia.

—El truco es pillarla desprevenida. —Viniendo de alguien que se

había puesto hasta el culo de vodka, la lógica parecía indiscutible—. Así fue como consiguieron apedrearla esos chavales. Katherine no se lo vio venir. Yo digo que una bala rápida en la cabeza. A lo mejor así tenemos una oportunidad.

Grim se las ingenió para no dejarse arrastrar por la histeria de Marty, y eso fue bueno. No ser el que carecía de temple o incluso de sentido común reforzó su confianza en sí mismo.

—Llevamos tres putos siglos intentando matarla —dijo—. Y, ah, por cierto, entonces todavía tenía los ojos cerrados. De verdad no lo entiendes, ¿no? La única razón por la que pudieron apedrearla es que ella les permitió hacerlo. Quiso que la lapidaran. Quería que nuestra moral se deteriorara. Todo formaba parte de su plan: el arroyo sangrante, el juicio, ese porno de tortura en la plaza, el suicidio de Tyler…, todo forma parte de nuestro colapso definitivo. Sólo así podría conseguir que alguien le cortara los puntos de sutura.

—¿Quién crees que lo ha hecho? —preguntó Claire.

—¿Jaydon Holst? —propuso Warren—. No me sorprendería ni lo más mínimo. O su madre, esa carnicera loca, en venganza por lo que le hicieron a su hijo.

Claire negó con la cabeza.

—Imposible. Su miedo hacia Katherine era tan intenso como su obsesión.

—Creo que ha sido el padre de Tyler Grant —dijo Grim.

—¿Steve? No…, ¿por qué?

—No lo sé. —Grim frunció el ceño. Desvió la mirada hacia la mitad oscura del centro de control. La pantalla principal estaba envuelta en la penumbra. Algo correteaba por allí. Al parecer, Lucy también lo había oído y ladeó la cabeza—. Tal vez porque es el último de quien te lo esperarías.

—No tiene sentido —contestó Warren, pero había un dejo de duda en su voz.

Grim escudriñaba la oscuridad. Lo que fuera que se estuviera moviendo por allí ahora tenía amigos. Incapaz de comprender lo que le estaban diciendo sus ojos, vio una sombra que titilaba a lo largo de la pared en dirección a Marty: negra como el carbón, nervuda, con el

pelaje lleno de pulgas. Antes de que Grim pudiera pronunciar una sola palabra, Marty gritó y dejó caer la linterna. Algo salió disparado bajo el haz de luz rodante: una rata gigantesca. Del tamaño de un gato pequeño, supuso Grim.

—¡Hija de puta! ¡Me ha mordido! —gimió Marty, que se puso de pie como pudo, con el brazo estirado ante él.

Tenía la piel del dorso de la mano desgarrada y sangrando. Grim peinó la zona de delante de la pantalla con el haz de su propia linterna, y entonces se quedó de piedra. Cinco ratas lo miraban con fijeza, con unos ojos astutos, pequeños y brillantes y la cola de gusano enrollada alrededor del cuerpo abotagado. Uno de los roedores estaba demacrado y tenía una película blanca sobre los ojos; no cabía duda de que el animal estaba enfermo.

Claire también lo vio y dijo:

—Vámonos de aquí.

—Bien —dijo Grim, inesperadamente resuelto—. Lucy, ayuda a Marty con la mano. Hay un botiquín de primeros auxilios en la cocina. Límpiale la herida a fondo. No parece profunda, pero no quiero que se le infecte—. «Eso no es lo que te da miedo», dijo una voz, pero la reprimió con agresividad—. Claire, Warren y yo nos llevamos el coche de servicio. Vamos a ir a West Point, y si por cualquier razón no conseguimos llegar, pararemos en la primera casa de Upper Highland Falls y llamaremos a quien cojones podamos. Marty y tú podéis coger tu coche. Quiero que busquéis cualquier cosa fuera de lo normal, todo lo que se os ocurra. Si encontráis a Katherine, manteneos alejados de ella, pero dad la alarma. Aseguraos de que los vecinos no la pierdan de vista y presentaos en la Ruta 293 de inmediato…, allí encontraréis nuestro coche.

—No podemos salir del pueblo, Robert…

Pero Grim tenía que verlo por sí mismo. Las primeras casas de veraneo de Upper Highland Falls estaban a menos de cinco kilómetros de la frontera de Black Spring —por primera vez en su vida se alegró de ese hecho— y el centro de reclutamiento que el ejército tenía en Round Pond, a apenas un kilómetro. Katherine era una bruja del siglo XVII, no un campo de fuerza alienígena. Menos de un kilómetro, tan

malo no podía ser…

Pero la ayuda no llegaría jamás.

Ninguno de ellos superó siquiera la mitad del camino hacia el centro de reclutamiento, donde las luces de Navidad aún parpadeaban. Estuvieron a punto de perder a Warren Castillo, y Grim tuvo que jugársela tanto para salvarlo que casi le cuesta a él la vida. Antes le había faltado poco para matarlos a los tres, pero Claire había tenido la sensatez de obligarlos a parar justo antes de la salida del pueblo para continuar a pie… por si acaso.

«Por Dios». Qué imágenes les mostró Katherine. En sus fantasías cotidianas no había nada que se acercara ni de lejos a un horror tan indecible. No habían experimentado una melancolía tan hostil, una tristeza tan destructiva, ni siquiera en los momentos más oscuros de su vida. En cuanto dejaron atrás la parte posterior de la señal que daba la bienvenida a Black Spring, fue como si hubieran penetrado en una nube invisible de gas venenoso, cargada de pesimismo, miedo y ansia de suicidio. Grim tuvo que evitar que Warren se reventara el cráneo contra la superficie embreada y con baches de la carretera, pero en realidad él también anhelaba abrirse la cabeza a golpes para liberar los horrendos pensamientos que la asediaban.

Sin saber muy bien cómo, se las ingeniaron para volver a entrar en el término municipal de Black Spring. Se sentían como supervivientes de un naufragio, flotando entre dos océanos de locura, contemplando el semáforo anaranjado suspendido a lo lejos, en el refugio seguro del centro de reclutamiento. Ante ellos estaba la muerte, pero Grim temía cosas mucho peores que la muerte.

Gritaron. Tocaron el claxon. Vaciaron la pistola de bengalas. Se les unieron un par de almas valientes que vivían en las casas cercanas y se habían sentido atraídas por el ruido, pero del centro de reclutamiento no salió nadie, ningún coche se acercó por la carretera. Claire sugirió que a lo mejor el centro estaba abandonado (¿con todas aquellas luces navideñas?) o que los pitidos del claxon no llegaban más allá de unos cuantos cientos de metros, pero a Grim no le quedó

claro a quién pretendía convencer. Sí, era posible. Quince minutos más tarde, volvieron con un montón de fuegos artificiales sacados de la parte trasera de la camioneta de Bob Tooky (Bobby era la celebridad local que siempre se las arreglaba para pasar desapercibido durante la temporada de fiestas). Montaron un fenomenal y larguísimo espectáculo de luces rojas y verdes que iluminó los contornos de las montañas y se vio y oyó en varios kilómetros a la redonda, desde Highland Falls a West Point, y puede que incluso al otro lado del Hudson.

Pero no pasó nada.

No acudió nadie.

La única reacción les llegó poco antes de las 23:30, cuando el olor a pólvora ya se había disipado en el aire: un grito estridente y maníaco que surgió de la oscuridad ¡a su espalda!, un alarido agudo y penetrante que paralizó hasta la última articulación del cuerpo de Grim. Sin embargo, reconoció enseguida de qué se trataba; claro, ¿qué otra cosa podía ser?

Más hacia el interior del lado de la frontera perteneciente a Black Spring, donde estaba aparcado el coche de servicio, un pavo real correteaba por la carretera. Lo siguió otro… y otro. Desde la maleza que crecía en paralelo al arcén, volvieron la cabeza hacia Grim y sus compañeros y empezaron a emitir sus gritos lastimeros, primero por separado, y luego todos juntos, al unísono. Grim jamás había pensado que el chillido de los pavos reales pudiera generarle un terror tan desconcertante, pero eso fue justo lo que le ocurrió, así que todo lo que había en su campo de visión comenzó girar de forma caótica. Se obligó a llenarse los pulmones de aire frío y consiguió no desmayarse. El aire le despejó un poco la cabeza; ya era algo, al menos.

Warren se volvió hacia él, y bajo aquella luz tenue Grim vio que toda la virulenta determinación que había reunido para plantarle cara a lo que fuera que estuviese sucediendo había desaparecido de su rostro para dejar paso a una sombría máscara de resignación y calma fatalista.

—Pavos reales. Sabes lo que significa, ¿verdad?

Grim no respondió. No tenía que hacerlo. Eran ratas en una

trampa. Con cada hora que pasaba sin que apareciera nadie, disminuían las posibilidades de que realmente llegara a aparecer alguien. Grim lo sabía. Pero ¿y si las horas se convertían en días? ¿Qué les esperaba entonces? Mientras el jefe de seguridad pensaba en las leyendas de gélidos inviernos de antaño, de hambre, de epidemias y de un pueblo vacío, los pavos reales titaban su demente sinfonía, y al cabo de un rato Grim sintió la necesidad de chillar con ellos.

«A lo mejor debería irme a dar un paseo —pensó—. Sólo alejarme un poco por la carretera. ¿Qué puedo perder?».

Era un impulso tentador, que además le parecía inevitable, pero Warren Castillo, que le agarró la mano en un sencillo gesto de agradecimiento y se la apretó con suavidad, lo detuvo. Un capitán siempre era el último en abandonar el barco que se hundía.

A la mañana siguiente, Grim tenía pensado volver al límite del pueblo en cuanto la primera luz del alba acariciara el cielo del Hudson. Era viernes por la mañana, así que por fuerza habría tráfico en la carretera. La Ruta 293 no era una autopista importante, pero siempre había coches. Siempre. Les harían señas cuando se acercaran.

«Y luego… ¿qué? ¿Qué crees que van a hacer los oficiales de The Point? ¿Abracadabra y la bruja desaparece?».

Grim apartó esa idea de su mente. Esa resultaba ser la menor de sus preocupaciones, porque lo oía incluso desde Old Miners Road: el clamor silencioso e inquieto de una multitud que se había reunido en la plaza y en las calles que rodeaban la iglesia de la Meta de Cristal. Pequeños grupos de vecinos acudían a toda prisa desde todas las direcciones para enterarse de qué estaba pasando. El jefe de seguridad palideció al ver que muchos de ellos, con miedo a lo desconocido que les esperaba fuera, se habían armado con cuchillos de cocina, martillos, bates de béisbol… y pistolas. La mayoría sostenía su arma sin fuerza a un costado, pero estaba claro que les quemaban en las manos y que estaban dispuestos a utilizarlas si era necesario. Una mujer bien vestida a la que reconoció como una de las enfermeras de Roseburgh había arrancado el crucifijo de la pared y lo sostenía en

alto con actitud sombría mientras seguía a la multitud, tropezando y dando tumbos como si estuviera borracha.

—Bueno, pues ha llegado el momento —dijo Grim—. Se va a ir todo a la mierda.

Warren negó con la cabeza, entristecido.

—Todo se fue a la mierda hace mucho mucho tiempo.

Experimentaba una intensa sensación de *déjà vu*: era la repetición del trauma del pueblo, de la reunión masiva del 15 de noviembre, cuando se torturó públicamente a los jóvenes responsables de la lapidación en presencia de toda la ciudadanía…, aunque ahora no había tanta gente como entonces pululando por las calles. Y el ambiente también era distinto, más opresivo. Se captaba el hedor de algo malo que estaba a punto de suceder. Los vecinos no habían pegado ojo y estaban helados hasta los huesos, pero a la vez sorprendidos de descubrir que habían sobrevivido a la primera noche. Ahora la luz mortecina del día les había dado una inspiración nueva… bajo la forma de una rabia que había sustituido al miedo como en un cambio de guardia. Incitados por los agoreros como John Blanchard, estaban desquiciados. Exigían saber qué se suponía que debían hacer.

Y exigían saber quién era el responsable.

Mientras Grim se abría paso a través de la maraña de gente que ocupaba el cruce, Marty Keller surgió de repente de entre la multitud y se aferró a él. Tenía los ojos abiertos como platos y enrojecidos, y en los labios una única lágrima de sangre seca que le había llegado desde la fosa nasal.

—¡Robert! ¡Tenemos que hacer algo!

—Marty, ¿qué narices está pasando?

—Hay disturbios por todas partes. Han arrasado el Market & Deli como una piara de cerdos salvajes. Alguien ha reventado el escaparate de Jim's Supply Store con una silla y la han vaciado, como te lo digo. La gente está acumulando provisiones, tienen miedo de que no vengan a ayudarnos. Pero eso no es cierto, ¿verdad? Van a venir a ayudarnos, ¿a que sí?

«Ya está ocurriendo —pensó Grim conmocionado—. Esto es lo único que se necesita para que la gente se hunda en la locura: una

noche a solas con ellos mismos y con lo que más temen».

Ahora Marty lo tenía agarrado del brazo. Tenía aspecto de estar a punto de echarse a llorar.

—Crees que no, ¿verdad? Te lo veo en la cara. Dicen que han encendido hogueras al norte y al sur de la 293, pero que no han atraído a nadie. Joder, las compañías eléctricas deben de saber que hay algo que va fatal ya desde ayer. ¿Y qué me dices de los parientes? Estamos muy cerca de Navidad, seguro que han dado la alarma. Pero ¿por qué no viene nadie? Es que… ¿qué cojones pasa?

—No lo sé, Marty —murmuró Grim—. ¿Estás bien? Estás hecho una mierda.

—No…, no me encuentro muy bien. Creo que tengo fiebre.

—¿Dónde coño está Mathers?

—¿No lo sabes?

—¿Saber qué?

—Mathers se ha suicidado.

Bajo casi cualquier otra circunstancia, Grim habría hecho sonar las trompas de los Alpes con gran pompa y ceremonia y habría anunciado a bombo y platillo por montañas y valles la feliz noticia de la muerte de Mathers, pero en aquel momento su único pensamiento fue: «¡No me jodas! Así que ahora que las cosas se están complicando demasiado, esa comadreja nos abandona».

Al menos el concejal habría sido capaz de calmar a la multitud. Ahora quien lo estaba intentando desde el cuadrado enlosado que había delante de la iglesia era el pastor, pero su voz no tenía ni por asomo la fuerza necesaria para que pudiera hacerse oír por encima de la confusión predominante. Pareció sentirse agradecido cuando Grim subió los escalones de la iglesia y le dio el relevo.

—¡Escuchadme todos, por favor! —rugió—. ¡Calmaos!

—Métete tu calma por el culo, Grim —gritó un hombre entre la multitud; estaba llorando, y por alguna razón aquello inquietó profundamente al jefe de seguridad—. Tiene los ojos abiertos, ¿qué sentido tiene calmarnos ahora?

Otra persona intervino para mostrar su acuerdo, y en apenas unos segundos el gentío se convirtió en un caos salvaje de ojos

furiosos y puños trémulos. No coreaban eslóganes, y era imposible distinguir las voces individuales que formaban aquel muro de ruido, pero el tono era de rabia y disensión. Los creyentes, los ateos y los despojados de toda esperanza se habían unido y se habían fustigado los unos a los otros con las mismas preguntas:

—¿Dónde está Katherine?

—¿Qué quiere?

—¿Qué va a hacer?

—¿Qué va a pasarnos?

—¡Como estadounidenses, tenemos derecho a saber!

—¿Por qué no ha venido nadie a ayudarnos?

—¿Es verdad que ese cobarde de Mathers se ha suicidado?

—¿Qué pasa con nuestros seres queridos que estaban fuera del pueblo? ¿Dónde están?

La plaza no tardó en quedarse demasiado pequeña para tantas almas perdidas, y las hordas comenzaron a empujar, tirar y apretar, como si todos necesitaran estar donde estaba su vecino y, una vez allí, sumarse al alud para volver a su posición original. Algunos perdieron el equilibrio en la aglomeración y otros iniciaron peleas. Grim vio que tiraban a una joven contra los adoquines, tras lo cual un hombre gordo le plantó el talón en la cara y le rompió la mandíbula.

«Esto es una locura —pensó—. Una locura. Ayer por la tarde, estas personas todavía eran estadounidenses normales y corrientes, apacibles, del siglo XXI…».

—¡Un sacrificio! —gritó de pronto John Blanchard con la pasión de los trastornados—. ¡Debemos ofrecer un sacrificio de sangre! ¡Quienquiera que haya hecho recaer este destino sobre nosotros! ¡Que lo traigan! ¡Que lo apedreen!

Vítores renovados.

—¡Maldita sea, calmaos! —gritó Grim, pero sólo los que se encontraban más cerca de él se callaron para escuchar—. Estamos haciendo todo lo posible por controlar la situación, pero no tiene sentido intentarlo si perdemos la compostura. Como las comunicaciones se han interrumpido, vamos a empezar a ofrecer actualizaciones en la plaza del pueblo cada tres horas… Eh,

¡escuchadme!

—¡Dinos algo que no sepamos! —rugió alguien—. ¿Quién le ha abierto los ojos?

—Sí, ¿quién ha sido?

—¡Que lo maten!

—¡Hacedlo pedazos!

El pánico comenzó a apoderarse de Grim: no tenía ningún poder ante aquella muchedumbre. Un solo hombre no podía exorcizarlos de la ira que los dominaba, y el jefe de seguridad percibió que estaba a punto de suceder algo terrible.

En la esquina inferior de la plaza, la multitud comenzó a apartarse a empellones del escaparate de Griselda's Butchery & Delicacies. La madre de Holst y su hijo acababan de salir, petrificados ante la presencia de tanta gente. La expresión del rostro de Jaydon era de desconcierto absoluto. Grim se preguntó si de verdad sería posible que no tuviera ni idea de lo que había sucedido a su alrededor. Incluso el gentío se quedó callado al enfrentarse a su hereje, su reo, su exiliado.

Griselda ya había ofrecido sacrificios antes: conocía el vocabulario silencioso de tal acto, así que aprovechó el momento para escabullirse de nuevo hacia el interior de la tienda y cerrar la puerta detrás de ella.

—¡Ahí está! —gruñó alguien señalando al muchacho con un flexo que se había llevado de casa.

—¡Fue él!

Sí, todos lo sabían. Todos estaban convencidos. ¿Quién podría haberle abierto los ojos a Katherine sino aquel pedazo de escoria que la había apedreado, que había recibido el castigo que se merecía y al que después habían liberado en las misericordiosas manos de todo el pueblo sólo para que se revolviera y se vengase de todo Black Spring? Aquella injusticia prendió el fuego de un frenesí enloquecedor al que nadie podía resistirse. Pronto, un semicírculo formado por unas treinta o cuarenta personas comenzó a cerrarse en torno al perpetrador, avanzando con las manos temblorosas y los puños apretados.

En aquellos últimos momentos, Jaydon debió de ver la

deshumanización de sus rostros y se volvió hacia la puerta de la carnicería, con su propio rostro contraído en una primitiva mueca de miedo. ¿Qué debió de pensar cuando se dio cuenta de que la puerta estaba cerrada con llave? ¿Qué debió de pasar por su mente cuando comenzó a golpear el cristal, con su madre clavándole una mirada pétrea, y vio el reflejo del círculo cada vez más apretado que se cerraba a su alrededor?

Entonces, de golpe, sus atacantes abandonaron el último resquicio de contención y el círculo se abalanzó sobre él. En un instante, lo alzaron por encima de sus cabezas como si fueran salvajes y lo cargaron sobre la muchedumbre ondulante y rugiente. Jaydon gritaba a pleno pulmón. Desde los escalones de la iglesia, Grim veía que los ojos estaban a punto de salírsele de las órbitas mientras los vecinos del pueblo le tironeaban de la ropa, las extremidades, el pelo. No pasó mucho tiempo antes de que se cayera y la gente lo atacara como una manda de lobos. Le clavaron las garras devoradoras, los cuchillos y los martillos en la carne, y Grim, ya sin esperanza ni fuerza, se arrodilló y vomitó en los escalones de hormigón.

Le invadió un profundo odio hacia sus semejantes; quería alejarse de todo aquello, de su esencia de ser humano, porque si eso era humanidad, no quería tener nada que ver con ella. Se dejó caer sobre los adoquines y se hundió en las profundidades nubladas de la burbuja de su propia conciencia, sudando y sufriendo únicamente por él mismo, con la garganta obstruida por unas lágrimas calientes y enfermizas y el sabor amargo de la bilis. No tenía ni idea de cuánto tiempo llevaba así… hasta que oyó el disparo que resonó contra las casas de los alrededores. O sea que al final sí que tenía algo en común con ellos: el estrépito les hizo dar un respingo a todos.

Grim levantó la vista, se secó la cara.

A la izquierda de donde se había producido el linchamiento, se encontraba Marty Keller, perdido en la furia de la turba. Con ambas manos, sostenía sobre su cabeza una .38 Special negra, que aún temblaba por la fuerza del disparo.

Las miradas ojerosas de cientos de personas lo observaban con incredulidad, con la sangre todavía goteándoles por los dedos, las

mejillas cubiertas de sudor, el fuego apagado.

El chaval había sacado la puñetera pistola de servicio de la caja fuerte y se la había metido en el cinturón. Grim no sabía quién le habría dado permiso para hacerlo, pero podría haberle dado un beso.

Entonces llegó la bruja.

Corrió entre la multitud como una plegaria sin amor: «la bruja, ha venido la bruja, Dios mío, es la bruja…». La gente que rodeaba a Jaydon Holst se apartó de él y dejó al descubierto lo que quedaba del muchacho: una papilla concentrada de sangre tibia y músculos convulsos. Pero las miradas no se centraron en él. Todos se volvieron en la misma dirección, pues su peor pesadilla venía a su encuentro, y Grim los imitó.

Katherine van Wyler se acercaba caminando por Upper Reservoir Road, con un niño disfrazado en cada mano, ofreciendo una imagen de calma absurda. Impávida, sin ninguna gana de apresurarse, avanzaba al encuentro de su rebaño. Por primera vez, la gente del pueblo recibió el saludo de sus ojos abiertos, y todos sus pensamientos felices desaparecieron en un instante. El pálido rostro de la bruja conservaba los rasgos característicos que tan bien conocían, pero ahora la carne de sus labios y párpados, exangüe y agujereada, había cobrado vida y relucía como las cicatrices tiernas. Todos y cada uno de los presentes en la plaza se sorprendieron al ver que ni entornaba los ojos ni estos poseían el brillo horrible y enfermizo que habían imaginado en sus sueños más oscuros. De hecho, ahora que la horrible máscara de los ojos y la boca cosidos había desaparecido, la cara de Katherine resultaba asombrosamente humana. Bajo el horror habían surgido a la luz sus líneas suaves y su estructura refinada. Escudriñaba las calles, las casas y a las personas del siglo XXI con un ansia acumulada a lo largo de trescientos cincuenta años de oscuridad, sonriendo con admiración y deleite. No había ni rastro de malicia: sólo una madre y sus hijos. ¿Era eso lo que siempre había querido? La expresión de sus ojos sólo podía describirse como de dicha sin parangón.

Aquello estaba tan en desacuerdo con las horribles imágenes que Katherine había grabado en la mente de esas personas, y con los

temores con los que habían convivido durante tantos años, que los residentes de Black Spring se sintieron muy incómodos. ¿Sería aquello cierto? Katherine no era una abominación… Ellos la habían convertido en una abominación.

Robert Grim observó con absoluto terror el momento en que Katherine y sus hijos llegaron a la plaza. Tenía casi todos los ingredientes de una escena feliz, pero no era feliz; no era el idilio que debería haber sido. Porque fue entonces cuando Katherine se volvió hacia la aterrorizada gente del pueblo y los tristes restos de Jaydon Holst, y sus ojos se llenaron de tristeza.

Y Grim pensó: «Nunca aprendemos».

La multitud retrocedió todavía más. Algunos intentaron escapar, pero la mayoría entendió que huir no tenía ningún sentido. Como obedeciendo una señal invisible, todos se arrodillaron a la vez, cientos de ellos, como musulmanes volviéndose hacia La Meca. Con un nudo en la garganta, se lanzaron a los pies de la bruja, totalmente a su merced, y le rogaron en una oración colectiva: «Lo sentimos, Katherine. Te aceptamos, Katherine. Perdónanos, Katherine».

Pero todavía tenían sangre en las manos, y pronto se derramaría más. Por el rabillo del ojo, Robert Grim vio que el destino se acercaba adoptando la forma de Marty Keller, que sujetaba el arma con las manos temblorosas y dio un paso al frente en medio de la multitud arrodillada.

El jefe de seguridad intentó ponerse de pie y gritarle que se apartara, pero tropezó y se cayó de bruces contra los adoquines. Se quedó sin aire en los pulmones, y aunque al final consiguió gritar, llegó demasiado tarde.

Marty disparó, pero Marty era analista de datos, no francotirador. Y no sólo eso, sino que además nunca había estado bajo una presión tan enorme como en el momento en que apretó aquel gatillo. El pequeño Joey Hoffman recibió el impacto en el cuello y salió despedido hacia atrás. Como si de una obra puntillista se tratara, un abanico de sangre salpicó el vestido de Katherine cuando la bruja se agachó para intentar coger al niño, pero el crío había muerto antes incluso de llegar al suelo.

La pequeña Naomi gritó, pataleó y le echó los brazos al cuello a la bruja. La siguiente bala, destinada a acabar con la maldición de Katherine de una vez para siempre, le arrancó la mayor parte del cráneo a la niña. Oyeron la inhalación áspera con la que la bruja intentó coger aire al perder también a la segunda criatura mientras se tambaleaba en un vals macabro con los dos cuerpecitos muertos.

«Esto es una broma —pensó Grim—. Una especie de terrible malentendido que no logro comprender».

La bruja levantó la mirada hacia Marty.

El chico empezó a gritar. Intentó escapar, pero los pies no le respondían. La bruja se encaminó hacia él, encorvada, tranquila, aprisionando la mirada de Keller en su actitud de desprecio, dolor y venganza despiadada.

Katherine le puso las manos sobre los hombros y lo miró. Pasó más de diez segundos observando al nuevo verdugo, y entretanto la multitud se apartaba cada vez más, y más. Luego la bruja le tosió en la cara.

Marty dio un paso atrás, inestable, y se volvió hacia la multitud. Empezó a temblar y a sudar como si de repente le hubiera entrado una fiebre muy alta, y la sangre le manó con furia de la nariz. También comenzó a expectorar sangre que se le espumaba en los labios.

—Ayudadme… —tartamudeó, pero sus vecinos no hicieron más que alejarse, temerosos de que les contagiara lo que fuera que le había entrado.

Marty tendió las manos hacia ellos y cayó de rodillas. Grim vio que unas pápulas oscuras y con hoyuelos se le hinchaban en las mejillas y el cuello hasta formar una grotesca máscara de costras escamosas y despigmentadas. Su respiración era vacilante y ya no podía dejar de toser, un hipo horrible, rasposo y ronco que sonaba como si estuviera echando los pulmones por la boca. Enseguida se desplomó contra el suelo y empezó a retorcerse sacudiendo las piernas mientras las venas se le rompían bajo la piel y la cara boquiabierta se le ennegrecía como si se le hubiera carbonizado. Y al mismo tiempo que la muerte se apoderaba de él, miraba con ojos ciegos, vueltos y acusadores a los perplejos espectadores, uno de los cuales era el

doctor Walt Stanton, cuyos labios formaron una sola palabra espantosa: «Viruela…».

Katherine se tiró al suelo y golpeó el pavimento con los dos puños. La tierra pareció temblar. Aparecieron grietas bajo sus manos, y Grim supo que en aquella mañana de castigo no habría restricción ni razón. Sólo penitencia. La gente de Black Spring se lo había buscado: ellos eran los malos, ellos habían creado el mal que era Katherine al permitir que la fatalidad y el desaliento que albergaban en su interior se hicieran con el control, al castigar a los inocentes y vanagloriarse de su propio sentido de la justicia. Ella les había dado a elegir. Ahora ya era demasiado tarde, y cuando todos los que rodeaban a Robert Grim empezaron a correr en un intento vano de huir del mal de ojo de la bruja, comprender todo aquello lo hizo sentir un horror primordial que sólo podía compararse al de sus primeros recuerdos en el vientre materno: aquella primera pérdida, aquella primera salida irreversible de un refugio seguro, aquel primer anhelo de aferrarse a lo que quedaba a su espalda.

La única respuesta de la criatura a la cruel alucinación del nacimiento era gritar…, así que eso fue lo que hizo Grim.

TREINTA Y DOS

La tarde del lunes 24 de diciembre, a Steve Grant lo despertaron las gotas de agua que le caían sobre la cara. Estaba tirado en el suelo escarchado del bosque, bajo un techo interminable de ramas esqueléticas. Intentó levantarse, pero volvió a caer de espaldas sin poder evitarlo, se tumbó de costado y atravesó la finísima corteza de hielo que cubría la maleza cenagosa. El dolor le recorrió todo el cuerpo y convirtió sus labios en un tajo blanco y tenso. ¿Dónde diablos estaba y qué hacía allí? Su reloj de pulsera le dijo que eran las 16:30 del día 24, pero Steve no entendió qué significaba aquello. Joder, llevaba cuatro días y cuatro noches en el bosque.

Permaneció allí, apáticamente tendido, durante un buen rato, escuchando el silencio antinatural del bosque. Estaba mojado y entumecido por el frío, y no podía dejar de temblar. Seguía llevando puesta la ropa del funeral. La barba incipiente le raspaba el mentón. Notaba los labios hinchados y doloridos. Tenía la boca seca y pegajosa, recubierta de una capa de saliva que sabía a bosque y a pino. Steve intentó obligar a su cuerpo a regresar al estupor del que había despertado, pero permaneció alerta y se aferró… no a la vida, sino a…

«¡Tyler! ¿Ha resucitado a Tyler?».

Eso lo hizo levantarse. Una intensa punzada de dolor en la espalda le dibujó una mueca en los labios, así que tuvo que apoyarse contra una pared terrosa cubierta de hojas. Miró a su alrededor y vio matas de cicutas altas y antiguas en una ladera que reconoció sin

mucha emoción como la del Mount Misery, detrás de su casa. Al parecer se había escondido en una de las trincheras cubiertas de vegetación que la Academia Militar había excavado cuando hacía maniobras por aquella zona, o puede que tal vez se remontaran a la Guerra de la Independencia. Alimento para los visones y las serpientes de cascabel.

Entonces comenzó a recordar los acontecimientos de los últimos días, lentos y fragmentados, como los trozos de madera que llegaban a la orilla después de un naufragio. Se acordó de que se había quedado solo en casa después del funeral de Tyler, y de que él…

«Dios mío». La egagrópila de búho. El pelo de Tyler. Ella había acudido a él y él le había abierto los ojos. Cielo santo, ¿qué había hecho?

Sus recuerdos de lo que había sucedido entre el momento en que huyó hacia el bosque y el actual eran precarios. ¿Era posible que hubiera estado sumido en un delirio durante todo aquel tiempo? ¿Que su mente se hubiera quedado tan paralizada por la premonición de lo que él mismo se había buscado que se hubiese desconectado sin más? Daba la sensación de que había estado vagando por el bosque sin saberlo, y de que había dormido muchas horas sin que sus necesidades físicas lo despertaran. Aunque en realidad aquello no podía llamarse dormir; había sido más bien un estado de semiinconsciencia en el que las pesadillas y la realidad se fusionaban como una imagen doble en un estereopticón. Y tenía que haber sido un delirio. ¿Por qué si no iba a recordar haber visto una procesión de flagelantes que salmodiaban y se abrían camino por el bosque mientras se azotaban la espalda desnuda con una cuerda anudada a modo de expiación cínica? Debía de haber sido una alucinación, ¿verdad?

En algún lugar crujió una rama, y Steve se quedó inmóvil, con el cuero cabelludo erizado. Una vez más, cobró conciencia de la quietud antinatural. Ni pájaros ni seres vivos correteando entre los matorrales. Sólo el suave susurro del viento en las copas de los árboles y el chasquido esporádico de las hojas heladas. Pero ¿qué había hecho crujir esa rama? ¿Era Katherine? «¿Había estado con él en la oscuridad mientras dormía?». O… ¿sería Tyler?

—Para ya —dijo con voz ronca.

Darse cuenta de que, aun en plena posesión de sus facultades mentales, se estaba planteando la posibilidad de que su hijo muerto lo estuviera siguiendo por el bosque hizo que se le tensara la piel del cráneo y que un escalofrío le recorriera la columna vertebral.

«Tiene que suceder de una forma u otra, ¿no? La resurrección prometida… Llamémosla por su nombre».

Pero no se atrevía —no podía— depositar su esperanza en…, ¿en qué, en realidad? Steve se estremeció e intentó eliminar aquella posibilidad de sus pensamientos, pero se negó a desaparecer. Le parecía que todo estaba terriblemente mal. El silencio estaba mal; la forma en que el crepúsculo cercano se hundía entre los árboles estaba mal. Lo que había hecho le oprimía como un peso muerto. Se hurgó los bolsillos en busca del móvil, pero por lo visto se lo había dejado en casa.

Steve no necesitaba una bola de cristal para ver lo que le esperaba ahora: seguiría el sendero de regreso a casa y se enfrentaría a las consecuencias de sus acciones. Seguro que era lo que se esperaba de él, y sentía la obligación…

Pero a la mierda con todo, porque en verdad todavía no se atrevía a enfrentarse a ello. Rezó por que Jocelyn, por la razón que fuera, se hubiera quedado en St. Luke's con Matt. O por que se hubiera dado la vuelta a la primera señal de…, al primer indicio de que Katherine tenía los ojos abiertos, y hubiera huido hacia la seguridad de un motel de Newburgh.

«Por eso el condenado plan era tan perfecto, ¿no? Jocelyn estaba en Newburgh con Matt…, apartada, sana y salva. Tal vez fuera la propia Katherine quien esperó a que se dieran las circunstancias adecuadas… para que quedáramos fuera del alcance del peligro».

Rezó por que fuera verdad, pero no se permitió el lujo de creérselo.

Bajaría por el sendero, pero no por el que zigzagueaba por Philosopher's Deep y volvía a su casa. Iría más hacia el sur, cruzaría Ackerman's Corner por donde el Spy Rock Valley viraba hacia el pueblo. Y juzgaría. Evaluaría la situación. Si podía suponer de forma

razonable que todo estaba más o menos bien, volvería a casa para ver si Jocelyn estaba allí. Pero antes no. Porque si tenía las manos manchadas de la sangre de Black Spring, existía la terrible posibilidad de que también fuera responsable del destino de su esposa… y no sabía si estaba listo para afrontar ese hecho.

Steve comenzó a bajar la montaña envuelto en la última luz del día. Le dolía todo el cuerpo y tenía el estómago revuelto, pero al cabo de un rato comenzó a sentirse más cómodo y consiguió establecer cierto ritmo. Aunque llegara al sendero de Philosopher's Deep, se mantendría estrictamente a la derecha, ni siquiera miraría en esa dirección.

«¿Qué eran esos ruidos que salían anoche del pueblo?».

El pensamiento se le ocurrió de manera espontánea, y Steve se preparó para resistir su embate… Tenía tanto poder que había estado a punto de tumbarlo. Sí, había pasado frío y dolor, recordaba ahora. Había padecido hambre y calambres, y había tenido escalofríos descontrolados, pero el sufrimiento físico no era nada comparado con la tortura mental que había tenido que soportar. El miedo aniquilador a la oscuridad que él mismo había desencadenado le había conferido a su estupor graves efectos alucinatorios, con toda probabilidad empeorados por un caso agudo de privación de oxígeno inducida por el pánico. Había empezado con los ruidos. Junto con los ruidos llegaron los olores. E inspiradas por los ruidos y los olores le llegaron imágenes horribles que deberían haberlo despojado de su cordura… y que tal vez lo hubieran hecho. Cuando escuchaba gemidos, veía a gente sufriendo, retorciéndose, con la cara negra y bubas hinchadas en las axilas y el cuello. Pero no de viruela: se trataba de la enfermedad del Viejo Mundo. Cuando percibía el hedor del asfalto derretido, veía barriles de alquitrán quemándose en las esquinas con el objetivo de purificar el aire miasmático; por alguna razón, era Pete VanderMeer quien los prendía con una antorcha casera hecha con un par de Levi's empapados en gasolina y envueltos alrededor de una fregona Rubbermaid. De las fachadas derruidas colgaban haces de paja para señalar qué casas estaban infectadas. Y cuando olía fuego, veía arder la iglesia de la Meta de Cristal. Detrás de las vidrieras estaban los

enfermos y los muertos, y todos ellos gritaban. En su visión los rostros eran máscaras con la boca abierta a causa del horror, y Steve se daba la vuelta como si no quisiera reconocer —ni siquiera en sueños— el hecho de que sus amigos y vecinos del pueblo estaban ardiendo.

Pero siempre estaba Katherine. Siempre estaba ahí de pie, inmóvil, mirando.

En cierto momento, ante sus ojos había aparecido un delirio del todo surrealista. En medio de la plaza del pueblo, todos los niños de Black Spring estaban envueltos en capullos de lino blanco, algunos pequeños, otros un poco más grandes, y atados unos a otros formando una enorme red vertical de sábanas bien estiradas. La estructura se elevaba hacia el cielo y tenía la forma de un cono redondeado, muy parecida a la de un pecho femenino. De la ropa de cama sobresalían caras de mejillas rosadas: los cuatrocientos niños de Black Spring, muy vivos, con un brillo soñador en los ojos vidriosos. El verdadero calvario era para los padres, que clamaban en las calles al pie de la magnífica torre, pero que se contenían los unos a los otros, ya que estaba claro que, si sólo uno de ellos era incapaz de resistir la tentación de llevarse a su hijo fajado, todo el diseño se derrumbaría, con todo lo que eso conllevaría. En la parte superior del pecho estaba Katherine, como un misericordioso pezón materno, vertiendo leche caliente desde una jarra de plata. Fluía por todos los lados como una fuente perfectamente simétrica y cientos de lenguas infantiles la lamían con ansia.

«Va a salvar a los niños —pensó Steve mientras contemplaba la escena en su delirio—. ¿No lo entienden? Que no lo fastidien; va a perdonar a los niños…».

No sabía con exactitud de dónde había salido aquella grotesca imagen. Ni siquiera en sus fantasías más extrañas se había imaginado nunca una locura tan siniestra combinada con una belleza tan natural y desconcertante. Steve había permanecido tumbado, observándola sin aliento, como si estuviera presenciando un milagro. Pero entonces la imagen había parpadeado, y ya no era Katherine con su jarra de leche quien coronaba el pezón del pecho tejido, sino Griselda Holst, la esposa del carnicero, desnuda como el día en que llegó al mundo.

Gorda y carnosa, se erguía sobre los padres de Black Spring. Así como siempre les había ofrecido su carne, ahora se la estaba dando de comer a sus hijos. La estaba pariendo. De su útero manaban sin cesar oleadas de paté con aspecto de placenta, y se escurrían por los costados de la fuente manchando las sábanas blanquísimas y adhiriéndose como coágulos a los rostros de los niños.

«En realidad no estoy viendo esto —pensó Steve—. Ni de puta coña. Todavía estoy sumido en una especie de delirio. Debe de ser eso. Me despertaré dentro de un minuto, espera y verás».

Tuvo la sensación de que la imagen titilaba de nuevo… y entonces volvió a ser Katherine, o tal vez siempre hubiera sido ella. Y de repente Steve comprendió que los vecinos del pueblo sólo veían lo que decidían ver: lo obsceno, lo malo, lo feo. Mientras que Katherine había creado una visión de felicidad, los padres sólo conocían la crueldad. Y por eso tenían que destruirla.

Fue una piedra bien lanzada, que golpeó a Griselda-Katherine en la frente y seccionó el pezón como una navaja de precisión. La mujer se volvió hacia atrás agitando los brazos y cayó en la red de niños fajados. Se oyó un ¡zing! grave, el ruido de la cuerda de un contrabajo al romperse, y de pronto las telas desenvueltas empezaron a escupir niños allí donde el flanco del pecho había quedado destruido. Pronto toda la estructura cedió y la obra maestra se desmoronó. Cuatrocientos niños salieron volando por los aires como si los hubieran disparado con una catapulta. A Steve se le abrió la boca, un tembloroso agujero de horror, cuando vio en el rostro de los niños que habían comprendido lo que pasaba, cuando oyó sus gritos lastimeros de miedo y desconcierto. Los padres habían suspendido la prueba, y ahora sus hijos se precipitaban sobre ellos en una lluvia de huesos rotos y extremidades crujientes. El lamento que se elevó no era humano y estaba mucho más allá de los límites de la locura, y a pesar de su delirio, Steve supo que, si no estaba ya loco, no pasaría mucho tiempo antes de que lo estuviera. Entonces la imagen se desvaneció de su mente y él se hundió de nuevo en la oscuridad. Lo único que quedó atrás fue la vaga certeza de que el resultado de aquella agonía estaba en sus manos.

Cuando el bosque se abrió ante él, el cielo estaba de un azul casi negro, y las nubes de un tono carmesí hirviente. Con una peculiar sensación de haber vuelto a casa, Steve se dio cuenta de dónde estaba. Detrás del alambre de púas que corría en paralelo al sendero estaban los pastos escarpados y congelados de Ackerman's Corner, donde John Blanchard sacaba siempre a pastar a sus ovejas. El paisaje tenía una extraña apariencia muerta. Highland Woods rodeaba a Steve por tres lados, y Black Spring se extendía más abajo, invisible tras las montañas. Más al sureste, la tierra se hundía en el Valle del Hudson y se distinguían las luces brillantes de Fort Montgomery y Peekskill. Las familias ya se estarían reuniendo para celebrar la cena de Nochebuena, con los regalos ya envueltos y la chimenea encendida. Aquel pensamiento lo llenó de un intenso sentimiento de melancolía: los pueblos del valle le parecían destinos exóticos, tan tentadores como inalcanzables.

«No son inalcanzables. Este es mi purgatorio —pensó Steve—. Si pasas la prueba, te espera el paraíso, ¿no?».

Aquello lo llevó de vuelta a la visión de la noche anterior, y un peso amargo recayó sobre él como una piedra.

«Puto enfermo», pensó como un idiota. Tras reprimir esa idea, comenzó a bajar por la ladera hacia Black Spring.

Seguramente, nada en el mundo podría haber preparado a Steve Grant para su confrontación con el pueblo en el que había criado a sus hijos.

El caos había llegado a Black Spring. Sólo la poesía o la locura podían hacer justicia a los ruidos que se alzaban en el cielo radiante, ya incluso cuando pasó por la noria histórica del ayuntamiento y bajó corriendo por Upper Reservoir Road. Un humo espeso y sofocante que brotaba del centro del pueblo le quemaba en los ojos y le dificultaba la respiración. Pero el espectáculo se le reveló por completo sólo cuando dobló la última curva y llegó a la esquina superior de Temple Hill.

La plaza del pueblo era un tropel inmenso de anormalidad humana. Ahora no eran cientos, sino dos o tres mil las personas que

participaban en aquel absoluto pandemonio de gritos, lamentos y peleas. Todo el mundo estaba allí, todo Black Spring. Y era imposible saber quién luchaba contra qué causa. El local de Griselda's Butchery & Delicacies había quedado reducido a cenizas, y había más edificios en llamas: hogueras enormes que iluminaban a la turba, rozaban las copas de los árboles, coloreaban con un resplandor rojizo la estatua de bronce de la lavandera que había junto a la fuente y se reflejaban en las ventanas de forma extraña de la iglesia de la Meta de Cristal, lo cual le confería la apariencia extraña de ser aún más alta y de contemplar a la muchedumbre impía con los ojos del infierno. Steve trató de reconocer a sus conciudadanos en los rasgos de aquellos individuos, pero se dio cuenta de que era imposible: era como si les hubieran borrado el rostro, no tenían ni ojos ni boca, y ni una sola cara de loco se diferenciaba de la de otro. Aquellos eran los rostros de Black Spring, y Black Spring estaba en su momento más oscuro.

Entonces algo lo hizo volverse, una fuerza que parecía provenir de fuera de él, y a duras penas consiguió reprimir un grito. Era Katherine van Wyler. Estaba en el camino de entrada de una de las casas de la cima contemplando el panorama que se desplegaba más abajo, justo delante de un Pontiac Grand Am con el tubo de escape doble y cromado que no tenía pinta de que fueran a utilizarlo en un futuro cercano. Tenía el capó y todas las ventanillas rotos, y Katherine estaba de pie, descalza, en medio de una camada de vidrios rotos. Pero no parecía importarle: la bruja observaba la anarquía que se estaba desarrollando frente a ella con una expresión de total impasibilidad.

—¡Páralo! —gritó Steve. Dio unos cuantos pasos tambaleantes hacia ella, arrastrando unas piernas que habían perdido toda la sensibilidad. Cuando estuvo lo bastante cerca, bajó la voz, porque también eso parecía haber perdido su fuerza—. Por favor, haz que paren. No sigas haciéndolo. Ya es suficiente. Por favor.

Pero luego Katherine volvió la cabeza despacio hacia él. Y en cuanto Steve le vio la cara, comprendió que lo que había confundido con impasibilidad era, en realidad, una conmoción hueca que reflejaba fielmente la suya. Entonces lo supo. Por supuesto que lo supo. «No era

la bruja quien lo estaba haciendo».

Aquello no era una penitencia ni una venganza. Era el propio Black Spring.

Katherine levantó el brazo y señaló la iglesia.

«Jocelyn y Matt», pensó… y de repente se sorprendió mirando la imagen cristalina de su delirio, la imagen de la iglesia ardiendo. Su interior era un hervidero de fantasmas, pero ahora su esposa y su hijo menor se contaban entre ellos. El parche del ojo de Matt estaba húmedo y ceniciento, y el pelo de Jocelyn enredado y sucio. Matt se aferraba a su madre con desesperación, pero Jocelyn gritó cuando un arco elevado explotó en cenizas chisporroteantes que cayeron dando vueltas sobre ambos.

No era tanto un recuerdo del sueño febril de la noche anterior como una imagen que le proyectaban en la mente. Katherine se la estaba mostrando.

Y Steve supo con una certeza repentina y repugnante que, en efecto, Jocelyn y Matt estaban en la iglesia, y que algo terrible estaba a punto de suceder, algo que tenía que evitar.

—Matt está en el hospital —murmuró. Palideció de golpe. Tuvo la sensación de perder el control de sus músculos. La boca se le abrió en un grito—: ¡Matt está en el hospital, no puede estar allí!

Pero el dedo de Katherine continuó apuntando sin piedad.

Se oyeron disparos al otro lado de la plaza y una mujer empezó a gritar, un grito desgarrador que se elevó sobre la chusma: «¡Mi bebé, mi bebé no!». Pero Steve apenas pudo asimilarlo.

«Dios mío. Matt está ahí; Jocelyn está ahí. ¿Estarás contento ahora con lo que has provocado, puto idiota? ¿Cómo es posible que Matt esté aquí?».

Pero ¿de verdad era tan tonto como para creer que podrían haberse quedado en Newburgh, escapar del clímax en una obra tan oscura como aquella? No era así como se suponía que terminaban las tragedias, ni siquiera si deseabas que fueran falsas. ¿A quién pretendía engañar exactamente?

Se volvió hacia la bruja.

—¿Dónde está Tyler?

Katherine señaló implacable hacia la iglesia.

Aquel dedo, aquella indicación, lo que implicaba lo que acababa de oírse preguntar; aquellas cosas le asustaron aún más que el tono ronco y tembloroso de su voz.

—Tengo que saberlo. ¿Está Tyler ahí dentro?

Nada, sólo el dedo.

«Espabila, pedazo de cabrón, esto escapa a su control. De hecho, nunca lo ha tenido bajo control. El pueblo se ha vuelto loco, y lo más seguro es que Jocelyn y Matt estén en el medio. Te está ofreciendo una oportunidad…».

Steve vaciló, desgarrado al ver tristeza, no maldad, en los ojos de la bruja… y entonces echó a correr.

Y se zambulló en la vorágine.

Empezó por abrirse camino entre la multitud sin ser visto. Una vez que llegó a la mitad de la pendiente, el tumulto le bloqueó la vista por completo, así que pronto perdió el sentido de la orientación. Desde todas partes lo empujaban cuerpos mugrientos y sudorosos cuyo olor era nauseabundo: un tufo depravado a miedo, poco menos que tóxico.

Steve vio cosas que jamás olvidaría mientras viviera.

Eve Modjeski, la ahora exempleada del Market & Deli, se tambaleaba de un lado a otro con la cara pintada con la sangre de la enorme herida que tenía en la frente, tarareando una cancioncilla de jugar a la comba y con los ojos en blanco como si se le hubieran vuelto hacia el interior de la cabeza. Un hombre cuyo nombre no conocía pero que antes trabajaba como dependiente en Marnell's Hardware se abría paso entre el gentío cargando con dos bebés desnudos a los que Steve reconoció como los hijos de Claire Hammer. Y también había cadáveres. A algunos les habían disparado… y esos habían sido los afortunados.

Luchando contra el pánico que lo oprimía, Steve comenzó a gritar los nombres de su esposa e hijo, pero entonces se dio cuenta de su error: sus chillidos llamaron inevitablemente la atención de los que lo rodeaban, que de pronto lo vieron. La gente se apartó de él en todas

direcciones. Los ojos de sus vecinos, en los que hasta entonces sólo había visto el brillo opaco de la ignorancia, destellaron con un horror supersticioso y repentino… y con aire acusador.

—¡Es él! —gritó una voz aguda, y Steve se sorprendió al ver a nada menos que Bammy Delarosa señalándolo con el dedo—. ¡Él es quien ha hecho recaer el mal de ojo sobre nosotros!

Un frenesí aterrorizado poseyó de inmediato a la multitud. Mientras la mujer que había comenzado aquel furor repetía a voces la misma acusación una y otra vez —y esa no podía ser Bammy, debía de estar equivocándose, ¿no?—, otros empezaron a farfullar oraciones, a señalarlo haciendo el símbolo de los cuernos con la mano o a santiguarse en un intento desesperado de protegerse del que consideraban su culpable. Con incredulidad, Steve les devolvió la mirada y retrocedió despacio, pero chocó con otros que tendieron las manos hacia él y le tiraron de la ropa.

Lo sabían.

Sabían que había sido él quien le había abierto los ojos a la bruja. Era como el chivo expiatorio de una colonia de tramperos del siglo XVII… y ya se sabía cómo acababan esas historias.

Se liberó y empezó a correr. La multitud se abrió ante él y Steve se aprovechó de lo horrorizados que estaban, pero el grito que exigía su ejecución se propagó más rápido de lo que él logró abrirse paso entre aquella locura impenetrable. La única razón por la que se detuvo cuando reconoció a Warren Castillo fue que supo con una claridad irracional que su destino no era huir. No tenía la menor idea de por qué lo sabía, pero era verdad.

—¡Warren! —dudó, y luego le tocó el brazo al hombre—. ¿Qué coño está pasando aquí?

Warren se dio la vuelta y Steve vio que llevaba el cuchillo de carnicero más grande que había visto en su vida.

—Steve —dijo—. Llevaba tiempo sin verte. ¿Cómo fue el funeral?

Steve dio un paso atrás. Captaba un olor repugnante en el sudor de Warren. En su voz había algo que no encajaba. No le gustaba su tono. No, para nada. Era como si estuviera muy borracho, pero Steve no notaba que el aliento le oliera a alcohol, sólo a putrefacción

avanzada.

—¿Has visto a Jocelyn?

—¿Quién es Jocelyn?

Silencio.

—Mi esposa.

—¿Mi esposa? —Otra vez ese extraño tono en la voz de Warren —. Mi esposa ha recogido un montón de bayas de enebro y de hierba de Santiago en el bosque esta mañana. Dice que purifican el aire. No sé quién se lo ha enseñado, pero… —Se detuvo a mitad de la frase y pasó el pulgar por la hoja de su cuchillo—. ¿Por qué lo hiciste, Steve? ¿Por qué tuviste que abrirle los ojos?

Intentó responderle, pero cuando abrió la boca, descubrió que tenía la garganta demasiado contraída como para forzar la salida de aire. Un segundo después, algo explotó en la parte superior de su espalda, y esta vez el aire sí que salió, porque el golpe le vació los pulmones de manera literal. La barbilla de Steve impactó contra el suelo. Los dientes le restallaron y de las zapatillas de deporte, las botas y los mocasines que de repente le iban cercando la visión, surgió una negrura súbita. Con un gruñido, se dio la vuelta para tumbarse de espaldas y se encontró mirando directamente hacia la cara invertida de Rey Darrel y los ojos negros de los dos cañones del rifle con el que le habían golpeado.

—Vaya, vaya, ¡pero mírate, chico! —dijo Darrel—. No me digas que no eres un espectáculo que haría llorar a un estadounidense orgulloso.

—Rey —siseó—. No…

—Puto traidor.

Y sin más, Rey se echó hacia atrás para coger impulso y le dio una patada en la cara. Steve oyó un crujido óseo y sintió que un dolor insoportable le atravesaba la mandíbula. La cabeza le osciló en el cuello, su cráneo emitió un ruido sordo al golpear los adoquines y una cortina vertical de sangre se le escapó de la boca.

Entonces Steve debió de desmayarse durante un minuto, puede que incluso durante sólo unos segundos, porque lo siguiente que supo fue que lo estaban arrastrando, y luego levantándolo, mientras gritos

de instigación brotaban de la turba. Olía a pavimento, a humo, a locura. Se atragantó con su sangre, tosió un diente. El mundo se vino abajo cuando lo alzaron por encima de sus cabezas, y Steve tuvo la nauseabunda pero intensa sensación de que estaba volando y nunca volvería a tocar el suelo. Mientras la multitud lo trasladaba cruzando el cementerio hacia su encarcelamiento sin juicio, la cara le ardía a causa de los horrores, y la piel estiradísima se le encrespaba sobre el cráneo como si le estuviera preparando las mandíbulas destrozadas para el grito que anunciaría el final de todo.

Pero entonces sucedió algo peculiar.

La visión periférica se le ensanchó y tembló, y de repente se dio cuenta de que veía las caras de los vecinos del pueblo a través de los mismos ojos a los que durante tanto tiempo había temido…, los mismos ojos a los que les había quitado los puntos de sutura. Tal vez se debiera a que, al igual que Katherine, ahora sabía lo que era ser señalado como un paria. Tal vez a que, como Katherine, él era ahora el blanco de la ira de aquellas personas. O quizá a que sólo ante su muerte inminente podía permitirse la libertad de abrazar lo que siempre le había parecido su mayor temor en Black Spring, pero que ahora le transmitía una extraña sensación de haber vuelto a casa.

Aquella revelación le llegó cuando se acercaron a la iglesia y la pesadilla que lo rodeaba se volvió más oscura. Se sentía íntimamente conectado con Katherine, y eso le provocaba un alivio insólito, un sentimiento de pertenencia. Steve se relajó entre las manos de sus inquisidores y sintió su tacto tranquilizador en todo el cuerpo. Cerró los ojos, pero aun así continuó viendo con los de Katherine: obligada a salir de una oscuridad misericordiosa, se la forzaba a contemplar lo que trescientos cincuenta años de civilización progresiva les habían hecho a sus conciudadanos. Mujeres arrastradas por las piernas o por el pelo y arrojadas a la iglesia. Un coro que se elevaba: «¡Bruja! Bruja! Bruja!». Balas de heno y neumáticos de goma empapados de gasolina apilados contra las paredes de la iglesia. Theo Stackhouse, el ahora desenmascarado verdugo de Temple Hill, alzando una antorcha por encima su cabeza. Una mujer con un bebé en brazos tratando de huir y recibiendo un disparo en la nuca, tras lo cual arrastraron su cadáver

hasta la iglesia con el bebé, vivo, todavía aferrado a ella.

Entonces también arrojaron a Steve al nártex de la iglesia de la Meta de Cristal. Aterrizó sobre un cúmulo humano y le cerraron las puertas del templo de golpe en las narices.

Se alejó arrastrándose sobre extremidades y piel, también a punto de que lo pisotearan, hasta que sintió el suelo frío bajo las manos. Steve consiguió continuar avanzando a cuatro patas y, por último, se puso de pie. Dio unos cuantos pasos ebrios y casi se desploma de nuevo contra el suelo. El dolor era una presión sorda pero vertiginosa en su cara hinchada. Sentía el labio inferior como si estuviera suelto. Lo más seguro era que tuviera la mandíbula rota.

No pasó mucho tiempo antes de que el susurro suave y acumulativo del fuego del exterior se convirtiera en un rugido que ahogó incluso la furia de los aullidos y chillidos de los vecinos atrapados en la iglesia. Y no pasó mucho tiempo antes de que una de las vidrieras en forma de cristal reventara y un cóctel Molotov cruzara el claustro oscuro hasta explotar entre los bancos, hacia la mitad de la nave.

El estallido de calor fue inmediato y salvaje, y bañó la iglesia profanada en un resplandor infernal. Bajo esa luz, Steve vio que la iglesia estaba llena de gente que se lanzaba contra las puertas enrejadas con desesperación, que chocaba contra las paredes, que intentaba alcanzar las vidrieras de las ventanas y que se agachaba cuando los cristales volaban por los aires y las llamas hervían a través de las aberturas. Vio a dos personas en llamas…, hombres, mujeres, imposible de decir. Cuando enfiló el pasillo central para alejarse de las paredes en las que el calor iba acumulándose más rápido, muchos tendieron las manos hacia él, le suplicaron, le preguntaron por qué lo había hecho. Vio a personas a las que una vez había considerado sus amigas; Pete VanderMeer, arrodillado con un niño muerto entre los brazos. Cuando Pete levantó la vista, las miradas de ambos hombres se cruzaron en un momento paralizante, y la expresión vacía de la cara de su mejor amigo se convirtió en una máscara de desesperación… y reproche.

Incluso él lo había declarado culpable.

Pero ¿lo era? ¿De verdad aquel infierno era obra suya? Su decisión de abrirle los ojos a Katherine no había sido más que una catálisis causada por su dolor por la muerte de su hijo, y ¿quién era el responsable de la muerte de Tyler? Jaydon Holst lo había obligado a escuchar los susurros de Katherine. Pero ¿podía considerarse que Jaydon era culpable después de lo que el pueblo le había hecho a él? ¿Y Katherine, después de lo que le habían hecho a ella?

Un mal engendraba otro mal mayor, y en última instancia, todo se remontaba a Black Spring.

El pueblo de Black Spring había hecho que todo aquello recayera sobre sí.

Le sobrevino un escalofrío de una naturaleza tan oscura y primitiva que Steve comenzó a tiritar a pesar del terrible calor. Los odiaba. Los detestaba. A todos ellos. A los que estaban dentro de la iglesia y a los que estaban fuera. Eran todos iguales. Ahora se daba cuenta.

Había tenido los ojos cosidos y cerrados durante todos aquellos años, pero ya no.

¡Y todas aquellas bocas abiertas y ojos bulbosos gritándole con escarnio!

Muy bien, que lo tomaran por su paria.

Ya no podrían seguir cegándolo, a él no.

Y cuando llegó al presbiterio, los maldijo a todos. Las centelleantes ráfagas de brasas que se desprendían de la membrana de fuego casi transparente que devoraba el techo le acribillaban el rostro vuelto hacia arriba, pero le daba igual: era su fuego. Maldita fuera aquella gente. Maldita su interminable cadena de decisiones egoístas. Maldita su negativa a buscar la reconciliación, maldita su incapacidad de amar, maldita su enfermiza insistencia en ver lo feo, no lo bueno. Tyler era diferente; Tyler tenía sueños. ¡Malditos, malditos, malditos fueran los que le habían arrebatado a Tyler!

—¿Papá?

Steve había encontrado la puerta que todos los demás habían olvidado, escondida en un recoveco detrás del facistol. Era como si sus pies lo hubieran llevado hasta allí. Pero entonces se detuvo de forma

abrupta. Seguía tiritando, pero no debido al frío, sino a un calor febril nacido de la rabia. Ya había cogido el llavero del gancho y, apretándolo con fuerza en la mano, se dio la vuelta.

Eran ellos.

Al otro lado de la iglesia, tras una neblina de humo cada vez más espeso: Jocelyn protegiendo a Matt con su cuerpo de la cascada de llamas. La espalda y las nalgas desnudas de su esposa estaban abrasadas e infestadas de ampollas, pero, cuando la levantó, a Steve no le cupo duda de que la cara era la de Jocelyn. Vio que su mujer movía los labios y, distraídamente, se dio cuenta de que estaba susurrando su nombre, como si estuviera soñando con la visión de un ángel. Pronto su voz se convirtió en un chillido ronco:

—Steve, ¿eres tú? Por Dios, Steve, ¡ayúdanos!

Pero había sido Matt quien lo había visto primero: había despertado de su estado catatónico, y en aquel preciso instante se liberó del peso de su madre y empezó a correr hacia él.

Y Steve sintió que se le oscurecía el rostro.

La imagen de su hijo menor, de su piel pálida tras la estancia en el hospital y del parche manchado que todavía llevaba en el ojo, lo llevó a entender al fin todo lo que significaba la eterna dicotomía de su familia y su dolor por Tyler…. Tyler, donde todo aquello había empezado. Aquellos escasos segundos paralizantes lo despojaron de las pocas defensas que pudieran quedarle. Sintió las miradas de los malditos sobre él. El ardor de Matt los había atraído, y se acercaban corriendo por la nave presas del frenesí, así que Steve retrocedió hacia la puerta pesada y la abrió con manos temblorosas.

—¡Papá, espera!

Steve se asomó a la escalera de caracol. Un agujero profundo y oscuro. Oscuridad absoluta.

Algunos de los caminos que se emprenden discurren a través de tal oscuridad, y recorrerlos sería una inmoralidad o una locura.

«No es una locura. —Steve lo sabía—. Es amor».

Katherine se había visto obligada a sacrificar a uno de sus hijos para salvar al otro. ¿Qué otra cosa podía ser eso, sino amor?

Steve se dio la vuelta tras superar el umbral y metió la llave en la

cerradura. Cerró la puerta a su espalda, giró la llave y echó el cerrojo con brusquedad justo antes de que las primeras manos lograran llegar hasta él.

Cayó rodando por el empinado tramo de escaleras.

Se dio un batacazo contra el fondo y se quedó allí tumbado, tal como había aterrizado, acurrucado sobre las piedras refrescantes y gimiendo de dolor. La cripta estaba sumida en las tinieblas, en ese tipo de oscuridad al que unos ojos jamás llegarían a acostumbrarse. Pero lo que le faltaba en vistas lo compensaba con ruidos. Oía el retumbo de la puerta —un golpeteo incesante contra una madera inquebrantable —, que se elevaba sobre el rugido del fuego. Y oía los gritos de la gente. Eran idénticos a los de los fantasmas. Una vez, le pareció oír su propio nombre, un alarido atormentado de dolor y pena. Un pensamiento amenazó con salir a la superficie de su cerebro, pero lo reprimió con ímpetu.

Se dio la vuelta y se tumbó bocarriba. Abrió los ojos, los cerró, los volvió a abrir.

Estaba bastante cómodo allí. Aquella oscuridad le sentaba bien.

Desviaba sus pensamientos hacia el amor. En algún lugar, en otro mundo, oía gritos agonizantes, y se imaginó que los malditos estaban cantando. Steve se hizo un ovillo, se encogió todo lo que pudo y se metió los dedos en los oídos. Comenzó a cantar con ellos.

Justo antes de quedarse dormido, susurró:

—Te quiero, Tyler.

Pero en aquella oscuridad, nadie le respondió.

Y al mismo tiempo, Katherine van Wyler se alzó, y se alzó con el mismo aspecto con que todos los niños de Black Spring la habían visto en sus peores pesadillas. Una bruja mal concebida que apelaba a fuerzas más antiguas que la propia humanidad, fuerzas procedentes de partes del universo que ya eran viejas antes de que la tierra naciera. Se situó en Temple Hill, frente a la iglesia en llamas, y esbozó gestos druídicos con los brazos levantados hacia el cielo, sin parar de

murmurar palabras y sonidos corruptos en una lengua que ninguno de los miembros de su rebaño consiguió identificar, pero que hizo que se les pusieran todos los pelos de punta. Los pocos que la vieron comenzaron a gritar, pero Katherine continuó elevando su encantamiento del inframundo hacia los cielos…

… y durante todo ese tiempo, no dejó de llorar.

La gente de Black Spring comenzó a caminar hacia el este: una procesión eterna de almas rotas, algunas de ellas desnudas, todas con la misma mirada aturdida y vacía en el rostro. Todos se alejaron de la iglesia en llamas, como en un sueño. Cuando llegaron a la Ruta 293, no la siguieron, sino que se evaporaron sin más en el bosque que había al otro lado. Pasaron casi tres horas antes de que el primero de ellos emergiera en una tranquila carretera situada al sur de Fort Montgomery. Detrás de las ventanas de las iluminadas casas coloniales del norte del estado, los padres bajaban a hurtadillas al piso de abajo desde el desván, con los brazos llenos de regalos envueltos en papeles coloridos. Los iban depositando ante el resplandor del fuego que agonizaba en la chimenea mientras fuera, en la carretera, el desfile de pesadilla avanzaba sin cesar, invisible. La gente de Black Spring se desvaneció bajo el paso elevado de la autopista y se encaminó directamente hacia el Hudson.

Uno por uno, se internaron en el río, desaparecieron bajo las aguas heladas, y allí los sorprendió la corriente.

Muchas horas después, el cielo que cubría las Highlands se tornó rojo sangre.

Y cuando por fin llegó el amanecer, se avistaron cientos de cuerpos hinchados flotando con languidez bajo el puente Tappan Zee, de camino a Nueva York…, y les ofrecieron a los más madrugadores un atisbo de la pesadilla de otra persona.

Era el día de Navidad.

EPÍLOGO

Steve Grant se despertó con la luz pálida del sol en la cara y el mal sabor del cobre en la boca hinchada. Le escocían los ojos, los tenía limosos e inflamados, y tuvo que adaptarse a la luz antes de poder abrirlos por completo. Estaba tumbado sobre las baldosas de pizarra del suelo de su comedor.

Así que había vuelto a casa. Intentó recordar cómo o cuándo había abandonado la iglesia en llamas, pero fue incapaz. El tiempo que había transcurrido entre el momento en que cerró la puerta del presbiterio a su espalda y aquel era un enorme agujero negro. Como una cripta en el suelo.

Se levantó y apretó los dientes para soportar el dolor. Lo que quedaba de su ropa estaba lleno de marcas de quemaduras y apestaba a humo. La piel de las manos era de un rojo ardiente y brillaba. Se había torcido algo en la espalda y la rodilla le palpitaba como un diente infectado. Pero lo peor era su cara: el lado izquierdo estaba hinchado como un globo, como si la mandíbula se hubiera deformado de una forma terrible bajo la piel. Sí, estaba rota, no cabía duda. Seguro que a aquellas alturas ya estaba séptica. «Si te quedaba alguna esperanza de presentarte a “America’s Next Top Model” esta temporada —pensó sin emoción—, es posible que tengas que replanteártelo».

Se puso en pie con dificultad y echó un vistazo confuso a su alrededor. Todo parecía estar igual, pero no era cierto; le transmitía una sensación desconcertantemente distinta. El silencio en la casa se

apoderó de él. Era tan opresivo que incluso oyó el zumbido de la sangre en sus oídos. Algo iba mal. Muy mal. El árbol de Navidad seguía puesto en el Limbo de Jocelyn, sin decorar. Lo habían preparado para poder decorarlo la tarde en que volvían del centro comercial. Pero fue entonces cuando encontraron a Tyler.

Ahora había empezado a perder las agujas.

Algo que había debajo de la mesa del comedor le llamó la atención: un trozo de hilo negro deshilachado. Uno de los puntos de sutura del ojo de Katherine.

Pero ¿dónde estaba Katherine ahora? ¿Y dónde estaba Tyler?

Tambaleándose, Steve se dirigió hacia el vestíbulo. De camino, se miró al espejo y enseguida deseó no haberlo hecho. La cara que le devolvía el reflejo —con sus surcos profundos, su siniestro brillo rojo y sus ojos atormentados y protuberantes— era una atrocidad en la que no reconoció nada de su antiguo ser. La mejilla izquierda y el labio inferior eran una especie de bulbo morado tirando a negro, y una barba oscura de sangre coagulada le cubría toda la parte inferior del rostro. Aquella mandíbula iba a necesitar fijación con alambres. Tenía una aguja de suturar en el botiquín, pero eso no le serviría.

Se acercó cojeando a la puerta principal, apartó la cortina del cristal con el pulgar y luego se asomó al exterior. El césped estaba húmedo por el rocío y destellaba a la cruda luz del sol. Iba a hacer un buen día. Sin embargo, algo iba mal también allí fuera, y el aire estaba impregnado del mismo silencio opresivo. Miró hacia el oeste por Deep Hollow Road, pero lo único que vio fueron las casas de madera y de ladrillo esperando bajo el sol matutino a que la gente saliera. Pero él se dio cuenta de que nunca lo harían. Incluso desde allí notaba que las casas estaban vacías. Steve se preguntó qué vería si se adentrara más en el pueblo. El aire olía limpio; no quedaba ni rastro de humo. No había… nada. Sólo aquel espeluznante silencio.

Seguro que las autoridades no tardaban en llegar. ¿Y entonces qué? Sería igual que en febrero de 1665. Cuando llegaran, no encontrarían nada más que aquel silencio. Tres mil personas desaparecidas sin dejar rastro. Un pueblo fantasma.

«Eso es —pensó—. Y yo soy el alcalde».

Steve se echó a reír; de hecho, estalló en carcajadas. Sus risotadas surgían como ráfagas extrañas y vacías, y resonaban de forma obsesiva por toda la casa abandonada, igual que la risa de un muerto. Le recordaron al péndulo, aquella poderosa máquina de tortura medieval que había quedado suspendida sobre sus vidas el día en que Jocelyn y él llegaron a casa y se encontraron a Tyler muerto: afiladas como una cuchilla, oscilando hacia delante y hacia atrás, hacia delante y hacia atrás, pronunciando su veredicto despiadado. Bueno, ya se había dictado sentencia; ya se había ejecutado el veredicto. Ahora Steve ya no era más que un cúmulo de partes del cuerpo que apestaban y se reían en la esquina del vestíbulo.

Sus risas no tardaron en convertirse en gritos.

Steve no conservaba un recuerdo lúcido de los minutos siguientes, sólo se acordaba de que estaba helado hasta los huesos, de que sintió tanto frío que supo que jamás volvería a entrar en calor.

Cuando recobró el conocimiento, se descubrió desplomado a medio camino del pasillo, con la espalda apoyada en la pared y las piernas extendidas hacia delante. En el suelo, a su lado, había una selección de artículos de su kit de sutura: hilo, un bisturí, pinzas, una aguja curvada. Se alarmó un poco al reparar en que no recordaba ni haberlos sacado del armario ni con qué intención lo había hecho. Su cara necesitaba metal, no algodón.

Permaneció allí tirado, con la cabeza vacía, hasta que al final lo asaltó un pensamiento: «Jocelyn y Matt están muertos. Espero que seas consciente de que anoche los dejaste abrasarse. Están muertos, igual que Tyler».

Su brazo se estrelló contra la pared como si tuviese vida propia, arañó en vano en busca de algo a lo que aferrarse y después volvió a caer. Le temblaba todo el cuerpo… «¡Qué frío!».

Allí, donde todo acababa, lo invadió la certeza paralizante y casi insoportable de que había tomado la decisión equivocada. Steve había escapado de la oscuridad, pero era la luz, aquella condenada luz, la que lo hizo verlo. Katherine no había elegido sacrificar a un hijo para salvar al otro, eso lo habían decidido los jueces. ¿Y era tan ingenuo como para pensar que habrían permitido que su hija conservara la

vida tras haber arrojado el cuerpo de Katherine a la charca de la bruja?

Ahora él era el juez. En su última prueba, él tampoco había mostrado ningún deseo de reconciliación; había presumido sólo lo peor de la gente, como todos los demás habitantes de Black Spring. ¿De verdad creía que merecía recibir a Tyler con las manos manchadas con la sangre de su esposa y su segundo hijo? Y aun en caso de que Tyler regresara, ¿creía que sería algo menos que una abominación repugnante?

Oh, la oscuridad. ¡Ojalá pudiera volver a ella! ¡Ojalá pudiera deshacer sus acciones! No quería ver lo que le esperaba al final de aquella luz implacable. Lo único que podía hacer era aferrarse a la esperanza menguante de que su obsesión por la muerte de Tyler se hubiera basado en la lógica.

«No es lógica —pensó—. Es amor».

Llamaron a la puerta.

Steve ahogó un grito.

Levantó la mirada.

Bajo la luz del sol, detrás de la cortina de la puerta de entrada, había una sombra. Sólo se atisbaba su silueta, a la espera, inmóvil.

La silueta… ¿de un chico?

Steve se sentó en el vestíbulo, paralizado por el miedo.

Y deseó que la forma desapareciera. Dios mío, por favor…, ojalá hiciera que se marchase. Lo que lo esperaba allí no era su hijo, y lo que sentía no era amor, sino un abismo insondable que se abría por debajo de él y era mucho mucho más profundo que el amor.

Llamaron de nuevo a la puerta.

Con un golpe sordo, lento y fuerte; sólo uno.

Vio la sombra de los nudillos apoyados en el cristal de la ventana.

Steve Grant cogió la aguja y el hilo de sutura, y mientras la cosa que esperaba al otro lado de la puerta llamaba una y otra vez, empezó por los ojos, con la esperanza de que la soledad de la oscuridad eterna lo consolara un poco del frío.

AGRADECIMIENTOS

Lo siento…, me he dejado llevar un poco.

Si pienso en la gente que me asustaba cuando era pequeño, tengo que empezar por mi canguro. Se llamaba Margot, y cada vez que venía a cuidarnos a mi hermana y a mí, nos contaba un cuento para dormir. Yo tenía siete años cuando Margot nos contó la historia de *Las brujas*, de Roald Dahl, con un detallado estilo episódico, como las series de televisión que se ven hoy en Netflix. Después de cada momento culminante, apagaba las luces, y allí me dejaba, paralizado bajo las sábanas, con los ojos abiertos como platos escudriñando la oscuridad, viendo cómo sus palabras cobraban vida en mi mente.

Debió de ser más o menos en aquella misma época cuando mi tío Manus me llevó de excursión por el bosque y me habló de los anillos de hadas con los que nos topamos en el sendero. Era obligatorio pasar junto a ellos con los ojos cerrados si querías vivir para contarlo.

En ese mismo año —1990— se estrenó en los cines holandeses la adaptación cinematográfica del libro de Roald Dahl, con Anjelica Huston en el papel de la Gran Bruja. Bendito sea mi inocente corazón anterior a las imágenes generadas por ordenador…, pero, ostras, esa película es aterradora para un niño de siete años.

Lo descubrí por las malas.

Todas las noches durante los seis meses siguientes, grité llamando a mi madre porque veía brujas en las sombras del rellano que había tras la puerta de mi habitación. De día, me aterrorizaba caminar solo por la calle…, así que de cruzar el bosque que había

cerca de mi casa mejor ni hablamos. Podía haber brujas en cualquier parte. Todas las mujeres eran sospechosas. El libro y la película me habían provocado un trauma grave. Las brujas del cuento de Roald Dahl llevan guantes para esconder sus horribles garras, así que ya te haces una idea de lo largo que se me hizo aquel invierno.

Y cada vez que me encontraba con un anillo de hadas, pasaba a su lado con los ojos cerrados.

Luego dejé de creer en las brujas, así que lo hacía como ejercicio para mejorar el equilibrio.

Como la mayoría de las personas, todos los grandes escritores mueren en algún momento, pero apuesto a que, si Roald Dahl hubiera podido leer esto que me hizo, se habría recostado en su sillón con una enorme sonrisa de satisfacción dibujada en la cara. Era el tipo de escritor que se alegraba para sus adentros de traumatizar a los niños inocentes… y a sus padres, ya puesto.

Deja que te cuente un secreto: yo he salido igual. Cuando *HEX* se publicó por primera vez en los Países Bajos, empecé a recibir cientos de mensajes de lectores a los que Katherine mortificaba en sus pesadillas y que tenían que dejarse la luz encendida por la noche. ¡Ah, qué sonrisa más tonta se me ponía en la cara! Todavía la conservo. Y ahora eres tú quien tiene este libro en las manos, dondequiera que estés. Si eres uno de esos lectores a los que esta historia ha conseguido asustar, envíame unas líneas por Facebook o Twitter. Me encantaría sonreír un poco más.

Así que gracias, Roald Dahl. Gracias, Margot y Manus. Gracias por mi infancia traumatizada. Sin vosotros, no podría haber escrito este libro.

La novela que acabas de terminar es diferente del texto original de *HEX*, que salió a la venta en los Países Bajos y Bélgica en 2013. Ese libro estaba ambientado en un pequeño pueblo holandés, y el final tenía un tono bastante distinto. Como autor, rara vez se te presenta la oportunidad de reescribir un libro después de su publicación. Pero cuando mis agentes vendieron los derechos para lengua inglesa a editores de ambos lados del Atlántico, de repente se me ofreció la oportunidad de hacer que el libro original funcionara en un contexto

nuevo por completo, con un trasfondo distinto.

No me malinterpretes: no es que no me gustara la ambientación holandesa. Me encantaba la ambientación holandesa, y me encantaba el carácter totalmente holandés del libro. No estoy hablando de que la bruja fumara marihuana o se plantara detrás de algún escaparate con marco rojo de Ámsterdam; me refiero a la naturaleza secular de las pequeñas comunidades holandesas y al pragmatismo de su gente. Si una persona cuerda ve que una bruja desfigurada del siglo XVII aparece en un rincón de la sala de estar, corre por su vida. Si un holandés ve que una bruja desfigurada del siglo XVII aparece en un rincón de la sala de estar, le tapa la cara con un trapo, se sienta en el sofá y se lee el periódico. Y a lo mejor sacrifica un pavo real.

Pero, cuando veo un desafío creativo, lo acepto. ¡Y qué divertido iba a ser! Tenía un libro que me encantaba, con personajes que me encantaban, y la oportunidad de revivirlo todo sin tener que enfrentarme a los horrores de una segunda parte. Tenía la posibilidad de crear una versión mejorada —un *HEX 2.0*, por así decirlo— con detalles nuevos y estratificados, con leyendas y supersticiones culturalmente específicas, y todo ello sin perder el contacto con los elementos holandeses del original. Katherine Van Wyler llegó al Nuevo Mundo en uno de los primeros barcos de Peter Stuyvesant. El asentamiento rural de Beek se convirtió en la colonia de tramperos holandeses de New Beeck, que más tarde sería rebautizada como Black Spring. Los personajes holandeses se convirtieron en estadounidenses, pero conservando el pragmatismo de los primeros. El paño de cocina se quedó. Y el pavo real también. Y la flagelación pública de menores, una tradición común y divertida que celebramos todos los años en muchos pueblos pequeños a lo largo y ancho de los Países Bajos.

La ventaja de ser holandés —es un tópico que se nos atribuye, pero es verdad— es que hablo varios idiomas. Entre ellos, un inglés casi tan fluido como el neerlandés. Eso me permitió no sólo leer, sino también editar la fantástica traducción de la novela que había llevado a cabo Nancy Forest-Flier y encontrar mi propia voz en inglés. Trabajar en el libro en un idioma que no es mi lengua materna me proporcionó un nueva e intensa perspectiva de la trama, y el aspecto

más importante al que afectó fue el final. Tenía que desaparecer. No encajaba. Disponía de una manera mucho más aterradora y mejor de terminar esta historia.

De modo que eso es lo que acabas de leer. Los últimos capítulos, más o menos desde el momento en que las cosas empiezan a desmoronarse en Black Spring, son nuevos. Los escribí en inglés, y me lo pasé genial mientras lo hacía. En mi opinión, la novela ha mejorado mucho.

Por supuesto, te estoy oyendo preguntarte: ¿cómo terminaba la versión neerlandesa?

No voy a contártelo.

Soborna a algún holandés, a lo mejor tienes suerte.

Me gustaría aprovechar la oportunidad para darle las gracias a Nancy, que es una traductora sin duda extraordinaria y con la que resulta un placer trabajar. Nunca podrá enfatizarse lo suficiente la importancia de los traductores, ya que crean la posibilidad de que personas de todos los rincones del mundo descubran mundos y maravillas nuevos a través de las palabras. Nancy es fantástica. Al igual que Liz Gorinsky, que ha sido la correctora de este libro. Aun cuando Nancy y yo creíamos haber solucionado todos los problemas culturalmente específicos que surgen cuando reubicas una novela, Liz descubrió muchas anomalías interesantes. Liz, perfeccionaste todavía más este libro, y he aprendido mucho de ti. Gracias.

Otros miembros del equipo HEX son Oliver Johnson (el maravilloso corrector del Reino Unido, y un tipo maravilloso), Rod Downey, Vincent Docherty, Jacques Post, Maarten Basjes y toda la buena gente de Tor Books en Estados Unidos, Hodder & Stoughton en Reino Unido y Luitingh-Sijthoff en los Países Bajos. Debo dedicar un agradecimiento especial a Ann VanderMeer, quien, además de ser una persona fantástica y bondadosa, impulsa las carreras de muchos escritores jóvenes. Ann, no puedo agradecerte lo suficiente todo lo que has hecho por mí. Lo mismo vale para Sally Harding, la agente literaria más elegante e ingeniosa que podría desear. Junto con Ron Eckel, Sally ha conseguido lo casi imposible para cualquier escritor procedente de un país pequeño y lejano. Sally y Ron: sois la caña y lo

sabéis.

Anja, tu ayuda con las cuestiones prácticas ha sido inestimable. Me pasas un bolígrafo incluso antes de que me entere de que tengo que firmar un libro, y tienes ojos donde yo no los tengo. Wes, sigues siendo el cerebro creativo que se esconde detrás de muchos hallazgos inteligentes y al que a menudo se le ocurre la solución perfecta cuando yo estoy atascado. Y además eres mi mejor amigo en el mundo. A la familia Grant: siento haber sacrificado a vuestro perro. A mi propia familia: siento haber sacrificado os quiero. Francine: a ti especialmente. Y David, gracias por ir con la cabeza bien alta a mi lado. Siempre tú.

Bien.

Todo lo que he dicho sobre el nuevo escenario no significa que Black Spring sea menos real. Acabas de salir de allí, ¿no? Y mientras estabas allí, has experimentado momentos bastante oscuros. No puede decirse que el pueblo haya terminado muy bien.

Si algún día pasas por Nueva York, puedes coger un coche y subir hacia el norte por el Hudson. Es un trayecto precioso. Cruza el puente de Bear Mountain y coge la 9W, pasando por Highland Falls, hasta llegar al territorio del bosque de Black Rock. Los oficiales de West Point han sellado todo lo que hay tanto a la izquierda como a la derecha de la Ruta 293, donde antes estaba el pueblo de Black Spring. Puedes verlo con tus propios ojos, aunque las vallas y los barracones no tienen nada interesante. En algún momento, alguien se acercará y te dirá que te vayas…, el típico «alguien» de quien estás dispuesto a aceptar órdenes.

Así que te sugeriría que hagas una excursión a pie por los bosques del norte. Es un terreno escarpado, pero hay unos cuantos senderos y la mayoría de ellos conduce a alguna parte. Escucha el silencio. Puede que te dé un poco de miedo, estando allí solo, pero te aseguro que el ruido que se oye es sólo el del viento entre los árboles. No hay pájaros. Ni bichos.

Ni uno solo.

Si te encuentras con un anillo de hadas, cerciórate de pasar junto a él con los ojos cerrados.

Pero no los mantengas cerrados demasiado tiempo.
Nunca se sabe con qué puedes toparte.